
MI
Adorable
MALDICIÓN
PaTTy OrTTyz

Contenido

Página de Créditos
Sinopsis
Dedicatorias
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo
Sobre la Autora
Agradecimientos

MI ADORABLE MALDICIÓN

Serie los Morris
Autoconclusivo

PaTTy OrTTyz

Escritora Novela Romántica

Bestseller en Amazon

Página de Créditos

1.ª edición: junio, 2025

Copyright © 2025 PaTTy OrTTyz

Todos los derechos reservados.

Imagen de Portada Ilin Villaci

Santiago de Cali (Colombia)

Gracias por comprar este ebook.

Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la

distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

VISITAME EN MI PÁGINA WEB

https://www.patty-orttyz.com/

SÍGUEME EN MIS RRSS

https://www.facebook.com/PaTTyOrTTyzOficial/
http://www.tiktok.com/@patty_orttyz
https://www.instagram.com/patty_orttyz/

BOOKTRÁILER

https://www.youtube.com/@PaTTy_OrTTyz_Autor_

Mi Adorable Maldición
Sinopsis

¿Qué harías si te enamoraras de la persona equivocada… en el momento más doloroso de tu vida?

Gabriel Alcalá (Gael) jamás pensó que un viaje a Nueva York le cambiaría la vida. Rebelde, encantador, adicto reformado y mujeriego empedernido, Gabriel aterriza en la Gran Manzana con un propósito claro: ver por última vez a su hermano Dominic, gravemente enfermo. Lo que no espera es encontrar en un ascensor a la mujer más fascinante, vulnerable y adorable que ha conocido jamás… sin saber que es la novia de su hermano enfermo.

Victoria Evans (Tory), es una joven profundamente dulce, marcada por un pasado traumático que le dejó cicatrices invisibles y una ansiedad que la persigue en espacios cerrados… y en sentirse culpable por la muerte de sus seres más queridos. Ha dedicado sus días a cuidar de su novio Dominic, ella lo admira mucho porque pese a su situación de salud, es un ser lleno de luz, amor y bondad. Pero cuando Gabriel irrumpe en su vida, la sacude por dentro, recordándole que aún es capaz de desear, de reír y de soñar. Tory se enfrenta entonces al más cruel de los dilemas: ser fiel a quien la necesita… o a lo que su alma anhela.

Desde ese primer instante (Gabriel y Tory) entre miradas, pánico y un inesperado roce de labios, nace entre ellos una conexión

imposible de ignorar. Los tres están atrapados en un triángulo emocional donde el amor duele, la culpa pesa, y el tiempo corre.

Dominic Morris, el alma luminosa de la familia, ha sido el pilar de todos. Pero su fragilidad física contrasta con la firmeza de su decisión: no quiere seguir luchando contra la enfermedad. Entre los ruegos de su familia y la hostilidad de su hermano gemelo Dorian, solo Gabriel parece comprender lo que Dominic realmente necesita. Y, sin embargo, está atrapado entre su amor incondicional por Dominic… y su creciente deseo por Tory.

En esta historia desgarradora y profundamente humana, PaTTy OrTTyz nos entrega una novela donde los sentimientos arden, las decisiones duelen, y el amor (en todas sus formas) se convierte en el mayor reto.

Mi Adorable Maldición es una oda al amor fraternal, a los límites del deseo y al dolor de lo imposible. Una historia que te robará el aliento desde la primera página… y no te lo devolverá hasta el último suspiro.

¿Puede un amor que nace en la culpa y enrevesado por una maldición transformarse en salvación?

Dedicatorias
Lo que palpita en el corazón de Gabriel por Tory

Ella no fue una casualidad.
Fue la maldición más hermosa que me pudo tocar.

La amo con todo lo que soy,
incluso con las partes que no sabía que tenía.

Quisiera odiarla por todo lo que removió en mí.
Pero sería más fácil odiar al sol por salir cada mañana.

Desde que llegó,
dejó huellas en mí que nadie más podrá borrar.
Ni siquiera yo mismo

Capítulo 1

Gabriel

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por tu padre? —aprieto el móvil, estoy muy indignado de que mi madre piense que hago algo por ese desgraciado.

—Primero que nada, ese capullo no es mi padre, y segundo, jamás, jamás haría nada para agradarlo a él.

Mi madre exhala con fuerza.

—Entonces, sigo sin entender por qué te has cortado tus largos rizos —me parece ver el puchero de mi madre pese a que no la tengo en frente y solo escucho su voz a través del móvil.

—Porque se me dio la regalada gana —digo entre risas sin saber qué otra cosa decir y decidido a cambiar de tema—. Ya estoy llegando al hotel.

—¡Gracias a Dios! Estoy escondida en el baño del restaurante.

No pude evitar soltar otras risas.

—¿En serio, madre? No puedo creerlo, ni que fueses una adolescente.

—Deja de burlarte de tu madre y llega pronto a buscarme al baño de damas, no puedo enfrentar a tu padr... a Joseph Morris sin ti.

—Tranquila, ya casi llego al rescate. Cambio y fuera.

Guardo mi móvil en el bolsillo trasero de mis vaqueros mientras intento esquivar las multitudes que parecen pulular como hormigas en la Gran Manzana. Hace años que no venía a Nueva York, y como siempre, parece una selva de cemento con aparatosos rascacielos, aunque tiene un punto muy a su favor: ser la capital del mundo me permite ver, apreciar y con un poco de suerte, también tocar hermosas mujeres de todos los rincones de la tierra.

Ingreso casi corriendo a uno de los hoteles más antiguos y emblemáticos de Nueva York, sé que estoy llegando rematadamente tarde a la cita con mi hermano Dominic Morris, pero tenía que cortarme el cabello. Lo he usado largo desde la adolescencia, pero hoy quiero verme como un adulto responsable. No quiero seguir siendo comparado con actores de series famosas o modelos de pasarela. No quiero que el imbécil que dice que «no es mi padre» crea que soy un desadaptado de la sociedad. En resumidas cuentas, mi madre no andaba tan desencaminada en las razones por las cuales visité al peluquero el día de hoy: lo hice por ese malnacido y,

reconocerlo para mí mismo, me está costando un cólico al hígado. Si no fuese porque amo a mi hermano Dominic, jamás habría venido a esta cita en este hotel, y mucho menos acompañado de mi madre.

Uno de los tres ascensores del primer piso se abre lentamente y salen varias personas de él. Acelero mi paso para lograr alcanzarlo. Es un ascensor grande, varias personas se suben conmigo mientras yo me desplazo hacia atrás ya que voy a uno de los últimos pisos donde se encuentra el restaurante. Mientras lo hago, puedo percibir una deliciosa fragancia a jazmín que invade mis fosas nasales. Llego al fondo del ascensor y este comienza su ascenso. Me recuesto cómodamente mientras inspiro profundo, persiguiendo ese aroma que hizo cosquillear mi miembro con interés.

Vaya, esto es bueno y promete bastante; me vuelven loco las mujeres que saben escoger bien sus perfumes. Si logro identificar a la dueña de tan seductora fragancia y pongo en marcha un plan, jugando bien mis cartas, muy seguramente podría tener a la dueña de ese aroma embriagador esta misma noche entre mis brazos.

Cierro mis ojos disfrutando del aroma mientras escucho cómo el ascensor abre y cierra sus puertas en cada piso. Cada vez somos menos personas, pero la fragancia a jazmín persiste cada vez con más potencia, hasta que sin previo aviso, ese susurro de jazmín se

instaló a mi lado. Abro los ojos y muevo mi cabeza lentamente hacia el delicioso aroma, deseando que sea guapa y... ¡Cristo!, la chica es preciosa: piel blanca como porcelana de alabastro, esa piel se veía suave y tersa, mis manos picaron y se tensaron con deseos de alcanzarla. Ella posó su mirada por un momento en el techo del ascensor, lo cual me permitió deleitarme en unos ojos verdes clarísimos. Sí, definitivamente podría perderme en esa mirada mientras me hundiera en ella llevándola al éxtasis. Su cabello castaño con mechas doradas era abundante y muy largo. Mi miembro comenzó a hincharse ante semejante visión. Los cabellos largos en medio del sexo siempre abren mi retorcida mente a la erótica creatividad. Es una chica de mediana estatura tirando más bien a ser bajita. Esto es perfecto, me encantan que sean pequeñas, son muy versátiles en la cama y me dan esa sensación de dominio y poder. Sin embargo, es un poco más delgada con respecto a mi gusto habitual de poseer mujeres carnosas, pero notaba en su hermoso y ajustado vestido veraniego que aguantaba el agarre de mis manos.

El único problema que le veía a todos mis placenteros planes era que ella no se había dado cuenta de que yo existía, parecía completamente ajena a mi lujurioso escrutinio. Tenía la mirada fija

hacia adelante y, en ocasiones, miraba su móvil. Me moví un poco acercándome más a ella, sin embargo, ella siguió obviando mi presencia y lo que hizo fue alejarse un poco más de mí todo lo que le fue posible. ¡Joder!, por un horrible momento, su actitud completamente ajena a mi existencia me ha hecho pensar que cortarme el cabello ha hecho que pierda gran parte de mi *sex-appeal.*

El ascensor siguió desocupándose en cada piso, y en todos ellos me corría sutilmente un poco más hacia ella, hasta que al final la chica se hizo un paso delante de mí preparándose para bajar en la siguiente parada. Yo maldije para mis adentros, seguía sin tomarse un solo segundo para mirar quién era su acosador en el reducido espacio del ascensor.

Las últimas dos personas delante de nosotros se bajaron y me quedé solo con ella, estaba a punto de hacerle una pregunta insustancial cuando vi cómo retorcía sus manos una contra la otra en un movimiento nervioso e impaciente, al tiempo que observaba con mucha concentración los números de avance de pisos del ascensor. Su actitud me llevó a pensar que muy seguramente se había dado cuenta de mi insistencia por acercarme a ella, o tendría prisa por llegar a su destino, pero también podría ser que tuviese alguna cita

tensa... si ella me dejara, yo podría relajarla. Retomé lo de hacerle alguna pregunta insustancial para llamar su atención, pero el ascensor tenía otros planes, sin motivo aparente y sin ningún aviso, sentí y escuché cómo algo metálico se rompía y comenzamos a caer en una caída libre.

Ambos gritamos al sentir cómo nos precipitábamos a una muerte segura mientras ella caía de espaldas contra mí. Instintivamente, la rodeé con uno de mis brazos y la apreté contra mi pecho, acomodando mis piernas para evitar que ambos cayéramos al piso. Al mismo tiempo, oprimí violentamente, por puro instinto e inercia, el botón de emergencias del ascensor con la palma de mi mano libre. Comencé a rezar en voz baja lo que recordaba de las oraciones católicas al Dios de los cielos, mientras la abrazaba fuertemente pegándola más cerca contra mí, porque definitivamente íbamos a morir.

En un loco, extravagante y retorcido momento premuerte, me dije a mí mismo que si iba a ver a la horrorosa parca después de muerto, por lo menos en mi último momento de vida podría mirar y deleitarme con algo hermoso como lo que tenía entre mis brazos. Ella estaba completamente tensa, la giré sobre sí misma al tiempo que el ascensor se detuvo violentamente, nos sacudimos uno contra

el otro y escuchamos cómo los frenos de emergencia de dicho aparato crujían por el esfuerzo que hacían para detener nuestra caída libre y muertes seguras.

Sus rasgados y hermosos ojos verdes cristalinos me observaban llenos de lágrimas, y una sensación de ser electrocutado me atravesó. Ella era extraordinariamente preciosa, pero más allá de su hermosura, lo que más me impactó y sacudió todas mis terminales nerviosas fue la inmensa ternura, dulzura y vulnerabilidad que había en esos ojos y en toda la expresión de su rostro. Esta pequeña chica me dejó completamente noqueado y aún no había dicho ni una sola palabra.

—Tengo que salir de aquí —dijo en un susurro suave pero apremiante, mientras respiraba con dificultad, parecía estarse ahogando con su propio aire—. No puedo estar aquí.

Comenzó a temblar y a repetir, algo histérica, las mismas palabras una y otra vez.

Debido a mi pasado turbulento de una etapa oscura de mi vida, pude reconocer que ella estaba teniendo un ataque de pánico. Los conocía, los había vivido y padecido, en una época de mi vida se convirtieron en un huésped permanente, nada deseables y muy detestables.

—Tranquila, respira profundo y exhala por la boca, mírame solo a mí.

Ella parecía no escucharme, lanzó un grito espeluznante que hizo que todo mi cuerpo se erizara y mis oídos protestaran.

—¡Mírame a mí, solo a mí! —le hablé más fuerte y contundente mientras la sacudía de los bíceps con suavidad—. ¡Mírame!

Ella por fin pareció salir de donde se encontraba para caer en el aquí y en el ahora.

—Eso... muy bien, a mí, mírame a mí... dime cinco cosas que puedes ver.

Ella enfocó sin parpadear su mirada en mí mientras agarraba con sus manos hechas puños las solapas de mi cazadora de cuero.

—Tus ojos... marrones, tus labios... abultados —sonreí un poco ante esas palabras—, tu barba de... varios días —la tocó con la punta de sus dedos temblorosos mientras lo decía—, tu cabello rizado y, tus brazos... sosteniéndome.

Sus últimas palabras la hicieron sonrojar. ¡Santo Dios!, era preciosa del tipo adorable. Observé con gran atención cómo se propagaba por su tersa y blanca piel ese sonrosado, hasta que se perdió debajo de la tela del vestido, justo en el inicio de la curva de sus generosos pechos.

Su voz era suave, dulce, tierna, la chica era muy joven, mucho más de lo que inicialmente pensé, incluso se veía muy virginal... pero seguía queriendo llevármela a la cama.

—Dime cuatro cosas que sientas —debo admitir que mi voz se escuchó un poco ronca. A mi cuerpo no parecía importarle que estaba a punto de morir, tenía mis dos cabezas concentradas en esta chica que se apoyaba y que me miraba solo a mí.

—La dureza de... tu pecho —ella volvió a sonrojarse, ahora tenía sus manos abiertas sobre mis pectorales, le sonreí para darle ánimo y que continuara—, tus exhalaciones sobre mi... rostro —quiso desviar su mirada cuando la intensidad de su sonrojo aumentó, pero yo cogí su rostro entre mis manos y volví a sonreírle.

—Tranquila, continúa —una leve sonrisa se dibujó en sus sensuales y llenos labios, lo que hizo que me perdiera por unos segundos en ese hermoso intento de sonrisa.

—Tu mano en mi cabello —no me di cuenta de que lo había hecho, un mechón de su cabello había caído sobre su rostro y yo lo tiré un poco hacia atrás para no perder su mirada verdosa. Le faltaba una, pero ella me miró con inseguridad a los ojos y parecía estárselo pensando.

—La ternura de tu mirada —sentí un vacío abismal en mi estómago. Lo dijo de tal manera, que estaba seguro de que no mentía con respecto a lo que ella estaba viendo en mis ojos.

Sonreí para alivianar lo que yo estaba sintiendo en este momento, y ella hizo lo mismo mostrándome por fin unos blancos y relucientes dientes, lo cual fue, como ver salir el sol después de una gran tormenta.

Mientras seguíamos mirándonos y sonriéndonos el uno al otro, oímos una voz por el altavoz del ascensor:

Apreciados huéspedes y visitantes de nuestro hotel, lamentamos el incidente del ascensor y les informamos que estamos próximos a evacuarlos. Les solicitamos mantener la calma y pedirles un poco más de su valiosa paciencia. Les garantizamos que en este momento tenemos completamente controlado el movimiento del ascensor y en tan solo unos minutos serán evacuados del mismo. Gracias por su valiosa comprensión.

Ambos suspiramos agradecidos, aparentemente no íbamos a morir.

—¿Está usted mejor o seguimos con el ejercicio?

—Ya estoy mejor, gracias por ayudarme.

Yo seguía abrazándola y ella no parecía querer dejar de apoyarse en mí.

—¿Cómo supo qué hacer para ayudarme, es terapeuta o algo así?

Sonreí y no podía dejar de admirar su hermoso rostro y expresión entre dulce y sensual.

—Estuve en terapias por ataques de pánico, sé lo que se siente.

—Se lo agradezco muchísimo.

Nos enderezamos un poco y ella se aferró más a mí volviendo a apretar sus puños nuevamente en las solapas de mi cazadora.

—Lo siento, podría... ¿podría sostenerme mientras las puertas se abren? Usted ahora es mi ancla, si me suelta o dejo de mirarlo, volveré a tener otro ataque.

La abracé acercándola más a mi pecho, ella lo permitió respirando profundamente al tiempo que posaba su mirada fija en mi cuello, se veía un poco más tranquila. Hubiese querido ser un mejor hombre y poder ayudarla sin ningún tipo de interés, pero no era un buen hombre, tenía un interés muy especial y egoísta para que ella me siguiera viendo como su ancla en medio de su ansiedad.

Seguí hablando para que nuestro momento de espera del rescate no se volviese tedioso, y tenía que pedirle... una cita.

—Hace muchos años estuve en tratamiento por adicciones, la ansiedad mientras cruzaba el umbral al otro lado de la abstinencia me producía ataques de pánico.

Ella se mordió el labio inferior de ese carnoso labio, pude ver que lo hizo de manera inconsciente, no lo hizo como una mujer seductora que sabe lo que tiene y que lo utiliza a su favor, era a todas luces una chica inocente. Esto debería haber sido suficiente para descartarla, me gustaban las mujeres experimentadas, el sexo con ellas es maravilloso, increíble. Pero no, aquí estaba yo decidido a seducir a esta preciosa y adorable chica.

—Espacios cerrados —dijo con suavidad—, puedo soportarlos por tiempo limitado no prolongado. En este momento no puedo dejar de mirarlo a usted, enloqueceré.

Sonríe un poco cortada.

—Tranquila, cierre los ojos por un rato yo le sigo hablando, ahora mi voz puede ser su ancla.

Ella asintió mientras cerraba los ojos, y yo decidí hacer un movimiento arriesgado, lentamente puse mi frente sobre la suya, ella pareció relajarse aún más soltando un ligero suspiro. Sentí su

respuesta como una pequeña victoria de mi atrevido movimiento, así que comencé a contarle el cuento de la Cenicienta, ella se rió, se rió con ganas y abrió los ojos para mirarme. ¡Dios mío!, era tan terriblemente adorable y preciosa, su sonrisa era ver el sol, las estrellas y la luna al mismo tiempo.

—Lo siento, no sé más cuentos, este era el único cuento que había en casa y mi hermanita pequeña me hacía leérselo todas las noches.

—No importa, cuénteme lo que quiera —dijo ella volviendo a cerrar los ojos poniendo su cabeza delicadamente en mi hombro. La sensación de una brisa cálida y fresca parecía fluir entre nosotros, era... era tan extraño. No sabía su nombre, ni ella el mío, sin embargo, me sentía completamente a gusto entre los brazos de esta chica, y sé que ella también en los míos. Sí, definitivamente iba a seducirla y a llevarla a mi cama.

—Bien, nada de Cenicienta, te contaré algo sobre mí.

—Eso sería genial.

Ella volvió a levantar su cabeza y puso sus ojos sobre mí, se veía realmente interesada.

—Había una vez un hombre perdido, que no sabía de dónde venía ni hacia dónde iba —fui bajando la voz y acerqué mi rostro al

de ella, y ella no se alejó. Tenía los ojos abiertos de par en par escuchando atentamente mi insípida historia. Sí, definitivamente me estaba aprovechando de que yo era su ancla, ella no podía evitar mi mirada ni mis acercamientos—. Pero un día conoció a una chica, de mirada dulce, tierna y algo melancólica, de piel cremosa y... labios de mujer fatal.

Ella entendió mi derrotero y se tensó un poco. Levanté unos milímetros más su mentón con una de mis manos y traté de embrujarla, de seducirla con mi mirada; sabía que mis ojos y cierto tipo de miradas eran la perdición de muchas de las mujeres a las que había seducido. Pero mi tiempo se acababa, escuché murmullos fuera del ascensor, estaban a punto de abrir y yo no quería dejar las cosas así con ella.

—Él quería quedarse a su lado, pero solo ella podía decidir si el final para ellos se acercaba —quedé a solo un suspiro de sus labios —. Así que, simplemente él la miró a los ojos con anhelo, y suspiró pensando que lo que seguía a continuación podría ser la dolida despedida, o el inicio de algo... mágico y trascendente.

Mis labios tocaron, solo tocaron suavemente los suyos y sentí, sentí literalmente un latigazo de electricidad atravesándonos a ambos, ella inhaló con fuerza mientras ambos temblábamos y nos

mirábamos aterrorizados. Algo, algo importante y magnánimo sucedió entre nosotros, algo poderoso y contundente sucedió con nuestra química al conectarse por solo unos segundos.

Yo, sin poder explicarlo ni poder entenderlo porque era un mujeriego consumado, percibía cómo todos mis sentidos, mi cuerpo y mi alma la reclamaban con contundencia, la reclamaban como mía, sentía que ella me pertenecía, que ella era para mí y que yo era para ella. El colmo de la situación me invadía, porque habiendo tenido a cientos de mujeres en mi vida, nunca había sentido algo ni tan remotamente parecido a lo que sentía en estos momentos.

¡Joder! No podía creerlo, no podía dar fe a lo que estaba sintiendo y pensando: «¿Vine a Nueva York a conocer a la mujer de mi vida?». Y, siendo honestos, no sabía cómo sentirme al respecto. No quería ser cazado, no quería ser domesticado, e incluso, pensé que moriría sin encontrar una sola mujer que me hiciera cuestionar mi soltería. Llegué a esa conclusión después de ver desfilar a tantas mujeres en mi vida que no lograban mantener mi atención el suficiente tiempo como para echarme el lazo.

Seguíamos abrazados y quería que mi parte racional tomara el control con respecto a cómo proceder para poner distancia entre ella y yo. Sin embargo, mi cuerpo, que tenía dos cabezas, deseaba otra

cosa: deseaba volver a poner mis labios sobre ella para besarla como se debe, para poder saborearla mejor, para preguntarle su nombre y que ella conociera el mío, quería invitarla a cenar, quería... El ascensor descendió un poco lentamente y luego abrió sus puertas con lentitud. Ella siguió mirándome por unos segundos más, para luego separarse de mí lentamente y poner toda la distancia física que le era posible en el reducido espacio entre nosotros.

Un hombre vestido con el uniforme de mantenimiento del hotel nos miró alternativamente mientras nos hablaba.

—Sentimos mucho lo sucedido, la administración del hotel desea compensarlos por el mal rato que han pasado.

—¡Tory! ¡Tory! —escuché los gritos de alguien llamando a... Tory... ese nombre se me hacía familiar.

Los gritos venían del pasillo, el que la llamaba era un hombre joven que venía corriendo hacia nosotros, era de más o menos mi edad y detrás de él venían más personas: algunos de civil, más personas con el uniforme de mantenimiento y personal del hotel. Salimos del ascensor y pude distinguir la figura esbelta de mi madre al final del pasillo, mirándome con ojos de alivio al verme salir ileso de la infernal caja metálica.

—¡Tory! —el hombre por fin llega a nosotros y la alza en brazos, para luego mirarla con adoración. Las entrañas se me contrajeron ante lo que sentí, tenía unos deseos irrefrenables de arrancarla de sus brazos.

—Jamás, Tory, jamás vuelvas a hacerme algo así, con lo que te pasó cuando eras una niña he tenido para una vida entera.

—Lo siento, Cameron —susurra ella acariciando el cabello de aquel hombre con cariño.

¿Cameron?... también me era familiar ese nombre.

—¿Cameron Morris? —la pregunta me salió como un pensamiento en voz alta.

Unos ojos igual de verdes que los de Tory me observaron con aprensión.

—Sí, ese soy yo, ¿y tú quién eres?

Demoré en contestar porque estaba confundido, sabía que Cameron Morris era primo de mi hermano Dominic Morris, por ende, también era mi primo, así que Tory es...

—¡Malditos desgraciados! ¡los vamos a demandar! No tienen idea de quiénes somos, están arruinados.

Mis divagaciones tratando de conectar quién era «Tory» dentro de la familia Morris, fueron interrumpidas por el estallido de

Cameron agarrando de las solapas del traje al que parece ser el jefe de mantenimiento.

—Señor Morris —dice el hombre tragando saliva y tratando de zafarse del agarre de Cameron—. Sentimos mucho lo sucedido, aún no comprendemos qué fue lo que salió mal con el ascensor. Esto nunca había pasado.

—Por favor, suéltalo, él no tiene la culpa —Tory trata de mediar cogiendo las manos de Cameron—. Deja al pobre hombre tranquilo, es suficiente.

Cameron lo suelta, pero le lanza una mirada letal mientras lo señala con el dedo índice.

—Esto aún no ha terminado, espere la llamada de nuestros abogados.

El hombre de mediana edad carraspea un poco y seca el sudor que ha perlado su frente con un pañuelo, pero asiente a Cameron mientras el resto del personal de mantenimiento se moviliza dentro, debajo y encima del ascensor.

Más que ver, pude sentir como una mirada verdosa y recelosa se aposentaba encima de mí. Cameron se acerca y me mira de pies a cabeza analizándome, evaluándome. Levanto mi rostro y cuadro mis hombros; si cree que va a amedrentarme porque me saca unos

centímetros más de estatura, está muy equivocado. No lo hice con uno de los hombres más peligrosos del mundo, mucho menos lo haré con este principito.

—Vi cómo abrazabas a mi hermanita, ¿te querías aprovechar de ella? —lo dice bajo y acusatorio tan cerca, que siento el aliento de sus palabras en mi rostro, para luego estallar—: ¡¿Quién demonios eres?!

Nuevamente no alcanzo a contestar, me distrajo el calorcillo que se expandió por mi pecho al comprobar que este hombre es su hermano y no su novio; por lo cual responde por mí mi hermano Dominic, que acaba de llegar a la escena. Una sonrisa se despliega por mis labios al verlo llegar por el pasillo.

—Él es mi hermano, el que vive en Colombia, se llama Gabriel Alcalá.

Los ojos verdes de Cameron relampaguean y una sonrisa presuntuosa atraviesa sus labios.

—Vaya, bienvenido al «infierno Morris», espero disfrutes tu tiempo con nosotros.

Dominic y yo nos acercamos y nos abrazamos, mis ojos arden y se nublan de dolor, se ve tan enfermo y destruido, no soporto verlo así.

—Dominic, me alegro tanto de verte, deseaba tanto verte —me separo solo un poco de él para mirarlo mejor. Pálido, ojeroso y cansado. Así se ve mi hermano.

—Pero ¿qué dices?, prácticamente tuve que decirte que me estaba muriendo para que vinieras a verme, no creo que lo desearas de verdad.

—Lo siento —el arrepentimiento me invade—. Sabes de sobra el motivo por el cual no vengo a verte.

Mi hermano sonríe con tristeza mientras asiente y trata de suspirar profundo.

—Lamento lo ocurrido con el ascensor, pero ya veo que conociste a Tory. Ven Tory.

Mi hermano extiende su brazo delgado y mano huesuda hacia Tory, y un dolor sordo se apodera de mi pecho cuando veo cómo la delicada mano de Tory se posa en la enferma y pálida mano de mi hermano, y en ese preciso momento recuerdo quién es ella. Siento cómo todos los vellos de mi cuerpo se levantan y mi corazón comienza a palpitar a toda velocidad dentro de mi pecho. No puede ser, esto no puede estar sucediendo.

—Gael, te presento a mi novia, el amor de mi vida, a mi sostén y mi luz en medio de toda mi oscuridad.

Ella me mira aterrorizada y asustada.

—Mucho gusto —estira su mano y yo se la recibo, la electricidad vuelve a pasearse entre nosotros mientras nos miramos, aguantamos el tipo retirando la mirada el uno del otro.

—Victoria Evans, puedes llamarme Tory.

—Gabriel Alcalá, puedes llamarme Gael, también es un gusto para mí... por fin poder conocerte.

Volvemos a mirarnos mientras nuestras manos se separan y mi cabeza da vueltas mientras siento unos deseos enormes de vomitar. He conocido a la única mujer que podría volverme un hombre decente, pero es una mujer total y completamente prohibida para mí.

¡Maldita sea mi suerte!

Capítulo 2

—¿Estás segura de que te encuentras bien?

Los ojos angustiados de Dominic me hacen sentir peor de lo que ya me siento. No puedo y no quiero añadirle más angustias y preocupaciones, teniendo en cuenta que él ya tiene suficiente con su estado de salud.

—Estoy bien, solo fue un episodio muy corto de pánico. No te preocupes por mí, por favor —le digo mientras acaricio su rostro, invadido por una capa de sudor frío.

Dominic hizo una reservación para almorzar, citando a la familia más cercana y allegada a él. Nadie, ni siquiera yo, que soy su novia, sabe el motivo real por el cual Dominic nos citó a esta reunión familiar; parece ser muy importante y crucial para él.

Después de escuchar otra sarta de amenazas de parte de mi hermano Cameron a la administración del hotel por lo sucedido con el ascensor, nos hemos dirigido al restaurante a un espacio reservado donde solo estaremos la familia Morris. Por ese motivo, en este momento nos encontramos en este espacio amplio y hermoso con vistas a Manhattan, esperando la llegada de la única persona

que falta: Joseph Morris, padre de los gemelos Dominic y Dorian, este último (Dorian) también acaba de llegar. Igualmente, está Cameron que es un Morris, y estoy yo que no llevo el apellido pero soy hermana de Cameron por parte de madre, y novia de Dominic. Y, están ellos, Olivia y… Gabriel Alcalá.

Aún no soy capaz de mirar a Gabriel a los ojos; lo sucedido en el ascensor me ha dejado completamente exhausta y muy confusa. Todo ocurrió tan rápido, tan inesperado, casi morimos para luego tener mi ataque de pánico y… lo que pasó entre nosotros: Gabriel… me besó, o bueno, posó sus labios sobre mí y yo… lo dejé hacerlo… yo…

—Tengo que ir al baño —le digo suavemente a Dominic mientras me pongo de pie, y él asiente con ojos preocupados.

Camino hacia el baño de damas evitando a toda costa mirar hacia donde se encuentra Gabriel Alcalá, pero antes de llegar, Dorian se precipita sobre mí y me abraza.

—No puedo creer lo que me acaba de contar Cameron. ¿Estás bien?

Dorian se retira solo un poco sin dejar de abrazarme para poder mirarme… es el gemelo de Dominic, mirarlo a él es como mirar lo que podría llegar a ser Dominic si su salud se lo permitiera.

Sería un hermoso hombre de cabello castaño claro con unos brillantes ojos azules, pero la vida no se lo ha permitido, y Dominic es una caricatura comparada con su gemelo Dorian.

—Sí, estoy bien, yo… solo necesito ir al baño por un momento.

—Por supuesto —acaricia mi mejilla con el dorso de sus dedos sin dejar de mirarme fijamente a los ojos—. Sabes que cualquier cosa que necesites, solo debes pedírmelo, ¿verdad?

Asiento sin palabras para que me deje seguir mi camino. Como siempre que Dorian me toca, me siento incómoda. Sé lo que siente y quiere de mí desde… siempre, pero yo solo puedo pensar en Dominic y en que él me necesita más que a nadie en este mundo.

Sigo mi camino sintiendo la mirada de varios ojos puestos en mí. Ingreso al baño y busco mi móvil desesperadamente en mi bolso, deslizo rápidamente los contactos buscando el nombre de mi mejor amiga, acciono la llamada pidiéndole a Dios que ella hoy se digne a contestarme.

—Hola, *Piccola*, ¿cómo estás? —la voz alegre de Trizia me hace sonreír.

—¿Cuándo regresas? Llevas todo el verano por fuera.

—Guau, ¿entiendo con esto que me echas de menos? —dice entre risas.

—Sí, te extraño mucho, no te alcanzas a imaginar cuánto.

—En este momento estoy en el aeropuerto de París con maletas y todo, tratando de adelantar mi vuelo a Nueva York. En cuanto lo logre te aviso para que me recojas en el aeropuerto, ¿vale?

—Vale —gimoteo un poco—. Te quiero, Martinelli.

—Yo también te quiero, Evans. ¿Sucede algo? Te escuchas más melancólica que de costumbre.

—Solo vuelve de París, por favor, aquí te espero.

—Cuídate, nos vemos pronto —se despide mi amiga, ya menos alegre que cuando tomó la llamada. «Bravo, Tory, como de costumbre has puesto a tu amiga triste»

Me quedo mirando el móvil como si con ello hiciera regresar a Trizia de París más rápido.

—¿Cuántos amantes tienes?

Me giro en redondo al escuchar la voz de Gabriel a mi espalda; memoricé esa voz ronca y varonil en el tiempo que estuvimos en el ascensor. Pero ahora no me mira como lo hacía en aquel extraño momento de vida y muerte que tuvimos en esa caja metálica.

—¿Cómo se atreve a preguntarme algo así?

Él se acerca más a mí y su cercanía, aunque me pese en el alma admitirlo, me altera. No sé cómo describirlo: es como si una energía o una corriente cálida y sugerente se escurriera entre nosotros halándome hacia él, y tengo que reconocer que me cuesta mucho no dejarme llevar, pese a lo grosero que se está portando conmigo en este momento.

Gabriel se detiene lo más cerca que puede sin llegar a tocarme. Tenerlo tan cerca en este momento me permite detallarlo un poco mejor. Ahora que no estoy en medio de un ataque de pánico ni frente a una inminente muerte, no puedo negar que lo que alcancé a vislumbrar en aquel momento es real: él es abrumadoramente guapo, es un moreno encantador que me perturba mucho más allá de lo que quiero y deseo admitir para mí misma.

—Fingió un ataque de pánico, consiguiendo con ello que yo me acercara a usted, para luego coquetear conmigo de manera descarada. ¡Permitió que yo la besara sin conocerme! —aunque sé que gran parte de lo que dice no es cierto, no puedo evitar sentirme culpable por haber permitido que él me besara; siento que las mejillas y las orejas me arden—. Luego, Dorian por poco la besa delante de todos nosotros y la acarició como si usted le perteneciera —intento protestar ante semejante acusación, pero él levanta su

mano derecha en señal de *stop* y alza su voz para muy seguramente seguir levantando falsos argumentos sobre mí—. Y, por último, viene y se esconde aquí en el baño para llamar a su amante que está en París, para decirle que lo extraña y que lo espera. Yo creo que sí, que sí puedo atreverme a preguntárselo.

—No me conoce, no sabe nada de mí —hago el intento de esquivarlo para salir, pero interpone su cuerpo para bloquearme el paso. Sus ojos marrones se entrecierran mientras se humedece el labio inferior; he quedado alucinada de lo sexy y sugerente que se ve este hombre con ese simple gesto.

—Si yo hubiese insistido un poco más, estoy seguro de que se habría ido a la cama conmigo.

Jadeo como si me hubiese pegado un golpe en el bajo vientre. La sensación de sentirme humillada y degradada no es nueva para mí, pero hace algunos años decidí no volver a darle ese poder a nadie sobre mi vida. Por lo tanto, el insulto de Gabriel me llena de una furia tan intensa y carmesí, que sin pensarlo y por puro instinto, mi mano se estampó en su mejilla.

Sus ojos marrones e intensos se posan en mí, completamente anonadados, mientras se soba con una mano el área donde lo he abofeteado.

—El único villano en este asunto es usted, Gabriel, que se aprovechó de mi estado de vulnerabilidad para besarme. No vuelva a acercarse a mí. Amo a Dominic y no voy a permitir que usted le haga daño diciéndole toda esa sarta de mentiras respecto a mí —me acerco más a él y cuadro mis hombros; no acostumbro a comportarme así, pero este hombre se ha pasado de la raya conmigo—. El dicho dice que… «el ladrón juzga por su condición; y el que las hace… las piensa»; el demonio de mente retorcida aquí es usted, no yo.

Él parecía con ganas de decir algo más, sin embargo, lo empujé con todas mis fuerzas contra la pared y salí rápidamente del baño.

Afuera me encontré con la madre de Gabriel, que no notó mi presencia, ya que estaba medio escondida detrás de una decoración en forma de hojas gigantes, y tenía la mirada fija en la mesa donde se encontraban todos sentados hablando con mi tío Joseph Morris, que acababa de llegar.

Camino rápidamente hacia la mesa para saludar al hombre que es como un padre para mí y al que llamo tío; él al verme se pone en pie.

—Hola, tío, qué bueno que ya llegaste —me acerco, y él con una sonrisa bonachona me abraza y deposita un beso en mi mejilla.

—Tory, tan hermosa como siempre. Realmente acabo de llegar, sentémonos y miremos a ver qué es lo que quiere esta vez Dominic, está bastante misterioso —mi tío Joseph sonríe con paciencia, porque él no es capaz de negarle nada a Dominic.

Él, como patriarca de los Morris de esta reunión, se sienta a la cabecera de la mesa, mientras que Dominic y yo lo hacemos a su izquierda; Dorian y Cameron están a su derecha. Mi tío Joseph se da cuenta de que hay tres puestos desocupados.

—¿Estamos esperando a alguien más, hijo? —pregunta a Dominic.

—Sí, papá —Dominic mira hacia la puerta de ingreso muy cerca de los baños. Allí están Gabriel y Olivia Alcalá caminando lentamente hacia la mesa. Al llegar, ambos se detienen mirando fijamente a mi tío Joseph. Olivia se ve incómoda y algo asustada, mientras que Gabriel lo mira con odio y desafío.

Joseph Morris se pone nuevamente en pie y parece en *shock*, mirando a Olivia y a Gabriel alternativamente; pasa de la sorpresa y color blanco papel, al rojo casi púrpura y expresión de enojo. Dominic se pone de pie lentamente, ya sabe lo que viene.

—¿Qué están haciendo ellos aquí? —cuestiona a Dominic con los dientes apretados.

—Estoy de acuerdo con papá —interviene Dorian desde su silla —, ellos no deberían estar aquí, no hacen parte de esta familia — una mirada de desprecio se vislumbra en los ojos de Dorian al mirar a Gabriel y a Olivia.

—Me encantan nuestras reuniones familiares —susurra con entonación mi hermano Cameron, acompañándolo con una sonrisa chulesca y mirada sarcástica; se recuesta indolente en su silla mirando a mi tío Joseph y a Dorian—. Son tan «fraternales».

—¡Dorian! ¡Cameron!... —llamo la atención de ambos mirándolos a los ojos, pidiéndoles en silencio con mi mirada que no intervengan.

Mi hermano se encoge de hombros y sonríe perezosamente asintiendo, mientras que Dorian resopla poniendo los ojos en blanco.

—Papá, te dije que ellos serían mis invitados el día de hoy, y también recuerdo que te pedí que fueras amable, que lo hicieras por mí —los ojos de Dominic se enternecen y se ven decididos—. En una semana será mi cumpleaños y es probable que sea el último, quiero a mi hermano Gabriel conmigo.

—Sí, me lo dijiste, pero yo te dije que no los quería ver, esperaba que me obedecieras. Y te repito, ese chico no es tu hermano ¡No es mi hijo! —escupe Joseph con odio, lo cual me hace estremecer en mi silla.

No conozco esta faceta de «odio» del hombre que me crio como a una hija pese a que yo no lo era. Siempre he visto en Joseph Morris, además de un hombre intrépido en los negocios, a un hombre familiar y hogareño. Nos crio a los cuatro la mayor parte del tiempo solo, sin una mujer a su lado. Sabía por Dominic que mi tío no reconoce a Gabriel como su hijo, pero hoy, parece estar fuera de sus cabales viéndolo en persona.

—¡Sé que no me acepta como su hijo! —grita Gabriel con una sonrisa mordaz y con una mirada de odio tan letal y profunda, que supera a la de mi tío Joseph—. No se preocupe, yo tampoco lo acepto a usted como padre, así que estamos a mano. Mi madre y yo solo estamos aquí por Dominic y para Dominic, usted nos importa dos mierdas.

—Además de bastardo es un engreído arrogante, ¿así educaste a tu vástago, Livi? —protesta mi tío mientras Olivia se lleva una mano al pecho, muy seguramente sintiéndose completamente fuera de lugar en esta horrible reunión familiar.

—¡No le hable así a mi madre, no tiene ningún derecho!. Ni siquiera la mire —Gabriel parece a punto de írsele encima a mi tío Joseph.

Me pongo en pie para apoyar a Dominic en esta tensa reunión. Este tipo de sobresaltos no son buenos para la frágil salud de Dominic. Así que les hablo fuerte y claro:

—Estas discusiones entre ustedes no son buenas para Dominic, les pido por favor que se comporten de manera civilizada y puedan cumplir este pequeño deseo que él les pide —los miro a ambos alternativamente. Gabriel desvía su mirada de mi tío Joseph para posarla en mí, y yo tiemblo un poco; esa mirada marrón es implacable sobre mí, me mira como si quisiera descifrarme hasta los abismos más profundos de mi ser.

—Por Dios, se los pido a ambos —la voz de Dominic se oye tranquila y parsimoniosa. Sé que está cansado por estar de pie, así que lo abrazo para que se apoye en mí; no se me escapa cómo Gabriel frunce el entrecejo y deja de mirarme—. Papá, Gael, les pido que lo hagan por mí. Sé que ambos me aman, y este es mi deseo: quiero que se sienten tranquilamente y escuchen lo que tengo que decir. Si no fuera importante, si no fuera de vital importancia lo que

diré a continuación, no los hubiese reunido teniendo en cuenta que nunca han querido verse ni conocerse.

Mi tío Joseph resopla mirando de manera algo extraña a Olivia, a quien ha llamado Livi. Él la detalla más de lo estrictamente necesario mientras se sienta. Es una mujer muy guapa, pese a estar rondando posiblemente los cincuenta. Se ve muy bien cuidada y tiene el cuerpo de una mujer joven. Puedo decir lo mismo de mi tío Joseph, yo lo pincho de vez en cuando sugiriéndole que consiga una novia, ya que lo tendría muy fácil porque se parece rotundamente al actor Brad Pitt.

Olivia se sienta a mi lado y yo le sonrío para darle ánimo. Ella me devuelve la sonrisa y puedo darme cuenta de que Gabriel se parece muchísimo a su madre: ojos marrones, cabello negro y el tono bronceado de la piel. Pero los gestos y ademanes de Gabriel, junto con algunas expresiones de su mirada, su forma de caminar y esa forma de pararse para dar frente a los problemas, indiscutiblemente son las de un Morris.

Gabriel se sienta al lado de Cameron, quien le sonríe y le dice algo en baja voz que hace reír a Gabriel en voz alta. Le da la mano a Cameron y ambos se miran con complicidad. Creo que ese par se van a hacer muy buenos amigos.

—Gracias, papá, gracias, Gael, por hacer esto por mí —Dominic nos mira a todos desde su silla y parece pensar muy bien sus siguientes palabras—. Como todos saben, yo he sido una persona muy frágil de salud casi desde mi nacimiento, y con los años mi salud se ha ido deteriorando más y más. Hace dos meses el equipo médico que hace seguimiento a mi estado de salud comenzó a ver unos resultados… no favorables en mis análisis de sangre…

—¿Cómo es que yo no estoy enterado de esto? —reclama mi tío Joseph, arrancando la misma pregunta de mis labios porque yo tampoco lo sabía.

—Por favor, déjame terminar, papá —mi tío se ve angustiado, pero decide dejarlo continuar—. Yo se los pedí, le pedí al equipo médico que no te dijeran nada hasta saber exactamente qué tenía. Solo hasta hace una semana pudieron establecer a ciencia cierta mi real estado de salud y por eso los reuní, para decirles que… estoy en mis últimos meses de vida y no quiero de ninguna manera hacerme ningún tipo de tratamiento.

—¡¿Qué?! —no pude evitar gritarlo—, eso quiere decir que sí hay tratamiento.

—Sí —dice simplemente Dominic—, pero no quiero, ya no quiero hacerlo más, estoy muy cansado y solo quiero disfrutar el

tiempo que me queda con los que amo.

—¡Si hay tratamiento, lo harás! —concluye mi tío con voz fuerte y de mando, como si fuese un decreto del que nadie puede escapar.

Dorian se pone de pie y me preparo; ya sé lo que dirá y caerá como lava de volcán encima de todos nosotros.

—Me imagino que el tratamiento tiene que ver conmigo por ser tu gemelo, ¿verdad? ¿Tendré que darte más de mi sangre? O… ¿en esta ocasión necesitarás otro pedazo de mi hígado? —la mirada rencorosa y de desprecio de Dorian hacia su gemelo hace humedecer los ojos de Dominic, lo cual frunce mi corazón de dolor por él. Dorian abre los ojos y levanta su dedo índice con expresión de caer en la cuenta de algo—: No, creo que lo que necesitas de mí es el único riñón que me queda por tu culpa, y por eso has dicho que no quieres tratamiento. Nuevamente te pregunto a ti, Dominic, que eres mi gemelo, y a ti, que eres mi padre: ¿Quién creen que soy yo? ¿El donante universal de órganos de Dominic?

La mesa entera se pone en pie y todos hablamos al mismo tiempo, la voz de Gabriel sobresale.

—¡Dominic, no me hiciste venir para esto, ¿verdad?! ¡¿Para verte morir sin luchar?!

Tío Joseph golpea con ambas palmas la mesa con fuerza, en un golpe seco que hace sonar la vajilla y la cubertería dispuesta en la mesa. Este estruendo hace que todos hagamos silencio.

—¡Te repito, si hay tratamiento lo harás! —vocifera mi tío mirando con contundencia a Dominic—, y si el imbécil de Dorian no quiere ayudar a su gemelo, estoy seguro de que alguno de tus primos Morris, de los cuales hay muchos por todo el planeta tierra, se ofrecerán, porque todos los que te conocen te aman, Dominic.

—Yo no, yo no lo amo —confirma Dorian con una mezcla entre el dolor y el resentimiento. Dominic cierra los ojos fuertemente, logrando que dos lágrimas se deslicen por sus mejillas. La mirada recriminatoria de todos los de la mesa cae sobre Dorian—. Y, en realidad, sé que no es tu culpa, Dominic, pero no puedo evitar odiarte por sentirme usado desde que tengo memoria para mantenerte vivo. Me alegra enormemente que por fin hayas comprendido que no hay nada más que hacer en tu situación, y que lo único que puedes hacer es dejarte morir.

—¡Dorian! —gritamos al unísono Joseph y yo, mientras Cameron agarra a Gabriel de los hombros ya que lo ve dispuesto a golpear a Dorian.

—No quiero estar un segundo más aquí, porque sé que de alguna manera me convencerán de seguir contribuyendo al Frankenstein en el que se ha convertido mi gemelo a mi costa.

Dorian sale como un ventarrón, tumbando la silla detrás de él. Su salida ha dejado un vago resquemor en el ambiente y en nuestros corazones.

—No puedes hacerme esto, Dominic, siempre has luchado —le digo en voz baja mientras todos siguen hablando al mismo tiempo.

—No voy a hacerlo más, Tory, si es la voluntad de Dios que muera, eso haré.

Gabriel se acerca a Dominic y lo gira suavemente para cogerlo de los bíceps. Su mirada se ve horrorizada además de triste.

—¿Cómo es posible que nunca me hayas dicho que necesitabas algo de mí como tu hermano? Yo hubiese venido a darte mi propia vida si fuese necesario.

Sus palabras me conmueven, se ve tan sincero, mira con tanto amor a Dominic.

Las manos huesudas de Dominic se posan en los hombros de Gabriel.

—Con un hermano que me deteste es suficiente. No quiero que termines odiándome como Dorian por tener que entregarme parte de su vida, para que yo viva —los ojos de Dominic se ven llenos de dolor y muy acuosos.

—Jamás haría algo así —le contesta Gabriel apretando los dientes—. Además, tú has salvado mi vida de todas las maneras que una persona pueda llegar a ser salvada. Ahora me toca a mí.

—¡¿Pero de qué demonios hablan?! —le grita Joseph a Gabriel —, jamás serán compatibles en nada porque no eres mi hijo.

Gabriel respira profundo soltando a Dominic y acercándose a mi tío Joseph, quedando prácticamente a una nariz de distancia. Creo que todos tememos por un enfrentamiento a las manos entre ellos dos.

—Seguiré sin ser su hijo así todos los exámenes médicos digan lo contrario, no se preocupe. No me interesa estar ligado a usted, solo quiero ayudar a Dominic.

—De todas maneras —aclara Dominic pasando su brazo delgado por los hombros de Gabriel—, no lo voy a hacer. Solo quiero pasar tiempo con el único hermano que me ama, porque a Dorian lo

perdí a través de los años —una mirada tierna se aloja en los ojos de Dominic mientras mira a Gabriel—. Ven conmigo, Gael, tú y Olivia vengan conmigo, a mi piso.

—¡Dominic!... —le advierte Joseph.

—Si no me dejas llevarlos a mi piso, rentaré una habitación en este hotel y me quedaré aquí con ellos.

—Sabes que no puedes, tu salud, tus cuidados especiales con enfermeros… —mi tío Joseph comenzaba a verse muy abrumado y yo empecé a temer por su corazón, ya había tenido un infarto hace algunos años atrás.

—Me lo traeré todo para este hotel, quiero estar con Gael, compartir con él lo último que me queda de vida.

Mi tío Joseph suspira mientras caigo en la cuenta de que todos están en silencio; las discusiones continuas de Gabriel, tío Joseph y Dominic dominaban el ambiente, que cada vez era más y más tenso.

—Está bien, que se queden con nosotros en la Morris Tower, pero con una condición.

—Papá… —se queja Dominic respirando con algo de dificultad, lleva mucho tiempo de pie y son demasiadas emociones fuertes en un solo día.

—Quiero que el doctor Mitchell nos visite y nos informe a todos qué es lo que tienes, y cuál sería el tratamiento.

—No voy a hacerme ningún tratamiento —protesta nuevamente Dominic.

—Solo dejaré entrar a Gabriel y a su madre a nuestras vidas con esta condición.

—Tu padre tiene razón, Dominic —dice Gabriel, sorprendiéndonos a todos. Ha hablado sin mirar a mi tío y abrazando a Dominic, y este último se apoya en él suspirando, ya no podía estar más en pie y Gabriel lo ha notado. Gabriel sigue hablando sin mirar a mi tío Joseph—. Yo tampoco iré a vivir contigo si no permites que nos informen qué es lo que tienes y qué podemos hacer.

Increíblemente y aunque se odian, se han puesto de acuerdo tácitamente para dejar en jaque a Dominic. Parece ser que es lo único que tienen en común mi tío Joseph y Gabriel: «aman a Dominic».

—Muy bien, papá, dile al doctor Mitchell que nos visite, pero de antemano les aclaro a los dos: nada, absolutamente nada de lo que digan hará que yo acepte un nuevo tratamiento. Así resulten compatibles conmigo todos mis primos o el mismo Gael, no lo aceptaré.

—Ya lo veremos, hijo —amenaza porfiado mi tío Joseph.

—Me muero de hambre —protesta mi hermano despatarrado en su silla—. Ya que ha terminado el drama sin fin de esta familia, ¿podremos almorzar en paz o debemos esperar otro *round*?

Mi hermano nos sonríe a todos esperando una respuesta, mientras nos sentamos uno a uno mirando el menú del restaurante con ganas de absolutamente todo, menos de comer.

Capítulo 3

Pude mantenerme alejada y fuera del campo de visión de Gabriel el resto de la tarde mientras almorzábamos y nos desplazábamos la Morris Tower. Aún no había tenido tiempo de poder pensar y asimilar lo que me había pasado con él.

Saber que Dominic tenía planeado que ellos se quedaran con nosotros en la Morris Tower, me puso más tensa y preocupada de lo que ya estaba, y más aún cuando supe que compartiría mi piso con la madre de Gabriel. Eso se traducía a que me encontraría con él en más ocasiones de las que yo me quería permitir verlo.

La Morris Tower es uno de los rascacielos más altos de Manhattan que se encuentra ubicado en la Quinta Avenida, muy cerca del Central Park. En los primeros pisos se encuentran las oficinas de Morris Enterprises, y en los últimos pisos se encuentran nuestros apartamentos.

Ingresé a mi piso con la madre de Gabriel y comencé a llevarla por un recorrido rápido para que conociera su nuevo hogar mientras durara su estadía en Nueva York. La señora Olivia Alcalá miraba asombrada todo a su alrededor: el amplio y abierto vestíbulo, el

salón, la cocina, la zona de entretenimiento, la biblioteca, las escaleras que llevaban a las habitaciones, los ventanales que daban una vista única al Central Park y permitían también un vistazo a la Quinta Avenida.

—Es… increíble este apartamento… o piso, como le llaman ustedes. Gael y yo vivimos en uno muy lindo y bastante moderno en Bogotá, pero esto… esto es otra cosa.

—Me alegro de que le guste, señora Alcalá.

—Llámame Livi, por favor. En el país y la cultura de donde vengo no acostumbramos a ser tan formales —me corrige con una hermosa sonrisa que me recuerda a la de su hijo—. ¿Dónde se quedará Gael?

—Él estará en el piso de arriba con Cameron, mi hermano. Usted se quedará en este piso conmigo. En el piso debajo de este se encuentran Dominic y mi tío Joseph, y debajo de ellos está el piso de Dorian.

—¿Todos viven en este edificio? —Livi se ve muy asombrada.

—Sí, desde la pandemia. Cameron y Dorian no vivían aquí, pero mi tío Joseph prácticamente los obligó a mudarse. Quería tener a toda su familia concentrada en un solo lugar para controlar los contagios. Además, tenemos las oficinas de Morris Enterprises en

este mismo edificio, lo que facilitó en gran manera nuestro trabajo en medio de toda la locura que fue la pandemia para Nueva York.

—Lo de vivir juntos es muy paternal… viniendo del Joseph Morris que yo conozco —unos ojos oscuros llenos de tristeza me observan.

Yo también conozco bastante bien a mi tío, y su actitud osca y nada cordial hacia Olivia y Gabriel me tiene muy desconcertada. Cuando me enteré de la existencia de Gabriel hace algunos años, yo le creí a mi tío cuando nos dijo que él no era su hijo, que de serlo habría respondido por él. Pero ahora, después de conocerlo, no me cabe la menor duda de que es hijo de mi tío Joseph Morris. Esa extraña y tensa situación entre ellos me lleva a especular que lo ocurrido entre mi tío Joseph y Olivia debió ser algo muy, pero muy grave, a tal punto que mi tío niega con rotundidad la paternidad de Gabriel.

—Sí, realmente ha sido un buen padre para todos nosotros —no quería entrar en una conversación tan íntima con alguien que acababa de conocer—. Livi, ¿le apetece un té o un café?

—Un café estaría bien, Tory.

Ella se sienta en una butaca de la encimera mientras yo pongo la cafetera con café de su tierra, Colombia.

—Dominic está tan feliz de verlos —le aseguro mientras prendo la cafetera.

—Y nosotros a él. No tienes idea de cómo amo a ese chico. Dominic no solo salvó a Gabriel, también me salvó a mí.

La miro sin entender y me muero por preguntarle, pero me muerdo el labio inferior reprimiéndome. Dominic ha sido muy celoso y reservado con respecto a la información de su hermano y de la familia de este. Solo sabía de Gabriel que era un supuesto hijo no reconocido de mi tío Joseph que vivía en Colombia, y que Dominic lo ama con todo su corazón. Nunca quiso darme más detalles, y mi curiosidad nunca pudo ser saciada ya que Dominic no tiene redes sociales, las detesta, así que nunca pude averiguar nada del asunto.

Le paso la taza de café y ella comienza a saborearlo mientras me observa.

—Por tu cara, asumo que no sabes nada sobre nosotros —concluye Livi con una sonrisa relajada—. Es igual para mí y Gael; no sabemos mucho sobre ustedes. Creo que fue una promesa que se hicieron mutuamente cuando se conocieron, de construir una relación basada solo en Gabriel y Dominic.

—Debió de ser así, porque efectivamente, Dominic ha sido muy hermético.

Livi y yo nos sonreímos con mi conclusión, ella termina de tomarse el café y se pone en pie.

—Quisiera ducharme, cambiarme y dormir un poco. Gael y yo no hemos dormido mucho desde que decidimos venir a Nueva York, y estoy realmente muy cansada.

—Claro, por supuesto, sígame por las escaleras y le indico.

Livi entra a su habitación y se va directa a los ventanales. Puedo notar que le gustan mucho las vistas al Central Park.

—Esta será su habitación. Aquí a la derecha está el baño; allí encontrará toallas y un albornoz. Su equipaje y el de su hijo no tardarán en traerlo del hotel. La habitación que está en diagonal a esta es la mía, y al fondo está la habitación de mi mejor amiga, Trizia. Ella también vive conmigo desde la pandemia, y no la he podido echar.

Le digo entre risas y ella hace lo mismo.

—Lamento ser una intrusa.

—Para nada, Livi. Ahora mi amiga está de viaje; cuando llegue, se la presentaré y estoy segura de que las tres conviviremos sin ningún inconveniente.

—Gracias —ella se acerca y me abraza, lo cual me coge por sorpresa. Luego se retira un poco—. Lo siento, más costumbres de

mi tierra; solemos ser muy cariñosos y demostrativos.

Sus palabras me hacen recordar mi tiempo con su hijo en el ascensor. Una oleada de calor sube desde mi vientre, expandiéndose por todos mis miembros hasta cubrir mi rostro, el cual me arde.

—Que descanses, Livi.

—Gracias, Tory.

***

Decidí hacer lo mismo que Livi: me duché y me cambié por ropa más cómoda para ir a visitar a Dominic. Él debería estar durmiendo por el ajetreo de hoy; sin embargo, deseaba bajar a su piso para verlo y estar segura de que todo estaba bien con él. Busco en el salón mi móvil antes de salir y escucho como el ascensor se abre.

—Hola, Tory —me dice Dorian mientras baja los tres escalones de parqué que separan el vestíbulo de mi salón. Yo no puedo estar más que asombrada de que él haya podido ingresar a mi piso con su tarjeta de acceso.

—Hola, ¿qué haces aquí?

—Siento mucho entrar a tu piso de esta manera, pero necesitamos hablar.

—Podrías haberlo hecho llamándome —le muestro mi móvil—, o mañana en mi despacho.

—Lo que vengo a decirte es personal y no puede esperar.

Él se acerca y yo retrocedo un paso; no me gusta estar cerca de Dorian.

—Quiero decirte que en esta ocasión, por más que supliques, por más que llores o me lo pidas, no voy a ayudar a Dominic. Ya no lo haré, «nunca más».

La entonación con dientes apretados de sus últimas palabras resaltaba su decisión inamovible de no querer ayudar a su gemelo. Trato de encontrar en la mirada de Dorian algo de la humildad y sencillez que un día podía vislumbrar en ella, la que nos llevó a ser los mejores amigos, pero definitivamente ya no había nada. En el camino tanto Dominic como yo lo habíamos perdido.

—Lo dejaste muy claro hoy en el almuerzo, no era necesario el recordatorio.

Los ojos azules, apasionados y peligrosos de Dorian aterrizan en mi rostro, y como siempre, me preparo para sus palabras filosas, agudas y destructivas.

—Tú siempre tienes la habilidad de convencerme; sabes que te amo y que haría cualquier cosa por ti, así que creo que te has

aprovechado de eso en varias ocasiones a favor de Dominic.

Golpe bajo, pero no me atreví a refutar nada de lo que dijo para evitar la discusión que él quería iniciar conmigo, la cual traería más palabras ponzoñosas de su parte que al final carcomerían con dolor mi corazón; no estaba dispuesta a ir allí, no hoy, no en este momento. Retrocedo otro paso.

—Sabes que amo a Dominic, y siempre haré lo que esté en mi mano para ayudarlo.

—Pero pronto él ya no estará, y tú y yo tendremos una oportunidad.

La bilis parece esparcirse en mi paladar.

—Ya hemos hablado de esto antes; entre tú y yo no habrá nunca una oportunidad. Con o sin Dominic, no la habrá.

Él me agarra de los bíceps y toda su expresión me hace temer por mi integridad; se ve muy ofendido.

—Yo sé que sí podemos, y tú, en el fondo también lo sabes, Tory.

—Suéltame —le digo calmadamente y tragando grueso, tratando de soltarme de su agarre.

—Déjame amarte, Tory —sus ojos, iguales a los de Dominic, son vehementes y agudos—. Dame una oportunidad —me acerca

más a él y yo empiezo a pegarle en su pecho con mis manos hechas puños.

—Pero… ¿qué te pasa? Suéltame.

—Por favor, Tory, sé que quieres —Dorian comienza a acercar su rostro al mío y noto un vago olor a alcohol.

—¡Te digo que me sueltes! —prácticamente le estoy gritando mientras sigo golpeando su pecho. El alivio recorre todo mi cuerpo cuando siento el sonido de apertura del ascensor, ojalá sea mi hermano.

—En mi tierra, una petición de esa clase es obedecida de inmediato. ¿Para un neoyorquino como tú eso no es posible?

Mis ojos se posan en la figura erguida y varonil de Gabriel Alcalá. Él tensa la mandíbula y aprieta los puños al tiempo que mi hermano Cameron se le para al lado, con un aura igual de furiosa que la de Gabriel.

—¡Mi hermana te ha dicho que la sueltes!

Dorian obedece y abre sus manos en señal de *stop*, pero mi hermano lo agarra de las solapas de su chaqueta.

—¿Qué haces aquí, imbécil? Tu tarjeta no está autorizada para este piso, mi tío te restringió.

Gabriel se acerca a mí y me observa con gran preocupación.

—¿Estás bien? —pregunta cogiéndome suavemente de los hombros. Sus ojos me fascinan, me hechizan. No sé cómo hace para llenarlos de dulzura e intensidad al mismo tiempo. No sé qué voy a hacer con este hombre; es un peligro para mí.

—Sí, gracias —le confirmo mientras me abrazo a mí misma. Trato de entender qué es lo que siento cuando él me toca; es una avalancha de deseos y de anhelos totalmente desconocidos para mí, jamás me había sentido así con nadie. No puedo sentir estas cosas, tengo novio y él me necesita.

Sus ojos, que evaluaban mi estado general, se posan en mi rostro. Un calor florece en mi pecho y se expande. Se ve genuinamente preocupado y la ternura inconmensurable de sus ojos me hace desear y sentir las cosas más inverosímiles: me siento segura, protegida, lo cual me hace desear acercarme y poner mi cabeza en su hombro como lo hice en el ascensor.

—¡Suéltame, grandísimo animal! —grita Dorian devolviéndome a la realidad y sacándome del hechizo en el que me envuelve la presencia y el toque de Gabriel.

—¡Cameron! ¡Dorian!, por favor —me acerco a ellos—, no más peleas —en el pasado ambos ya se habían ido a los golpes y quería evitarlo a toda costa.

Cameron parece no escucharme, así que se lo lleva casi a rastras cogido de las solapas de su chaqueta hasta el ascensor, seguido de cerca por Gabriel, que oprime el botón de llamada del ascensor.

—¿En qué idioma tengo que decirte que no te acerques a mi hermana? ¿Cómo te hago entender que ella no quiere tus molestas atenciones? ¿A los golpes? —Dorian se sacude, pero mi hermano es más alto y fuerte, así que no lo consigue—. ¿Cómo es posible que andes detrás de la novia de tu hermano moribundo?

—¡No hables así de Dominic! —me quejo, pero Cameron sigue sin oírme.

—Esto es entre Tory y yo, nadie debe meterse —Dorian vuelve a sacudirse mucho más enrabietado, pero sigue sin poder zafarse del agarre de mi hermano.

El ascensor se abre y Cameron tira a Dorian dentro de él.

—Si te vuelvo a ver cerca de mi hermana, te partiré la nariz y te sacaré por la boca el único riñón que tienes con mis propias manos —la mirada verdosa de mi hermano parece relampaguear contra Dorian.

—Y yo le ayudaré —concluye Gabriel suavemente, sonriéndole con indolencia a Dorian.

Parece que Gabriel es tan belicoso como mi hermano y busca pelea con o sin motivo.

Los ojos de Dorian se posan salvajes sobre Gabriel mientras pone su mano para evitar que el ascensor cierre sus puertas.

—¿Quién demonios te crees para hablarme así? No eres nadie, eres solo un bastardo de un país tercermundista. Y tú, Cameron, vete con tus amenazas a otra parte, solo eres un perro rabioso, ladras y ladras, pero no muerdes. Escucha muy bien mis palabras: cuando Dominic muera, me convertiré en tu cuñado, quieras o no. Ella sabe que así será.

Cameron y Gabriel parecen querer entrar en el ascensor para golpearlo, pero este se cierra.

Mi hermano se gira para mirarme.

—Nunca he podido entender por qué él siente que tiene derechos sobre ti. Ya le dije a mi tío que lo saque de la Morris Tower, pero parece no entender la amenaza que es ese hombre para ti, está obsesionado contigo —Resopla—. Aún no me puedo creer que haya conseguido quitar el bloqueo a tu piso.

—Cálmate, Cameron —trato de apaciguarlo mientras me aproximo a él.

—Vámonos de la Morris Tower —Cameron me abraza y me mira suplicante—. Te lo he pedido infinidad de veces, vámonos a vivir al piso que tengo en Park Avenue. Estar aquí no te hace bien: Dominic está enfermo del cuerpo y Dorian de la cabeza, vaya par de dos que te has agenciado.

—No puedo dejar a Dominic, y menos ahora. Y con respecto a Dorian, creo que exageras.

Cameron me observa con asombro mientras me suelta.

—A Dominic puedes venir a verlo cuando quieras sin necesidad de vivir aquí. Y no estoy exagerando con respecto a Dorian, no quiero empezar a gritar delante de Gabriel todas las cosas raras que ese hombre hace para estar cerca de ti.

Mi hermano parece recordar que Gabriel está allí observándonos.

—¿Sabes? —exclama mi hermano, mirando a Gabriel y soltándome—, espero que tú no me salgas con la misma locura de Dorian. Ahora que lo recuerdo… tú tenías a mi hermana muy apretadita contra ti cuando llegué al ascensor de la muerte en el hotel.

Yo jadeo por la sorpresa de sus palabras, pensé que nadie nos había visto.

—Cameron, no quería decírtelo, pero tuve un ataque de pánico, Gabriel solo me estaba ayudando.

—¡¿Qué?! —el colmo invade su guapo rostro—. ¿Cómo es posible que no me contaras algo así?

—No pude hacerlo, tú para variar te comportaste como un troglodita amenazando a todo el mundo en ese hotel, y después nos fuimos al restaurante.

—Eso es verdad —concuerda Gabriel con una pequeña sonrisa.

—Ey, no te burles de mí, no soy ningún troglodita —protesta Cameron, queriendo ocultar una vaga sonrisa en sus labios—. Ya puse al tanto a los abogados de la firma Morris para entablar la demanda a la que haya lugar contra ese «hotelucho».

Gabriel levanta las manos y muestra sus palmas.

—Está bien, no quiero pelearme contigo, no quiero que me demandes.

Cameron sonríe.

—Gracias por ayudar a mi hermana —dice Cameron acercándose a Gabriel y golpeando juguetonamente su hombro—. Ella… no soporta estar encerrada.

Gabriel me mira y parece estar recordando lo que yo misma ya le había dicho sobre los espacios encerrados.

—No te preocupes, lo hice con mucho gusto.

Mi hermano suspira y tiene apariencia de estar rebobinando, sus cristalinos ojos verdes me alcanzan.

—Tory, vinimos porque Gabriel quiere hablar con su madre.

—Oh, ella está en su habitación descansando, me dijo que su viaje había sido muy agotador.

—Sí, es verdad —asegura Gabriel sin dejar de mirarme abiertamente—, desde que Dominic nos invitó a venir a Nueva York, ella tuvo que viajar mucho más que yo; estaba en Italia y viajó sin parar.

—Guau, en verdad ha sido un largo viaje para ella. En ese caso, no debí dejarla dormir; el *jet lag* va a patearla.

Ambos nos sonreímos y empiezo a sentirme... muy feliz. Tal vez ya se dio cuenta de que me juzgó a la carrera y sin motivos.

—Ella está acostumbrada a esos trastornos de cambios de horario, por sus giras.

—¿Giras? —pregunta Cameron.

—Sí, es la directora de una escuela de danza moderna; estaban de gira en Italia.

Ahora entendía ese cuerpo escultural de Olivia Alcalá.

—Tu madre —le digo sonriendo—, es una mujer encantadora. Se sentó tranquilamente a tomarse una taza de café mientras conversábamos un rato.

—Así es mi madre, es una mujer maravillosa —contesta Gabriel sonriendo un poco, y nos quedamos mirándonos mientras nos sonreímos como tontos el uno al otro.

Cameron carraspea.

—¿Qué les parece si nos tomamos unas bebidas y —Cameron nos mira alternativamente con una sonrisa sospechosa en sus labios —, nos cuentas un poco más sobre ti, Gabriel? La verdad es que Dominic siempre ha sido muy cauto en todo lo que tiene que ver contigo. Y, yo, la verdad, quiero saber todos los detalles escabrosos de tu vida, ya que vas a vivir conmigo.

Gabriel se ve divertido con las bobadas que dice mi hermano.

—No tengo problema, pero lo primero que deben saber de mí es que me gustaría que me llamaran Gael; y, lo segundo, es que soy un adicto en rehabilitación. Por lo tanto, no bebo bebidas alcohólicas y tampoco fumo, nada que pueda fumarse.

Un silencio de unos segundos dominó el ambiente. Algo de ello me había dicho Gabriel en el ascensor, pero mi hermano estaba digiriendo ese pequeño pedazo de información que no encajaba para

nada con él, ya que mi hermano fuma y bebe haciendo honor a su fama de crápula.

—Por supuesto que te ayudaremos con eso —le contesto—. ¿Qué tal un cóctel de café sin alcohol?

Él me sonríe y vuelvo a ver lo que vi en el ascensor: unos brillantes y tiernos ojos marrones combinados con una sonrisa de perdonavidas. Esa sonrisa me hace respirar profundo debido a un aleteo incontrolable que se aposenta en medio de mi pecho.

—El cóctel de café me parece genial, pero ustedes pueden beber a mi alrededor si les apetece. Llevo muchos años rehabilitándome.

—No sabes el alivio que siento —suspira Cameron abriendo grandemente esas piedras esmeraldas cristalinas—. Vas a vivir conmigo y yo bebo y fumo como un descocido, pero hoy, por ser nuestro invitado, te acompaño con el cóctel de café.

Preparé el cóctel de café sin alcohol para los tres y los llevé al salón, donde ellos los recibieron y comenzaron a saborearlos. He notado que Cameron y Gabriel parecen llevarse muy bien desde el inicio, lo cual no es muy propio de mi hermano Cameron. Mi hermano suele ser bastante presuntuoso y engreído la mayor parte

del tiempo, y más con los desconocidos, pero por alguna razón Gabriel le ha caído bien.

—Entonces, Gael, cuéntanos un poco de ti —lo anima mi hermano mientras yo me siento frente a Gael en un sofá abullonado con mi propio cóctel—, sobre todo esa parte peliaguda por la cual mi tío no te quiere reconocer como su hijo. ¿En realidad eres hijo de mi tío Joseph?

—¡Cameron!, no seas grosero —siento vergüenza ajena, no sé por qué me sorprende. Este es el Cameron que tengo que padecer todos los días de mi vida, sin filtro mente-boca.

Gabriel suelta una carcajada alegre, preciosa, desinhibida y se ve guapísimo. Se reclina un poco hacia adelante con la bebida entre las manos y los codos en sus rodillas mientras mira a Cameron sonriendo.

—Eso dice mi madre y yo le creo. Ella nunca miente, y nos ha enseñado ese valor a mi hermana y a mí, aunque… mi hermana Camila es cuento aparte, es todo un personaje, es una chica muy poco convencional.

—No me jodas ¿En serio? —pregunta Cameron con esa sonrisa seductora—. ¿Cuándo me la presentas? Las chicas así son mi tipo.

Gabriel lo mira frunciendo un poco su frente.

—Hace algunos meses no hubiese querido presentarte a mi hermana, porque a todas luces eres un mujeriego —se sonríen el uno al otro—. Pero hoy, daría todo lo que soy y todo lo que tengo para que el corazón de mi hermana fuese libre, y poder presentártela.

—¿Enamorada del hombre equivocado? —pregunto interesada por este tema. Sus ojos marrones se han nublado con tristeza mientras vuelve a recostar su espalda en el mueble.

—Sí —me mira fijo y con dolor—. Completa, total y absolutamente equivocado.

Oímos el ascensor abrirse y todos nos ponemos en pie, después de lo sucedido es imposible que Dorian haya querido regresar.

—Mataré al capullo —escupe Cameron asumiendo que es Dorian.

—Te ayudo a enterrarlo —confirma Gabriel.

Me quedo con la boca abierta mirándolos alternativamente. No llevan ni un día de conocerse y se han amangualado como si fuesen amigos de toda la vida.

Del ascensor sale la inigualable y esplendorosa Trizia, mi mejor amiga, con su cabello y ojos negros como ala de cuervo, y con la

indumentaria propia de una de las diseñadoras de moda más reconocidas de Nueva York.

Cameron sonríe.

—¡Martinelli! Nunca dejarás de ser el orgasmo visual de los neoyorquinos.

Gabriel posa sus ojos en ella mientras Cameron corre hacia Trizia, la alza en brazos y la llena de besos en la frente y rostro mientras Trizia chilla como una loca diciéndole cantidad de improperios en italiano.

Gabriel se gira para mirarme.

—¿Ella es con quien hablabas en el baño del restaurante? —pregunta en voz baja.

—Sí, es mi mejor amiga, Patrizia Martinelli.

Gabriel cierra los ojos mientras pone las manos en su cintura exhalando todo el aire de sus pulmones.

Capítulo 4

—Soy un capullo integral, lo siento, Tory —susurra aún con los ojos cerrados.

—No te preocupes por eso, ambos estábamos muy alterados. Vivimos unos momentos espantosos en ese ascensor.

Los párpados de Gabriel se levantan y tengo que reconocer que esos ojos color chocolate intenso son los más expresivos que he conocido en toda mi vida. Lo que pasa dentro de él, sus ojos lo muestran sin ningún tipo de restricción; el arrepentimiento es palpable en toda su expresión.

—Te traté horrible, levanté juicios sobre ti sin conocerte. No sabes cuánto lo siento, por eso y por... lo que pasó entre nosotros en el ascensor.

Me enderezo un poco y trato de tomar aire, ya que el recuerdo de esos momentos tan íntimos entre nosotros aún no había podido descifrarlos para poder darles un nombre.

—No quiero hablar de eso —traté de que mis palabras salieran con contundencia, pero mi voz salió entrecortada y asustada.

—Creo que por el bien de ambos, en algún momento debemos hablarlo, aclararlo para poder seguir adelante, debemos hacerlo por Dominic.

No estaba segura de querer hablar con él de lo que nos pasó a ambos en ese ascensor. No iba a exponerme a decirle lo que él me hacía sentir pese a mis sentimientos por Dominic. No había ninguna explicación plausible o coherente para mi comportamiento tan indigno. Dominic no se merecía que yo me hubiese comportado de esa manera.

No la escuché llegar, solo sentí los brazos de Trizia halándome para envolverme apretadamente contra ella mientras ambas pegamos unos gritillos de emoción por estar juntas nuevamente. Llevaba tres meses por fuera, y en esta ocasión la he extrañado muchísimo más que en sus anteriores viajes.

—Te he traído unos regalos fantásticos, sé que te van a encantar —dice Trizia mientras me suelta.

—Mi mejor regalo es que estés aquí. No sabes cuánto te he extrañado, Trizia.

Nos damos un par de besos en las mejillas y la atención de Trizia se desvía hacia Gabriel.

—Gael, te presento a Trizia Martinelli —la voz de mi hermano se oye detrás de mí.

Los grandes ojos negros y rasgados de Trizia miran a Gael maravillada. Dios mío, le gusta lo que ve, conozco a mi amiga y sé que Gabriel la ha impactado.

—Hola, mucho gusto, Gabriel Alcalá, puedes llamarme Gael —él le extiende su mano.

Mi amiga le entrega la suya con una manicura perfecta, mientras sus generosos y sexis labios pintados de rojo pasión le lanzan una sonrisa traviesa.

—Patrizia Martinelli, Trizia para ti.

—No sé si en ese «pueblucho» de donde vienes conozcan la Casa de Modas Martinelli —pincha Cameron a Gael con una sonrisa malévola—. Me extrañó muchísimo que no hayas llegado con taparrabo o un pasamontañas.

Una mirada supuestamente ofendida de Gabriel es lanzada hacia Cameron, pero estoy segura de que no es así.

—En mi «pueblucho», aunque no lo creas, existen algunas de las mejores marcas del mundo. Y las que no, podemos pedirlas por la Web para que sean entregadas en la puerta de mi casa. Y sí, he escuchado sobre Martinelli: ropa elegante de mujer.

—«Martinelli» es la marca de mis padres, yo tengo mi propia marca: «Trizia Martinelli», y también es de mujer, pero sobre todo para mujeres jóvenes, frescas y atrevidas, como yo.

—«La princesa del *Boho Chic*» —digo con orgullo el mote que mi amiga se ha ganado a pulso, sudor y lágrimas—, así es conocida Trizia aquí en Nueva York.

Gabriel la observa de pies a cabeza, y yo siento un vago vacío y resquemor en mi estómago que, si no fuera posible, diría que son celos.

—Nadie podría negar que eres una digna representante de tu marca. No soy un experto en moda —asegura Gabriel aun evaluándola—, pero todo lo que llevas puesto... guau, es una combinación de colores muy arriesgada, pero lo has sabido plasmar sobre ti con mucho cuidado, y muy bien pensado.

—¿En qué trabajas? Me gusta la evaluación rápida que acabas de hacer a lo que Trizia lleva puesto —le pregunta Cameron y se ve realmente interesado.

—Soy el CEO de mi propia empresa de marketing y publicidad en Colombia —la respuesta de Gael se oye un tanto orgullosa y presumida.

Cameron abre los ojos asintiendo y guardando más información sobre Gabriel, igual que yo. Con cada cosa que dice de él mismo voy construyendo quién es realmente el hermano adorado de mi novio Dominic.

Trizia se acerca a él y... sé lo que viene y no sé cómo impedirlo. Los delgados brazos de mi amiga se enredan alrededor del cuello de Gabriel. Él se tensa un poco, pero la deja continuar con sus sutiles maniobras mientras nos mira de reojo a Cameron y a mí alzando una ceja en busca de alguna explicación por nuestra parte. Lo único que encuentra es una carcajada burlesca de Cameron.

Los labios de Trizia pintados de rojo pasión se posan sobre los de Gabriel en un beso sensual de toque de labios, para después pasar con lascivia su lengua sobre los labios carnosos de Gabriel. Me tapo la cara con mis manos y otra vez siento vergüenza ajena combinada con un deseo espantoso de separarla de él. No quiero ahondar mucho en el hecho de que no quiero que lo toque. Pero esta es Trizia, tengo la mala suerte de que mi mejor amiga esté más loca que todo un rebaño de cabras juntas.

Abro mis dedos para ver a través de ellos si Gabriel le ha devuelto el beso, pero él ha retirado un poco su rostro hacia atrás

mientras quita con suavidad los brazos de Trizia de alrededor de su cuello.

—Ummm —murmura Trizia con puchero incluido mirándolo a los ojos—. Estás buenísimo, Gael. Eres un tren desbocado de hombre, pero lamentablemente tú y yo no tenemos ni una pizca de química, así que seremos solo amigos, ¿de acuerdo?

Ella concluye poniendo sus manos en la cintura y posando como una modelo. Bueno, en realidad ella es una modelo de sus propias creaciones.

Gabriel se pasa el dorso de la mano por la boca quitándose el rojo intenso del labial de Trizia. La observa y en sus labios baila una sonrisa.

—Por supuesto, Trizia, opino lo mismo. Si estuvieses en mi tierra, te diría que estás... «buenorra» y que eres un «mujerón», pero entre tú y yo nada de nada, amigos.

Ella se le echa encima y se abrazan mientras todos nos reímos.

«Lo siento», modulo con mis labios sin voz a Gabriel, mientras él la suelta encogiendo sus hombros suavemente, dándome a entender que no hay lío.

—Cameron, ayúdame con mis maletas, por favor.

Cameron mira el reguero de maletas y paquetes que han dejado los auxiliares de mantenimiento en el vestíbulo.

—No me jodas con eso, llamaré a recepción para que vuelvan a enviar a los chicos de mantenimiento —se queja Cameron.

—Sé un buen chico y te mostraré todo lo que te traje de París, Roma y Londres; unas camisas para tus trajes que te mueres —Trizia sonríe abriendo sus ojos exageradamente. Cameron aún no se ve convencido.

—Me saldrá una hernia o me partiré la columna subiendo todo eso, tus maletas deben haber ocupado la mitad del avión.

Trizia se ríe.

—Eres un flojo debilucho... negociemos —repunta Trizia—: Si subes todas mis maletas, te prometo que las camisas que traje para Dorian, son tuyas.

—¡Hecho! —grita Cameron con un brillo malvado en la mirada.

—En un rato hablamos, mi *Piccola* hermosa.

Trizia vuelve a abrazarme antes de volver al vestíbulo junto con Cameron y la montaña de maletas y paquetes que trajo de su viaje. Ella y Cameron suben las escaleras cargados con parte de las maletas, riendo a carcajadas y hablando muy seguramente de las pilatunas de Trizia en su *tour* de moda y *glamour* por Europa.

—Creo que este es un buen momento para que hablemos —la voz de Gabriel se oye a mi espalda.

—No creo poder mirarte a la cara si vamos a hablar de lo que pasó en el ascensor.

—Créeme, créeme cuando te digo que es mejor que lo hablemos. De lo contrario, eso que pasó siempre estará en medio de nosotros y no nos dejará ser lo que debemos ser: las personas que más amamos a Dominic.

Que él tenga toda la razón no significa que yo me sienta cómoda con la conversación que definitivamente debemos tener.

Me giro. Él está observando hacia arriba, por donde se perdieron Trizia y Cameron, y luego baja su mirada y la posa donde está la biblioteca.

—¿Podemos hablar en la biblioteca?

Asiento y comenzamos a desplazarnos. Mi biblioteca tiene un escritorio para cuando trabajo desde casa, y un espacio adicional con algunos muebles para sentarme a leer cuando tengo algo de tiempo, o cuando siento la imperante necesidad de evadirme de la cruel y dura realidad que vivo día a día debido a la frágil salud de

Dominic. Igual que el resto de mi piso, una parte de la biblioteca tiene ventanales; no puedo vivir en un espacio totalmente encerrado.

Él se acerca a los ventanales con las manos en los bolsillos de sus vaqueros, se para erguido mirando detalladamente los rascacielos en medio de la noche. Toda mi vida he vivido en Nueva York, y puedo catalogarla como una ciudad imponente y para muchos barbárica, pero sus noches, sus noches tienen algo mágico que siempre logra atraparme cuando la observo desde estas alturas; se ve magnífica y poderosa.

—La ciudad que nunca duerme nunca ha sido de mis favoritas —dice mientras me paro a su lado.

—Nosotros, los neoyorquinos, estamos enseñados a que no duerma. Estoy segura de que si le das una oportunidad, terminarás amándola.

Él sonríe y se gira para mirarme, y yo hago lo mismo.

—No es muy caballeroso de mi parte, pero creo que para facilitarte las cosas quisiera hablar yo primero. Al final, si quieres, puedes agregar algo, o simplemente dejar lo que yo he dicho como

una verdad para ambos de lo que nos pasó en el ascensor. ¿Estás de acuerdo?

Yo... asiento suavemente, y estoy inmensamente agradecida con Gabriel de que sea él quien hable, que sea él quien tome la voz cantante en este asunto. Me confieso cobarde y acomodada en este momento; yo no sabría qué decir y muy seguramente diría lo que no debo, y en vez de aclarar las cosas, terminaría enturbiando mucho más toda la situación. Él se aclara la garganta y sus ojos marrones me envuelven.

—Seré muy sincero con respecto a quién y cómo soy, y espero no te ofenda lo que voy a decirte. Soy un mujeriego, Tory. Desde que sentí tu fragancia a jazmín en el ascensor, comencé a asecharte y decidí cazarte —su sinceridad me abruma y me deja con la boca abierta y respirando profundo—. No sé si lo notaste, pero yo, mucho antes de que el ascensor se desplomara, intenté acercarme a ti.

—No, yo... no lo noté, no veía la hora de bajarme.

—Me lo imaginé —concluye él suspirando—. Te observé detenidamente y tengo que decirte, Tory, que me sentí muy atraído por ti, y por ese motivo empecé a maquinar cómo acercarme —poso mis ojos en su camisa cerca al cuello, no tengo el valor de mirarlo a la cara, siento cómo me arden el rostro y las orejas—. Después de

que el ascensor se desplomara para luego detenerse, y pese a todo el horror que vivimos, yo seguía muy interesado en ti, así que el hecho de que me necesitaras para anclarte, lo usé a mi favor, para tratar de seducirte.

Respiro profundo mientras mis rodillas comienzan a flaquear, creo que estoy a punto de otro ataque de pánico. Pensé que todo lo sucedido con él había sido algo fortuito, por el calor del momento, nunca algo premeditado.

—Todo, todo lo que hice y dije, quisiera poder decirte que lo hice por ser un buen samaritano, por querer ayudar a alguien que me necesitaba, pero no es así. Sabía que tú estabas en *shock*, y ahora estoy absolutamente seguro de que por ese motivo me permitiste acercarme y me dejaste besarte.

Hago el amago de retirarme, pero él me detiene agarrándome suavemente del hombro.

—No te vayas, ya empezamos a hablar de esto y debemos terminarlo, finiquitarlo. Mírame —lo hago tímidamente—. Todo lo que pasó es mi culpa, yo me aproveché de la situación porque te encontré guapísima, jodidamente preciosa —pongo mi mano sobre el ventanal para apoyarme mientras vuelvo a mirar su pecho. ¿Yo le parezco preciosa? Siento como si mi rostro estuviese próximo a

reventar en llamas—. Pero ahora que sé quién eres, y lo que significas para mi hermano, todo eso ha cambiado para mí. Solo quiero ser el hermano de Dominic que está aquí para ayudarlo, para apoyarlo. Unir fuerzas contigo y ayudarlo a salir adelante, hacer todo lo que sea necesario para convencer a Dominic de que se haga el tratamiento que requiere. Y, por último, quiero pedirte perdón nuevamente, disculparme por todas las cosas horribles que te dije sobre Dorian y sobre Martinelli, no tengo excusa.

Él hace silencio y entiendo con ello que terminó.

¿Qué puedo decirle? ¿Que yo también lo encontré muy guapo y que él a mí también me atrae de formas que no comprendo? ¿Que no he podido dejar de pensar en ese pequeño beso que compartimos? ¿Que ese pequeño contacto de labios lo sentí como un latigazo de calor por todo mi cuerpo? No, definitivamente no puedo decirle eso.

Además, él muy cortés y gentilmente me está dando una elegante salida donde caigo de pie, permitiéndome salir por la puerta grande. A eso debo añadir, que me está dejando muy claro que todo lo que hizo es parte de un juego de seducción, pero que en este justo momento solo le interesa su hermano, lo cual me lleva a

mi propia conclusión, y eso es en lo único en lo que yo debo pensar: en Dominic.

—Efectivamente yo estaba en *shock,* y no quiero agregar nada más a lo que has dicho. Creo que todo está bastante claro entre nosotros —soy una bellaca además de una grandísima cobarde—. Y, con respecto a los malos entendidos, no te preocupes, te perdono. Aunque no lo creas, es posible que tú también estuvieses bastante conmocionado, estuvimos a punto de morir.

—Eso es verdad, casi morimos.

Nos miramos por un momento demasiado largo, Gabriel coge mis manos suavemente entre las suyas, y esa sensación de calidez, de electricidad, vuelve a fluir entre nosotros como enrabietadas olas en medio de una tempestad. Respiro profundo y escucho cómo él hace lo mismo. Su voz sale de sus labios en un murmullo suave y delicado, sus palabras se filtran dentro de mí ahondando aún más en la confusión en la que se encuentran sumergidos mi alma y mi cuerpo.

—Esto, Tory... tenemos que obviarlo, no sé si entiendes lo que te quiero decir.

Él acaricia suavemente nuestros dedos entrelazados y sé perfectamente de qué habla; mis manos tiemblan y las de él hacen

otro tanto. Yo le afecto y él a mí. Gabriel no quiere expresarlo en palabras, y yo tampoco.

—Lo entiendo —él me suelta lentamente y da un paso atrás, y de inmediato siento el vacío de la pérdida de su contacto.

—Es mejor así —sigue hablando muy bajo y hace un movimiento con sus manos donde entiendo que habla de distancia física—, creo que me has entendido.

Sin palabras y en un entendimiento implícito entre los dos, me ha dicho que no debemos tocarnos porque algo pasa entre nosotros, pero que Dominic es nuestra prioridad.

—Sí, lo entiendo perfectamente, gracias, Gabriel.

—A ti, por perdonarme.

Un silencio que debería ser incómodo, pero que no lo es, se aposenta en medio de nosotros después de nuestra perturbadora confesión sin palabras. Gabriel traga grueso y parpadea como saliendo de un trance.

—Ya que mi madre parece que seguirá durmiendo sin parar hasta mañana —él sonríe algo nervioso—, me voy.

No sé qué me movió a hacerlo, pero el hecho de que ya no volvería a tocarme me pareció la cosa más dolorosa que podría llegar a pasarme. Sin poder controlarme, me pegué a él y mis brazos

rodearon su cuello y puse mi cabeza en su hombro. Sus brazos me correspondieron casi de inmediato en un abrazo apretado pero respetuoso. Sentí cómo él cogía aire para luego empezar a respirar por la boca. Yo temblé cuando sus labios se posaron en mi coronilla, para luego sentir como acariciaba suavemente su mejilla contra mi cabello.

—¿Qué está pasando aquí?

La voz de mi hermano nos hizo separar de inmediato, y para mi mayor vergüenza, él no está solo, Trizia está a su lado. ¿Cómo voy a explicar esta situación?

Capítulo 5

La inesperada aparición de mi hermano y Trizia, sin previo aviso, ha traído como consecuencia que ellos nos encontraran a Gabriel y a mí en una situación muy comprometedora para un par de desconocidos. Estoy al borde de un ataque de nervios, lo cual ha desencadenado que me haya quedado completamente muda. Soy incapaz de ordenarle a mis labios que se muevan, aunque en realidad no sabría qué decir en caso de que me obedecieran.

Mi estado de conmoción debe ser muy evidente para mi hermano, ya que me observa como si tratase de encontrar a la Tory de siempre. Quisiera decirle que estoy igual que él, quisiera encontrar a la vieja Tory, la que sabía qué pasaba en cada segundo y cada paso que daba en su vida.

Por otra parte, la sonrisa taimada de Trizia, combinada con el brillo entrecerrado y travieso de su oscura mirada, me hacen suponer que me acorralará y acribillará con preguntas hasta que le cuente toda la verdad. Mi amiga Trizia de ninguna manera lo dejará pasar.

Gabriel se acerca a mi hermano, le habla de frente y con contundencia, como un Morris.

—Tu hermana y yo no habíamos tenido tiempo de hablar a solas sobre lo que nos pasó en el ascensor. Casi morimos, Cameron. Nos hemos puesto un poco sentimentales, eso es todo.

—¿Cómo de que casi mueres? ¿Qué no me has dicho? —el colmo se ha apoderado de las facciones de Trizia. Me mira esperando explicaciones.

—Ahora te cuento —es lo único que sale de mis labios con gran dificultad.

Cameron mira a Gabriel fijamente durante unos segundos, luego me mira a mí inclinando un poco su rostro, y sus ojos esmeraldas se colman de una ternura infinita. Por último, como si estuviese haciendo una evaluación profunda de la situación, vuelve a posar su verdosa mirada en Gabriel levantando la comisura de una de las esquinas de sus labios, con una expresión entre la duda y la diversión.

—Creo que es hora de dejar descansar a las chicas de este piso. Han tenido un día muy difícil, las tres.

—Sí, precisamente le estaba diciendo a tu hermana que… me iba.

—¡Perfecto! —pronuncia mi hermano con entonación, abriendo grandemente sus ojos verdes, mientras se acerca a mí y deposita un beso fraternal en mi frente a manera de despedida.

Me mira fijo y evalúa cada centímetro de mi rostro detalladamente. La ternura vuelve a gobernar toda su expresión.

—Hasta mañana, hermanita. Descansa —le regalo una sonrisa mientras lo abrazo.

Cameron y yo nos tenemos el uno al otro. Somos huérfanos desde muy pequeños y hay una conexión de amor e incondicionalidad sin límites entre nosotros.

Ambos se despiden de Trizia mientras van de camino al ascensor.

Sé con plena certeza que mi hermano no se ha tragado entero lo que Gabriel le ha dicho, y por supuesto, ahora me espera la santa inquisición con Trizia.

—Suéltalo, Tory. Tienes mucho que confesar. ¿A qué se refería Gael cuando dijo que casi mueren hoy? Y no me creo ni por un segundo lo que acaba de decir respecto a su momento tierno. Sé que algo pasa aquí.

Suspiro pesadamente.

—¿Podríamos hablarlo mañana? Es casi medianoche y estoy muy cansada.

—Por nada del mundo, me lo cuentas ahora mismo. Vamos a tu habitación que debe estar más decente que la mía. Dormimos juntas y me vas contando mientras te duermes.

Lo sabía, no había manera de ocultarle nada a Trizia. Ella es mi única mejor amiga desde que nos conocimos hace seis años, y me conoce incluso mucho mejor que mi propio hermano. Ella podría detectar a gran distancia que algo fuera de lo normal me está sucediendo.

Según ella, soy totalmente predecible, encuadernada y nada espontánea. Ella sabe que nunca me salgo de mi zona de confort y todos los días hago lo mismo: Dominic, trabajo, Dominic, Dominic, Dominic… Y tengo que admitir que «el trabajo» está dentro de mi agenda, porque el mismo Dominic me lo exigió, de lo contrario, todo mi mundo de principio a fin sería «Dominic».

***

Nos hemos metido en mi cama con dos nuevos y hermosos pijamas que Trizia trajo de París. Para mi gusto, son demasiado sexis para simplemente dormir.

Trizia apaga las luces de mi habitación mientras se acuesta y quedamos totalmente a oscuras. Me giro dándole la espalda para poder mirar hacia la hermosa noche de Nueva York con sus luces parpadeantes y los magníficos rascacielos, pidiéndole a Dios que Trizia me crea dormida.

—¿Cómo está eso de que casi mueres hoy? Soy tu mejor amiga y me estoy enterando casi catorce horas después. Y, ¿qué es lo que pasa con Gael? Por favor, por favor, no me digas que «no pasa nada» porque te conozco. No es propio de ti que te dejes tocar de esa manera, y mucho menos con alguien que acabas de conocer.

—No quiero hablar de ninguno de los dos temas. Estoy bien y no morí. Y, con respecto a Gabriel… no hay nada que decir.

Trizia me hace girar hasta ponernos de lado a ambas. Nos miramos en medio de la oscuridad. Su hermoso cabello negro está totalmente extendido en la almohada blanca debajo de su cabeza.

—Vamos, Tory, soy más que tu amiga, somos como hermanas. Ni siquiera he visto tal escena de arrumacos con Dominic.

Cierro mis ojos de golpe pensando que Trizia no pudo haber dicho una verdad más grande. Por muchos motivos de salud y creencias religiosas de Dominic, él y yo no somos muy físicos, pese a llevar casi siete años de novios.

Suspiro dándome por vencida, y comienzo contándole lo que pasó con el desplome del ascensor, y que aquello me llevó a un ataque de pánico, el cual Gabriel supo manejar y lograr calmarme. Luego, me quedo callada, no sé cómo continuar con lo que me falta por contar. ¿Qué dice eso de mí como persona? Tengo un novio muy enfermo y voy y me beso a las primeras de cambio con su hermano más querido.

—¿Y? —me impulsa Trizia.

No suelo mentir, prefiero omitir información o no contar aquello que no quiero que se sepa. No encuentro las palabras, nunca le he contado algo tan… bochornoso.

—Él, al final, me besó —fui mermando la voz gradualmente con cada frase pronunciada.

Trizia se sienta de golpe en la cama, para luego forzarme a que también me siente frente a ella.

—Tengo sueño, Trizia, es de madrugada y tengo que levantarme muy temprano para ver a Dominic antes de ir a trabajar.

—No puedes soltarme algo así y decir que te vas a dormir. Me importa una mierda que no pegues el ojo en toda la noche. Por Dios, es tu deber de buena amiga contarme todos los detalles de ese evento tan inusual y legendario de tu parte.

Aunque entra muy poca luz a la habitación desde afuera, me tapo el rostro con ambas manos. No puedo dejar de sentirme avergonzada y no quiero que mis ojos se encuentren con los de Trizia mientras confieso lo inconfesable.

—Tengo que aclararte que ni Gael ni yo sabíamos quienes éramos para Dominic —para mí es vital que ella tenga claro este punto—. Me besó y yo lo dejé. Lo que sentí con él, Trizia, me es difícil de explicar con palabras. Mi cuerpo cobró vida y ardía como una antorcha. El simple contacto de sus labios me atravesó como un rayo de electricidad que me dejó sin aliento y a punto de desplomarme, y… a él estoy segura le pasó lo mismo.

—¡Joder! —es la única respuesta de Trizia, y esto es nuevo. Yo nunca la dejo sin palabras. No tengo la capacidad de sorprender a mi amiga, es ella quien vive sorprendiéndome todo el tiempo.

—Ahora, cuando nos encontraron tú y Cameron, estábamos hablando de lo sucedido y… llegamos al acuerdo de olvidarlo por el bien de Dominic.

—No parecían con muchas ganas de olvidarlo cuando llegamos —enfatiza Trizia.

Me armo de valor y me quito las manos de la cara para mirar fijamente a Trizia. Ella tiene los ojos muy abiertos y se ve

mortalmente seria. Sí, definitivamente la he sorprendido. Mi amiga estaría celebrando este día histórico si no fuera por el lío de sentimientos encontrados que ella sabe se agitan en este momento dentro de mí.

—Es que… Trizia —la cojo de las manos—, algo pasa cuando nos tocamos: es cálido, sugerente, seductor, confortable y… va en aumento con cada segundo que pasa si nuestro contacto se prolonga. Yo… siento que algo crepita en el aire cuando nos miramos, pero cuando nos tocamos… se vuelve como algo vivo, real, como si tuviese vida propia. En la biblioteca fui yo la que se lanzó sobre su pecho, él solo se dejó llevar.

La tenue luz que atraviesa mis ventanales me permite ver una sonrisa grandiosa en el rostro de Trizia. No entiendo por qué está tan feliz, yo estoy muy confusa con la avalancha de emociones en conflicto que Gabriel Alcalá ha desatado dentro de mí.

—Creí, pensé y casi me conformé, creyendo que este día nunca llegaría —murmura Trizia apretando mis manos.

—¿Qué quieres decir?

—Estás tan concentrada en la salud de Dominic, en hacer sentir bien a Dominic, en que nada le falte a Dominic… que te has

olvidado de vivir, de sentir. Cuidas tanto los sentimientos de Dominic, que en el camino has sacrificado los tuyos propios.

—No digas eso, no es así —refuto con fuerza contra las palabras duras de Trizia.

—Lo es, y ha sido así durante un laaaargo tiempo. Y, por si no te has dado cuenta, lo que te está pasando con Gael es que él te gusta, amiga, jodida y seriamente te gusta. Has encontrado una persona con la que compartes una química muy potente. Él, Tory, es un muy buen prospecto para que se convierta en tu primer amor, y obviamente viene con el bonus de que con Gael muy seguramente conseguirás el mejor sexo de tu vida. Tiene cara de ser un buen follador.

—Pero ¿qué locuras dices? Mi primer y único amor es Dominic, lo amo.

—Como te he dicho en innumerables ocasiones: tú no estás enamorada de Dominic. Supuestamente eres su novia desde que tenías quince años, pero no han tenido sexo por su salud y por las creencias religiosas de Dominic, y no estoy segura de que se hayan dado un beso en condiciones alguna vez.

—Por supuesto que sí —protesto, pero Trizia lleva toda la razón.

—¿Con lengua y todo lo demás?

—Qué grotesca eres.

—Besar con lengua no es grotesco, es delicioso, y te puede llevar a un muy buen revolcón, y es por ese motivo por el que pienso que Dominic siempre lo ha evitado.

—Amo a Dominic, esta conversación sin sentido debe terminar ahora —empiezo a enojarme.

—No, Tory. Te repito lo que te he dicho un millón de veces: le tienes cariño, lo quieres como a un hermano, como a Cameron o como a mí.

—No, no es cierto —aprieto los dientes, es algo que Trizia me dice continuamente.

—Nunca dejas que ningún hombre se aproxime a ti, Tory. ¿Crees que no lo veo? Eres una chica preciosa y me ha tocado ver como desplantas a cualquier hombre que se te acerca como si tuviesen la peste negra.

—¡Cállate! No quiero escucharte más —quiero taparme los oídos y no escuchar más a Trizia. Siempre me deja confusa y llena de un mar de dudas cuando toca este tema. Ella continúa hablando como si yo no estuviese protestando.

—Con Gael no tuviste oportunidad de apartarlo porque estaban en un ambiente que no pudiste controlar, por lo cual Gael se metió por una rendija en medio de tus gruesas capas y, por lo que veo, se estableció pisando fuerte con intención de quedarse.

—No he hablado con él más que un puñado de horas. ¿Cómo podría llegar a convertirse en alguien tan importante para mí?

—Dímelo tú. ¿No me acabas de decir que cuando te toca hay una explosión de luces artificiales?

Abro mi boca y me quedo sin argumentos. Trizia acaba de darme jaque mate.

Me abrazo a mí misma y trato de negar con todas las fuerzas de mi alma y en total rebelión, todo lo que Gabriel Alcalá me está haciendo sentir. Es que es inaudito y hasta insólito, solo pensar en él es suficiente para que mi cuerpo quiera entrar en combustión espontánea.

—Eso… amiga mía, eso que sentiste o que sientes con Gael pasa muy pocas veces en la vida. Confía en mí, he sido una hombreriega y lo sabes, y pese a ello he sentido esas sensaciones únicas y maravillosas solo una vez en mi vida, que como bien sabes, esa relación terminó muy mal, pero no me arrepiento de haberlo vivido. Es mejor morir sabiendo que has vivido por lo menos una

intensa y pasional historia de amor, que morir sin haber vivido ninguna jamás. Hasta mañana, mi *Piccola*.

Trizia me lanza un beso al aire mientras se acuesta lentamente estirándose elegante y seductoramente como si fuese una gata para luego… dormirse, sí, dormirse. Quisiera poder tener esa capacidad de acostarme y poder desconectar de todo y de todos como si nada, como lo hace ella, pero yo por lo regular me desvelo mucho pensando en la difícil situación que vive Dominic con respecto a su salud.

¿Tendrá razón Trizia? Por lo general, sus demandas y las de Cameron con respecto a mi relación con Dominic me dejan siempre pensando. Para ambos, yo nunca he amado a Dominic, pero yo siempre he pensado que los equivocados son ellos. Pero hoy, mi mente, alma y corazón están llenos de turbulentas emociones que tienen nombre propio, y ya no estoy tan segura de qué es lo que realmente siento.

***

—Tienes que comer —amonesto con suavidad a Dominic. Hoy está completamente inapetente.

—Ya comí, comí un poco antes de que llegaras. Por favor, Tory, tengo ganas de vomitar. No me hagas comer más.

El cansancio gobierna hoy el cuerpo y las facciones de Dominic, pero pese a ello, sus ojos están llenos de una luz resplandeciente. Puedo asegurar sin temor a equivocarme que su alegría tiene el nombre de «Gabriel» escrito por todas partes.

—Está bien —concedo rascándome un poco la nariz por la incomodidad del tapabocas.

En cuanto ingresé al piso que Dominic comparte con mi tío Joseph, tuve que ponerme el tapabocas. Sus bajas defensas han puesto a los médicos en alerta y por tal motivo dieron la orden de que toda visita debía usar tapabocas, guardar distancia social y desinfectarse las manos.

Nos dirigimos al salón y un enfermero ayuda a Dominic a desplazarse y a sentarse. Seguramente durmió mal porque se ve más fatigado que de costumbre.

—¿Qué opinas de Gael? —sus ojos brillantes y con arruguitas en las esquinas delatan una posible sonrisa radiante—. Es un tipazo, ¿no te parece? Estoy muy agradecido con Dios de que lo sucedido en el ascensor lo hayan compartido juntos. Me da tranquilidad saber que mutuamente se apoyaron sin conocerse.

—Sí —titubeo un poco en mi respuesta. Los remordimientos que siento cuando estoy con Dominic, por causa de lo que me hace sentir su hermano, se acrecientan y hacen que un dolor punzante y ardiente invada mi pecho. Me siento como una falsa traidora—. Fue un momento muy impactante para ambos lo del ascensor, y estoy de acuerdo contigo, él parece ser un buen chico.

—Como bien sabes, yo lo quiero mucho, Tory. Gabriel se ha convertido en el hermano que un día Dorian fue para mí —hay una gran tristeza reflejada en esas palabras—. Irremediablemente he perdido a Dorian.

—En algún momento Dorian recapacitará. No te pongas triste —le doy un abrazo corto para reconfortarlo.

—Como siempre, Dios es bueno conmigo, Tory. Perdí un hermano, pero «ÉL» me regaló otro. Me ha permitido traerlo a Nueva York y salirme con la mía. ¡Está aquí en la Morris Tower! ¡¿Puedes creerlo?! —Se ríe como un niño celebrando el éxito de su travesura—. Nunca lo creí posible debido al resentimiento de mi padre, pero «lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios».

Desde niño, Dominic entendió que su paso por la vida podría llegar a ser muy corto, por lo cual buscó de Dios con desesperación

porque quería ir al cielo cuando muriera. Pero después, también descubrió que Dios podía hacer un milagro de sanidad en su vida y se aferró a ello. Han sido muchos los años que Dominic esperó a que Dios lo sanara y le diera una oportunidad de vida; pero parece ser que en esta ocasión se está dejando llevar por la nueva enfermedad que lo aqueja y ha decidido no luchar más.

—Dominic, ¿por qué no me has dicho sobre la nueva enfermedad que detectó el doctor Mitchell?

—Porque si te decía lo que tenía, no te habrías separado de mí.

—Pues por supuesto que no me habría separado de ti. Ayer quise venir a verte para quedarme contigo, y los enfermeros no me dejaron entrar. Supuestamente estabas descansando.

Los enfermeros no lo dijeron, pero sé que la orden era específicamente de él. No le gusta que yo pase demasiado tiempo a su lado, con un hombre enfermo.

La tristeza y algo parecido al arrepentimiento dominan esos ojos azules con algunas vetas rojizas.

—A veces, siento que he sido un egoísta contigo, Tory —Arrugo mi frente mientras él continúa hablando—. A veces creo que Dorian, Cameron y Trizia tienen razón, tú deberías estar viviendo al ciento por ciento la vida de una chica veinteañera, porque eso es lo que

realmente eres. Cameron me acusa de haberte robado tu adolescencia pegada a los pantalones de un enfermo.

—Fue mi decisión.

—Pero eso no quita que Cameron tenga razón. Me demoré muchísimo en notar el daño que te estaba haciendo, fui un egoísta.

—Por favor, Dominic —cojo suavemente una de sus manos huesudas mientras le acaricio el dorso con el pulgar—, tengo suficiente con la lata que me dan a diario Trizia y Cameron para que tú también vengas a decirme que debo vivir la vida loca. Sabes que soy casera y no soy muy fiestera, por eso me enerva que me obligues a salir con ellos cada fin de semana.

—Tú y yo llegamos a un acuerdo, Tory. Si quieres seguir siendo mi novia, tendrás que seguir saliendo con ellos a hacer la vida de una chica de tu edad, y también seguirás trabajando para que seas productiva y todo no se reduzca solo a mí, a un hombre con muchas limitaciones por mi estado de salud.

—Yo preferiría quedarme aquí contigo, estás muy solo con tus enfermeros.

—Mi padre vive aquí, y acomoda su agenda para pasar tiempo todas las noches conmigo. Y los fines de semana prácticamente no me lo puedo quitar de encima —la paz de su mirada siempre me

atraviesa y me relaja—. Yo me siento inmensamente feliz cuando veo que te diviertes, porque sé que lo haces. Cameron me ha enviado algunos vídeos de cuando van a bailar y de copas a algún club. Te he visto feliz, riendo, bailando.

Eso es verdad. Lo primero que hago es pelearme con ellos por obligarme a salir, pero Trizia y Cameron por lo general logran sacar mi lado feliz en esos momentos y me he dejado llevar, aunque fuera solo por una noche, me he dejado llevar para sentirme joven, viva y saludable. Pero después, cuando llego a casa, me he sentido culpable por ser feliz mientras Dominic estaba allí encerrado sin poder salir a disfrutar lo que yo había disfrutado.

—No puedo negarte que «a veces» me he divertido, pero…

—No quiero que lo hagas «a veces», quiero que lo hagas siempre, y no hay peros. Seguirás saliendo con ellos como lo acordamos.

Iba a protestar como siempre lo hacía, pero la mirada alegre y la sonrisa feliz debajo del tapabocas de Dominic hacia el vestíbulo me hizo suponer que había llegado una visita agradable, y me preparé, me preparé para el impacto que provocaba en mí ver a Gabriel Alcalá. Sabía a ciencia cierta quién había llegado, esa

felicidad burbujeante y absoluta de Dominic era nueva, y solo se la provocaba Gabriel.

—Estoy muy feliz de verlos, pero ¿qué hacen aquí tan temprano? —pregunta Dominic a Gabriel y Cameron.

—¿Por qué mierda tengo que usar esto otra vez? —protesta Cameron señalando el tapabocas después de desplomarse en un sillón—. Me volví alérgico a ellos por culpa de la pandemia.

—Lo siento, órdenes del doctor —confiesa Dominic mientras recibe un abrazo afectuoso de Gabriel, y este se le sienta al lado, quedando Dominic en medio de nosotros. Una mirada profunda y dulce de Gabriel me alcanza después de un saludo amable.

El aleteo de mariposas en mi estómago con algo tan simple como ese saludo sigue arrastrándome al valle de la confusión y el desasosiego. Respiro profundo y pausadamente tratando de controlar mi corazón.

Cameron arrastra con brusquedad su tapabocas hasta el cuello y respira profundo. Todos nos reímos al ver la cara de alivio exagerado que nos muestra.

—Tío Joseph nos citó —aclara mi hermano.

—Dijo que el doctor Mitchell vendrá hoy temprano a contarnos tu real estado de salud —complementa Gabriel.

Dominic suspira poniendo los ojos en blanco.

—No sabía que había programado esta reunión tan rápidamente. Como siempre, mi padre anda a mil por hora.

—¿Cómo te sientes hoy? —le pregunta Gabriel a Dominic, cogiendo una de sus huesudas manos.

—Bien, gracias a Dios, bien —pero su rostro pálido y sudoración fría decían otra cosa.

—Eso no es verdad —lo desmiento.

—Yo nunca miento —me refuta muy serio Dominic. Lo cual era muy cierto a rajatabla.

—El enfermero me dijo que esta madrugada tuviste una hemorragia nasal que casi no pueden detener —lo contradigo suavemente.

Dominic suelta una risita baja como si esto no fuese grave.

—Eso no quiere decir que no me sienta bien. Puedo tener una hemorragia nasal y sentirme de maravilla —la parte visible de su rostro se ve tan relajada, feliz y llena de paz. Siempre me ha sorprendido la capacidad que tiene Dominic para aceptar todos los reveses que la vida le ha traído debido a su frágil salud, y pese a ello, él siempre logra mantenerse entero.

Resoplo mientras Gabriel y Cameron se ríen de la respuesta relajada de Dominic.

—No es para risas —los regaño.

—Realmente valoro mucho a las personas que pese a las circunstancias siempre encuentran el lado amable para todo. Eso me hace admirar mucho a mi hermano Dominic, es un ejemplo a seguir.

Ambos se miran y, pese a los tapabocas, sé que se sonríen mutuamente mientras se cogen de las manos. Hay tanto amor, cariño y comprensión en estos dos hermanos. Es increíble que siendo Gabriel tan importante para Dominic, sea ésta la primera vez que los veo juntos. Las enemistades juradas de Gabriel y mi tío Joseph no han permitido que ellos pudieran verse en persona con frecuencia, y mucho menos que nosotros pudiéramos estar presentes. Pero creo que la presencia de Gabriel en la vida de Dominic debería haberse concretado antes y con regularidad, le habría hecho mucho bien a su salud. Gabriel lo hace inmensamente feliz.

—¿Te vas a morir? —pregunta a bocajarro mi hermano, como si estuviésemos hablando del clima.

Gabriel lo mira completamente asombrado mientras yo grito el nombre de mi hermano entre dientes y lo reprendo con la mirada.

—No tienes pelos en la lengua —murmura Gabriel mirando aún sorprendido a mi hermano.

—Muy seguramente, como lo haremos todos algún día, solo que yo lo haré primero que todos ustedes —confirma Dominic con calma.

—¿Qué enfermedad tienes, Dominic? —le pregunta Gabriel, muy serio.

—Ahora vendrá el doctor y se los explicará. No quiero aburrirlos y preocuparlos con eso.

—Pero es que…

—Sin peros, Gael. Tú y Olivia son mis invitados y quiero que lo pasen fenomenal en la Gran Manzana. Cameron, por favor, tú y Trizia que se conocen todos los recovecos de Manhattan, quiero pedirte el favor de que los lleves a conocer lo mejor de lo mejor de Nueva York, y de paso te llevas a Tory.

¡Ni de coña!, trato de protestar una vez más:

—Pero es que yo quiero estar aquí conti…

—Sin peros, todos están muy «perosos» hoy —nos reímos al unísono ante ese apelativo inexistente de Dominic. Él me mira directo a los ojos y baja la voz—: Tory, recuerda nuestro acuerdo.

Gabriel arruga el entrecejo ante las últimas palabras de Dominic.

—Por mí encantado —un brillo achocolatado centellea en los ojos de Gabriel al mirarme—. Alguien me dijo que le diera una oportunidad a esta ciudad y que muy probablemente terminaría amándola, así que estoy dispuesto a hacerlo. Y sé que mi madre también estará feliz de acompañarnos.

—Por cierto, ¿dónde está «Aburrición»? Papá me dijo que llegó anoche —pregunta Dominic.

—Madrugó a su casa de modas. Lleva tres meses por fuera, así que madrugó a revisar que todo esté en orden. Te mandó muchos besos y que más tarde viene a visitarte —informo.

—¿Aburrición? —pregunta Gabriel riéndose.

—Yo soy la Aburrición de Trizia —contesta entre risas calmas Dominic—. Cada vez que viene me dice que yo soy el tipo más aburrido de este mundo. Según ella, vivo en la galaxia de la Aburrición, y no por estar enfermo, sino por mis firmes creencias y conceptos de vida.

El ascensor se abre e ingresan el doctor Mitchell, mi tío Joseph y… Olivia. Al parecer, se encontraron en el ascensor.

Gabriel se pone en pie ya que su madre parece algo alterada, mientras que mi tío Joseph no puede ocultar el disgusto, y su disgusto parece aumentar cuando mira de frente a Gabriel.

Capítulo 6

Todos observamos la entrada y el acercamiento de las tres personas que acaban de llegar. Gabriel mira alternativamente a su madre y a mi tío Joseph, tal vez tratando de establecer si hubo algún enfrentamiento entre ellos. El ambiente distendido y relajado que teníamos hace tan solo un segundo se ve muy enturbiado con la llegada de mi tío Joseph y Olivia. Me pregunto si en algún momento esta tensión a filo de navaja entre ellos podrá llegar a su fin, o por lo menos si ellos mismos pudieran tratar de llevar el asunto de la mejor manera posible por el bien de Dominic.

—¿Madre? —pregunta suavemente Gabriel cuando ella se acerca a él.

—No ha pasado nada, hijo —son las palabras suaves de Livi, tratando de calmar a Gabriel—. Salí a comprarle un detalle a Dominic —dice ella mostrando una caja de regalo con un hermoso moño— y al volver, por casualidad nos topamos en el ascensor.

Gabriel escudriña a su madre a fondo, tratando de establecer si lo que le dice es cierto. Olivia se pone el tapabocas para luego acercarse a Dominic entregándole el presente que traía entre sus

manos. Se hablan un momento en voz baja y Olivia le regala un beso con tapabocas y todo, y ese gesto está lleno de un amor inconfundible.

—Gracias, Livi, no era necesario, pero lo aprecio —Dominic se baja el tapabocas para besar en la mejilla a Olivia.

—¿Es necesario que ellos dos estén en «mi piso»? —refunfuña mi tío Joseph hacia Dominic mientras se pone el tapabocas.

—Sí, papá, te recuerdo que este también es «mi piso». Pero si tanto te incomoda, podemos desplazarnos a cualquier otra parte de la Morris Tower, o podríamos vernos en un hotel como hicimos ayer, donde te sientas más cómodo.

Obviamente, mi tío no permitirá que Dominic se mueva de este piso ahora que sabe que está enfermo; este piso está diseñado y adecuado ante cualquier emergencia que pueda llegar a tener Dominic.

Mi tío mira a Dominic detenidamente… y sus ojos se nublan tristemente. Sé lo que está viendo: Dominic se ve peor que el día de ayer; yo también lo noté.

—No, hijo, por ti soy capaz de cualquier cosa, incluso soportar presencias indeseables en mi propia casa.

La furia en los ojos de Gabriel es abrumadora.

—Le doy las gracias por mantener intacto lo que siempre he pensado de usted: que es un completo imbécil.

—Por favor, tío Joseph, Gabriel —los miro suplicante a ambos —. Estas constantes discusiones entre ustedes no le hacen bien a Dominic.

—Estoy de acuerdo con mi hermana, ya se volvió cansino —protesta disgustado Cameron—. A todos nos ha quedado claro que se odian a muerte y que no se soportan; no es necesario que nos lo estén restregando a cada segundo en nuestras narices.

Mi tío respira profundo, cerrando los ojos, para luego dirigir su mirada a los dos enfermeros que siempre están cerca de Dominic.

—Por favor, ayúdenlo a llegar a la sala de juntas.

Gabriel alza una de sus tupidas cejas, mirándome interrogante, seguramente sin entender por qué hay una sala de juntas en este piso. Comenzamos a caminar lentamente detrás de todos los demás y me siento en la necesidad de explicarlo mientras ambos nos bajamos los tapabocas al cuello.

—Mi tío Joseph busca pasar la mayor cantidad de tiempo posible cerca de Dominic, por eso tiene una sala de juntas en este piso.

Gabriel sigue caminando a mi lado y parece meditar en mis palabras.

—Me alegra saber que por lo menos ha sido un buen padre para Dominic.

—Lo ha sido, te lo aseguro. Y no solo para él, también lo ha sido para Dorian —me detengo y él hace lo mismo, mirándome de frente. Nos hemos quedado rezagados, así que ahora estamos solos. No puedo evitar admirar ese guapo rostro; su cabello crespo cae en suaves ondas sobre su frente y, sus ojos marrones como el chocolate derretido, me miran con muchísima ternura y anhelo—. E incluso, ha sido el mejor padre que hubiésemos podido tener cuando mi hermano y yo nos quedamos huérfanos; éramos aún muy pequeños.

Los ojos de Gabriel brillan y se humedecen un poco. En este instante comprendo que la falta de amor y de la presencia de mi tío Joseph en la vida de Gabriel le ha hecho muchísimo daño. Verlo así me lleva a preguntarme si su etapa de adicción tuvo que ver con el desprecio evidente que mi tío Joseph siente hacia él.

—Me alegro por ustedes, de verdad que sí. Para mí es difícil verlo de una manera diferente a como lo he visto en mis veintiocho años de vida —Gabriel mira hacia donde todos desaparecieron. Su

perfil es de ensueño; tiene una hermosa nariz que hace un juego perfecto con ese fuerte mentón y labios gruesos—. Yo solo veo a un hombre al que le importó una maldita mierda dejar tirado a su hijo bastardo; no le importó negar su paternidad, llevándolo a vivir sin la presencia y el amor de un padre, y las consecuencias que esto pudiera llegar a ocasionarle.

Nos miramos, y como ya se me está volviendo costumbre, siento un hormigueo de calor por todo mi cuerpo, expandiéndose y ampliándose en un deseo irrefrenable de tenerlo siempre cerca, para que todas estas sensaciones que parecen meterme en un trance nunca me falten. Mis manos lloran por poder tocarlo y mi cuerpo suspira por apretarse contra él… es casi imposible para mí evitar arrastrarme hacia él.

Esto que siento va mucho más allá de que él sea un hombre arrebatadoramente guapo; es el conjunto de todo lo que él representa en cuanto lo tengo en frente. Entre más lo conozco, más me gusta, más cerca me siento de él. Esto es una locura, actúo como si mi corazón no estuviese ocupado por Dominic, ¿o es que en realidad él no está allí de la manera en que yo siempre he creído que él está?

Sin poder evitarlo, porque mi cuerpo tiene vida y conciencia propia cuando él está cerca, pongo mi mano en su barba de varios días.

—Lo siento, Gabriel, todo hubiese sido tan diferente si desde el inicio mi tío te hubiese reconocido como su hijo. Dominic hubiese tenido el consuelo de un hermano más a su lado en todos estos años que te ha necesitado, y eso lo habría hecho muy feliz.

Él inclina su rostro hacia mis dedos, que se mueven suavemente sobre su barba.

—Tú y yo nos hubiésemos conocido «antes»…

Las palabras quedan en medio de nosotros y yo trato de quitar mi mano, pero él la sostiene con su propia mano un poco más contra su mejilla. Sus ojos repasan mi rostro detenidamente y sus labios besan mi palma para luego juntar nuestras manos, entrelazando nuestros dedos apretadamente.

—Solo Dios sabe lo que hubiese pasado si tú y yo nos hubiésemos conocido… «antes».

Él recalca la palabra «antes», y entiendo a qué se refiere: antes de que yo decidiera ser la novia de Dominic. La implacable mirada que me lanza me hace jadear suavemente mientras mis rodillas tiemblan un poco. Besa nuestras manos entrelazadas sin

dejar de mirarme ni por un segundo, para luego soltarlas y seguir su camino dejándome en mi sitio con las piernas hechas de flan.

Solo ayer, solo ayer él me dijo que debíamos evitar tocarnos, y soy yo la que siempre lo toca, lo persigue, lo busca. Dios mío, no logro evitarlo, me estoy volviendo adicta a todo lo que él me hace sentir: es novedoso, potente y delicioso. Yo jamás había sentido algo así; Trizia tiene tanta razón, nunca me lo permití.

¿Qué voy a hacer con esto que siento por Gabriel? Dominic no merece lo que le estoy haciendo. Él es la persona más buena, noble, leal y tierna que he conocido jamás. Dejo mis tortuosos pensamientos a un lado y me dirijo rápidamente a la sala de juntas.

En cuanto llego, vuelvo a ubicar correctamente mi tapabocas y me siento al lado de Dominic. Prácticamente nos hemos sentado igual que el día anterior: mi tío y el doctor Mitchell están en las dos cabeceras de la mesa; al lado derecho de mi tío estamos Dominic y yo; y a su lado izquierdo se encuentran Cameron, Gabriel y Olivia. Dorian, como era de esperarse, no está presente.

—¿Dónde está Dorian? —pregunta el doctor Mitchell mientras comienza a sacar varios documentos de su portafolio.

Un gesto de disgusto atraviesa la parte visible del rostro de mi tío Joseph.

—El muy ladino no vendrá, está disgustado; haremos esta reunión sin él.

El doctor Mitchell parece contrariado.

—Es una pena que él no esté; su gemelo, como siempre, es la mejor oportunidad para Dominic.

—Soy hermano de Dominic —la voz de Gabriel retumba en la sala de juntas—. Puedo hacerme los exámenes que usted considere pertinentes, doctor Mitchell.

Mi tío resopla fuertemente, mientras Dominic sube la voz en medio de la reunión.

—Como he dicho desde el principio, no me haré ningún tipo de tratamiento. Mi decisión es inamovible; permito esta reunión con usted, doctor Mitchell, porque se lo prometí a mi padre.

—Porque me chantajeaste, hijo —protesta tío Joseph.

—Una negociación muy forzada, diría yo. Nos pusiste contra la espada y la pared —concuerda Gabriel mirando a Dominic con una sonrisa en los ojos, mientras este hace un gesto de inocencia, agrandando los suyos. El humor en medio de una situación tan difícil es palpable en Dominic hoy.

El doctor Mitchell mira a Gabriel con curiosidad para luego confrontar a mi tío Joseph.

—No sabía que tenías otro hijo, Joseph.

—¡Y no lo tengo! —asevera con total seguridad mi tío Joseph. La tensión parece querer volver a tomar fuerza en medio de esta reunión.

—Soy un bastardo no reconocido por mi donante de esperma, doctor Mitchell —el doctor abre los ojos de par en par, mirando a mi tío y a Gabriel alternativamente, mientras Livi se cubre el rostro con las manos. Insólitamente, mi hermano Cameron suelta una carcajada estruendosa, tirando la cabeza hacia atrás. No sé cómo toda esta situación puede parecerle graciosa—, pero, como le digo, puedo hacerme todas las pruebas que requiera para saber si puedo ayudar a mi hermano.

—¡¿Cómo se atreve a llamarme donante de esperma?! —grita mi tío Joseph poniéndose en pie.

—Basta, basta ya. Por Dios, no más. Si continúan comportándose de esta manera, no me quedaré en esta reunión —interviene Dominic, realmente muy serio.

Un silencio se apodera del lugar mientras mi tío vuelve a sentarse, murmurando y maldiciendo en voz baja.

El doctor Mitchell se aclara la garganta.

—Bueno, de acuerdo a lo que me ha pedido Joseph, voy a informarles sobre el estado actual de salud de Dominic. Como ustedes saben, desde que Dominic nació ha tenido las defensas de su organismo muy bajas, y debido a ello se han desarrollado otras complicaciones adicionales, las cuales nos han llevado al trasplante de un riñón y al trasplante parcial de hígado, así como muchísimas transfusiones de sangre periódicas.

»Igualmente, el donante de los trasplantes y de la mayor cantidad de las transfusiones de sangre ha sido Dorian. Pero Dorian, desde hace tres años, no quiso seguir haciéndolo, así que hemos conseguido más donantes en los bancos de sangre y de los primos Morris que tienen el tipo de sangre O con RH negativo. Como les comenté en alguna ocasión, este tipo de sangre no es muy común, pero por el momento lo hemos podido manejar.

Gabriel se endereza y mira al doctor Mitchell, visiblemente feliz.

—Yo tengo ese tipo de sangre, soy O con RH negativo, doctor. Por favor, póngame en la lista para llenar el hueco que dejó Dorian.

Mi tío respira profundo y cierra los ojos apretadamente, sé que está tratando de controlarse. Pero no puede evitar protestar.

—No se requiere, con los bancos de sangre y los primos Morris nos damos abasto —dice sin mirar a Gabriel.

—No sobra tener un donante adicional, Joseph —refuta el doctor Mitchell—. Como les he mencionado en otras ocasiones, este tipo de sangre es denominado donante universal; esta sangre es compatible con todos los grupos sanguíneos, pero sólo puede recibir sangre de otro O negativo. Así que, jovencito, mañana lo espero en el hospital.

Sé que una hermosa sonrisa debe estar atravesando su rostro por las pequeñas arruguitas en los extremos de sus ojos. Gabriel se ve realmente feliz de poder ayudar a su hermano.

—Continúe, doctor Mitchell. Aún no nos ha dicho qué tiene Dominic —demando ansiosa.

—Sí, lo siento. Solo quería contextualizarlos un poco. Trataré de ser preciso.

—Por favor, doctor Mitchell, al grano —confirma mi tío, y me parece verlo al límite. Está enojado con el doctor por aceptar la sangre de Gabriel; aún me parece increíble el odio tan intenso y visceral que mi tío siente hacia su hijo no reconocido.

—Hace dos meses, en los exámenes de sangre que sacamos de manera habitual a Dominic para hacer seguimiento a su estado de salud, comenzamos a notar con mucha regularidad que sus

glóbulos rojos, glóbulos blancos y plaquetas estaban fuera de los rangos normales; eran muy, muy anormales en realidad.

»En un inicio pensamos que era algo transitorio, pero por más que tratamos de estabilizar a Dominic, los resultados parecían empeorar, y eso acompañado de toda la sintomatología: fatiga, falta de aire, piel pálida, hematomas sin motivos aparentes, sangrados nasales, entre otros, nos llevó a sospechar que tenía anemia aplásica.

Todos comenzamos a hablar al mismo tiempo.

—Por favor, no he terminado —se queja el doctor.

Poco a poco, todos fuimos haciendo silencio.

—Hicimos una biopsia de médula ósea a Dominic, y confirmamos nuestras sospechas: Dominic padece de anemia aplásica.

—¿Eso es grave, doctor? ¿Es cáncer? —pregunta Gabriel con cuidado, pero no puede dejar de mostrar la angustia que lo invade —. Dominic nos ha dicho que va a morir.

—La anemia aplásica está asociada con algunos tipos de cáncer y tratamientos oncológicos, pero no se considera un tipo de cáncer como tal, solo lo asocian. Es algo difícil de explicar. Pero lo que sí les puedo decir es que, si hacemos el tratamiento apropiado cuanto antes, sus oportunidades de vida podrían ser muy favorables.

—¿Cuál es el tratamiento, doctor? —pregunta mi tío.

—Puedes preguntarlo, papá, pero sabes que no lo haré.

Mi tío anima con un gesto al doctor.

—La anemia aplásica de Dominic se encuentra en fase grave; se ha ido deteriorando muy rápidamente. Requerimos prepararlo de inmediato para un trasplante de médula ósea. Con este trasplante se busca reconstruir la médula ósea de Dominic, sobra decir que debe hacerse con un donante compatible. Los exámenes de compatibilidad para este tipo de intervenciones ya los habíamos hecho con anterioridad, y sabemos que el único compatible en nuestro entorno familiar más cercano es Dorian, por ser su gemelo, pero podríamos hacer los exámenes pertinentes a este joven que dice que es hermano de Dominic y se ve muy dispuesto a ayudarlo.

—Lo estoy, doctor. Solo dígame qué debo hacer.

Las palmas de las manos de mi tío Joseph se estrellan contra la mesa mientras se pone de pie.

—He permitido este circo por amor a mi hijo Dominic, pero no lo tolero más —dagas azuladas se posan en Olivia—. Livi, dile a tu hijo que deje de ponerse en ridículo, sabes perfectamente que él no es mi hijo. Me engañaste, me traicionaste y no voy a permitir que ilusionen a Dominic con algo que no es real —mira a Dominic

echando chispas—. No tienes otro hermano, Dorian es tu único hermano y yo lo convenceré para que te done la médula, sabes que siempre lo convenzo.

Olivia y Dominic se ponen de pie.

—Tienes miedo, ¿verdad? —le habla Livi a mi tío con una voz dulce y melodiosa—. Está a punto de salir a la luz de manera oficial que Gabriel es tu hijo. Estás tan asustado que prefieres arrastrarte detrás de Dorian antes que poder confirmar que yo jamás te mentí; estás aterrorizado de poder confirmar que abandonaste a tu hijo, a tu propia sangre a su suerte, que abandonaste al fruto de nuestro amor —La voz de Livi se quiebra mientras dos lágrimas brotan de sus ojos y se funden con el tapabocas. Mi tío jadea, doblándose un poco sobre sí mismo, y es la primera vez que la duda se agolpa en toda su expresión—. Doctor Mitchell, Gabriel es hijo de Joseph, y mi hijo está dispuesto a ser el donante si su médula ósea es compatible; por favor, haga lo que tenga que hacer.

Livi vuelve a sentarse lentamente y con la dignidad de una reina que acaba de pronunciar un decreto.

—No lo permitiré, de ninguna manera —dice mi tío en voz baja, pero en esta ocasión su tozudez se ve mermada; las palabras de Livi lo han calado profundamente.

Un enfermero junto conmigo estamos sosteniendo a Dominic.

—Papá, no quiero hacerme ningún tratamiento, tengo derecho a morir dignamente.

—No, no lo harás, así tenga que obligarlos a ti y a Dorian a hacer lo que haya que hacer.

Dominic se suelta del enfermero y de mí para posar sus manos sobre la mesa y sostenerse a sí mismo en ella. Observa a su padre y luego a Gabriel, que mira con odio inconmensurable a mi tío Joseph. La mente de Dominic parece que está trabajando a mil por hora; lo conozco y sé que está pensando a profundidad en algo importante. Después de unos segundos muy largos se endereza, se quita el tapabocas y está sonriendo. Mira por los ventanales mientras suelta una pequeña carcajada, «Dios es bueno» modula suavemente entre risas. Dominic tira al aire detrás de él el tapabocas.

—Por favor, quiero ver sus rostros, quítense el tapabocas.

—Gloria a Dios y aleluya, no aguantaba un segundo más esta mierda en la cara —se queja Cameron, tirando el tapabocas hacia atrás como lo hizo Dominic.

Todos, uno a uno, nos quitamos los tapabocas mirándonos sin entender muy bien lo que seguirá a continuación, incluso mi tío no

protesta y obedece a Dominic; el enfrentamiento con Livi parece haberlo drenado.

—Papá, Gabriel —llama la atención de ambos mientras cuadra los hombros y me hace señas de que puede solo con él mismo ya que hago el amago de ayudarlo—. ¿Qué estarían dispuestos a hacer para que yo permitiera este trasplante?

—Lo que sea, hijo, haré lo que sea necesario. Te amo, Dominic, y si hay una oportunidad, la que sea, yo la tomaré.

Dominic mira a Gabriel.

—No tienes ni qué preguntármelo, haré lo que sea.

—Bien, muy bien —dice Dominic mientras se sienta calmadamente.

Un silencio pesado e incómodo se mueve en medio de todos nosotros. En cuanto Dominic termina de acomodarse en su silla volvió a hablar.

—Papá, te tengo una propuesta —afirma Dominic con una sonrisa angelical.

Mi tío y Gabriel miran de manera desconfiada a Dominic, y no es para menos; es muy evidente que Dominic trama algo.

—¿No vas a volver a chantajearme, verdad, hijo? —cuestiona mi tío arqueando una ceja.

Dominic se ríe mientras se acomoda mejor en su silla.

—Denme un momento que necesito organizar en mi cabeza lo que quiero plantearles.

Volvemos a mirarnos entre sí; la actitud de Dominic es bastante inusual y nos tiene a todos en vilo.

La mirada de Gabriel y la mía se entrelazan mientras Dominic parece estar lejos de este lugar. Una preciosa y pequeña sonrisa se dibuja en el rostro de Gabriel, mientras sus ojos me dicen cosas que no quisiera poder leer, pero lo hago.

Le devuelvo la sonrisa mientras me muerdo el labio inferior para evitar que mis labios se extiendan más en una sonrisa bobalicona. Los ojos de Gabriel se transforman en una mirada llena de lujuria y ardor mientras abre la boca para tomar aire. Quito rápidamente mis ojos de él y me concentro en mirar mis manos, ya que el calor invadió mi rostro y estoy segura de que el palpitar de mi corazón en mi cuello es visible para todos.

La voz calma y serena de Dominic comienza a llenar el espacio, y agradezco poder desviar mi atención de todas mis confusas sensaciones y pensamientos que invaden mis sentidos en estos momentos.

—Me haré el trasplante de médula ósea con algunas condiciones para ti, papá; y para ti, Gabriel —ambos miran a Dominic asustados, sí, asustados. Esto suena a una encerrona en toda la regla—. Gabriel se hará las pruebas para ver si es compatible conmigo para el trasplante, pero además de ello, quiero que se hagan una prueba de paternidad.

—¡Dominic! —tanto mi tío Joseph como Gabriel pronuncian el nombre de Dominic, tratando de advertirle que se está pasando.

—Papá, si no es tu hijo, no pasa nada. Habrás confirmado a ciencia cierta lo que has gritado a voz en cuello todos estos veintiocho años, que él no es tu hijo —mi tío niega con la cabeza, pero no con la voz, no le sale, en realidad se ve asustado—. ¿Por qué te niegas tanto a esto? ¿Acaso Livi tiene razón y tienes miedo de comprobar lo equivocado que estuviste por casi tres décadas?

—No conocía esa parte macabra y turbulenta de tu parte —masculla mi hermano hacia Dominic—. Me gusta. Continúa —lo impulsa mi hermano con una sonrisa y mirada malévola. El canalla de mi hermano está disfrutando esta extraña reunión.

—Si Gabriel sale compatible, permitiré que me hagan el trasplante. Pero, si además de ello resulta positiva la prueba de

paternidad… tú, papá, le darás el apellido Morris a Gabriel; y tú, Gabriel, lo recibirás sin rechistar.

—Nunca haré eso, Dominic —protesta Gabriel, totalmente descompuesto—. Me haré la prueba de paternidad, pero nunca aceptaré el apellido Morris para mí.

—Si quieres que yo reciba el trasplante de médula, esa es una de mis condiciones.

—Dominic, sabes perfectamente lo que siento por tu padre —los ojos de Gabriel se llenan de lágrimas, no son lágrimas cualquiera, son lágrimas de odio e intenso dolor—. ¡Lo aborrezco!

Me abrazo a mí misma por la contundencia de sus palabras, prácticamente las escupió con repulsión.

—Lo sé, sé que lo odias, pero eres un Morris. Desde que te encontré cuando yo tenía tan solo quince años lo supe, lo supe con total certeza y seguridad, que eras un Morris, y que eras mi hermano.

Gabriel aprieta los labios mientras baja la mirada, cierra los ojos para evitar que las lágrimas se derramen. Se ve completamente sobrepasado por la situación.

Pero Dominic aún no había terminado. Mira a mi tío, que se encuentra prácticamente tirado en la silla; esa postura erguida y

orgullosa tan habitual en mi tío de «yo soy el rey del mundo», no está presente en él en este momento, parece vencido por Dominic.

—Papá, has sido un excelente padre para mí —Dominic coge la mano de su padre y ambos se miran con los ojos anegados en lágrimas—, no podría haber pedido un mejor padre que tú. Por tal motivo, no sabes cómo me duele que Gabriel no haya podido vivir el amor de un padre hacia su hijo contigo, que él no haya podido estar aquí conmigo y compartir nuestra niñez, adolescencia y parte de nuestra vida adulta. Si él es tu hijo, lo quiero el resto de mi vida a mi lado, y quiero que tú le des el lugar que le corresponde como un Morris, con tu apellido y en Morris Enterprise.

Unos murmullos de asombro recorren la mesa mientras Gabriel se tira hacia atrás, pasándose las manos fuertemente por el rostro. Luego mira a su madre con ojos de cordero deslumbrado por los focos de luz; ella solo le sonríe calmada mientras le regala un beso en la mejilla.

—¿A qué horas maquinaste todo esto? —pregunta mi tío Joseph, completamente desencajado.

—Fue de repente, papá, lo acabo de ver. En verdad no quería más tratamientos ni cirugías, es solo que… Dios a veces se mueve

de maneras que no comprendemos, y me puso en esta tesitura de juntar a un padre con su hijo.

Este es Dominic; él siempre piensa en los demás antes que en él mismo. Por eso lo amo, por eso jamás haría nada para dañarlo, por eso lo protegería con uñas y dientes, incluso de mí misma.

—Gabriel, papá, ¿me contestan ahora o se van a tomar un tiempo para digerirlo?

—No tenemos tiempo —interviene el doctor Mitchell tajante—, es ya o ya.

—Esto es demasiado para mí, y tienes que entenderlo, Dominic. Pruebas de paternidad, apellido Morris y además de eso quieres que haga parte de Morris Enterprise, es para volver loco a cualquier humano en este planeta. Tengo una vida fuera de esta burbuja de los Morris.

—Sé que me amas, Gabriel.

—Te debo mi vida —contesta Gabriel entrecortadamente.

—¿Te estoy pidiendo demasiado? —pregunta Dominic con voz doliente.

Gabriel respira profundo. Él mira a su madre, que está llorando en silencio y trata de ocultarlo a toda costa; ella asiente como dándole su bendición.

Gabriel estira sus brazos sobre la mesa para coger las manos huesudas de Dominic.

—Lo haré, por ti, Dominic, todo lo que me has pedido lo haré, por mi parte lo haré porque te amo, hermano.

Gabriel se pone de pie y se desplaza hasta el otro lado de la mesa, acercándose a Dominic. Este se pone de pie para recibir el abrazo de su hermano. Mi tío Joseph se levanta lentamente de su silla y los mira a ambos, y estoy segura de que puede ver el amor que inunda esas miradas y abrazos de ambos hermanos. Mi tío Joseph se pronuncia.

—Yo también lo haré, te doy mi palabra, Dominic, y sabes que la palabra de un Morris es inamovible —él mira a Gabriel—. Veremos qué dicen las pruebas.

—Darán todas positivas —confirma con suavidad Olivia, mirando desafiante a Joseph.

—Lo dicho, me encantan nuestras reuniones familiares —habla con sorna Cameron—. Y últimamente se han vuelto todo un dramón turco. ¿Será que ya nos pueden servir el desayuno? Me muero de hambre.

—Ay, Cameron, ¿qué voy a hacer contigo? —me quejo.

—No tienes otro hermano, aguántate —gesticula sonriendo y guiñándome un ojo.

Y, exactamente como el día anterior, comenzaron a servir el desayuno y nadie, excepto Cameron, parecía tener ganas de probar bocado.

Capítulo 7

Han pasado cuatro días desde que Dominic puso en jaque a mi tío Joseph y a Gabriel. Sé que tanto Gabriel como mi tío Joseph fueron al hospital por separado para hacerse la prueba de paternidad, y sé también que Gabriel hizo lo pertinente para determinar su compatibilidad con Dominic para donar su médula ósea.

Han sido cuatro días en los que Gabriel y yo nos hemos evitado a toda costa. Él viene a ver a su madre y visita a Dominic cuando sabe que yo estoy en Morris Enterprise para no cruzarse conmigo. Ambos lo hacemos por Dominic; sin embargo, no deja de doler lo que pudo haber sido y que jamás será.

«No hay nada que el tiempo y la distancia no puedan sanar», dice Trizia todo el tiempo. Ella lo vivió en carne propia y yo la vi padecerlo hasta que lo superó. Recordar esos días tristes y sombríos de Trizia con su desamor me da la fuerza suficiente para saber que yo también lo superaré, ya que ni siquiera se consumó, ni siquiera sucedió. Así que mis oportunidades de pasar página rápidamente serán mayores que las de Trizia. Eso me digo a mí misma para darme ánimo y concentrarme tanto en Dominic como en mi trabajo.

La puerta de mi despacho se abre y mi asistente boricua ingresa moviendo exageradamente sus caderas.

—Tyler acaba de entregarme estos documentos —dice la Señorita Carolina Rivera (a la cual todos llamamos Carol), entregándome una carpeta que lleva entre sus manos—. Me dice que necesita urgente la revisión y firma del señor Cameron Morris, pero que él hoy no ha estado en su despacho y no contesta el móvil.

Arrugo el entrecejo. Es muy extraño; mi hermano puede ser todo lo superficial y vano a nivel carnal, pero jamás un irresponsable con su trabajo. Adora lo que hace para Morris Enterprise, y se ufana de ser el mejor director de adquisiciones que ha tenido Morris en toda su historia empresarial.

—Es más de medio día. ¿Lo han llamado toda la mañana y no contesta?

—Sí, Tyler y yo lo hemos intentado muchísimas veces llamando a su móvil. Es posible que ande... en una de sus juergas —una de las cejas perfiladas de la señorita Rivera se arquea.

Ella conoce muy bien a mi hermano, y debe estar pensando que alguna mujer lo sacó de su trabajo. Hubo un tiempo, cuando la señorita Carolina Rivera recién llegó a Morris Enterprise, en que mi hermano estuvo embelesado con ella y metido entre sus piernas,

pero como siempre, a él se le pasó la novedad y después de ella vinieron muchas más.

—Nunca una mujer o una juerga lo han sacado de su trabajo. Tiene que haber pasado algo.

—Siempre hay una primera vez —dice la señorita Rivera sonriendo y saliendo de mi despacho.

Agarro mi móvil y mi llamada se va a buzón. Ya ni siquiera timbra. Qué extraño.

***

Llego al piso de mi hermano, que es el ático de la Morris Tower. Este es un capricho que mi tío le concedió a Cameron por venirse a vivir aquí en pandemia, y luego no quiso irse porque no le gustó la manera en que Dorian me perseguía.

Camino por el amplio piso llamando a mi hermano e incluso a Gabriel, pero ninguno contesta.

—¡Arriba, estoy aquí, Tory!

Escucho la voz de mi hermano, que efectivamente viene de arriba, donde se encuentra la zona húmeda, piscina, gimnasio, bar y salón de fiestas de la Morris Tower. Aunque podría haber llegado por

el ascensor a esta zona, subo las gradas y encuentro a mi hermano en ropa deportiva.

—¿Estás enfermo? —le paso el legajo con los documentos—. Tyler te envía esto, dice que lo necesita urgente.

Mi hermano ojea los documentos mientras se sienta en un sillón del amplio espacio de la zona de estar del último piso de la Morris Tower. El silencio y el rostro serio de mi hermano comienzan a preocuparme.

—¿Qué sucede, Cameron?

Mi hermano suelta los documentos en la mesa de café que tiene al frente y me mira aún sentado.

—Estoy de niñero —masculla con enojo arrastrando las palabras—. No he llamado a Olivia porque él me ha pedido que no lo haga; no quiere preocuparla.

—¿Niñero? —mi hermano aprieta la mandíbula.

—La prueba de paternidad ya le llegó a Gabriel —agranda sus ojos y sonríe con malicia—. Asumo que a mi tío también.

—¿Dónde está Gabriel?

—Tirado en una de las tumbonas al lado de la piscina.

Me giro para ir en su búsqueda, pero mi hermano me agarra de la mano.

—No quiere compañía, me ha pedido que lo deje solo, pero la verdad... en su estado no me he sentido capaz.

Le sonrío.

—A veces tu corazoncito sale a flote; he notado que te agrada Gabriel.

Él resopla exageradamente.

—Solo quise tomarme el día libre, no te confundas.

Cameron vuelve a sus papeles mientras yo me dirijo hacia la piscina. No tengo idea de qué está haciendo en ese lugar; está cayendo un aguacero torrencial con algunos truenos y relámpagos que anuncian la inminente llegada del otoño a Nueva York.

En cuanto ingreso, escucho una melodía suave y nostálgica con letras en español. Mi mirada recorre todo el espacio hasta que lo veo: está sentado en la mitad de una tumbona ahorcajado, con el rostro tirado hacia el cielo y el agua cayendo sobre él de manera implacable. Está con una camisa blanca de lino que se le ha pegado a la piel, y tiene un pantalón blanco empapado que le llega unos diez centímetros por debajo de la rodilla, y está descalzo. ¿Cuánto llevará allí?

Decido acompañarlo bajo la lluvia, y también decido no molerme los sesos tratando de entender por qué simplemente no lo

dejo solo. Me quito mi chaqueta ejecutiva y me quedo en mi blusa de seda blanca y falda de tubo en cuero rojo. Me quito los zapatos.

Me acerco a él mientras el aguacero comienza a caerme encima. Me quedo de pie a su lado, viendo que tiene los ojos cerrados y el rostro contrito, como si estuviese sufriendo. Miro el cielo y es... hermoso. Me encantan los días lluviosos con sus nubes oscuras cargadas de lágrimas, de tristezas; me gustan porque estos días son un espejo, un reflejo de lo que soy, de quién soy. Me identifico plenamente con días así; se parecen a mí.

Cuando puedo permitírmelo, suelo pararme bajo la lluvia de esta manera, como lo hago ahora, pero siempre lo he hecho sola. Nunca pensé que compartiría algo así con alguien, y menos con alguien que es prácticamente un desconocido para mí. Sin embargo, vuelvo a recordarme que este desconocido entró a mi vida como un torbellino, como el demonio de Tasmania de la Warner, alborotando y sacudiendo todo mi mundo por dentro y por fuera.

—Es una tarde... hermosamente melancólica —las palabras salen de mis labios casi sin pensarlas.

Por el rabillo del ojo veo que él gira su rostro para mirarme.

—Tan hermosa y melancólica como tú —su voz ronca y varonil remueve siempre algo dentro de mi pecho.

Gabriel se pone de pie y se para frente a mí y me observa. Estoy completamente empapada, igual que él por la lluvia torrencial. Él observa detenidamente cada parte de mi rostro, se fija en cada detalle, en cómo las gotas se vuelven ríos y se deslizan sobre mi piel. Sus ojos parecen perseguir el recorrido hasta que llegan a mi blusa de seda blanca que ahora se ha vuelto totalmente transparente. Yo misma me observo y me doy cuenta de que se puede ver perfectamente mi sostén de encaje blanco. Cristo, no pensé en esto cuando me metí bajo la lluvia. Vuelvo a mirarle y parece deslumbrado.

—Dios mío, eres sublimemente hermosa, como ninguna otra mujer que haya conocido antes —las cosas que me dice Gabriel son como flechas de Cupido que pegan directo en la diana, en todo el centro de mi corazón—. ¿Por qué estás aquí bajo esta lluvia torrencial? —pregunta mientras aprieta las manos. Sé lo que le pasa, sé lo que le sucede, quiere tocarme. Lo sé porque yo quiero hacer lo mismo.

—Podría preguntarte lo mismo —sonrío al responder de manera impertinente.

—Dime tú y luego te contesto —sus ojos siguen tristes y no hay sonrisa de regreso—. Anda, compláceme —el quiebre de su voz

me vence.

—Aunque no me lo creas, esto es algo que hago cuando puedo. Me encantan los días nublados y lluviosos, y cuando tengo la oportunidad, danzo bajo la lluvia.

—¿Danzas? —pregunta con una sonrisa torcida.

—Sí, estuve en una escuela de ballet hasta los catorce años. Luego no volví por otras múltiples ocupaciones, y no era mi deseo hacerlo de manera profesional.

Él sigue mirando mis pechos y luego mis labios. Al fin, sus ojos se posan en los míos y una tristeza enorme y abrumadora los aplasta. Ahora le toca a él contestar.

—Hay veces en la vida que tienes la certeza de algo, pero cuando se materializa, esa es la peor parte porque se vuelve real. Cuando ya no queda ningún margen de duda y sabes lo que esa certeza va a hacer con tu vida: va a aplastarme, va a destruirme, dejaré de ser quien soy.

—Las pruebas han validado que eres hijo de mi tío Joseph —la confirmación sale como un decreto de mis labios.

—Sí —hay dolor, mucho dolor en esa simple palabra.

—Pero ya lo sabías.

—¡Sí, pero él no lo sabía! —grita a todo pulmón y las venas de su cuello se hinchan mientras sus ojos despiden fuego—. Y no sé cuál va a ser su proceder frente a esa verdad que se negaba a aceptar, y no me estoy refiriendo a las promesas que le hizo a Dominic, sino a su forma de mirarme y de tratarme.

—Que te siga rechazando.

—Sí, o peor aún, que quiera resarcirse —Gabriel se lleva las manos a la cara y luego al cabello tratando de disipar el agua que corre como ríos sobre él.

—¿Y qué quieres tú?

—Ese es el problema, no lo sé —piensa un rato y luego sonríe con malicia—. Hay momentos en que deseo que él quiera resarcirse, para poder darme el gusto de despreciarlo y poder renegar de él con todas las fuerzas de mi alma, y luego, luego mandarlo al mismísimo infierno acompañado de una tonelada de mierda —calla por un momento mientras respira profundo y vuelve a hablar—. Y en otros momentos, quisiera que siguiera odiándome y despreciándome para que todo continúe como hasta ahora.

—Conociendo a mi tío, estoy segura de que él se acercará a ti a pedirte perdón, y querrá comenzar a construir contigo esa relación de padre e hijo desde cero.

—¿Y qué pasa con todo lo malo que viví antes? —pregunta con veneno y enojo.

—¿Y qué pasa con todo lo bueno que puedes vivir de ahora en adelante?

Me acerco y levanto su rostro con mis manos, que ahora está fijo en el piso donde sigue cayendo la lluvia. Acuno su rostro con mis manos mientras él se acerca más a mí apretando sus manos sobre mis muñecas. Su frente se pega a la mía y nuestros alientos se tocan.

—¿Por qué simplemente no lo dejas resarcirse y comienzas a disfrutar del amor que un padre puede dar a su hijo? No te niegues eso ahora que lo puedes tener.

—No es tan fácil.

Mientras hablo y él habla, nuestros labios se tocan un poco y yo comienzo a temblar, pero no de frío. Tiemblo por lo que siento, por lo que su contacto lleno de calor y vibraciones hace dentro de mí.

Muevo un poco mi rostro mientras pongo mis manos en sus hombros y él rodea mi cintura con sus brazos acercándome más a él. Jadeo; siento una erección en construcción sobre mi vientre.

—Lo siento, mi cuerpo no me obedece. Él te desea, te anhela, aunque yo le ordeno que te olvide.

Siento unos deseos irrefrenables de llorar por él, por mí, por esta situación tan horrible que nos está tocando vivir, por lo que podría ser y no es, por Dominic que no tiene ni idea de lo que nos pasa a ambos.

—Baila conmigo —me susurra al oído mientras saca su móvil envuelto en un protector del bolsillo de su pantalón.

Una melodía de solo guitarra empieza a sonar por los parlantes de la piscina. Nunca la he oído antes y su letra es cantada en español. Es lenta, suave, melancólica y a todas luces romántica. Nuestros pies se mueven en un baile lento mientras él empieza a cantarla cerca de mi oído en inglés:

Solo tú, solo yo, presente o futuro ninguno existió

El amor que siento yo no sé describirlo, tan solo llegó

Mis ojos se llenan de lágrimas ante las sentidas palabras de Gabriel, que hacen juego con las notas de la guitarra que suenan fuertes y melancólicas por todo el lugar.

Después, la canción se acelera un poco en el estribillo, y Gabriel comienza a moverse conmigo como si bailáramos un vals. Me

hace girar sobre mí misma suavemente mientras canta el estribillo a todo pulmón:

Quédate un poco más,

¿Qué haré con los besos que nunca te di?

Solo eran para ti...

Me acerca nuevamente a su pecho y seguimos bailando, y yo rompo en llanto. No sé cómo esto sea posible, pero me duele, me duele mucho que Gabriel y yo ni siquiera hayamos tenido una oportunidad de darle rienda suelta a esto que sentimos.

La melodía y las letras Gabriel sigue cantándolas en mi oído mientras lo aprieto contra mí y él hace lo mismo. Vuelve el estribillo y su voz se quiebra. Nos detenemos junto con el final de la canción y seguimos fuertemente abrazados.

Él agarra mi cabello suavemente de la parte posterior de mi cabeza y vuelve a pegar su frente contra la mía.

—Te lo juro por lo más sagrado —sus labios tocan los míos mientras habla y su otro brazo se enreda en mi cintura sujetándome contra él—, nunca he sentido esto por ninguna otra mujer en toda mi vida, y tengo que decirte que han sido muchas.

Jadeo ante su confesión, la cual me hace llorar aún más fuerte y volvemos a abrazarnos.

—¡Ey!, ustedes, par de dos. ¿Será que pueden salir de allí y actuar como personas normales? Y después dicen que el raro soy yo —protesta mi hermano Cameron.

Gabriel y yo nos separamos lentamente y nos miramos fijamente a los ojos durante unos segundos. La profundidad de lo que nos decimos con nuestras miradas es algo que no he vivido con Dominic jamás. Caminamos lentamente hacia mi hermano dejando la piscina y el torrencial aguacero atrás.

Cameron nos mira a ambos mientras nos pasa un par de toallas para que nos sequemos.

—Dominic y tu madre nos esperan en el piso de Dominic. Parece ser que los resultados le llegaron también a tu hermano, y nos está convocando a todos.

—Okey, me cambio y vamos —dice Gabriel pasando por delante de mí sin volver a mirarme.

Los ojos de mi hermano se posan en mí.

—Cameron, yo...

—No, no digas nada. No te juzgo; siempre quise que encontraras a alguien... —aprieta los dientes y luego abre y cierra de manera exagerada y brillante sus ojos esmeraldados—. Pero… ¿tenía

que ser el hermano adorado de Dominic? Cuando se entere será un duro golpe multiplicado a su máxima expresión.

—No tiene que enterarse de nada porque no pasa nada —miento como una bellaca sin mirar a mi hermano.

—No nací ayer, Tory. Desde que Gabriel llegó no dejan de mirarse, de tocarse; parece que no pueden vivir sin ponerse las manos encima. El pobre hombre iba con una erección de caballo, y tú estás ardiendo, estás tan roja como un tomate.

—¡Cállate! Voy a cambiarme.

—Sí, cámbiate. Debes tener las bragas empapadas, y no precisamente por la lluvia.

—Qué guarro eres —me quejo mientras me meto en el ascensor para bajar a mi piso.

Mientras las puertas del ascensor se cierran, los ojos de mi hermano se enternecen.

—Me alegro por ti, Tory. Tú, más que nadie, mereces ser feliz.

Las puertas se cierran y no puedo modular una sola palabra en respuesta. La sonrisa tierna y los ojos peligrosamente acuosos de Cameron me dejaron sin habla.

Capítulo 8

Debido a que Dominic no ha querido que nadie se ponga el tapabocas pese a las recomendaciones médicas, puedo ver la sonrisa en sus labios al ver ingresar a Gabriel y a mi hermano Cameron al salón de su piso, esa hermosa sonrisa no tiene precio. Se pone en pie y abre los brazos acercándose a su hermano. Se abrazan apretadamente y se palmean la espalda. Olivia, que está sentada a mi lado, se le humedecen los ojos mientras observa el cariño sincero y fraternal que ambos hermanos se tienen.

—Estoy tan feliz —Dominic se separa y coge el rostro de Gabriel entre sus delgados dedos—. Nunca nadie podrá jamás negar que eres un Morris, ahora es oficial.

—Eso a mí nunca me ha importado, Dominic, lo sabes.

—Sí, pero a mí sí me importa, porque quiero que estés conmigo y mientras «nuestro padre» no lo aceptara, eso iba a ser casi imposible.

Gabriel arruga su rostro en una mueca de dolor cuando Dominic entona la palabra «nuestro padre».

—¿Qué pasa con los tapabocas? —pregunta Gabriel mirándonos a todos.

—Por favor, solo por hoy —súplica Dominic—. Después de la intervención voy a estar aislado por un muy buen tiempo, por eso quiero compartir esta victoria sin esa, «cosa», en nuestros rostros.

Gabriel está a punto de protestar, pero mi hermano Cameron lo interrumpe.

—Me muero por ver la cara de Dorian cuando se entere de que tiene un nuevo hermano —Cameron suelta una carcajada alegre y vivaz mientras se sienta en un sillón del salón, hay un brillo verdoso lleno de malicia en sus ojos—, y creo que morirá de un aneurisma cuando sepa que tendrá que compartir sus privilegios de primogénito Morris.

Gabriel vuelve a arrugar el rostro con cara de asco mientras niega con la cabeza las afirmaciones de mi hermano Cameron, que parecen exageradas, pero concuerdo con él; habrá un gran estallido de cólera por parte de Dorian.

Se escucha la risa suave y divertida de Trizia desde la barra del bar.

—Ya somos dos, Cameron. Exijo vistas en primera fila, no quiero perderme un solo detalle de lo que hará y dirá Dorian.

Trizia trae en sus manos dos bebidas, y la asistenta de Dominic trae algunos vasos con las bebidas alcohólicas que habíamos pedido antes de que llegaran Gabriel y Cameron.

—Hola, Gael, me place saludarte —Trizia se acerca a Gabriel y deposita un beso en su mejilla—. Es hora de celebrar, este es un día histórico para esta familia.

Trizia le entrega un vaso largo que se ve muy helado, decorado con rodajas de limón.

—Me han dicho que prefieres un té helado con mucho limón —ella hace un guiño y él sonríe.

—Gracias, Trizia, por tu consideración.

Gabriel mira la bandeja con las bebidas alcohólicas que están siendo entregadas a Cameron, Livi y a mí. Es evidente su anhelo por probarlas; su lengua sale un poco para humedecer sus labios.

—Y esta bebida de color extraño es para ti —vuelve a intervenir Trizia, pasándole a Dominic una bebida que no tiene alcohol y que hace parte de su dieta estricta.

—Gracias, Aburrición —la pincha Dominic, depositando un beso en el dorso de su mano. Ella le sonríe para luego regalarle un beso cariñoso en la mejilla.

—Bueno, creo que ahora sí podemos brindar —asevera mi hermano, poniéndose en pie y levantando su copa. Todos lo imitamos.

—Por los nuevos parientes —dice Cameron mirando a Gabriel con cariño—, me agradas, Gael, así que… nuevamente, bienvenido al infierno Morris.

—¡Cameron! —le grito sonriendo, no hay nada que hacer con mi hermano.

—Bienvenido, nuevamente, hermano —brinda Dominic levantando su bebida.

—¡Salud!... ¡bienvenido a la familia! —le gritamos todos a Gabriel.

—Gracias a todos —gesticula sonriendo Gabriel.

Todos nos volvemos a sentar mientras degustamos nuestras bebidas.

—Que yo te dé la bienvenida sin hacerte pasar un mal rato es algo digno de admirar —farfulla mi hermano muy serio.

—Doy fe de ello —intervengo con cara agria y todos se ríen.

—Eso es verdad —me apoya Trizia—. Por lo regular es muy borde con las personas que no conoce y quieren infiltrarse o interactuar con el linaje Morris. Yo me salvé porque cuando llegué a

esta familia era casi una niña. Los demás, pobrecitos, sálvese quien pueda.

Volvemos a reírnos.

—¿Qué tan borde? —pregunta Gabriel acomodándose mejor en el sofá que comparte con mi hermano para poder mirarlo de frente.

Camerón sonríe lobuno y sus ojos se entrecierran un poco.

—En una ocasión cuando todavía era un niño, mi madre trajo a casa a su nuevo novio para que pasara con nosotros el fin de semana, a Liam Evans, el que después se convertiría en el padre de Tory. Yo estaba tan enojado con mi madre por querer reemplazar a mi padre, que invadí de crema depilatoria el champú que él trajo.

Todos nos reímos. Esta historia la ha contado varias veces, pero él la dice con mucha gracia, moviendo mucho las manos y brazos y abriendo exageradamente los ojos; se ve algo ridículo, por lo cual nos hace reír muchísimo.

—Al día siguiente escuché el grito del hombre en el baño y su posterior persecución hacia mi persona con una mera toalla alrededor de su cintura —Cameron sonríe ensimismado en sus recuerdos, y mis ojos se llenan de lágrimas al traer a mi mente el vago recuerdo que tengo de quien fuera mi padre—. Me persiguió por toda la casa hasta que me alcanzó. Pensé que me iba a golpear

o que me iba a mandar a algún internado cuando se casara con mamá, pero él… —mi hermano se aclara la garganta—, se estaba riendo. Tenía una parte de su cabeza calva, sin pelo, y el hombre… se reía. Me dijo: «Cameron, me encanta tu broma, ¿qué te parece si terminas lo que comenzaste y me ayudas a raparme? Sé que lo vas a disfrutar, diablillo».

Todos se ríen mientras una lágrima resbala por mi mejilla. Trizia me abraza suavemente y limpia mi mejilla, sonriéndome con tristeza.

—Así que lo hice. Él se sentó en una silla y yo me paré en un banco y lo ayudé a raparse el resto del cabello. Liam aprovechó ese momento para comenzar a hacerse mi amigo y, después se convirtió en un verdadero padre para mí.

—Cameron y yo hemos tenido mucha suerte de tener excelentes padres a nuestro alrededor —digo con la voz quebrada—. Aunque los hayamos perdido a casi todos a través de los años, aún nos queda tío Joseph.

—Lo siento tanto, querida —dice Olivia cogiendo mi mano, mientras nos observa a Cameron y a mí con cariño—, creo que saben que vuestra madre y yo éramos las mejores amigas en Colombia.

—Sí, lo sé —confirma Cameron con una sonrisa torcida—. Mi madre me contó cuando ambas quedaron embarazadas casi al mismo tiempo, tú de Joseph y mi madre de mi padre, Noah Morris.

—Sí, tú y Gabriel se llevan solo unos pocos meses de diferencia.

—Por poco y tengo la desgracia de que seas mi hermano —se queja Gabriel y todos nos reímos.

La sonrisa pícara y ojos traviesos de Cameron atraviesan a Olivia.

—Parece que el viaje de negocios de Joseph y Noah Morris a Colombia hace treinta años terminó en tórridos romances.

Olivia sonríe soñadora.

—Sí, así fue —La sonrisa de Olivia disminuye y se pone muy seria—. Sé cómo murió tu padre porque la misma Andrea me llamó hecha un mar de lágrimas para contarme lo del infarto fulminante de Noah. Tú eras tan solo un bebé cuando aquello ocurrió. Pero nunca supe cómo murieron Andrea y Liam Evans, no tenía a quién preguntar—. Mi pecho se contrae de dolor al recordar cómo murieron mis padres. Yo estaba allí—. Nunca se lo pregunté a Dominic porque quise respetar su acuerdo con Gabriel, de no hablar de la familia Morris con nosotros.

—Murieron conmigo, fue mi culpa.

—¡Tory! —me reprende Dominic.

Las palabras duras de mi hermano caen sobre mí:

—Cuántas terapias y cuántas veces tenemos que decirte que eras solo una niña y que no fue tu culpa.

—Lo fue, por el hecho de que haya sido una niña no me exime de lo que hice.

—¡No hiciste nada, Tory! —grita Cameron entrando en cólera por mi tozudez.

—Cálmate, por favor —me dice Dominic con paciencia, cogiendo mi mano.

—Venían conmigo en el coche y… —empiezo a respirar con dificultad, de manera acelerada y sin control.

—¡Tory, quédate aquí! —me grita Gabriel mirándome preocupado.

—Tranquila, hermanita, lo siento —se disculpa Cameron acercándose y poniéndose de rodillas frente a mí. Me coge de los hombros—. A veces olvido lo mucho que te afecta recordar su muerte.

Me toco el pecho y ya no estoy aquí. Estoy en el coche con mis padres. El automóvil gira y gira por el barranco, golpea y golpea

contra la tierra y se estrella con todo lo que encuentra a nuestro paso. Mi madre grita aterradoramente llamándome, mi padre grita, pero de dolor… luego, después de despertar, solo veo sangre, y solo escucho mis propios gritos y chillidos de niña aterrorizada en la parte de atrás del vehículo.

Escucho una voz lejana que me llama, pero yo aún sigo aquí, encerrada e inmovilizada en el coche con mis padres muertos, en este lugar que lo invade una oscuridad pegajosa sin fin. Siento como la sangre de mis padres sigue cayendo sobre mí; los llamo, los llamo con todas las fuerzas que me quedan: ¡mamiiiiiiiiiiiiiii!, ¡papiiiiiiiiiiiiiiiiiii!. Nada, la nada, oscuridad, silencio.

—¡Toryyyyyy!

Alguien me llama.

—A mí, ven a mí, escucha mi voz, mi rostro, recuerda mi rostro.

Gabriel… ¿qué hace Gabriel aquí? Caigo en la cuenta de que estoy dentro de un ataque de pánico, ya no soy una niña, no estoy aquí.

—Tory, concéntrate, respira profundo y exhala por la boca… despacio.

«Ya pasó, ya pasó, es el pasado, ahora soy adulta, soy adulta, debo salir de aquí, debo ir hacia la voz»

—Respira, por favor, Tory, respira profundo y recuerda mi rostro, solo mi rostro, escucha mi voz, solo mi voz.

La luz comienza a salir en medio de la oscuridad y se expande. Siento la garganta ardiendo a punto de fuego… sé lo que ha pasado, he gritado y gritado llamando a mis padres. Estoy tumbada en el piso junto con Cameron y Gabriel que me observan desde arriba con infinita preocupación, y tengo las manos de ambos agarradas contra mi pecho.

—¡Gracias a Dios! —el alivio en la voz de Gabriel es evidente—. Te tengo, Tory. Aquí, mírame, míranos a Cameron y a mí.

Los miro a ambos y siento la humedad que sigue bajando desde mis ojos y que se desliza por mis sienes hasta perderse en mi cabello. Uno de los enfermeros está sosteniendo mis hombros y poniendo algo fuerte sobre mi nariz.

—Ya pueden levantarla —asegura el enfermero.

Cameron me ayuda a sentarme mientras suelto las manos de ambos. Observo la devastación que he dejado con mi ataque, todos me miran angustiados: Dominic está llorando sentado en un sillón

cerca de mí, y detrás de él los ojos llorosos de Olivia y Trizia me alcanzan. He preocupado a todo el mundo.

—Lo siento tanto —dice Olivia en un mar de lágrimas—. No tenía idea, de haberlo sabido jamás hubiese preguntado por ellos.

—No es tu culpa, Livi. Hemos hablado de mi madre en algunas ocasiones cuando hemos estado solas. Lo que pasa es que hoy… estoy un poco más sensible —digo mirando a Gabriel, que sigue aún sentado en el piso, y la preocupación y angustia no han abandonado su expresión.

—Perdón por dañar el momento, ya estoy mejor —aseguro aclarando mi voz.

—No has dañado ningún momento —me regaña Dominic—. Lo importante es que tú estés bien.

—Ya me siento mejor, ya pasó.

Cameron me ayuda a ponerme en pie mientras un enfermero limpia con un paño antiséptico la gota de sangre que tengo cerca del hombro. Muy seguramente algún calmante me fue inyectado mientras estaba histérica. Me siento nuevamente en el sofá del salón y una sensación de mareo me embarga. Todos se hacen a mi alrededor.

—De verdad, siento tanto haber dañado este momento de celebración.

—No lo has hecho —me dice Gabriel sonriéndome un poco—. ¿Qué les parece si pedimos algo de comer? Me muero de hambre.

—Oh, sí, por favor, tengo un cráter profundo en el estómago —se queja Cameron.

—Tú siempre tienes hambre, Cameron —se queja Trizia—. No sé cómo te conservas tan bien con esa manera tan absurda que tienes de comer. Creo que prefiero vestirte a alimentarte.

Todos nos reímos. Sé que están tratando de aligerar la tensión que traje con mi episodio de pánico.

—¿Cuál es tu comida preferida? —pregunta Dominic a Gabriel —. Hoy pediremos para complacerte.

—Bueno, ya que insistes, te informo que me complace mucho la «colombiana» —afirma Gabriel con una sonrisa pícara, mirando a Cameron. Un brillo juguetón de entendimiento se dibuja en los labios de mi hermano.

—A mí también «esa» me complace mucho —dice Cameron con sensualidad—. No puedo negar que es toda una delicia, pero la «japonesa» tiene su encanto místico.

—Sin embargo —apunta Gabriel, mordiéndose el labio inferior y con mirada ardiente—, no podemos negar que la «mexicana» tiene su picante que nos pone a arder.

—¿Aún estamos hablando de comida? —pregunta Dominic frunciendo el ceño y con una sonrisa bailando en los labios.

Todos soltamos una carcajada por el doble sentido que Gabriel y Cameron han querido ponerle a la conversación.

—No, por supuesto que no, par de granujas —grita Trizia desternillada de la risa.

La comida es pedida y seguimos hablando y riéndonos un buen rato mientras comemos. La que empezó fue Trizia, contándonos toda su travesía por Europa y sus nuevos ligues.

Cameron nos arrancó otras risas hablando de las veces que se metió con mujeres casadas y que él no lo sabía. Este tema nos arrancó muchas más risas.

Gabriel nos contó sobre su empresa y de los socios de esta en Colombia, como también de lo mucho que extraña a su hermana Camila, que no vino con ellos en este viaje.

De esta manera, la reunión que comenzó con mi ataque de pánico fue terminando como lo que era: la celebración de que Gabriel Alcalá ahora es un Morris. Él ahora pertenecía a una de las

familias más poderosas del mundo empresarial, ahora él se convertiría en: Gabriel Morris Alcalá.

Capítulo 9

Gabriel

Camino tratando de concentrarme en lo que veo y oigo con el objetivo de poder evadirme, aunque solo sea por unos minutos, de los horribles acontecimientos que están a punto de tirar toda mi vida por la borda. Caminar por la Quinta Avenida de la Playa del Carmen parece haber sido la elección correcta. Hay tanto ruido que hasta me cuesta escuchar mis propios pensamientos. La multitud que se congrega en estas calles es absolutamente abrumadora y ridícula. No importa que sea de madrugada, la ciudad que nunca duerme sigue viva, pujante y muy, muy despierta. Sin embargo, también tengo otro propósito con esta salida.

—Te dije que quería hablar contigo —me quejo prácticamente a gritos.

—Ya casi llegamos —me aclara Cameron.

—A donde sea que me lleves debe estar a tope, no podremos hablar.

—Ya verás que sí —me contradice Cameron muy seguro.

Cameron se detiene en la entrada de un gigantesco lugar rodeado de infinidad de personas que quieren ingresar, pero en sus puertas hay dos hombres de seguridad que más bien parecen luchadores de sumo japoneses vestidos de etiqueta, impidiendo el paso. Sigo a Cameron, que se desliza en medio de todas esas personas y saca una tarjeta con ilustraciones doradas y rojas para luego enseñarla a los dos individuos. De inmediato, estos dos hombres nos abren el paso en medio de las quejas, gritos y chiflidos de protesta de los que no pueden ingresar. Miro a Cameron de reojo y tiene una sonrisa presumida mientras yo pongo los ojos en blanco.

—Soy un Morris —es todo lo que dice encogiendo los hombros, es el cretino más petulante que he conocido jamás.

Se acerca a la gigantesca puerta y desliza la tarjeta. Ingresamos y… válgame Dios, es un lugar… tranquilo. Hay personas diseminadas por todo el lugar, pero no está abarrotado. El lugar tiene mesas altas con sillas de bar, y hay otros espacios un poco más privados al fondo. La música es suave, agradable, moderna y permite perfectamente que podamos hablar.

Respiro relajado, esto era lo que tenía en mente. Después de ver en primera fila el espantoso ataque de pánico de Tory, además de toda la mierda que me ha caído encima en los últimos días,

quería salir de la Morris Tower como alma que lleva el diablo. No quería estar ni un segundo más allí.

Afortunadamente, Cameron pareció entender mi incomodidad y mi necesidad de salir huyendo de ese lugar y me acompañó; de lo contrario, estoy seguro de que en este momento estaría buscando un hotel para pasar la noche. Necesitaba huir de la sensación de ahogo y desesperación que me invaden desde que pisé los dominios de los Morris.

Cameron nos lleva al segundo piso donde hay una barra redonda en todo el centro, la cual está rodeada de las mismas mesas altas y sillas de bar del primer piso. Nos desplazamos hacia las mesas que están cerca de los ventanales, las cuales nos permiten apreciar a Playa del Carmen perfectamente iluminada.

—¿Qué les apetece beber esta noche? —pregunta una hermosa camarera que muestra demasiado de sus pechos al inclinarse sobre nosotros.

—Yo quiero un martini y él…

Cameron me mira con dudas en los ojos.

—Un cóctel sin alcohol, por favor, el shirley temple estaría bien.

—Por supuesto, ahora regreso con sus bebidas —contesta la chica que hace su retirada moviendo exageradamente las caderas,

mientras la mirada verdosa de Cameron parece bailar al ritmo de ellas.

—Ninguna se te escapa, ¿verdad?

Cameron se ríe.

—¿Y a ti?

Sonrío también, pero me quedo callado, no es la conversación que quiero tener con él hoy. Cameron claudica y decide contestarme.

—En realidad, miro todo aquello que sea hermoso o digno de ver, pero solo me llevo a la cama… lo que me apetece de verdad. Soy selectivo, aunque todos se empeñen en creer lo contrario de mí.

La camarera vuelve rápidamente con las bebidas, pero en esta ocasión Cameron no la mira y se concentra en mí, no quiere distraerse.

—Lo estás pasando mal, ¿verdad? —pregunta Cameron llevándose el martini a la boca.

—Estoy jodido y hundido. Yo sabía que venir aquí no sería fácil, pero todo se ha complicado más de la cuenta. Toda la situación está desmadrada. Nada, nada de lo que ha sucedido ni en mis peores pesadillas lo hubiese podido prever.

—¿Qué es lo peor de todo? ¿Aceptar el apellido Morris? ¿La herencia y el legado Morris? o… ¿Mi hermana? —el brillo malicioso de los ojos de Cameron cae sobre mí—. No te atrevas ni por un segundo a negarlo. Desde el minuto uno he visto la atracción explosiva que hay entre ustedes dos. Para cualquiera que tenga dos dedos de frente es evidente e indiscutible que no pueden quitarse ni las manos ni los ojos de encima. Lo que no sé es hasta dónde has llegado con ella.

—No la he seducido ¡Solo llevo cinco días aquí! —me quejo.

—Para hombres como nosotros solo se requieren cinco minutos —escupe bajo y con los dientes apretados.

—No la he metido en mi cama, te lo prometo —le digo suavemente. Los ojos esmeraldas de Cameron me evalúan implacables.

—Llevas muy poco tiempo entre nosotros, pero puedo ver en el semblante de mi hermana el abismo de confusión y dudas que tu llegada le ha ocasionado.

—No… no era mi intención, y es por partida doble, ella está haciendo exactamente lo mismo conmigo.

—Lo sé. Pero volviendo a la pregunta inicial, ¿qué es lo peor?

—Estoy desbordado con todo. A veces despierto en las mañanas y siento que todo se desploma sobre mí como en una gran avalancha. Es tan sofocante que deseo volver a dormir para no enterarme de nada. Pero sobre todas las cosas tengo una prioridad: mi hermano Dominic, salvar su vida y, por supuesto, no lastimarlo.

—Entonces, ¿qué hacen tú y Tory haciéndose arrumacos?

—Tratamos de evitarlo todo el tiempo, pero no es tan fácil… Además, no te pedí que viniéramos aquí para hablar de eso, quiero saber cuál es la raíz del trauma de Tory.

—¿Y eso como por qué? —escupe Cameron para luego dejar casi vacío su vaso de martini.

—Porque ella me importa, me importa mucho.

Cameron me mira fijamente a los ojos.

—Pregúntaselo a ella directamente —Cameron encoge sus hombros restándole importancia a mi pregunta y comienza a comerse las aceitunas de su martini.

—No quiero que tenga otro ataque de pánico, por eso te lo pregunto a ti.

Me bebo mi bebida sin gota de alcohol como agua, estoy seco.

—Parece ser que tú la sacas de allí con gran facilidad —reflexiona Cameron inclinando un poco su rostro para mirarme—. En

la mayoría de las ocasiones hemos tenido que sedarla completamente.

—Estás de coña.

—Ni un poco, el último ataque similar al de hoy fue hace cuatro años. Parece ser que tu cercanía… la ha puesto algo sensible, como ella misma dijo.

—Por favor, Cameron, te lo pido por favor. ¿Qué fue lo que le pasó a Tory con sus padres? ¿Por qué ella se siente culpable?

Cameron suspira mientras mira hacia la playa del Carmen. Luego, pone su mirada verde, peligrosa y amenazante sobre mí.

—¿Qué sientes por mi hermana?

Podría mentir para salir del paso, pero Cameron Morris no es una persona con la que puedas jugar o manipular con facilidad, es su hermana y está tratando de protegerla. Yo tengo una y hago exactamente lo mismo.

—Tory Evans se ha convertido en «mi adorable maldición». La quiero a mi lado, conmigo, como nunca antes quise tener a otra mujer, pero no puedo tenerla, y los motivos por los cuales no puedo aspirar a ella los conoces de sobra. Pero tal vez hay otras cosas que sí pueda hacer por ella. Si hay alguna manera de ayudarla con su situación, quiero saberlo.

Cameron me mira retadoramente durante un largo, largo rato, parece devanándose los sesos para decidir si me cuenta o no.

—Otra pregunta —resoplo exasperado—. Es la última, lo prometo… y quiero que seas sincero.

—Te he hablado con la verdad —recalco con los dientes apretados.

—Si Dominic muere, ¿lucharás por ella?

El dolor punzante ante una posible pérdida de Dominic taladra mi pecho y mis ojos se inundan de lágrimas.

—Esta es la vida real, Gabriel, acéptala. No importa lo que digan los médicos, las posibilidades de vida de tu hermano, así tú seas compatible con él, siguen siendo pocas.

»En los últimos años, la salud de tu hermano se ha venido deteriorando a pasos agigantados. El final de Dominic se acerca. Lo que quiero con la pregunta que te he hecho es que pienses en mi hermana. ¿Lucharías por ella? Quiero advertirte que no lo tendrías fácil, porque tu principal piedra de tropiezo, sería ella misma.

Trato de desplazar el dolor que siento al pensar en Dominic muerto y pienso solo en ella, en Tory. En su mirada dulce y etérea, su semblante triste y melancólico, en las sonrisas y algunas carcajadas que he logrado sacarle, en sus palabras de apoyo cuando

me ha visto pasándolo mal, en cómo bailó conmigo bajo la lluvia, en la manera como se aferró a mí cuando le canté con toda la pasión de mi alma lo que sentía.

—Sí, lucharía por ella con todas las fuerzas de mi alma.

—¡Eso quería oír! Lo que voy a contarte se quedará aquí, Gabriel. Muy pocas personas entienden lo que realmente sucede dentro de mi hermana, y de una vez te digo, ella está muy jodida, seriamente jodida.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral.

—Si algún día me entero de que has contado esto a alguien, fuera de nuestra familia, te juro, Gabriel, te juro que te mato.

—No es necesario que me amenaces —rezongo enojado.

—Cuando me escuches, sabrás por qué sí es necesario.

Cameron gira su rostro hacia la camarera que está en la mesa de al lado.

—¡Ey!, tú, otro martini para mí con una ración extra de aceitunas y —mira mi vaso y hace mala cara—, otro menjurje de esos para él.

Cameron se tira hacia atrás en su silla y me mira con una sonrisa perezosa y resignada.

—Creo que necesito una sobrecarga de valor líquido encajado entre pecho y espalda para contarte lo jodida que está Victoria Evans.

Pensé que hablar con Cameron sobre lo que le pasa a Tory me dejaría más tranquilo y con un plan para poder ayudarla. Sin embargo, entre más lo escucho, más me preocupo por ella, y temo que Tory esté más allá de toda posible salvación o recuperación.

Cameron termina de beberse lo poco que le quedaba de su primer martini y sigue con el segundo.

—Mi padre, Noah Morris, murió de un infarto cuando yo tenía dos años. Solo sé de él lo que he visto en fotos y las cosas maravillosas que mi madre me contaba de él. Luego, cuando yo tenía unos cinco años, mi madre comenzó a verse muy feliz y un tipo comenzó a visitarla. Él se llamaba Liam Evans, era uno de los proveedores de tecnología para Morris en ese tiempo. El cuento, para hacerlo corto, es que mi madre se quedó embarazada de Tory y terminaron casándose. Fue un buen esposo para mamá y un muy buen padre para mí y Tory.

Cameron se toma en un solo trago todo el contenido del martini y alza la mano para pedir otro. Mira mi vaso y sabe que no necesita reemplazarlo, lo tengo completo.

—Cuando Tory estaba por cumplir seis años, que es precisamente en Navidad, salieron mis padres con ella a comprar algunos regalos de Navidad y los del cumple de Tory. Yo no fui, me quedé en los Hamptons con mis primos y tíos Morris preparándonos para la Navidad.

»Cuando ellos venían de regreso de Nueva York hacia los Hamptons, algo… algo pasó y la atención de Liam se desvió por un microsegundo y se volcaron, cayeron por un barranco y rodaron muchísimos metros hacia abajo. El grupo de rescate demoró casi dieciocho horas en dar con ellos. El vehículo fue hallado encajado de culo en una zanja; Tory estaba al fondo, en el puesto de atrás, y mis padres en los asientos de adelante. Sobre ella cayó toda la sangre… de nuestros padres. La Pequeña Tory estaba disfónica, había gritado y gritado durante casi todo ese tiempo llamando a sus padres… Logré escuchar lo que los rescatistas le contaban a mis tíos, que ella no pedía auxilio, no pedía socorro, solo llamaba a sus padres para que despertaran.

Cameron me mira con los ojos encharcados de lágrimas. Las mías ya corren hace mucho rato por mis mejillas solo de pensar en una pequeña y frágil Tory viviendo todo ese horror sola.

»¿Puedes imaginarte eso, Gabriel? La Pequeña Tory no pudo salir por sus propios medios, el coche estaba enterrado de cola al fondo de una zanja muy honda, por lo cual ella estaba prácticamente a oscuras y, por supuesto, encerrada en una caja metálica, sin voz, y con la sangre seca de nuestros padres por todo su cuerpecito de niña.

Ambos respiramos hondo y nos recostamos un poco en nuestras sillas. Me cuesta respirar. Ahora entiendo por qué Cameron se ha zampado casi cinco martinis para poder hablar; me muero por poder hacer lo mismo, pero eso para mí nunca más será posible. Cameron vuelve a poner sus brazos sobre la mesa y cruza sus manos, vuelve a mirarme para continuar su sombrío relato.

»Yo estaba esperando su llegada en el hospital, la vi llegar en una camilla cubierta de esa corteza de sangre seca. Ella, al verme, estiró su manita de niña y… se la sostuve hasta que la ingresaron para examinarla, no me dejaron entrar con ella. Escuché sus gritos disfónicos llamándome; al final tuvieron que dejarme entrar, no quería dejarse examinar hasta que yo no estuviese con ella. Milagrosamente, Tory físicamente no tenía nada grave, más que algunos golpes y moretones. Su daño, sus fracturas y cortes son

psicológicos, están arraigados dentro de su alma, y estos aún sangran en la vida de mi hermanita.

Las lágrimas de Cameron y las mías corren libremente por nuestras mejillas. Acerco mi mano a la de él y se la aprieto con fuerza para darle ánimo. Su voz se ha quebrado de cuando en cuando y yo tengo mi corazón hecho un puño en mi pecho.

»Mientras la examinaban, ella entró en *shock*, Gabriel. Era tan solo una niña y vivió lo que la mayoría de los seres humanos no viven ni en sus peores pesadillas. No habló y no sonrió durante casi un año, lo hacía solo conmigo y en muy pocas ocasiones. Durmió conmigo todo ese año, tenía pesadillas frecuentes, despertaba a los gritos llamando a nuestros padres. Tory aún sigue en terapias con psicólogos y, en algunas ocasiones, también con psiquiatras.

Cameron se suelta de mi agarre y se limpia las lágrimas y yo hago lo mismo. Nos miramos durante unos segundos, nunca había visto tal abatimiento en los ojos y en el semblante de Cameron. Él sufre enormemente y en silencio por su hermana.

»Inmediatamente después de la muerte de nuestros padres, nos fuimos a vivir con mi tío Joseph y su esposa Evelyn, la madre de los gemelos Dominic y Dorian, que en ese momento tenían diez años. Yo tenía doce y, como te dije, Tory tenía seis.

»Evelyn y Joseph se portaron muy bien con nosotros, no fue difícil acostumbrarnos a ellos y ambos se ganaron el corazón de Tory con el tiempo. Pero algunos años después, la fatalidad volvió a caer encima de nosotros. Evelyn comenzó a padecer cáncer de mama y murió cuando Tory tenía doce años, perdió a su segunda madre. Tory recayó y comenzó a llamarse a sí misma «maldita», empezó a decir que ella estaba maldita y que toda persona que ella amaba moría. En aquel momento intervinieron por primera vez los psiquiatras.

»Dos años después parecía que comenzaba a superarlo, pero cayó enfermo de gravedad Dominic. Ella, mi hermana, asumió una posición muy extraña con respecto a Dominic. Comenzó a cuidarlo y a protegerlo de todos y de todo, se convirtió en su ángel guardián, no se separaba de él, ni de día ni de noche; y nos decía todo el tiempo que en esta ocasión no permitiría que la muerte le arrebatara a nadie más. Nuevamente, más psiquiatras y psicólogos. Hubo un momento que mi tío Joseph casi decidió enviarnos con nuestros tíos Morris que viven en Seattle o los que están en San Francisco, pero Tory se esforzó por estabilizarse cuando supo que mi tío estaba pensando seriamente en cambiarnos de hogar si ella no ponía de su parte.

»Luego de eso, Tory parecía estar mejorando, pero todas las alertas se dispararon nuevamente cuando Tory cumplió quince años, ya que ese mismo día en plena celebración navideña informó que era la novia de Dominic. Mi tío Joseph y yo nos preocupamos muchísimo, no entendíamos el tema del noviazgo entre ellos ya que Dominic y ella no eran y no son muy físicos, se tratan más como hermanos. Y, pese a las negativas iniciales de Tory, permitió que la evaluaran los psicólogos y psiquiatras para demostrarnos que estaba bien. Ella nos convenció a todos de que estaba enamorada de Dominic, y como no había vuelto a tener esos comportamientos obsesivos y de fijación con él, ni tampoco episodios de ataques de pánico, lo dejamos así.

»En los últimos años, ella ha tenido muy pocos ataques de pánico y han sido muy puntuales. Han sido arrasadores para ella, pero puntuales cuando algo los ha detonado. Su último ataque de pánico fue cuando le hicieron el trasplante de riñón a Dominic, hace cuatro años. Desde esa fecha, no la había vuelto a ver como la vi hoy.

—Dios mío, no pensé que fuera tan grave.

—Te dije que ella estaba jodida, pero eso no quita lo increíble y maravillosa que es. Lleva una vida prácticamente normal. Va a sus sesiones con la psicóloga de manera regular, los ataques de pánico se espaciaron y las pesadillas son muy raras. Sin embargo, tiende a

ser obsesiva con Dominic si no se le controla, a tal punto que el mismo Dominic le impuso que trabajara en Morris y que saliera con nosotros a divertirse. Si él no se lo pone como condición para estar juntos, ella estaría pegada a él todo el tiempo.

—Tal vez en realidad lo ame. Dominic es un ser maravilloso e increíble.

—No, Gabriel. Conozco a mi hermana y sé con plena certeza que ella no ama a Dominic como una mujer debe amar a un hombre; lo ama como a un hermano.

Cameron se acerca un poco más a mí.

—Verla, como la he visto contigo, es un soplo de aire fresco que me da esperanzas de que ella pueda tener un amor verdadero y una vida normal en un futuro.

—Pero Dominic probablemente sí la ame. Yo jamás lastimaría a mi hermano.

—Pronto no estará. Sé que te duele lo que te digo, pero es la verdad.

No puedo tan siquiera pensar en hacerle daño a Dominic. No, definitivamente no.

—Hay algo que aún no me has dicho. ¿Por qué Tory se siente culpable por la muerte de sus padres?

El semblante de Cameron se nubla y sus ojos brillan de dolor.

—La misma Tory me ha contado lo que te voy a confesar, y las pocas veces que me lo ha gritado a la cara ha entrado en *shock*, se fue de urgencias al hospital, la tuvimos que internar.

»Ella me ha dicho que cuando venían en el coche discutía con nuestros padres porque no le habían comprado una chuchería que ella quería, dice que hizo un berrinche. Me dijo que mi madre que venía en el puesto de copiloto, trató de calmarla, pero parece que el berrinche iba en serio. Así que Liam se giró un microsegundo para ordenarle que se tranquilizara —los ojos de Cameron se fijan en mí —. Lo que entiendo es que eso fue suficiente para salirse del camino y caer al precipicio que los llevó a la muerte.

¡Jesucristo!

—Estos, son todos los esqueletos en el armario de mi hermana, espero haber saciado tu morbosa curiosidad de querer conocer a mi hermana hasta lo más profundo de sus tortuosas y enrevesadas entrañas. Y ahora… ¿Qué harás?

Capítulo 10

—Yo solo quiero saber que todo está bien contigo —masculla Trizia, exasperada conmigo.

—Te he dicho un millón de veces que sí, además, hoy tengo cita con mi psicóloga y la pondré al tanto de lo sucedido. ¿Contenta?

—¿Asistes al psicólogo? —pregunta Livi con sumo cuidado.

—Sí, no puedo zafarme de ella, aunque todo marche a la perfección —protesto con cansancio.

Trizia, Olivia y yo estamos tiradas en los sillones de mi salón en pijamas, con mascarillas para la piel y rodajas de pepinos en los ojos.

—Lo mismo es para Gabriel, no puede dejar de visitar a su terapeuta —apunta Livi.

—Y, ¿cómo va a hacer ahora que tendrá que quedarse? —pregunto interesada por él.

—Creo que ayer estaba en ello, buscando un buen terapeuta.

—Dios, creo que también necesito uno y urgentemente —dice Trizia ronroneando—, pero el mío es el masajista experimentado del

spa del sexto piso. Deberíamos ir ahora en la tarde, es sábado, debemos disfrutar el día al máximo.

—Buen día —escuchamos la voz ronca y varonil de Gabriel.

Al escuchar su voz, me siento de inmediato y los pepinos caen en mi regazo. Nuestras miradas se entrelazan, y una sonrisa hermosa y tierna atraviesa su rostro. Su expresión está llena de tanta ternura y dulzura que mis ojos pican, y no entiendo el motivo de tanta sensiblería de mi parte.

Sus ojos bajan a mis pechos, donde mis pezones son muy visibles ya que estoy con el pijama sexy y transparente que me regaló Trizia. El sonrojo sale a relucir mientras cruzo los brazos sobre mi pecho.

—Es un mal momento para venir a visitarme, hijo, estamos relajándonos —dice su madre, que sigue acostada igual que Trizia en los sofás, con sus pepinos en los ojos.

—No he venido a buscarte a ti, madre.

—Ah, ¿no?

—No, he venido por Tory —Gabriel me mira y me guiña un ojo —. ¿Recuerdas que quedaste de desayunar conmigo para luego ayudarme a visitar a algunos posibles terapeutas?

Gabriel me pide con los ojos que le siga la corriente.

—Yo… eh… siento el olvido, quedé en bajar a ver a Dominic con tu madre.

—Oh, no te preocupes, querida, yo puedo bajar sola. Luego tú y Gael se unen conmigo.

Trago grueso, ¿por qué querrá Gabriel verse conmigo a solas?

«Por favor», modulan los labios de Gabriel mientras sus manos y ojos me suplican.

—Vale, dame un momento, me cambio.

***

Entramos juntos al ascensor, y en cuanto se cierran las puertas no puedo dejar de recordar lo que pasó la última vez que estuvimos solos en uno.

—Tu olor a jazmín se intensifica en lugares cerrados —dice Gabriel.

Está recostado despreocupadamente contra la pared del fondo del ascensor, manos en los bolsillos y un pie cruzado encima del otro mientras me mira inclinando un poco su rostro. Debo reconocer que la chaqueta de cuero negra que lleva hoy lo hace parecer un chico malo.

—Mi madre usaba este perfume, me ayuda a recordarla.

Él se ve interesado.

—¿Te gustan otras fragancias?

—Sí, por supuesto que me gustan otras, pero yo prefiero seguir usando esta. Es como un homenaje a ella.

Una tristeza profunda y dolorosa parecen dominarlo, es como si...

—Mi hermano… te contó mi verdad —afirmo con cara de póker.

—Sí, pero no te enojes con él, prácticamente lo obligué.

Me río, y luego suelto una carcajada.

—¿Tú, obligar a mi hermano a hacer algo?, por favor, es mi hermano. Sé que primero muere antes de hacer algo que no quiere.

—No te enojes con él —recalca Gabriel.

Le sonrío con dulzura.

—Claro que no, antes se lo agradezco. Me ha librado de un mal momento contigo. Son muy pocas las personas con las que me gustaría compartir algo tan horrible de mi vida, y tú eres una de ellas.

—¿Por qué? —me pregunta bajo y suave, y su lengua sale a humedecer su labio inferior.

—Porque eres importante para mí, Gabriel —le contesto igual de bajo.

Gabriel saca una de sus manos del bolsillo de su pantalón, para luego acariciar con el revés de sus nudillos mis mejillas y mi mandíbula.

—Tú también lo eres para mí —respiro profundo, perdida en el suave toque de sus dedos y de sus palabras.

El ascensor se abre en el vestíbulo del primer piso y comenzamos a caminar hacia la salida de la Morris Tower.

—Tengo todo listo, nos vamos de pícnic.

—¿Qué? —le pregunto con una sonrisa de sorpresa.

Se detiene y yo hago lo mismo para luego mirarnos de frente.

—Necesitamos hablar, Tory.

Un horror se aposenta en mi interior.

—No puedo hablar de lo que me pasó con mis padres, entraría en una crisis, lo siento.

—No, no quiero que hablemos sobre eso —me coge suavemente de los bíceps—. Quiero que hablemos de Dominic, de ti, y de mí.

Abro la boca, completamente sorprendida.

—Por favor, Tory, somos adultos y tenemos que hablar de lo que está pasando. Estamos en una especie de «triángulo amoroso»,

y eso no es justo para ninguno de los tres, y mucho menos para Dominic.

No puedo refutar lo que acaba de decir. Tal vez Gabriel y yo no hayamos llegado a nada físico en concreto, como comernos a besos o tener sexo, pero tanto él como yo sentimos demasiadas cosas el uno por el otro. Sin embargo, creí que tácitamente habíamos decidido evitarlo, ocultarlo o negárnoslo a nosotros mismos por el bien de Dominic. ¿Qué cambió?

—No voy a lastimar a Dominic —digo resuelta.

—Yo tampoco. Pero necesitamos un plan.

—¿Un plan?

—Ven conmigo —coge una de mis manos y me hala un poco—. Acompáñame al pícnic y allí hablamos.

Para mi total sorpresa, salgo de la Morris Tower cogida de la mano de Gabriel, sintiéndome completamente a gusto. Me subo al Bentley de mi hermano, y por supuesto, también está su chofer. Esto fue planeado entre Gabriel y Cameron.

En el vehículo, ambos guardamos silencio, aún cogidos de las manos. Yo he evitado en todo lo posible pensar en lo que mi corazón, mente y cuerpo sienten por Gabriel. Pero ha sido un intento fallido todo el tiempo, porque sueño con él despierta; a veces mi

mente vuela y me lleva a lugares con él que jamás soñé ni pensé vivir con Dominic.

Y, cuando duermo, Dios mío, Dios sabe que cuando duermo es cuando más está presente Gabriel. Él lo domina y lo invade todo, a tal punto que en ocasiones he pensado en tomar medidas radicales para sacarlo de mi corazón y de mi vida, pero eso también afectaría a Dominic, que lo quiere a su lado. Estoy en una encrucijada sin salida.

Llegamos a uno de los lugares más populares del Central Park para hacer un pícnic. Aún no son ni las nueve de la mañana, por lo tanto, encontramos mucho espacio disponible. Gabriel decide que haremos nuestro pequeño picnic debajo de un frondoso árbol.

Logan, el chofer de Cameron, nos ayuda a extender la manta y la canasta, luego se despide y nos informa que nos esperará hasta que terminemos para llevarnos de vuelta a la Morris Tower.

Gabriel sirve tazas de café para ambos, mientras yo despliego la fruta y una variedad de pan y hojaldres encima de la manta. Hago una pequeña mueca al ver que es demasiada comida para los dos.

—Come, Tory. Cameron y yo nos echamos todas las horas de la vida preparando esta canasta, así que si vuelvo con ella completa, tu hermano me golpeará.

—Qué exagerado eres —sonrío mientras como la fruta que se ve fresca y apetitosa.

Mientras comemos y bebemos el café, Gabriel parece inspeccionar su entorno.

—Este lugar es… cómodo, agradable. ¡Me gusta! —dice Gabriel, sorprendido de sus propias palabras.

Una sonrisa suave se instala en los labios de Gabriel, mientras sus ojos se desplazan sobre los grupos que se han formado a nuestro alrededor. Algunas personas están disfrutando igual que nosotros de un desayuno; otras están tiradas en sus mantas disfrutando del sol; encontramos también a padres jugando con sus hijos; hay parejas de enamorados tiradas en sus mantas haciéndose arrumacos y riendo como tontos; algunos juegan con sus mascotas; y otros hacen deporte. El viento también hace lo suyo en su vaivén, moviéndose suavemente entre nosotros y la naturaleza que nos rodea, haciendo que el ambiente se sienta muy agradable y placentero.

Gabriel se quita la chaqueta de cuero ya que el sol ha comenzado a subir la temperatura, pese a la sombra del árbol.

—¿Has vivido algún otoño en Nueva York? —pregunto para romper el silencio cómodo y calmo que hemos sostenido hasta

ahora.

—En fotos, nunca he tenido la oportunidad de vivirlo. Creo que en esta ocasión veré tanto el otoño como el invierno.

—El otoño es mi época favorita del año. Me gusta muchísimo ver la transformación de colores en las hojas de los árboles. Me encanta ver cómo caen y forman un hermoso tapete de tonos anaranjados en los caminos del Central Park. Es… sublime, exquisito, muy hermoso. Sé que te va a gustar.

Gabriel me mira fijamente.

—Me encantaría poder disfrutarlo contigo.

Yo le miro y suspiro.

—¿Hacia dónde vamos, Gabriel? No deberías decirme estas cosas.

Él suelta su taza de café para moverse y sentarse frente a mí con las piernas cruzadas, como las tengo yo.

—Tory, necesito que hablemos, que lo hagamos como adultos y con la verdad como única regla.

Lo miro profundamente y no sé si quiero esto. Le he prohibido a Trizia que me volviera a hablar de Gabriel. Ya tengo suficiente con lo que me hace sentir, pensar y soñar, como para tener que

psicoanalizar el porqué siento todo esto por él. Gabriel ve mis dudas, mi reticencia.

—Tory, por favor, tenemos que poder hablar de lo que sentimos y de Dominic. Escondernos, huir, obviar lo evidente no es lo correcto, no es sano. Sabes que tengo razón.

—Sí, lo sé —respiro profundo y miro sus rizos negros con ondas suaves que hoy, con el reflejo del sol, muestran algunos visos rojizos.

Gabriel coge mis manos y entrelaza nuestros dedos.

—Cierra los ojos, por favor —suspiro profundo y le hago caso —. Vamos a crear una realidad alterna, donde no existe Dominic. Estamos en un universo paralelo y él no existe. Teniendo eso en mente, quiero que ambos pensemos en lo que sentimos cuando estuvimos en ese ascensor, cuando bailamos bajo la lluvia, y en todas esas otras ocasiones donde nos hemos tocado y mirado como… como en este momento.

»Interiorízalo, Tory, solo tú y yo… sigue pensando en ello, que solo somos «tú y yo». Y, siendo así: ¿Me darías una oportunidad de salir contigo, y ver eso a dónde nos lleva?

Abro mis ojos para encontrarme con los suyos. Están expectantes, llenos de ternura y dulzura. Esas gemas achocolatadas

me evalúan y yo trato de ajustar en mi mente lo que me ha preguntado. Saco a Dominic con gran dificultad de mi mente, y trato de pensar solo en Gabriel y en mí, tal como él me lo ha pedido.

—Sí, quiero salir contigo —él sonríe acariciando mis manos.

—¿Por qué aceptarías salir conmigo?

Trago saliva con dificultad, bajo mi rostro y sé que estoy roja. Gabriel acerca su rostro a mi oído.

—Sueñas con los besos que aún no te he dado; con compartir miradas cómplices y conversaciones que aún no hemos tenido; imaginas el calor de mis manos recorriendo cada tramo de tu piel; anhelas mi cuerpo sobre el tuyo; imaginas mi rostro en ese momento cúspide del éxtasis. Es así, ¿verdad?

Asiento, porque de mis labios no salen palabras.

—Yo… —musito con dificultad—, también he soñado con momentos como este, aquí, simplemente sentados bajo el árbol de un parque disfrutando de una mañana soleada.

Gabriel pone sus dedos debajo de mi mentón para subir mi rostro.

—Yo también quiero lo mismo, Tory.

—Pero… —Gabriel me detiene levantando una ceja.

—Recuerda que estamos dentro de un ejercicio.

—Odio ese término, la psicóloga lo utiliza mucho en nuestras sesiones —digo prácticamente haciendo un puchero.

—Mi terapeuta también —asegura Gabriel sonriendo—. Pero, desgraciadamente, los malditos a veces tienen razón.

—Sí, pero solo a veces.

Gabriel me mira y luego ambos soltamos una carcajada.

—No creo que a nuestros loqueros les guste mucho saber que nos burlamos de ellos —digo aún entre risas.

—Tory, tus locuras y las mías son opuestas, diametralmente opuestas.

—Explícate —lo apremio.

—Yo llegué a las drogas y me volví un adicto por ser una maldita oveja.

—Sigo sin entender —le pego un puño juguetón en su hombro, Gabriel se soba con cara de intenso dolor y ocultando una sonrisa.

—Nadie meeee quiere, nadie meeee mima, nadie meeee mira, nadie meeee pone cuidado, todos meeee pegan.

No puedo evitar reírme como loca cada vez que dice la palabra «meeee», la entona como una oveja de verdad.

—Qué chico tan chillón y demandante eras.

—Creo que aún lo soy —los ojos marrones de Gabriel, que a la luz del sol parecen más claros, me observan con intensidad y un brillo de enojo—. Se me revuelve el hígado junto con las tripas, pero tengo que reconocer que el hecho de que Joseph Morris no hiciese parte de mi vida, me llevó a esos momentos oscuros y tenebrosos de todas mis adicciones.

—Pero eso está a punto de cambiar.

—No quiero hablar de Joseph Morris y su abandono. Volvamos acá. Te decía que nuestras locuras son diametralmente opuestas, porque yo tiendo a ser egoísta y pienso mucho en lo que yo quiero. Tú eres diferente, tú piensas en los demás y sus necesidades, qué quieren y qué desean ellos, desplazando lo que realmente quieres tú.

—¿Y… eso dónde nos deja? —pregunto con algo de temor, empiezo a entender a dónde quiere llegar.

—En que debemos encontrar un punto medio, para ti, para mí y para Dominic.

—¿Pero cómo, sin lastimarlo?

—Volvamos a nuestra vida real, hablemos de Dominic. Tú y yo lo conocemos bastante bien, y sabemos que Dominic es muy parecido a ti, siempre piensa en los demás antes que en él mismo.

—Ya sé hacia dónde vas, pero yo no quiero lastimarlo. Él está enfermo.

—Soy consciente de ello. Déjame terminar de hablar, Tory. Voy a hacerte la pregunta del millón, ¿lista? —Gabriel sonríe. No puedo evitar corresponderle—. Volvamos a los mundos paralelos, pero hay un pequeño cambio: Dominic en este mundo está sano, rozagante, fuerte, con la salud y lozanía que tiene Dorian, posee el mismo hermoso espíritu y personalidad que tú y yo conocemos, y tú eres su novia, pero… llego yo.

Gabriel, suelta mis manos y me mira fijo a los ojos.

—Seguimos en este nuevo mundo paralelo, donde Dominic no está enfermo, pero se entera de que tienes dudas, y conociéndolo como lo conoces, ¿él qué haría?

Tengo la respuesta, es algo que Dominic me ha dicho en repetidas ocasiones, pero que yo nunca he sentido la necesidad de hacerlo.

—Él me daría mi espacio para que yo pueda aclararme, le dolería, pero sé que lo haría.

—Pienso exactamente lo mismo, porque ese es Dominic.

—¿A dónde quieres llegar, Gabriel?

—Quiero proponerte que cuando Dominic se recupere del trasplante, hablemos con él.

—¿Qué? —no doy crédito a sus palabras.

—Tory —vuelve a coger mis manos suavemente—, no podemos seguir así. Los acontecimientos de los últimos días han decidido que debo quedarme en Nueva York, no estoy de paso, he venido para quedarme.

Dentro de mí me pregunto si llegado el caso, valdría la pena hacer esto. En realidad, casi no conozco a Gabriel. ¿Quién me garantiza que después de tenerme no se le pase lo que siente por mí?

—No sé si valga la pena lastimar a Dominic, por algo que al final termine en nada.

La sorpresa combinada con dolor se muestra en sus facciones.

—¿De qué hablas, Tory?

—Yo sé lo que siento, me conozco, y puedo dar fe de que lo que siento por ti es real, y no solo un capricho de algo que quiero tener y no puedo. Pero tú Gabriel, que estas enseñado a tener todo lo que quieres en cuestión de mujeres ¿Cómo sé que yo no soy solo un capricho para ti de esos que al probar quedas completamente saciado?

Gabriel levanta sus manos para que yo las observe, están temblando, igual que las mías en mi regazo.

—Mirarte Tory, es como ver la ternura y la dulzura envueltas en un moño, un hermoso moño lleno de hermosos visos melancólicos con olor a jazmines silvestres.

»Tocarte, es como acariciar las nubes blancas del cielo, mirar tus ojos es como ver una lluvia de estrellas, y tu risa Tory, atraviesa mi alma y mi corazón como un relámpago en medio de la oscuridad.

Las manos de Gabriel envuelven mi rostro, sus labios se acercan a los míos tocándolos suavemente, solo este pequeño acto me tiene completamente seducida.

—Estoy loco por vos, Tory Evans.

Sus labios se posan en los míos en un beso suave y cálido, que remueven mi estómago con un cosquilleo intenso que baja hasta en medio de mis piernas, y un ardor cálido y sugerente se extiende por todo mi cuerpo.

Su lengua acaricia mis labios con suavidad y reverencia, sé que me está pidiendo permiso para besarme y estoy vencida, las lágrimas traspasan mis ojos cerrados y mis labios se abren recibiéndolo, aceptándolo y mis brazos lo envuelven y lo estrechan contra mí.

La fuerza de su boca y lengua comienzan a dominar cada parte de mis sentidos, razón y control. Estoy embriagada al sentir como su lengua se mueve sensualmente contra la mía, se entienden y se entrelazan como si fuesen una sola sinfonía, nuestros labios buscan desesperadamente el calor y la humedad del otro. Nos separamos por un microsegundo para agarrar aire con desesperación, porque el aire no alcanza, no llega, no es suficiente.

Gabriel me tira suavemente sobre la manta y una de sus piernas está en medio de las mías, lo cual me hace sentir su erección contra mi cadera. Sus labios besan mis pómulos y párpados. Se separa un poco y puedo ver que sus ojos están llenos de lujuria y pasión contenidas. Su nariz roza la mía con cariño y ternura, antes de apoyar su frente sobre la mía.

—Tory, dime que pensarás en lo que te he dicho —levanta un poco su rostro, y con los pulgares de sus manos limpia mis lágrimas —. Quiero darnos una oportunidad cuando Dominic se recupere, si quieres hablo yo con él, o lo hacemos juntos, como tú quieras.

Tomo su rostro y deposito un beso suave sobre sus labios.

—Tienes que dejar de tocarme para poder pensar con claridad Gabriel, me afectas mucho.

—Y tú a mí.

Ambos sonreímos y volvemos a sentarnos.

En un intento desesperado por disipar el influjo que su arrolladora presencia ejerce sobre mí, observo mi entorno mientras respiro profundamente. Trato de analizar y comprender todo lo que ha dicho Gabriel, y sé que si pienso como la antigua Tory, diría que no.

Pero cada día estoy más lejos de ser esa chica, cada día que pasa, lo que siento por Gabriel se alza con fuerza y en franca rebeldía a querer estar con él, a disfrutar de él, y aunque quiera negarlo, ya estaba empezando a elucubrar una posible solución a nuestra precaria situación.

Pero hay una duda que sigue taladrando mi mente y mi corazón: no puedo poner a Dominic en una situación tan difícil, sin estar completamente segura de que lo que siente Gabriel por mí es real, y no solo una ilusión o un capricho pasajero.

—Cuando Dominic se recupere hablaremos los dos con él, pero tengo algunas condiciones.

Gabriel respira profundo y asiente.

—Dime tus condiciones.

—Por respeto a Dominic, por favor, no volvamos a besarnos.

Gabriel cierra los ojos con fuerza.

—Lo siento, Tory. Sé que no debí hacerlo, y te juro que no lo tenía planeado.

—Sé que no. Además, no es solo culpa tuya, yo también participé, pero por respeto a él, evitémoslo.

—Okey, completamente de acuerdo.

—Lo segundo, Gabriel, yo necesito estar completamente segura de ti. Voy a ocasionarle un dolor a Dominic después de su recuperación, y no quiero que sea en vano.

—¿Qué quieres que haga? No sé qué hacer para que creas en mis palabras cuando te digo que estoy locamente enamorado de ti.

Sus afirmaciones han removido a las malditas mariposas en estampida feroz dentro de mi vientre.

—Necesito que salgas con alguna chica que te guste.

La expresión de su rostro es de completa perplejidad e incredulidad.

—¿Qué? ¿Estás loca?

—Sí, lo estoy, voy regularmente al psicólogo —sonrío para calmarlo.

—Tory, esto no funciona así. Desde que te conozco no siento nada por nadie, no me atrae ninguna otra mujer.

—Solo llevas unas pocas semanas aquí, estoy segura de que si sales conocerás alguna chica que te guste, y puedas hacer lo que haces regularmente con ellas.

Siento un pellizco retorcido en pleno pecho solo de pensarlo.

—¿Eres una masoquista? ¿O es que sientes placer cuando alguien te infringe dolor? —pregunta Gabriel enojado—. Porque te advierto que eso no me va.

—¿Que me guste sentir dolor? ¡No! —dudo por un momento de mi respuesta teniendo en cuenta todo mi historial psiquiátrico—. O por lo menos eso creo. Obviamente no te quiero ver haciéndolo, pero quiero que lo hagas.

Gabriel se pone en pie.

—No voy a obligarme a mí mismo a hacer algo que no quiero.

—Y yo no quiero que lo hagas —me paro frente a él—. Pero quiero que estés seguro de lo que sientes por mí. Si alguna chica te atrae o te gusta, por favor, quiero que hagas lo que siempre has hecho.

—Para estar seguro de lo que siento por ti, no tengo que andar por ahí buscando a otras mujeres. Lo que yo siento por ti, no voy a demostrarlo o probarlo de esa manera, Tory. Estás mal, muy mal.

Sus palabras no me gustan para nada, sé que no estoy loca ni demente.

—Pruébate a ti mismo —lo desafío.

El colmo de la situación parece invadirlo y sobrepasarlo.

—Tory, desde que te conozco me has parecido una chica madura y sensata para tu edad, pero esto, esto que me pides es algo muy retorcido, casi rozando lo macabro.

Gabriel se pone la chaqueta de mala gana y luego se inclina para recoger todas nuestras cosas, las tira de mala gana dentro de la canasta para luego recoger la manta de un solo zarpazo, comienza a andar arrastrándola. Mierda, está enojadísimo.

Caminamos sin mirarnos y sin hablarnos hasta el Bentley, yo me subo primero y luego él tira la canasta a mi lado.

—Logan, por favor lleva a la señorita Evans a la Morris Tower, yo tengo que hacer algo importante.

Cierra la puerta de un portazo y comienza a andar en dirección contraria sin volver a mirarme. Nunca me ha llamado señorita Evans, y en este momento comienzo a racionalizar lo que le he pedido, y en realidad él tiene razón. De una u otra manera trato de apartarlo de mí para que no lastime a Dominic, y qué mejor manera que se

encapriche de otra mujer y me olvide. Sí, en realidad es muy retorcido y macabro. ¿Qué está mal conmigo?

Capítulo 11

Los ojos oscuros y rasgados de Trizia me observan con desilusión y… algo más que no alcanzo a descifrar por completo. ¿Lástima? Coge algunos de los objetos de oficina que se encuentran encima de mi escritorio y parece tener ganas de tirármelos a la cara.

—Te boicoteas, Tory, todo el tiempo te boicoteas. Y estoy de acuerdo con Gabriel: estás mal, muy pero muy mal.

—Eres una traidora, te recuerdo que eres mi amiga —si es mi amiga debería estar de mi parte; si se pone de parte de él, me hará dudar aún más de lo que le pedí a Gabriel—. No te lo he contado para que hagas equipo con él, eres mi amiga, ¡apóyame!

Han pasado dos días desde que Gabriel y yo tuvimos nuestra conversación en el Central Park. Y cada día, cada momento y cada segundo que pasa, me convenzo aún más de que lo que le pedí a Gabriel es un sinsentido, un desacierto total. Con obvia razón él me acusó de estar mal, pero no lo voy a reconocer ante Trizia.

—¿Apoyarte a seguir destruyéndote, desmoronándote? No, amiga, no lo voy a hacer más. Es la primera vez que veo la posibilidad de que dejes esa vida de agonía perpetua que te has

autoimpuesto —Trizia empuña sus delicadas manos y estoy segura de que se abstiene de querer zarandearme. Se pone en pie y comienza a pasearse por mi despacho—. No entiendo por qué tienes esa manía de complicar todo cuando se trata de ti. Parece como… si quisieras vivir adrede una vida oscura, apagada y llena de espinas todo el rato.

Sus palabras me golpean, me recuerdan un poco mis sesiones y las conclusiones a las que yo misma he llegado en algunas ocasiones: me siento culpable, homicida, no merezco ser feliz. «Tory, no, no vayas por allí».

—Deberíamos ir a la sala de espera —necesito cambiar de tema con urgencia—. Mi tío Joseph debe estar por terminar la reunión con todos sus parientes Morris.

Trizia me permite cambiar de tema, sí, me permite. Me observa con suspicacia durante unos segundos mientras asiente con la cabeza. Luego parece recordar algo importante y sus ojos brillan emocionados. Un pucherito sensual se apodera de sus labios mientras se sienta nuevamente frente a mí, enroscando con los dedos de una mano uno de sus rizos que cae en sus levantados pechos.

—Él está aquí, ¿verdad?

Sonrío. Mi amiga vive enamorada de Adrián Morris desde que llegó a Nueva York. Lo conoció en los Hamptons cuando Trizia tenía tan solo quince años.

—Sí, aquí está. Tío Joseph convocó a todos los familiares que tienen participación activa y acciones importantes dentro de Morris Enterprise. —Pongo mis codos sobre el escritorio y con mis manos cruzadas sostengo mi barbilla—. En este momento todos ya deben estar enterados de que el tío Joseph tiene un nuevo hijo, y sobre los derechos que este tendrá dentro del conglomerado Morris. Tengo entendido que hasta la Duquesa se presentó a la reunión.

—¿La «Tía Morris Duquesa»?

—No la llames así —me río, lo menciona con total desparpajo y exageración.

Trizia parece pensar un rato mordiéndose el labio inferior de manera interna, en un gesto sexy muy bien ensayado que lo tiene tan interiorizado que lo hace sin pensar.

—¿Por qué en la familia Morris parecen abundar los hombres? Solo conozco a la Tía Morris Duquesa —reflexiona Trizia.

Trizia y yo nos miramos con complicidad. Ambas sabemos lo que se dice detrás de bambalinas y en los rincones más oscuros sobre los Morris, que están malditos.

—¿Es por la Maldición de Terry? —pregunta Trizia para luego soltar una carcajada. Ella no cree en estas cosas. Pero en realidad han pasado cosas muy extrañas desde el supuesto origen de la maldición en la familia Morris.

—Hasta donde tengo entendido, de todo el abanico Morris, solo hay como unas tres mujeres, y entre ellas está la tía que se casó con un duque de Inglaterra. Todos los demás en su mayoría son hombres, y una buena parte son gemelos o mellizos.

Trizia parece que va a decir algo más, pero somos interrumpidas por el toque suave de la señorita Rivera y su posterior ingreso.

—Señorita Evans, ya han sido convocadas a la sala de espera del señor Joseph Morris.

Trizia y yo nos ponemos en pie y nos dirigimos a la que muy seguramente será la reunión más tensa que hemos tenido como familia.

En la sala de espera nos encontramos con dos de los inseparables enfermeros de Dominic, pero también se encuentra Dorian, que se mueve como león rugiente buscando a quién devorar. Se pasea de un lado para otro con impaciencia; en cuanto me ve, se viene a toda prisa a alcanzarme.

—¿Te lo puedes creer? Mi padre convocó a una reunión con todos los accionistas de Morris Enterprise —gesticula y mueve los brazos con violencia—, pero a mí: ¡No me dijo nada! Me ha convocado para llegar dos horas después de la actual reunión —Dorian se coge el cabello y lo hala con gran violencia, Trizia y yo vemos con gran asombro cómo hebras de cabello arrancadas quedan enredadas en sus dedos—. Soy su próximo CEO cuando él se retire. ¿Por qué me hace esto? No entiendo su lógica. Incluso prefirió que estuviese Dominic en dicha reunión. ¿Es que piensa darle la dirección a un moribundo?

Hasta ese momento le dejé hablar y vociferar porque no había nada que pudiera sacarme de quicio.

—No hables así de Dominic, es tu gemelo, tu hermano.

El desprecio vibra fuera de él.

—¿Sabes de qué trata esta reunión? Cameron tuvo que haberte dicho algo, él también está allí dentro, participando en la reunión —aprieta los dientes mientras habla. Creo que está a punto de salirle espuma por la boca. Está totalmente desencajado.

—¿Por qué no puedes pensar que tío Joseph simplemente trajo a los familiares Morris desde el «muy, muy lejano», para agasajar a

Dominic por su cumpleaños? —tercia Trizia tratando de calmar la situación con Dorian.

—En ese caso, yo también estoy de cumpleaños.

—Pero tú no te estás muriendo —sonríe haciéndose la sabihonda.

—¡Trizia, no ayudes tanto! —la regaño.

Ella no me hace caso y le sigue hablando a Dorian.

—Dorian, debes entender que no eres el ombligo del mundo. Tal vez Dominic solo está despidiéndose de sus parientes y no quería enfrentamientos contigo mientras lo hacía.

Tanto Trizia como yo sabemos la verdadera naturaleza de esta reunión. Ella solo está tratando de distraerlo para calmar un poco los ánimos. Dorian con su diatriba nos tiene alterados y con los pelos de punta a todos, y lo peor de todo es que la verdadera reunión, donde él muy seguramente debe despelucarse y desmadrarse, aún no ha iniciado.

Estaba tan concentrada en la discusión de Trizia y Dorian que no vi llegar a Gabriel, lo cual ha sido un impacto visual sin previo aviso y sin ningún letrero de precaución. Su traje italiano gris marengo de tres piezas a la medida le queda como si fuese su segunda piel; se ve tan cómodo y seguro que parece su forma

habitual de vestir. La visión de Gabriel es completamente apetitosa; se ve muy, muy comestible. Dorian parece ver mi turbación y dirige su mirada hacia donde yo perdí irremediablemente la mía.

—Vaya —dice Trizia con admiración—, está hecho un tren totalmente descarrilado. Guau.

—Sí, Trizia —no puedo negárselo, incluso me falta aire al hablar—, se ve… —no encuentro las palabras para expresarme.

Mi asistente se para a mi lado y… pues… las tres estamos babeando.

—¿Quién es el bombón? —pregunta la señorita Rivera, viéndose muy pasmada y poniendo su mejor pose de mujer sexy. Mi asistente no es una chica muy guapa, pero tiene un cuerpo escultural pese a ser carnosa y voluptuosa.

—Gabriel —digo sin quitarle el ojo de encima—, Gabriel Morris Alcalá, es hijo de mi tío Joseph.

La señorita Rivera me mira con sus grandes ojos verde bosque, para luego no perderse el espectáculo de Gabriel terminando de ingresar a la sala de espera.

—¿Qué haces tú aquí? —la pregunta de Dorian sale casi escupida hacia Gabriel, el cual le sonríe con suficiencia y malicia.

Esa sonrisa la conozco, la he visto antes, llevo años viéndola. Creo que la amistad con mi hermano no le está haciendo bien a Gabriel.

—Fui invitado. ¿Algún problema con eso? —es la respuesta escueta de Gabriel mientras cuadra los hombros e introduce sus manos en los bolsillos del traje.

Dios mío, nunca un traje había encajado tan bien en un hombre. No puedo quitarle los ojos de encima a Gabriel. Mi asistente se muerde el labio inferior y suspira exageradamente, mientras Trizia le mira el paquete entre las piernas y abre los ojos desmesuradamente.

Creo… que ya no me está gustando el corrillo de espectadoras que se ha levantado por culpa de Gabriel.

—Llamaré a seguridad para que te saquen de la Morris Tower como a un perro —Dorian examina a Gabriel de pies a cabeza. Sabe que nosotras estamos conmocionadas por él. Su presencia, su gallardía y porte nos tiene obnubiladas; y, pues, por supuesto, no parece haberle sentado muy bien a Dorian—. Te ves ridículo, ya conoces el dicho: «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda». No tienes ningún motivo para estar aquí, ya mismo te mando a sacar.

—Dorian —intervengo antes de que en verdad logre que saquen a Gabriel del edificio—. Tu padre lo hizo venir —me acerco a él y le acaricio con suavidad el brazo para que se calme. Él suspira profundo mirándome con anhelo—. Tranquilízate, por favor —le sonrío un poco.

Gabriel me observa con algo de tristeza. Sé que está recordando la horrible petición que le hice la última vez que nos vimos. Pero luego, frunce el ceño mientras evalúa la actitud y reacción de Dorian hacia mí.

—Pero, Tory, él no es nadie. ¡Nadie! —masculla Dorian con los dientes apretados.

Las puertas de la sala de juntas se abren y sale toda la plana mayor de los Morris. Se ven muy relajados mientras hablan, ríen y cuchichean alegremente entre ellos. Mi tío Joseph convocó para esta reunión a sus hermanos, primos, y también a los hijos de mis tíos y primos que ya participan activamente dentro de Morris Enterprise.

Mi hermano Cameron se acerca a nosotras con dos de sus primos: Daniel y Adrián Morris. Vienen riendo seguramente por alguna ocurrencia de Cameron, porque Daniel y Adrián suelen ser muy serios.

En cuanto nos alcanzan, los primos Morris nos regalan besos y abrazos para saludarnos. Trizia trata de guardar la compostura cuando Adrián se le acerca y la besa en la mejilla, sosteniéndola momentáneamente en un abrazo respetuoso. Ella tiene un amor completamente platónico por él, pero él no le da ni la hora.

—¿Cómo están Paulina y los mellizos? —le pregunto a Daniel en cuanto me suelta de su saludo. Los ojos azules clarísimos de Daniel despiden un brillo de emoción.

—Muy bien, gracias a Dios. Muy bien, pero se quedaron en Colombia. Este fue un viaje relámpago.

—¿Y, … la anomalía de tu hermano? —pregunta Trizia alzando las cejas.

Los cinco nos reímos.

—Damián… —la sonrisa de Daniel se pone un poco tensa—. Anda cazando a una gata rabiosa.

—No me digas que está enamorado otra vez —pregunta Adrián, interesado. Todos estamos enterados de la loca y triste historia de amor de Damián.

—No —niega Daniel, que parece cavilando si nos cuenta o no —. Es la misma chica. No estaba muerta… como todos creíamos.

—i¿Qué?! —preguntamos al unísono Trizia, Cameron, Adrián y yo.

Gabriel se acerca en ese justo momento, ajeno completamente a nuestra conversación y desconcierto, y con ganas de interrogar hasta el fin de los tiempos a Daniel.

—Tú debes ser Gabriel —asegura Daniel, dejándonos a todos en ascuas cambiando radicalmente de tema.

—Sí —confirma Gabriel con una pequeña sonrisa.

—Bienvenido a la familia —la mirada de Daniel se ensombrece un poco—. No somos una familia convencional: somos intensos, apasionados y leales hasta la muerte en todo lo que hacemos. ¡Eres un Morris! —afirma Daniel encogiendo los hombros—, creo que debes saber con absoluta certeza a qué me refiero.

Gabriel asiente mientras se dan la mano y se miran amigablemente.

—Por lo menos no me has dicho que he llegado al «Infierno Morris» —farfulla Gabriel haciendo mala cara mientras Daniel suelta una alegre carcajada mirando a Cameron, sabiendo precisa y exactamente de dónde vienen esas palabras.

Los cuatro hombres más guapos y sorprendentes de la tierra comienzan a hablar y a reírse entre ellos.

—Mira, Tory —Trizia llama mi atención en un susurro para que solo yo la oiga—. Mira cómo se revuelve Dorian en su propio veneno. Parece un alacrán.

Dorian y mi tío Joseph están un poco alejados, y efectivamente Dorian parece estar recitando algo que gesticula con demasiado brío para el gusto de mi tío Joseph. Al final, mi tío sube la voz en medio de toda la sala que está a tope.

—Siento interrumpir, pero tengo otra pequeña reunión planeada con mi círculo familiar. Nos vemos más tarde en la cena —se despide mi tío de todos.

Bueno, llegó la hora.

Capítulo 12

Después de ingresar a la sala de juntas y de que todos saludáramos a Dominic, quien ya estaba sentado en la mesa al lado izquierdo de la cabecera con su inseparable tapabocas, comenzamos a ocupar nuestros asientos más o menos como siempre lo hacemos. Mi tío en la cabecera, a la izquierda Dominic y yo, y Trizia se sentó a mi lado. Al lado derecho de mi tío había un puesto vacío, y luego se sentó Cameron seguido de Gabriel. Dorian observó cómo todos nos sentábamos, y de manera rebelde se hizo en la otra cabecera de la mesa, no al lado derecho de mi tío como siempre lo ha hecho.

—Siéntate a mi lado, Dorian —le dijo mi tío Joseph.

—No, soy el próximo CEO y quiero sentarme en la cabecera como lo haces tú. Además, me siento incómodo con personas que no deberían estar aquí en esta reunión «FAMILIAR».

Dorian estrelló una de sus manos en la mesa al terminar de hablar. Cada palabra fue dicha subiendo paulatinamente la voz, hasta que la última palabra fue prácticamente un grito.

—Dorian —la voz de mi tío se escuchó suave pero peligrosa—, si no te sientas a mi lado como siempre lo has hecho y dejas de

comportarte como un niñato, dudo mucho que llegues a ser el próximo CEO de esta compañía.

Dorian se puso de pie y una mezcla de colores granate le subió a la piel blanca de su rostro.

—¿Por qué, papá? ¿Por qué siempre me impones todo? Hoy quieres imponerme la presencia de este bastardo —dijo señalando a Gabriel, quien apretó la mandíbula—. Como también la presencia de esta Barbie sin cerebro —vociferó mirando a Trizia, quien ni se inmutó con el insulto—. Ella no tiene nada que hacer aquí, no es una Morris, no es accionista.

—No, no soy ninguna de las dos cosas —le contestó Trizia calmadamente—. Para serlo, tendría que casarme con un Morris, y el Morris que quiero para mí, no me pela —luego miró a Dorian con suspicacia—. Sin embargo, no me perdería por nada del mundo esta reunión, casi pagué puesto en primera fila «solo por ver».

—¿De qué hablas, muñequita de papel? —la confusión lo dominaba.

—Dorian, deja tus bravuconadas que no te quedan nada bien, eres un adulto. El sin cerebro pareces ser tú. Yo invité a Trizia y a Gabriel. Si dices algo más fuera de tono, te vas de esta sala.

Dorian volvió a mirar a Gabriel.

—Si este bastardo no sale de esta sala, me iré de inmediato.

—Entonces —dijo mi tío con tranquilidad—, vete.

El colmo y la incredulidad invadieron la expresión de Dorian.

—Padre —intervino Dominic—, es mejor que esté presente. Si tiene que estallar o vociferar, es mejor que lo haga aquí con nosotros, no con nuestro personal o en frente de nuestros clientes.

Dorian pasó del colmo y la incredulidad al pánico, sus hombros cayeron y su rostro se desencajó. Los ojos azules de Dorian se abrieron en toda su extensión.

—¿Qué hiciste, padre?

—Siéntate donde se te dé la gana, Dorian. Dominic tiene razón, no puedes ausentarte, debes escuchar todo lo que tengo que decir. Y, Gabriel tampoco se puede ir, él es prácticamente el protagonista de esta reunión.

Dorian se desparramó sobre su silla como si todas las fuerzas de su cuerpo lo hubiesen abandonado, y una amalgama de estados de incertidumbre parecieron apoderarse de él.

—Gabriel, por favor, siéntate a mi derecha —dijo mi tío con tranquilidad mirando a Gabriel.

—¡Padre! —gritó Dorian, viéndose y sintiéndose seguramente muy humillado.

—Es mi mesa, tú no quieres mi derecha, así que voy a dársela a Gabriel.

Gabriel apretó la mandíbula y miró a Dominic.

—Lo prometiste —le recordó Dominic tranquilamente a Gabriel —. Todos con los que hablé ayer de manera individual prometieron cumplir sus promesas y comportarse en la reunión de hoy. Los felicito por hacerlo, sabía que esta reunión no sería fácil. Gracias por complacerme.

Gabriel se puso de pie y se sentó al lado derecho de mi tío sin mirarlo, Cameron le sonrió un poco para darle ánimos.

—Conmigo no hablaste, Dominic —le recriminó Dorian—. Esto es una encerrona única y exclusivamente para mí.

—Nadie te ha hecho ninguna encerrona —le refutó tío Joseph —. Simplemente te fuiste de la última reunión que tuvimos y por eso hay cosas que no sabes, pero ya te lo voy a explicar todo.

Mi tío Joseph se aclaró la garganta y pareció pensar muy bien sus próximas palabras. Sé por mi hermano que Gabriel y mi tío no han hablado directamente. Esta reunión fue concertada y organizada por mi tío Joseph, pero Gabriel fue informado por Dominic sobre todo lo que sucedería hoy. Y a todos los participantes, excepto a Dorian, nos arrancaron la promesa de no discutir, ni pelear, ni

vociferar. Nos comprometimos a que la voz cantante de esta reunión fuese mi tío Joseph.

Cameron también me contó que todos los documentos legales y oficiales que reconocen a Gabriel como un Morris, y que a partir de hoy le otorgarán acciones dentro del conglomerado fueron firmados precisamente en la reunión que acaba de terminar con los accionistas mayores.

Gabriel no ha podido objetar absolutamente nada, ya que Dominic, muy previsor, después de lograr que tanto Gabriel como tío Joseph se comprometieran, los hizo firmar documentos legales para evitar que ninguno de los dos se arrepintiera.

La forma en que Dominic ha acorralado a Gabriel y a mi tío Joseph me tiene bastante perpleja. Nunca lo había visto maquinando y fraguando planes de este tipo, y mucho menos haciendo que firmaran documentos legales donde intervinieron abogados para que ninguno de los dos pudiera escaquearse. Incluso él mismo firmó el documento donde aceptaba el tratamiento médico sin rechistar, siempre y cuando todos cumplieran con su parte.

—Quiero informarles a todos que las pruebas de compatibilidad que se hizo Gabriel han salido favorables, «más que favorables» según me dice el doctor. Es completamente compatible con Dominic,

por lo tanto, esta semana comenzaremos con todos los preparativos para poder hacer el trasplante.

Todos miramos a Dominic y le sonreímos. Gabriel se ve completamente satisfecho.

—Bienvenido a mi mundo, Gabriel —masculla Dorian con socarronería—. Siempre se comienza así. Un poco de sangre aquí, otro poco allá, y luego, cuando menos lo piensas, te han extraído órganos o partes de tu cuerpo. Casi sin percibirlo, casi sin sentirlo, en el camino has perdido fracciones de tu corazón y un poco de tu propia alma —lo último lo dijo con dolor y sus ojos se empañaron.

Dominic cierra los ojos y yo lo abrazo. Los dardos punzantes de Dorian cada vez son más venenosos.

Gabriel se contiene, él tiene los puños apretados sobre la mesa mientras mira a Dorian con deseos de golpearlo, pero no puede, prometió comportarse hoy.

—Hijo, deja ya tanta amargura. No sé en qué momento te convertiste en este ser tan ruin y despreciable —tío Joseph se ve afligido.

—¿Yo, ruin? ¿Yo, despreciable? Esos, precisamente esos apelativos son para ti. Para ti que te has olvidado de tu hijo sano. No pudiste ver que yo tan solo quería llamar tu atención, recibir tu

abrazo, unas simples palabras de aliento —la voz se le quiebra por momentos y la desilusión y el dolor de Dorian me traspasan—. Te has entregado en cuerpo y alma a un moribundo sin futuro.

—Basta, basta ya —tío Joseph respira profundo—. Dorian, iré directo al grano y te pido que encajes a como dé lugar todo lo que te voy a decir a continuación, porque no hay marcha atrás.

Es evidente la zozobra que invade las facciones de Dorian.

—Gabriel es mi hijo, es un Morris. Se hicieron tres pruebas de paternidad en los mejores laboratorios de Nueva York, no hay ninguna duda de ello.

La expresión de Dorian es todo un poema. Vuelve a recostarse sobre la silla porque parece que no puede con su peso.

—Siendo mi hijo, tiene los mismos derechos y privilegios que tú y Dominic. Por lo tanto, legalmente ya lleva el apellido Morris, y en la reunión que acaba de terminar con todos los accionistas, se han puesto a su nombre las acciones que le corresponden por ser mi primogénito.

—¡¿Qué?! —Dorian se pone en pie—. ¿Qué quieres decir con esto?

—Tiene una participación en acciones mayor a la que tienes tú y Dominic. Es mi hijo mayor.

Un jadeo de dolor sale de los labios de Dorian. Él era el primogénito. Se ve tan dolido y destruido que siento lástima por él, y sé que no soy la única. Trizia se ve afectada con todo lo que le ha caído hoy encima a Dorian.

—¿Seré el próximo CEO? ¿O también me quitaste eso?

Mi tío lo mira con algo de compasión, sabe que hoy le está dando con todo.

—Te lo prometí y siempre cumplo mis promesas. Pero tú sabes, hijo, que la persona más preparada y capacitada para hacerlo es Cameron.

Un puñetazo en la mesa y las lágrimas de rabia y dolor de Dorian nos alcanzan como un huracán a todos. Sé que no soy la única que siente cómo esa avalancha de emociones se expande hacia nosotros.

—¿Por qué me haces esto? No soy perfecto, pero he estado contigo desde el inicio. Todo lo que tú y Dominic me han hecho me cambió. Yo era un chico feliz y lleno de ilusiones antes de que la enfermedad de Dominic me alcanzara. Me corrompiste, papá. Me volviste físicamente tan imperfecto como Dominic. Pero yo estoy peor que Dominic, porque mientras él tiene amor y paz en su vida, yo estoy lleno de ponzoña y es por tu culpa.

—¿Por qué me quieres hacer ver como el villano? Me cobraste tu riñón, hijo. Como una sabandija que aprovechó una oportunidad, lo cobraste. Por eso serás el próximo CEO cuando me retire.

Quedo estupefacta. No sabía que había manipulado a mi tío. No puede ser, no puede ser. El rostro de todos los presentes está lívido con la noticia.

—Es mi derecho como tu hijo, tenía que garantizármelo. ¿Crees que no veía tu admiración por el desempeño de Cameron en Morris Enterprise? No lo iba a permitir. ¡Yo soy tu hijo! —Dorian se tapa la cara por un momento, le tiemblan las manos, y yo siento... tanta lástima por él. Siempre lo hemos señalado y juzgado, nunca nos hemos puesto en sus zapatos. Dorian vuelve a mirar a su padre, se ve tan dolido—. No, padre, ya no puedo más. Todos son primero que yo: Dominic, Cameron e incluso el advenedizo recién llegado —lágrimas de impotencia y desilusión bajan por sus mejillas—. Tengo derecho a vivir, a existir sin sentirme un hombre menguado, disminuido y relegado por ti, padre, por ti.

Mi tío Joseph se pone en pie, y un reguero de lágrimas se escurren por sus mejillas.

—Creí que era un buen padre —nos mira a todos con dolor—, pero veo que me he equivocado grandemente.

—No digas eso, tío. Cameron, Dominic y yo te amamos. Mejor padre no hemos podido tener.

Una hermosa sonrisa se dibuja en su rostro torturado de dolor.

—Gracias, hija, pero parece que no lo he hecho bien con Dorian, y mucho menos con Gabriel.

Mi tío los mira a ambos mientras se acerca a Dorian, que aún está de pie con su rostro húmedo y desencajado.

—Te pido perdón, Dorian, por no haber sido un buen padre para ti, por haberte descuidado —un gemido de dolor muy sentido sale de los labios de Dorian, su rostro se ve muy torturado—. Te pido que me concedas una oportunidad de empezar desde cero contigo, y tratar de hacer mejor las cosas para ti. Por favor, hijo.

Dorian lo mira con intensidad.

—No vuelvas a pedirme nada para Dominic. Me siento descuartizado —sus últimas palabras salen doloridas y ahogadas.

Y Dorian llora, llora convulsivamente mientras se abraza con su padre fuerte y sentidamente.

Dominic, Trizia y yo estamos llorando. Cameron y Gabriel observan a Dorian de una manera diferente, hay una mayor comprensión de su rebeldía y bravuconería, tal vez como nunca antes lo habíamos visto.

—Lo siento, hijo, nunca más volveré a imponértelo o a pedírtelo —mi tío encierra su rostro con sus grandes manos, ambos lloran, aunque tratan de controlarse—. Quiero que nos veamos más tarde, tú y yo, solos. Quiero pasar tiempo contigo, hijo, ¿podemos?

Dorian asiente secándose las lágrimas, nos mira a todos y parece recuperarse un poco. Él y Gabriel se miran un buen rato. Después, Dorian se retira de la sala de juntas sin despedirse de nadie.

Mi tío respira profundo y mira a Gabriel.

—También tengo que pedirte perdón a ti.

Gabriel se pone en pie e ignora las advertencias que Dominic le hace con las manos y ojos de que guarde la calma. Gabriel observa a mi tío impertérrito.

—No es a mí a quien debes pedir perdón. Es a mi madre por no creer en ella, por abandonarla, y debes hacerlo de «rodillas».

Aprieta los dientes diciendo la última palabra.

—Ya lo hice —dice mi tío, sorprendiéndonos a todos—. No me arrodillé, me arrastré ante tu madre —el rostro de mi tío se contrae y sus ojos brillan por la emoción—. Nunca amé a ninguna otra mujer como a tu madre, eres el fruto de mi único amor verdadero.

Cameron suelta una risa ahogada. Ha tratado de no intervenir porque lo prometió, pero la declaración de mi tío no ha dejado impasible a ninguno de nosotros.

—Nunca he oído a ninguno de mis tíos Morris decir algo así —se ve completamente perplejo—. Todos tratan de aparentar que son machos alfa imperturbables.

—Muy cierto —apoyo la afirmación de Cameron.

—Pues su fruto de amor verdadero no está interesado en sus explicaciones ni excusas —Gabriel se acerca a mi tío y le dice algo al oído que nadie logra oír. Mi tío se sostiene de una silla temblando y con la respiración atascada, mientras Gabriel sale de la sala de juntas.

La voz de Dominic se escucha algo lejana, pero lo oímos perfectamente.

—Cameron, por favor ve con Gabriel y apóyalo. Debe estar tan descompuesto como Dorian, aunque no lo haya dicho —nos observa a mí y a Trizia con ojos cansados, pero resueltos—. Por favor, busquen a Dorian. En algún momento, años atrás, ambas fueron amigas y cómplices de él. Ahora está muy solo —la voz se le quiebra al decir que su gemelo está solo—, y las necesita. Yo me quedo aquí con mi padre, necesito hablar con él.

Quiero protestar, quiero gritar que no quiero ir tras Dorian sino tras Gabriel. No reconozco mis pensamientos, no reconozco mis sentimientos, no sé en quién me estoy convirtiendo. Si esto hubiese pasado antes de conocer a Gabriel, le habría contestado a Dominic que preferiría quedarme con él, pero ya no soy esa chica, ya no soy esa Tory, he cambiado irremediablemente. Todos mis sentimientos, deseos y emociones tienen nombre propio y se llaman «Gabriel Morris Alcalá».

Capítulo 13

Nunca creí que mi vida pudiera llegar a dar el vuelco que ha dado en tan solo unos cuantos días. Nunca creí que llegaría el día en que buscara desesperadamente la fórmula mágica para poder decirle a Dominic que amo a otro, pero sin lastimarlo en el proceso. Tengo que dejarle muy claro que lo quiero, que lo quiero muchísimo, pero que llegó alguien a mi vida que me ha mostrado lo que es el verdadero amor. En realidad… ¿Estoy aceptando que lo que siento por Dominic no es amor?

Paso mis manos, un poco temblorosas, por mi rostro. Estoy tan exhausta de luchar contra todos los tumultuosos sentimientos, pensamientos y sensaciones que Gabriel ha despertado en mí, como un volcán en erupción. Estoy tan cansada de querer encajar toda esa locura demencial que se ha apoderado de mí como algo pasajero, momentáneo o banal… pero no es así. La infinita ternura con la que Gabriel enreda su mirada en la mía llena mi pecho de calor; mi estómago se inunda de mariposas cuando mis oídos alcanzan su voz, y mi alma y mi cuerpo se agitan como un huracán

en medio del mar en cuanto siento la cercanía de su cuerpo junto al mío.

Estoy seriamente asustada, muy muy asustada. A veces tengo plena confianza en lo que Gabriel dice y manifiesta que siente por mí. Pero en otras, como en este momento que lo observo enzarzado en una conversación demasiado alegre para mi gusto con mi asistente, las dudas comienzan a envenenar mi razón y minan mi seguridad. Y, por supuesto, todos los letreros de neón imaginarios comienzan a deslumbrarme con cizaña, cuestionándome si en verdad vale la pena apostar por Gabriel.

—Tus ojos despiden dardos de fuego valyrio, creo que Dominic está a punto de darse cuenta de que estás perdidamente enamorada de Gabriel —el comentario de Trizia, susurrado en mi oído, me hace moverme incómodamente en mi silla.

Estamos en uno de los restaurantes más destacados de Nueva York con vistas al Empire State Building. Es una fría y hermosa noche de comienzos de otoño. Estamos terminando la cena de cumpleaños de Dominic y Dorian, la mayoría de los familiares Morris se quedaron para poder compartir este tiempo con ellos y celebrar los veinticinco años que cumplen los gemelos.

Ha sido un día muy largo. Primero, la reunión de mi tío Joseph con los familiares Morris a primera hora; luego, la tensa reunión con Dorian y, posterior a eso, salir tras él. Sin embargo, para sorpresa de Trizia y mía, Dorian estaba en su despacho trabajando como si nada hubiese pasado. No quiso retomar el tema y dijo encontrarse bien. Él había vuelto a ponerse la máscara de hombre regio y fuerte, y no hubo manera de que aceptara nuestra ayuda de ningún tipo. No quisimos insistir o ahondar, porque su horrorosa personalidad amenazaba con salir a flote en cualquier momento, así que Trizia y yo decidimos dejarlo solo como él quería.

Al salir del despacho de Dorian, Trizia me dijo que era muy probable que la actitud de Dorian fuera su mecanismo de defensa para no mostrar debilidad o vulnerabilidad. Que seguramente, muy dentro de él, se sentía avergonzado por la intensidad de emociones explosionadas y mostradas en plena reunión y frente a todos nosotros.

Observé a Trizia por un momento mientras interiorizaba sus palabras; sus cavilaciones me parecieron muy acertadas. Pese a la burda personalidad de Dorian, ambas estábamos y seguíamos estando muy preocupadas por él. Dorian no es santo de nuestra

devoción, pero ambas podíamos ver y reconocer que fue una reunión muy dura y tensa para él.

Con respecto a Gabriel, no sé nada. El traidor de mi hermano se ha mostrado muy hermético; me ha dicho que si quiero saber algo de Gabriel, hable directamente con él. Mi hermano parece haber cambiado sus lealtades hacia el que ahora parece considerar «su mejor amigo», algo completamente inesperado de parte del arisco de mi hermano.

Me tiene enormemente ofendida que todo lo que tiene que ver conmigo: mis miedos, dudas, vulnerabilidades y demonios, Cameron se lo haya contado todo a Gabriel sin miramientos. Pero los secretos de Gabriel, el muy ingrato los guarda celosamente.

Traicionada por mi hermano, así es como me siento.

Entonces, aquí estoy, viendo cómo Gabriel sonríe y habla despreocupadamente con mi asistente, y saber que él está enojado conmigo me pone aún más tensa de lo que ya estoy.

—¿Estás bien? —me cuestiona Dominic, que está sentado a mi otro lado. Lo observo detenidamente y sé que él no debió venir. Se ve tan agotado; lo puedo ver claramente pese a su tapabocas.

—Sí, estoy bien, pero tú no. Deberíamos marcharnos.

—No, tú te quedarás. En un rato, todos van a bajar al bar y quiero que te quedes.

—Dominic, no estoy de ánimos, ha sido un día bastante lamentable —trato de justificar mi deseo de salir de este lugar para no ver más a Gabriel y a la señorita Rivera haciéndose carantoñas.

Debería querer irme para estar con Dominic y cuidarlo un poco, y no para evitar sentir estos celos intensos que quieren carcomerme el alma. Pero, como ya me he admitido a mí misma, todo mi mundo cambió desde que Gabriel y yo nos miramos por primera vez en aquel ascensor.

—Ninguno de nosotros está de ánimos —admite Dominic—. Pero la vida sigue, Tory. Si yo pudiera, también me quedaría un rato en el bar, pero mi salud no me permite darme ese gusto. Además, mañana debo ir al hospital para comenzar mi preparación.

—Yo te acompaño mañana al hospital —le digo solícita, totalmente interesada en poder ayudarle.

—Gabriel también quedó en acompañarme. Pueden hacerlo los dos. He caído en la cuenta de que casi no compartimos tiempo los tres juntos, y me gustaría poder hacerlo.

Suspiro profundo.

—Claro, Dominic, no hay problema.

Implícitamente, Gabriel y yo pasamos tiempo con Dominic en momentos diferentes. Sé que ambos lo hacemos para sentirnos menos culpables. Además, él podría descubrirnos antes de tiempo; hay demasiada química moviéndose entre nosotros.

—¿Me veo bien? —pregunta de improviso Trizia. Ella se acomoda un poco el cabello mientras se mira en un espejo que sacó de su bolso.

—Siempre te ves hermosa y radiante, Trizia —no debería tener que preguntarlo; es una italiana preciosa. Y, siendo diseñadora, todas sus prendas le sacan el mejor partido a su cara y a su cuerpo. Todo lo que ella pone sobre sí misma realza muchísimo más su belleza natural.

—Adrián va a ir al bar con nosotros —me informa en un susurro algo histriónico.

Sonrío; por supuesto, tenía que ser Adrián quien la tuviera tan alborotada. Debo reconocer que el primo Adrián casi no se deja ver; es un hombre muy ocupado dentro de Morris Enterprise y tiene novia.

—Trizia, recuerda que él tiene novia, y tengo entendido que pronto se comprometerán.

Trizia se encoge de hombros y me mira traviesa.

—No me importa. Podría ser grave pero no insalvable si estuviese casado, pero no lo está. Así que todavía tengo una oportunidad —inicialmente pienso que está de broma, pero sus ojos soñadores y prendados en Adrián me llevan a la conclusión de que está hablando muy en serio.

—Ten cuidado, Trizia; ya una vez te destrozaron el corazón.

Al mirarme, el cariño inunda las facciones de Trizia. Estuve con ella ayudándola a atravesar esos momentos oscuros y dolorosos de su vida.

—En ese momento era solo una adolescente, casi una niña sin experiencia. Ahora soy toda una mujer, una «devoradora de hombres», como me llamas tú de vez en cuando. Es de mí de quien los hombres tienen que cuidarse; ahora soy yo quien manipula, controla y domina —me asustan un poco sus palabras y la intensidad de las mismas—. Solo necesito que Adrián me dé una oportunidad, Tory, y será mío.

—¿Por cuánto tiempo, Trizia?

Sus ojos brillan peligrosamente, sonríe, pero no me contesta.

Vaya, qué día tan intenso el de hoy, y lo peor de todo es que aún no termina.

***

Después de terminar la cena, Dominic, junto con sus enfermeros, fueron los primeros en retirarse. Mi tío Joseph lo hizo un poco después; él se marchó con Olivia y con la mayoría de sus hermanos y algunos primos Morris, alegando que ya estaban muy mayores para irse de copas con jóvenes como nosotros.

Así que bajamos al bar a tomarnos algunas bebidas: Trizia, Cameron, Dorian, Gabriel, Adrián, dos asistentes de Morris Enterprise, tres primos Morris que casi nunca hemos visto y, por supuesto, yo.

Todos estábamos en la misma mesa de un mueble circular del bar, pero las conversaciones estaban divididas en grupos. Trizia se sentó muy disimuladamente al lado de Adrián y, para mi total sorpresa, comenzaron a hablar bastante animados. No puedo negar que Adrián Morris es un hombre muy guapo. Es grande, fuerte, completamente opuesto a Dorian, ya que es moreno, de piel canela y ojos intensamente negros, un morenazo.

Mi asistente no se separó de Gabriel durante toda la cena, y por supuesto no lo hizo cuando bajamos al bar. Se sentó a su lado y cruzó sus despampanantes piernas desnudas dejándolas a la vista, muy disponibles para que Gabriel, si él quería, pudiese extender sus

manos y tocarlas. La muy ladina estaba aprovechando el momento, no podía culparla por ello.

Cameron departía entre risas con los tres primos Morris de los cuales sigo sin recordar sus nombres. Y, para completar mi perturbación, Dorian se sentó a mi lado.

—Te agradezco enormemente tu preocupación por mí el día de hoy —confesó Dorian muy cerca de mi oído y tomando mi mano.

—Estábamos preocupadas por ti.

Dorian suspira un poco y sus ojos azules me escudriñan.

—Siento mi desmadre en la sala de juntas, dije cosas… muy hirientes.

—Son hirientes porque en verdad las sientes.

—Sí, pero no debí decirlas… de esa manera. Me siento herido y las dije con intención de hacer mucho daño.

—Sí, Dorian, eso hiciste —confirmo mirándolo a los ojos y soltando mi mano de su agarre.

—Hoy hablé con mi padre como nunca antes lo habíamos hecho. Creo que nos reconciliamos.

Sonrío.

—Me alegro mucho por ti, y también por mi tío Joseph.

—Sí, de alguna manera me siento mejor —reflexiona Dorian y en realidad se ve mucho más tranquilo.

Dorian posa sus ojos en mí llenos de anhelo; conozco ese tipo de mirada y sé claramente lo que está a punto de decirme.

—Sé que en este momento no puedes estar conmigo. Pero también sé que tú y yo tendremos muy pronto una oportunidad, ya sea que Dominic por fin recupere su salud o que parta de esta tierra.

Cierro los ojos de golpe; no me gusta escuchar que voy a perder a otra persona que amo.

—No, Dorian. Como ya te he dicho en infinidad de ocasiones anteriores, tú y yo «nunca será». Con, o sin Dominic, «nunca pasará».

La carcajada fuerte de Gabriel y de la señorita Rivera desvía mi mirada hacia ellos. Se ponen de pie y comienzan a despedirse. ¡Se van! ¡No puede ser! ¡Se van!

Poso mis ojos con intensidad en Gabriel, pero él no me mira, solo hace un gesto en general con una de las manos despidiéndose de todos. Al final, clava sus ojos en mí por unos segundos; hay enojo y mucha rabia en esa mirada de despedida. Luego, hace un gesto con una de sus manos mostrándome a la señorita Rivera

mientras sube las cejas en señal de desafío. Finalmente, la sujeta de la cintura y se encaminan hacia la salida.

Dorian me observa con atención, como esperando una respuesta.

—Lo siento —farfullo—, no te escuché. ¿Qué decías?

—Efectivamente, no me escuchaste porque estabas muy entretenida fulminando con los ojos a Gabriel y a la señorita Rivera —aprieta los dientes mientras sus ojos se entrecierran—. Espero que Gabriel no te esté haciendo mojar las bragas.

Lo miro de golpe.

—¿Cómo te atreves? —manifiesto ofendida.

Dorian inclina su rostro sin dejar de observarme escrutadoramente.

—Tú eres mía, Tory, y lo sabes —lo dice con tal convencimiento que me hace estremecer—. Antes de que Dominic enfermara de gravedad, tú sentías algo por mí.

—Por Dios, Dorian, era tan solo una niña que había perdido a sus padres. Tus atenciones y las de Dominic me tenían abstraída. Además, eso fue hace mucho tiempo; la realidad se estampilló contra nuestras caras.

—Tú sabes que…

—Llegó la estúpida de su novia —nos interrumpe Trizia, e internamente se lo agradezco.

Las demandas de Dorian siempre me perturban, y nunca entiendo sus derroteros con respecto a lo que yo represento en su vida.

Dorian masculla algunas maldiciones sabiendo que mi atención ahora está puesta en Trizia. Se pone de pie y parece dirigirse a la barra a pedir más bebidas para la mesa.

—Mira, allí está la zorra, se lo llevó de la mesa —se queja Trizia.

Dirijo mis ojos hacia donde se encuentran en este momento Adrián y su novia. Parecen estar discutiendo mientras él le indica que deben marcharse del lugar. La mujer rubia mira a Trizia con chispas de ira en los ojos, pero Adrián logra sujetarla para salir del bar. Adrián no vuelve a mirar atrás.

—Espero que con esto hayas desistido de esa idea loca de meterte con Adrián. Tendrías muchos problemas con esa mujer; parece ser muy celosa.

—Al contrario —Trizia sonríe maliciosa—, creo que Adrián y yo tenemos futuro.

Resoplo, no hay caso con ella.

—Deberíamos aprovechar para marcharnos —le sugiero a Trizia.

—Vete tú, creo que necesitas lamerte las heridas —su rostro se pone muy serio—. La partida de Gabriel con esa chica es por tu culpa. El pobrecito solo hizo lo que le mandaste hacer.

Abro mis ojos y boca en toda su extensión.

—No puedes estar hablando en serio. Es un sinvergüenza —me quejo.

—No lo es, recuerda que tú se lo pediste. Es diferente a lo sucedido con Adrián; el muy tonto tiene novia. Yo me quedaré en el bar con Cameron y sus primos. Tú sí deberías irte a descansar, «si puedes» —se burla de mí, sabe que me fracturaré el cerebro recriminándome por lo que le pedí a Gabriel—. Que tengas dulces sueños, mi *Piccola*.

Trizia besa una de mis mejillas mientras yo frunzo el ceño. Ella se desplaza con elegancia y sensualidad hasta sentarse al lado de Cameron. Comienza sin ningún reparo a coquetear descaradamente con los primos Morris. Sonrío para mis adentros; es una coqueta nata.

Detallo por un momento a los primos Morris y a Cameron; los genes de los Morris son sorprendentes. No hay derecho a que haya

tanta belleza variopinta en una misma familia. Si en verdad están malditos como dicen las malas lenguas, debe ser que los maldijeron con gran belleza y *sex-appeal*.

Decido marcharme antes de que Dorian regrese y comience con sus interminables demandas hacia mi persona, las cuales sigo sin entender ni compartir. Me pongo en pie mientras escribo al WhatsApp de Logan, el chofer de Cameron, para que me recoja en la acera del bar.

***

Mientras voy de camino a la Morris Tower, mi cabeza es un hervidero de dudas y preguntas. ¿La habrá llevado al piso de Cameron para acostarse con ella? No dejo de pensar en las cosas que Gabriel le puede estar haciendo en estos momentos a mi asistente, y peor aún, lo que ella le puede estar haciendo a él.

La punzada en el pecho es tan aguda que me inclino un poco sobre mí misma. Me duele, me duele que me haya hecho caso. Debió pelear contra mí y mi deseo de arruinar lo nuestro. Pero, ¿qué estoy diciendo? ¿Tan siquiera hay un «lo nuestro»? No tengo idea de qué nombre ponerle a lo que hay entre Gabriel y yo.

Trizia tiene razón, esto es mi culpa, mi gran culpa. Fui yo quien le pidió tal disparate, y ahora, ¿cómo hago para echar marcha atrás? No hay manera de hacerlo; tendré que cargar con las consecuencias de mis inconexas peticiones. Yo lo tiré a los brazos de mi asistente; la única culpable de esto soy yo. Sin embargo, y pese a reconocer que soy la culpable, no le perdonaré lo que ha hecho.

Logan me deja en la acera de entrada de la Morris Tower, porque él debe volver al bar a esperar a Cameron y Trizia. Ingreso lentamente mientras me seco algunas lágrimas de ira, rabia, dolor y, por supuesto, de culpa.

Hay ocasiones en que pienso que mi vida se reduce solo a eso, a sentirme culpable. Son tantas las sesiones psicológicas y psiquiátricas sobre mi obsesión por sentirme un ser maléfico… un ser maléfico que lleva la muerte consigo como si fuese su sombra. Incluso, a veces la siento tan cercana que creo llevarla arraigada en mí como si fuese mi segunda piel.

¿Cómo no pensar que hay algo realmente malo en mí sabiendo que mis padres murieron por mi culpa? ¿Cómo no sentir que arrastro la muerte conmigo si Evelyn, mi segunda madre, comenzó a enfermar cuando llegué a su vida y luego también murió? ¿Cómo no pensar que atraigo la muerte a mi vida sin remedio, teniendo en

cuenta que Dominic enfermó de gravedad precisamente cuando decidí ser su novia?

Y, ahora, tengo que añadir las culpas que siento con Dominic y Gabriel, debido a mi comportamiento con ellos. Me siento culpable por engañar a Dominic. Sí, lo engaño, estoy locamente enamorada de su hermano Gabriel. ¿Qué clase de mujer soy? Debería estar centrada en él, en su recuperación, como hasta hace solo unos pocos días lo estaba. Pero no es así; en lo único en lo que puedo pensar es en Gabriel, y por supuesto, me siento culpable por haberlo empujado hacia otra mujer.

Parece ser que no hago nada bien con mi vida; soy un completo desastre. ¿Cómo es posible que dos de los hombres más maravillosos de la tierra, como Dominic y Gabriel, se sientan atraídos por alguien tan nefasto como yo? Tendría más sentido ser la pareja de alguien tan ponzoñoso como Dorian; esa es la pareja que me merezco.

Estos últimos pensamientos me llenan de tanta amargura y melancolía, porque lo único que he buscado desde que mis padres murieron es ser una buena chica, ayudar a los demás, poder servir a otros. He fracasado absolutamente.

Ingreso al ascensor y este comienza a cerrarse lentamente, para luego volver a abrirse. Ingresa el objeto de mis mayores pensamientos en los últimos días, Gabriel. Él se para frente a mí mientras las puertas se cierran detrás de él, y nos quedamos íngrimamente solos mirándonos mutuamente. Mi corazón parece querer saltar de mi pecho para estrellarse contra el suyo. Hay tantas emociones relampagueando en esos hermosos ojos marrones, que no sabría definirlas.

Creo que Gabriel y yo estamos a punto de volver a vivir otro momento catártico en un ascensor.

Capítulo 14

Mientras el ascensor comienza su ascenso a mi piso, nos evaluamos mutuamente. Su cabello está alborotado, parece como si unas manos lo hubiesen desordenado de manera rebelde y alocada. Mis ojos pican al imaginar las manos de la señorita Rivera en medio de sus rizos. Su ropa se ve algo desordenada: está sin la chaqueta de su traje y su chaleco tiene tres botones fuera del ojal, parece a medio vestir. Trago grueso mientras trato de morderme la lengua para no gritarle una cantidad de improperios malsonantes. Sus labios me distraen; mis ojos regularmente se fijan en ellos porque me gustan mucho, pero en este momento lo que busco en ellos es la evidencia de muchos besos apasionados, aunque él siempre tiene labios de recién follado.

—Lo hiciste, ¿verdad? —casi sin pensarlo, mi voz sale con tono de reproche mientras un par de lágrimas se deslizan por mis mejillas.

—¿No era eso lo que querías? —su voz ronca y varonil siempre remueve fuego en mis venas; nunca me deja impasible.

—Te dije que no lo hicieras delante de mí —mi voz se quiebra y carraspeo un poco. Sé que está viendo mi dolor, y quisiera que no fuese así.

—No lo hice delante de ti, me la llevé a hacer… —Gabriel tiene un tono sarcástico y mientras parece pensar en lo que va a decir, se rasca un poco el mentón con una barba de algunos días—. ¿Cómo fue que me dijiste?: «haz lo que siempre haces con ellas».

El colmo de la ira me lleva a estamparle una bofetada. ¡Mierda! ¿Qué estoy haciendo? Su rostro ha quedado girado hacia un lado debido a la fuerza de mi golpe.

—¿Por qué me golpeas? —su voz es casi un susurro, pero en toda la expresión de su rostro hay mucho enojo, incluso dolor.

—Estoy segura de que sabes que ella es mi asistente. ¡Maldición!, ¿cómo voy a trabajar con ella sabiendo que te la follaste?

—No funcionó, Tory —aún estoy aturdida por mi reacción; lo golpeé, ¡Dios mío! Tal vez por eso no comprendo lo que quiere decir con que «no funcionó»—. Tú querías que yo hiciera esto para que me encaprichara de otra y te dejara, ¿no es eso lo que buscabas?

—No quiero escucharte —llevo mis manos a mis oídos en un gesto infantil, como una niña que no quiere oír la reprimenda de su

padre.

Gabriel coge mis muñecas con gentileza y decisión, llevando mis manos hasta su pecho.

—Mírame y escucha lo que tengo que decirte del por qué «no funcionó». Después de todo, tú eres la autora intelectual de toda esta situación.

—No, Gabriel, te lo suplico, no quiero…

No hay clemencia. Gabriel comienza a hablar con los dientes apretados y su mirada se ancla a la mía; no puedo dejar de oírle y de mirarle.

—Has fallado estrepitosamente. Ni sus besos ardientes, ni sus suaves caricias, ni su cuerpo apetecible, ni su coño cálido y resbaladizo hicieron que me olvidara de ti.

Mis manos en su pecho se convierten en puños, golpeo su pecho con toda la fuerza que sus manos en mis muñecas me lo permiten. Me siento muy humillada. Gabriel baja su voz, y el empalagoso sarcasmo en ellas es palpable.

—Solo pensé en ti durante toooooodo el rato.

Siento arcadas mientras me dice aquello y las malditas lágrimas no dejan de salir como locas a través de mis ojos.

—¡Suéltame, eres un asco! ¡No quiero nada contigo!

Gabriel suelta mis muñecas y me enloquezco. Golpeo, golpeo su pecho con todas las fuerzas de mi alma. Mi llanto es estruendoso, ya no quiero ocultar mi lloro, mi desilusión, mi decepción. Imágenes de él con la señorita Rivera, «mi asistente», haciendo el amor inundan mi mente y mi razón. Siento que lo odio, y a medida que mi dolor aumenta parece que mis golpes en su pecho son más fuertes. Mi llanto es desconsolado y estruendoso; se abrieron las compuertas y parece como si el dolor por su traición nunca fuese a tener un fin. Moriré de dolor o ahogada en mi propio mar de lágrimas.

Los ojos de Gabriel se enternecen mientras coge sin dificultad nuevamente mis manos para que deje de golpearlo. Cuando mis lágrimas me permiten mirarlo fijamente, me doy cuenta de que sus ojos están peligrosamente brillantes, de lágrimas no derramadas. Maldito rufián, ¿por qué está dolido él?

—Duele, ¿verdad? Eso era exactamente lo que buscabas. Que te doliera y encontrar un motivo justificable para dejarme. Pero no te lo voy a poner tan fácil, Tory. Soy un hueso duro de roer —la expresión de su rostro en estos momentos me asusta. Está cabreadísimo y aprieta los dientes mientras me habla—. Estaba convencido de que tu petición era tan solo una patraña tuya para

separarnos. Yo sabía que no me perdonarías algo así, fuese con tu asistente o con cualquier otra mujer.

—No entiendo lo que quieres decirme, yo... —mi voz sigue ahogada y hay una gran confusión en mi mente. «Te boicoteas», las palabras de Trizia vuelven a mi mente sin ser llamadas.

Gabriel se acerca más a mí y me abraza. Yo pongo mis manos en su pecho y lo miro con una advertencia velada en mi expresión. No quiero que esté cerca de mí, no puedo pensar con claridad cuando lo tengo tan cerca.

—No he tocado a la señorita Rivera. Ni siquiera la besé, la llevé a su casa y luego vine aquí a esperarte. ¡Maldición! No sé cómo hacerte entender que te quiero conmigo, a mi lado. Que te has convertido en mi vida entera y que voy a luchar por ti hasta el final de todos los jodidos tiempos.

No nos habíamos dado cuenta de que el ascensor ya había llegado a mi piso y que las puertas estaban abiertas. Gabriel me hala fuera de el, llegando rápidamente al salón. Nos detenemos en medio de mi sala, intempestivamente me encierra en un abrazo cargado de sentimientos. Siento sus labios en mi cabello y oigo que murmura diciendo: «jazmín, hueles a un susurro de jazmín». Mi corazón se contrae al percibir lo sensibles y sentidas que son sus palabras.

—¿Cómo sé que me has dicho la verdad sobre la señorita Rivera? —inevitablemente mi voz es de sufrimiento. Sin soltarme de su contundente abrazo, me mira a los ojos y suspira.

—No sé cómo hacer para que creas en mis palabras y en lo que siento por ti. Tendrás que creerme, o puedes preguntárselo directamente a ella, aunque no la conozco lo suficiente para saber si te va a decir la verdad o va a alardear.

Toda la expresión de su rostro es un mar de emociones, llenas de amor, cariño y ternura.

—Tory, yo te amo como un loco enfurecido y enloquecido. Tanto te amo... que a pesar de amar a Dominic y de lo que él significa para mí, estoy buscando la manera de poder estar a tu lado.

Cojo su rostro entre mis manos y le creo. Creo absolutamente que no pasó nada con mi asistente.

—Yo también te amo, Gabriel, muchísimo. «Estoy loca por vos» —ambos nos sonreímos, he dicho las palabras tal cual como él las dijo el día que se me declaró en el Central Park—. Acepto tu propuesta de hablar con Dominic en cuanto esté bien. Y te ruego, te suplico, mantente alejado de cualquier otra mujer, o terminaré asesinando a alguien.

Gabriel se ríe mientras me abraza apretadamente contra él. Pega su frente a la mía mientras respira por la boca profundamente.

—Te prometí que no volveríamos a besarnos por respeto a Dominic, pero estoy que te como a besos —sus ojos repasan mi rostro con anhelo, estamos tan cerca.

—Somos unos traidores —le digo con dolor—. Amarte me duele, estoy traicionando a Dominic.

—Ciertamente, el hecho de que te ame es una traición a Dominic —jadea Gabriel, su voz se quiebra—, pero no amarte sería una traición a mi corazón, a mí mismo. No puedo, y no quiero dejar de amarte.

Gabriel besa suavemente mis párpados y su lengua cálida barre mis lágrimas en un movimiento íntimo y tierno. Comienza a regar sus besos por todo mi rostro mientras yo enredo mis manos en su cabello. Las manos de Gabriel se pasean suavemente por mi espalda, y una de ellas a veces se sumerge en mi cabello para llevar mi cabeza hasta su nariz. Este movimiento le permite respirar profundamente el aroma a jazmín de mi cabello. No puedo evitar sentir que los brazos de Gabriel rodeándome son mi lugar, mi casa, mi refugio.

Nuestras miradas se entrelazan transmitiendo el amor profundo e intenso que sentimos el uno por el otro. Sus labios tocan los míos en un beso suave, respetuoso y delicado. Gabriel me sonríe juguetón, para luego alzarme en volandas y girar en círculo sobre sus pies haciendo que demos vueltas como un par de adolescentes en medio del salón de mi piso. Nos reímos como locos. Al volver a poner los pies en el suelo, me siento un poco mareada, pero ambos nos estabilizamos mutuamente abrazándonos y aún riendo.

Nuestras risas y miradas son interrumpidas por un gemido de mujer lleno de placer que viene del segundo piso. Gabriel me mira con una sonrisa lobuna.

—¿Trizia?

—No, ella se quedó en el bar con Cameron.

Nos miramos algo confusos por un momento, pero luego, sus facciones se transforman en una oscuridad siniestra que jamás le había visto antes, y creo que está pensando lo mismo que yo.

Gabriel me suelta y corre por las gradas que llevan al segundo piso a toda velocidad. Estoy segura de que se dirige hacia la habitación de su madre; yo voy pisándole los talones porque si su madre está con quien yo creo que está, va a arder Troya.

Gabriel trata de abrir la puerta, la cual se encuentra asegurada desde adentro. Así que retrocede unos pasos hacia atrás para luego coger velocidad, y de una patada la abre de par en par, mientras yo pego un grito. La puerta se abre a tal velocidad que se estrella contra la pared, y los cuerpos desnudos de mi tío Joseph encima de Olivia quedan expuestos ante nosotros.

Olivia pega un grito y estira su mano para alcanzar su bata, mientras mi tío se levanta de encima de ella, saliendo de su interior. Tiene el pene húmedo y totalmente erecto. Ni en mis peores pesadillas hubiese creído poder ver a mi tío en una situación semejante. A toda carrera, mi tío se pone una toalla alrededor de sus caderas, y tengo que admitir que el casi sesentón de mi tío aún está en forma. Con respecto a Olivia, ya sabía yo que tenía el cuerpo muy bien tonificado debido a su profesión de bailarina.

Olivia ha terminado de ponerse y ajustarse su bata, y mira a Gabriel muy asustada. La escena me ha dejado tan descompuesta y desorientada que he olvidado por completo a Gabriel.

Él los observa con la boca abierta y el colmo de la situación parece invadirlo y zozobrarlo.

—Hijo —dice su madre, levantando una mano hacia él. Gabriel retrocede para que no lo alcance.

—¿Cómo has podido, madre? Sabes el daño descomunal que este hombre te hizo, me hizo, y aquí estás abriendo las piernas como una mujerzuela para él.

Su madre cierra los ojos de golpe, encogiéndose un poco ante el insulto soez de su hijo.

—¡No le hables así a tu madre! —grita mi tío, haciéndose delante de Livi como tratando de protegerla.

Gabriel se le enfrenta, acortando la distancia que aún los separa.

—Usted no tiene ningún derecho a decirme cómo debo tratar a mi madre. Usted no es nadie ¡NO ES MI PADRE! No lo acepto, no lo quiero. Todo lo que he aceptado hasta este momento de usted ha sido por Dominic, única y exclusivamente por Dominic.

—Gabriel, hablemos —sugiere mi tío, calmadamente, exponiendo las palmas de sus manos en son de paz.

—¿Qué hace aquí? ¿Enredando y confundiendo otra vez a mi madre?

—La amo —dice mi tío Joseph con determinación—, es el amor de mi vida, quiero recuperarla y resarcirla.

No lo vi venir. Livi y yo gritamos al ver cómo Gabriel le pega un derechazo a mi tío, dejándolo tirado en el suelo con la mejilla

enrojecida, y con una muy posible hinchazón en construcción.

Livi y yo agarramos a Gabriel porque parece resuelto a seguir golpeándolo, pese a que está en el suelo. Él se suelta sacudiéndose de nosotras con rabia, mientras observa cómo mi tío vuelve a ponerse en pie.

—Hijo, por favor —dice mi tío, suplicando.

—¡No soy su hijo! —grita Gabriel entre dientes, empuñando nuevamente sus manos.

Yo lo agarro por el brazo.

—Gabriel, es tu padre, no puedes volver a golpearlo —le digo al oído, pero se ve tan envenenado y enfurecido. No parece escuchar razones.

—Quiero compensarlos a ambos —sigue pertinaz mi tío.

—No quiero compensación, no quiero nada de usted.

—Livi me contó sobre tus adicciones, tus luchas —mi tío insiste.

Gabriel mira a su madre, decepcionado, ofendido, se siente traicionado.

—¿Cómo has podido, madre?

—Quieras o no, él es tu padre, y ahora quiere estar en tu vida. Le conté todo, absolutamente todo.

—Gabriel, por favor —suplica mi tío—. Dame una oportunidad, solo una.

—¿Es que no lo entiende? ¡Lo odio! ¡Lo desprecio! —su voz se oye ahogada, quebrada, muy dolorida.

—Gael —tercia su madre entre lágrimas—, han sido demasiados años de odio y resentimiento. Es hora de los momentos de paz y de sosiego.

—Estoy de acuerdo con Livi —intervengo y trato de abrazarlo, pero es como abrazar un témpano de hielo en estos momentos. Bajo mi voz, tratando de que solo Gabriel me escuche—. Yo te estoy dando una oportunidad a ti. Sabes lo difícil que es para mí, y aun así lo estoy haciendo.

Una expresión insondable atraviesa el rostro de Gabriel.

—Es que tú no has vivido lo que yo viví. Toda tu vida has tenido a alguien protegiéndote. En su momento lo hicieron tus padres, después tus tíos. Ellos estuvieron allí, amándote, protegiéndote de todo y contra todo —su voz se quiebra con dolor—. Yo no tuve eso, tuve que ver a mi madre partirse el lomo para sacarnos a mi hermana y a mí adelante, aguantamos hambre. Tú no sabes lo que es eso.

Por el rabillo del ojo puedo constatar que Olivia y mi tío nos observan con mucha atención. Estoy casi segura de que se han dado cuenta de que Gabriel y yo somos más que amigos.

—Conoces mi historia, Gabriel, y sabes perfectamente que no eres el único que ha sufrido. Tengo mis propios demonios, mis propios sufrimientos y traumas a cuestas. Son diferentes a los tuyos, pero al fin y al cabo son experiencias de vida que nos han destrozado el alma y el corazón. Te entiendo, Gabriel —acaricio su rostro pesaroso—, perfectamente te entiendo. El tiempo avanza y, sin embargo, esas cicatrices siguen allí sin cerrar, abiertas y sangrando en nuestro interior. No eres el único, Gabriel, pero podemos luchar contra ellas para poder seguir viviendo y seguir adelante —estoy segura de que una sonrisa triste dibuja mis labios —. Dominic me ha enseñado que la única forma de salir adelante y seguir luchando es con el perdón. Me asegura que el poder del perdón es sanador y liberador. En mi caso, es el perdón a mí misma, y en tu caso, es el perdón a tu padre.

—No estuviste en mi pellejo —objeta.

—Ni tú en el mío —mis palabras salen más rabiosas de lo que pretendía.

—Gael —Livi parece haberse recuperado un poco—, escucha a Tory, debes hablar con tu padre y arreglar las cosas con él.

—¡No lo llames mi padre! —nuevamente responde entre dientes mientras fija su mirada en mi tío Joseph—. Jamás, óigalo bien, jamás lo llamaré padre.

—Estoy dispuesto a lo que sea para arreglarlo, eres mi sangre y fui un imbécil, más que un imbécil.

Gabriel se pasa las manos repetidas veces por entre sus rizos y rostro, mientras camina un poco como tratando de despejarse.

—Madre, ¿lo perdonaste? —detiene sus movimientos para volver a enfrentar a su madre.

Las lágrimas brotan nuevamente de los ojos de Olivia.

—Sí, hijo, no quiero más de esto en mi vida, ni en la tuya. Es hora de sanar nuestros corazones.

Gabriel mira fijo a mi tío y se acerca a él hasta que casi sus narices se tocan.

—Toda mi niñez envidié a todos mis amigos y compañeros de clase porque tenían un padre con quien compartían su tiempo los fines de semana, ya fuera para jugar cualquier juego en el parque, o simplemente tirarse en un sofá a ver televisión.

»Envidié a mi hermana cuando su padre la buscó hasta debajo de las piedras para encontrarla, después de que mi madre le hubiera ocultado su existencia. A este hombre, sin importarle el escarnio público en Colombia, la reconoció como su hija. Era un hombre casado, con hijos legítimos, y de mucha influencia y poder en mi país, aspiraba a un cargo político muy importante, y reconocerla podía costarle dicho cargo. Y pese a ello, la buscó, la encontró, la amó y la reconoció como suya —los ojos de Gabriel se llenaron de dolor—. Ese hombre, con gran orgullo la reconoció como su hija. Era su bastarda y, pese a ello, le dio su apellido, la mostró como un trofeo frente a los medios de comunicación, frente a su propia esposa, a sus hermanastros, y los obligó a que la aceptaran. En ese momento toqué fondo.

—Gael —su madre solloza más fuerte—, no lo sabía. No sabía que lo que hizo el padre de Camila fue el detonante de tus adicciones.

—No, madre, él no detonó nada. Yo ya estaba echado a perder. Además, tú también estabas demasiado consternada con lo que hizo el padre de Camila, no podías ver ni por ti misma, mucho menos por mí.

—Lo siento, lo siento tanto, hijo —Livi trata de acercarse a abrazarlo, pero él da un paso atrás.

Los ojos de Gabriel se posan nuevamente en mi tío Joseph.

—Como ve, no puedo y no quiero arreglar nada con usted. Como dije antes, lo que he aceptado lo he hecho por Dominic. Usted puede irse al mismísimo infierno, y ojalá el fuego del infierno consuma hasta la última astilla de sus huesos, y deseo que sea con gran dolor y sufrimiento.

—Gabriel, hijo —dice mi tío casi sin voz, impresionado por su odio irrevocable hacia él.

—No vuelva a llamarme hijo, o no respondo de mí.

Vuelvo a agarrar a Gabriel de uno de sus brazos, parece querer volver a golpearlo.

—¿Qué haces? Es tu padre —rezongo mientras el colmo de la situación me invade.

—No lo es, y jamás lo será —Gabriel lo mira con ojos desorbitados, y sus palabras salen con todo el veneno, casi echando espuma—. Lo maldigo, lo maldigo con toda mi alma y mi corazón, le deseo lo peor. Quiero que los infiernos se abran bajo sus pies, y que caigan sobre usted todos los males y las pestes de la tierra.

—¡Gabriel! —grito, zarandeándolo un poco. No lo reconozco, su odio y resentimiento me recuerdan a Dorian.

—Hijo, por Dios —lágrimas salen de los ojos de mi tío.

—¡Cállese! —farfulla Gabriel entre dientes y con una expresión de odio indomable.

—Hijo, perdóname —mi tío Joseph se lleva la mano al pecho y comienza a caer, parece que le falta el aire. Olivia trata de agarrarlo, pero solo logra evitar que la caída sea estrepitosa. Mi tío vuelve a estar en el piso.

Una de las manos de mi tío Joseph está en su pecho, y la otra está estirada hacia Gabriel, buscando que él, que Gabriel la alcance.

—¡Tiene un infarto! —grita Olivia aterrorizada.

Inmediatamente cojo mi móvil para llamar a algunos de los enfermeros de Dominic. Luego hago otra llamada para solicitar que tengan lista la ambulancia que siempre está estacionada en el garaje de la Morris Tower, para las emergencias de Dominic.

Mi tío sigue con una mano en el pecho y respira con dificultad mientras dos enfermeros entran a toda carrera con una camilla. Mientras ejecutan todo el protocolo para trasladar a mi tío, él sigue estirando su otra mano hacia Gabriel, y sin pronunciar palabras, repite modulando con sus labios una y otra vez: «perdóname, hijo».

El horror se dibuja en el rostro de Gabriel mientras mueve su cabeza de un lado a otro, negándose a aceptar. Es incapaz de acercarse a tomar la mano estirada de mi tío Joseph.

—No puedo, jamás podré.

Gabriel se gira y sale de la habitación, dejando a mi tío con el rostro contrito, lleno de lágrimas, y con un muy posible infarto.

Capítulo 15

Gabriel

El pecho y la cabeza parecen querer estallarme. Siento que voy a enloquecer y que no podré hacer nada para impedirlo. Todo se está precipitando sobre mí de una manera tan desordenada y sin forma, que no encuentro la manera de poder agarrarlo para contenerlo. Todo lo sucedido desde el día en que pisé Nueva York, hasta el espantoso día de hoy, está a punto de acabar con el último vestigio de raciocinio y cordura que me quedan.

Del antiguo Gabriel solo están quedando pedazos, fragmentos. Podría decir sin temor a equivocarme que mi antiguo yo está en vías de extinción, y está naciendo uno nuevo. La situación es que no estoy seguro de si me gusta el hombre en el que me estoy convirtiendo.

Respiro tratando de contener todos los sentimientos y emociones que se agolpan dentro de mí al mismo tiempo; no me dan tregua. Lo poco que queda de quien fui, me grita que venir aquí ha sido el mayor desacierto de mi vida. No deja de repetirme como un mantra que estar aquí me resta, no me suma; que todo,

absolutamente todo mi mundo, lo que había construido con tanto tesón y esfuerzo, se está derrumbando. Ni siquiera soy el Gabriel de hace tan solo una semana. También siento radicalmente diferente mi alma, mi espíritu y, sobre todo, mi corazón. En conclusión, «nada en mí es lo mismo».

Parece ser que he venido a Nueva York a ser destruido en todas las áreas de mi vida, y a que otros decidan por mí. No me siento dueño de mi destino; el destino ha jugado en mi contra y he perdido irremediablemente. Ni siquiera sé qué voy a hacer con la empresa que dejé en Colombia. Mis socios no dejan de llamarme para que les venda mis acciones, y yo sigo sin saber qué hacer. Venderla es como desaparecer a mi antiguo yo. Pero al final, eso será muy seguramente lo que haré, vender mis acciones en Colombia.

Y mi corazón... No sé cómo explicar cómo se siente mi corazón. Todo iba bien con mi corazoncito hasta que llegué a Nueva York. Todos los que nos hemos enamorado podemos decir que el desgraciado de Cupido manda una única flecha con dos puntas. Sí, no te asustes, te saco de tu ignorancia. El amor es «bipolar»: a veces te lleva a los lugares más sublimes, llenos de luz y colores deslumbrantes, y te deleitas en su éxtasis. Es tan orgásmico que

sientes que tocas el «cielo» con la punta de tus dedos. Pero en otras ocasiones, el maldito amor te arrastra por calles llenas de espinas y amargura, y como si esto fuera poco, sigue arrastrándote por los lugares más sombríos y espeluznantes, donde siempre tienes la sensación de frío, sintiéndote irremediablemente solo y destruido. Sí, lo has adivinado, ese es el maldito infierno. El amor es el *cielo* y el «infierno» en un mismo paquete; hasta la fecha siento que son inseparables, les gusta estar juntos armando caos y jaleo. Por lo tanto, el amor es un desgraciado «bipolar» muy bien camuflado.

Mi fama de disoluto y libertino quedó «entumecida» cuando mi cuerpo olió y vio a Victoria Evans por primera vez, pero quedó completamente «pulverizada» cuando la besé. Ella hizo su entrada triunfal en mi vida barriendo con todo, me echó a perder para el resto de las féminas de este planeta. Yo era el zorro, el cazador, y ahora, ¿quién soy? Parezco su perro faldero; ella me cazó a mí y me tiene arrastrándome a sus pies. Haría cualquier cosa por esa chica. Me he enamorado, y lo peor, lo peor de todo es que lo he hecho de quien no debía. Ella era absolutamente prohibida para mí, pero no pude evitar estirar mi mano hasta alcanzarla.

Ingreso al piso de Cameron con la intención de emborracharme. ¿Qué otra cosa se puede hacer en estos casos?

Llevo diez años limpio, sobrio. ¿Todos esos malditos diez años de terapias y abstinencia para qué? Para que un día como hoy, el hombre que odio, que desprecio, que aborrezco, esté a punto de hacerme recaer en mis antiguos vicios.

Mi enfrentamiento con Joseph Morris el día de hoy está a punto de arrastrarme nuevamente al hoyo negro y profundo de donde salí. Salí de allí gracias a Dominic, porque él fue quien me sacó; nadie más pudo hacerlo.

Llego directamente al minibar que tiene el piso de Cameron. Lo he mirado antes de manera disimulada, y tiene una gran variedad de bebidas. Agarro una botella de lo que era mi bebida favorita, el tequila. La etiqueta reza que es un «Patrón en Lalique», estoy seguro de que esta botella debe costar un ojo de la cara; se nota a leguas su valor, como todo lo que hay en este piso y en toda la Morris Tower. Observo la botella con embeleso mientras la boca se me hace agua. Mis manos tiemblan por el deseo codicioso y apabullante de llevar mis labios a la boca de la botella y dejarme llevar, dejarme arrastrar y perderme en el hermoso líquido de color ambarino.

—¿Un mal día?

Me giro para ver a Cameron ingresar lentamente a su piso, me observa con una sonrisa mordaz en los labios.

—Un maldito mal año, diría yo —respondo con enojo.

Cameron ha sido muy cuidadoso de no fumar y no beber en mi presencia, a menos que estemos en un bar como ya lo hemos hecho en algunas ocasiones. Pero hoy, seguramente no esperaba encontrarme en su salón a punto de romper mi abstinencia. Viene con un cigarro encendido en una de sus manos, y con ella señala la botella como si tal cosa.

—¿Te apetece?

—Quiero emborracharme —aprieto la botella con ambas manos mientras la llevo a mi pecho.

—Si vas a romper tu abstinencia no lo vas a hacer en mi piso —se queja Cameron—. Te acompaño a donde tú quieras, pero aquí no. No quiero tener problemas con Dominic.

Cameron lleva el cigarro a sus labios y, con una calma desconcertante, inhala profundamente lo poco que le queda. Una tenue columna de humo escapa entre sus labios mientras se acerca más a mí. Respiro profundo y tiro la maldita botella dentro de la chimenea. No, no puedo, no debo; son muchos años limpio, el maldito vejete no los vale.

—¡Joder! —se queja mirando cómo el líquido se derrama dentro de la chimenea—. Era una edición limitada de veinte mil dólares. Pero, a la mierda, quiero ayudar con la causa.

Cameron abre varias puertas más del que ya no me parece un «minibar» y me las señala, mientras el cigarrillo casi finalizado pende de sus labios con una sonrisa maliciosa.

—Rompe todo lo que quieras, desahógate, pero no se lo digas a nadie, tengo una reputación que mantener.

Es como si le hubiesen abierto una panadería llena de panes y hojaldres recién horneados a un muerto de hambre. Cojo una botella en cada mano y las tiro con toda la fuerza de mi alma en la bendita chimenea, acompañada de un grito que sale de lo más profundo de mi ser. Siento cómo un fuego abrazador se abre paso en medio de mi pecho dominándome, por lo cual repito la operación varias veces. Hay un montón de bebidas variadas, de diferentes marcas y ediciones limitadas, pero en realidad me importa una jodida mierda lo que cuesten.

Cameron se sienta a contemplar cómo me desahogo, pero no se queda callado. Él comienza a hacer algunas muecas diciéndome el año y el costo de cada botella que destruyo. Al final, el olor a alcohol llena mis fosas nasales. Respiro profundo y me deleito en

ese olor que me hace recordar los momentos más oscuros de mi vida. Me tiro de rodillas para luego caer sobre mis talones enfrente de la chimenea.

—Estoy perdiendo el norte, Cameron. Llegué aquí siendo Gabriel Alcalá, y ahora soy Gabriel Morris. Llegué aquí siendo el CEO de mi propia empresa, y ahora soy un poderoso accionista de uno de los monopolios más grandes y ricos del mundo. Llegué aquí con mi corazón libre, y ahora estoy atrapado en un triángulo amoroso a punto de hacerle daño a la persona que me salvó la vida. Llegué aquí jurando odiar de por vida a Joseph Morris, y ahora…

Me quedo callado, no sé qué decir en realidad. Miro a Cameron, pero él solo me contempla con esos extraños ojos de color verde cristalino y su permanente sonrisa de que todo le vale un carajo.

—Algo que he aprendido es que en esta vida estamos en constante cambio y movimiento, y más aún si eres un Morris —objeta Cameron—. Vienes de un país tercermundista llevando una vida de clase media. Aquí estás en el «Astro Mundo», y como bien te dijo Daniel, nuestras vidas como Morris son atípicas. Somos prácticamente los dueños del mundo, por ende, todo lo que nos pasa es intenso, profundo y radical.

—No sabes lo que ha pasado, ¿verdad? —le pregunto a Cameron. Sus palabras sobre que soy un Morris y que mi vida a partir de ahora será un completo zarandeo, ya lo tengo claro.

—Nop, pero no es difícil de adivinar teniendo en cuenta lo desmadrado que estás. Tiene que ver con mi tío Joseph —asevera estrechando la mirada.

—*Touché*, pero es mucho peor de lo que te imaginas.

—No me digas, ¿peor que el enfrentamiento de Dorian y tío Joseph? Eso es imposible —Cameron se endereza en la silla donde se encuentra sentado, ahora tengo toda su atención.

—Sí, y creo que no te va a gustar —la sonrisa en los labios de Cameron desaparece, y la mortal seriedad que le sigue solo la vi el día que hablamos de Tory y sus traumas.

—Ven, vamos afuera que quiero seguir fumando.

Salimos a la terraza de su maldito ático de mierda que es todo un espectáculo, y eso que aún no conozco su piso del Park Avenue. Nos sentamos en unas tumbonas después de ponernos unos abrigos, ya que está haciendo un frío que pela.

Cameron me ofrece un cigarrillo, el cual acepto. Creo que hoy definitivamente es un muy buen día para romper alguna de mis abstinencias. Mi vida ha dado tantos tumbos en estos últimos días,

que fumarme un maldito cigarrillo creo que sería lo menos grave de todo lo que me está pasando.

Encendemos un cigarrillo cada uno y lo inhalo mientras cierro mis ojos. Guau… la sensación de sabor a tabaco entra como un rayo de luz en mi enloquecido mundo.

Mientras disfruto la sensación y el sabor del tabaco recorriendo mi paladar y pecho, observo el cielo nublado y todos los rascacielos que rodean la Morris Tower. Mis ojos terminan sobre el agua de la piscina, que refleja parte de la iluminación externa de todos los edificios que nos rodean.

—Encontré a tu tío Joseph follándose a mi madre.

Cameron tose, atragantado por el humo del tabaco. Se sienta ahorcajado en la tumbona, tratando de estabilizar su respiración para luego observarme con los ojos desencajados. Luego, suelta una carcajada seguida de otra más, hasta que tira su rostro hacia atrás, agarrándose fuertemente del estómago en medio de las risas desenfrenadas.

—No es para risas —me quejo, antes de inhalar con rabia y profundamente mi cigarro.

—Por supuesto que sí lo es —me dice, limpiándose las lágrimas sin dejar de reírse—. En mi mente no logro formar esa imagen, o

por lo menos no la de mi tío Joseph haciendo algo así. Después de Evelyn, su esposa, jamás lo vi con ninguna otra mujer, o por lo menos nosotros nunca lo vimos. Se concentró en nosotros cuatro; todos éramos aún muy chicos cuando Evelyn murió —Cameron se pone serio—. Se convirtió en mamá y papá para los gemelos, para Tory y para mí.

Cameron suspira y vuelve a acomodarse relajadamente en la tumbona, inhalando y saboreando el cigarro.

—Lo sé, tanto tú como Dominic y Tory siempre me lo están recordando —rezongo.

—Sé que no lo quieres, que no lo aceptas y que lo odias. Lo sé. Pero para Tory y para mí, él es nuestro segundo padre, y lo amamos, Gabriel.

Inhalo profundo el cigarrillo disfrutándolo al máximo porque no pienso fumarme otro hasta dentro de diez años.

—Creo que… vas a odiarme —Cameron me observa, esperando a que termine—. Tuve una discusión de padre y señor mío con él. Lo golpeé —Cameron se pone rápidamente en pie tirando el cigarro al aire, y toda su expresión es amenazante.

—¿Qué hiciste qué?

Me levanto también apagando lo que queda de mi cigarro en el cenicero; si me golpea, tendré que dejarme. Aunque odio a Joseph Morris, mi comportamiento fue bajo, ruin. Él es prácticamente un anciano. Me dejé llevar por mis odios.

—Lo encontré con su polla dentro de mi madre, incluso la vi erecta y llena de los fluidos de ambos. No me pude contener…

Y, tal como lo pensé, Cameron me dio un buen derechazo que me hizo trastabillar hacia atrás. Luego, me agarró de las solapas de mi abrigo.

—Gabriel, escúchame muy bien —me dice con los ojos entrecerrados y los dientes apretados—. No vuelvas a acercarte a mi tío de esa manera, porque te juro que te lanzo desde el balcón de este piso. De ti quedará solo papilla y te tendrán que recoger con cuchara. ¡¿Me has entendido?! —sus últimas palabras fueron dichas zarandeándome, y un brillo verdoso relampaguea en sus ojos.

—Lo siento, no me pude contener, pero sé que no estuvo bien.

Cameron me suelta y me señala con el dedo índice.

—Me caíste bien desde que te conocí, no suelo ser así de fácil con los desconocidos. No hagas que me arrepienta.

Asiento. Su mirada verdosa se ve realmente peligrosa, y no quiero enemistarme con Cameron; él me cae muy bien y no quiero

tenerlo de enemigo.

—No te he dicho lo peor —cierro mis ojos, estoy avergonzado.

—¿Pero es que hay más? —el colmo lo invade.

—Creo que la discusión provocó que tu tío Joseph tuviese un infarto.

La expresión de Cameron pasa del horror a la rabia intensa. Temo por mi integridad en estos momentos; es probable que cumpla su promesa de lanzarme por el balcón.

—Eres un maldito desgraciado, Gabriel —no puedo objetar nada, tal cual me siento.

Cameron coge su móvil y lo desbloquea.

—Llamar a Tory Evans.

Tory, maldita sea, si el desgraciado se muere, Tory no me lo va a perdonar nunca. Me ha costado muchísimo acercarme a ella. Si le pasa algo a Joseph… ¡Joder!

—¿Tory?… ¿Trizia? ¿Qué haces con el móvil de Tory?… dime qué ha pasado —Cameron escucha con atención a Trizia, y mientras lo hace parece que su cólera va en aumento teniendo en cuenta la forma como me mira—. Gracias, Trizia… Vale, ya voy para allá.

Cameron guarda su móvil mientras se acerca lentamente a mí.

—Te pedí que no lastimaras a mi hermana. Lastimar a tío Joseph es lastimarla a ella. Lo adora, ¿lo entiendes, imbécil? Ella adora a tío Joseph.

—Lo sé, lo siento —estoy en jaque mate. En este momento soy el malo de la película, el villano. ¿Cuándo dejó de serlo Dorian para serlo yo? No me gusta el papel que me está tocando en estos momentos.

—No, imbécil, no lo sabes. Golpeaste a mi tío Joseph delante de Tory, y ella también estaba allí cuando le provocaste el infarto. Eres un egoísta, no pensaste en las consecuencias de tus actos. Pensé que mi hermana en verdad te importaba.

—¡Me importa! —soy rotundo con mi respuesta.

Cameron me mira con determinación.

—Si mi hermana te interesa, tendrás que aceptar a mi tío Joseph; de lo contrario, aléjate de ella, o sino yo mismo te aparto. Ora, reza, Gabriel, pídele al Dios de tu predilección que tío Joseph no muera, porque si lo hace, Tory jamás te perdonará que le hayas matado a su segundo padre.

La sensación de un golpe cae sobre mis entrañas. No, no puede morir.

Cameron prácticamente coge carrera para salir del ático.

—Te acompaño —asevero, ajustando mi paso al suyo.

—Si vas a ir allá a armar camorra, es mejor que…

—No, Cameron. Tengo que hacer frente a las consecuencias de mis actos. Prometo comportarme.

Cameron asiente de mal humor mientras salimos con rumbo al hospital.

***

Cameron y yo los hemos encontrado en una sala de espera de urgencias, pero esta sala es privada; solo se encuentra en ella la familia Morris. Hay sofás y sillas cómodas, y algunos de ellos parecen sofás cama.

No estoy muy seguro de qué hago aquí, pero he caído en la cuenta de que mis acciones egoístas no solo han lastimado a Tory, los ha lastimado a todos, incluso a mi madre, a la cual encuentro llorando silenciosamente agarrada del brazo de Dominic. Maldición, Dominic.

Empiezo a acercarme a él, pero soy interrumpido por una sombra veloz que se acerca a mí por mi costado derecho. Logro esquivar lo que parece ser, otro derechazo.

—Maldito bastardo, ¿quieres matar a mi padre porque ya te heredó? —Dorian se viene sobre mí nuevamente, pero Cameron me ayuda a contenerlo. Parece un toro enfurecido.

—¡Dorian! —Cameron llama su atención—. Cálmate, estamos en un hospital. Cuando salgan de aquí, pueden ir a golpearse todo lo que quieran en un ring de boxeo. Pero… si te sirve de consuelo, déjame decirte que yo ya lo golpeé. ¿Ves la hinchazón de su mejilla izquierda? —pregunta, muy pagado de sí mismo—. Fui yo —termina de hablar con su siempre sonrisa socarrona.

—Tú y yo —gesticula Dorian con ojos desorbitados y tan suave que por poco me pierdo sus palabras—, no hemos acabado. ¿Lo tienes?

—Lo tengo, cuando quieras —lo enfrento. Nos miramos como si fuésemos dos luchadores de ligas superiores.

Dorian se retira sin dejar de mirarme con desprecio, sentándose nuevamente al lado de Trizia. Joder, Trizia. Sus ojos negros, misteriosos y rasgados me están taladrando. He complicado todo.

Dominic se acerca a mí; pese a su tapabocas, puedo ver su aflicción. Cierro mis ojos en cuanto me alcanza.

—Lo siento, no era mi intención. Solo me salí de la madre cuando…

—Livi me contó todo lo sucedido —Dominic levanta su mano derecha y la pone en mi hombro—. No puedes seguir así, Gabriel. Debes perdonar a nuestro padre, de lo contrario, situaciones como esta se seguirán presentando, y esto no le hace bien a la familia. Mira cómo estamos todos.

Escudriño la sala buscando a Tory.

—¿Y, Tory…? —pregunto con temor.

—Tuvo un ataque espantoso, repetía una y otra vez que la muerte no se llevaría a nadie más de su lado. Casi no podemos ingresar a nuestro padre, ella prácticamente estaba anclada a la camilla. En este momento duerme en una habitación; tuvieron que sedarla.

Me paso las manos por el cabello y rostro. Soy un completo imbécil y un egoísta sin parangón. ¿Cómo no pensé que esto podía llegar a afectarla? Claaaaro, solo pensaba en mí y en mi dolor, mi odio, mi resentimiento y todos los «mí» que hacen parte de una persona egocéntrica como yo.

—Estoy perdido, Dominic, no sé cómo voy a hacerlo. Lo que siento por tu padre en mi interior es más grande que yo.

Dominic suaviza su mirada llenándola de cariño.

—El perdón no es un sentimiento, es una decisión.

—¿Cómo? —No puede ser así de sencillo.

—Decides perdonar, y ya está. Eso es todo. Cada día das un paso para llevarte mejor con nuestro padre, cada día te pones metas. Es un trabajo del día a día —me pierdo en la infinita bondad de los ojos de Dominic. Siempre están tan llenos de amor, de amistad, de entrega. Cada vez que lo veo y paso tiempo con él, la culpa por lo que siento por Tory arremete despiadadamente sobre mí—. Hermano, hagamos un ejercicio: haz una lista, escribe los pros y los contras a los que te enfrentarás al tomar la decisión de perdonar. Si haces este comparativo, te darás cuenta de todo lo que ganarás si perdonas; y también de todo lo que perderás si no lo haces.

Este es Dominic, el hombre con el corazón más bueno y noble que he conocido en el mundo mundial.

Él respira profundo y se tambalea un poco; está cansado.

—Ven, sentémonos —le digo mientras nos aproximamos a un mueble apartado y le ayudo a sentarse—. ¿Qué han dicho los médicos?

—Aún estamos esperando.

El remordimiento por todo lo que está pasando me atraviesa como una lanza en pleno pecho. Tengo que hablar con mi madre y pedirle perdón, la traté de mujerzuela. Dios mío, debí estar poseído. Sí, poseído por el odio. Nunca había tratado a mi madre de esa manera, ni siquiera cuando estaba desbordado por las drogas y el alcohol.

También debo disculparme con Tory. Ella me vio siendo un bellaco con mi madre y me vio golpeando a Joseph Morris. El problema aquí, es que ella no me vio golpeando a su tío; no, ella me vio golpeando a mi «padre». ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Algo se revuelve dentro de mí al pensar y al catalogar a Joseph Morris como mi padre. Tal vez si me lo repito muchas veces, logre acostumbrarme a que se me revuelva constantemente el estómago y, con suerte, al final, termine acostumbrándome y ya no sienta ningún tipo de malestar. Me parece casi imposible que llegue ese día, pero voy a tener que intentarlo, así muera vomitando hasta el alma en el proceso.

Dominic me pasa su iPad que la tenía uno de sus enfermeros.

—Haz la lista, si quieres te ayudo —No tengo ni cinco de ganas de hacer esto, pero no me puedo negar.

Hago mi lista de pros y contras de poder perdonar. Este ejercicio me tomó más tiempo del que debería. Pero al final, la lista de ventajas si decido perdonar, fue abrumadoramente larga. La conclusión contundente y evidente en mi análisis es que si NO arreglo las cosas con Joseph Morris, no solo mi vida, sino la de todos los que nos rodean se volverá un maldito infierno.

Dominic sigue a mi lado, respetando lo que estoy haciendo sin mirar y sin hablarme. Cuando ve que he terminado, sé que está sonriendo.

—Cada día debes dar un paso hacia tu recuperación, tal como lo hiciste cuando comenzaste tu tratamiento por adicciones.

—Siempre seré un adicto en recuperación. ¿Lo mismo me pasará con esto del perdón?

—Sí, lamento decirte que sí. Siempre los viejos odios, resentimientos, miedos, todo eso tratará de querer volver. Pero como te dije, es una decisión. Tú decides perdonar y luchas cada día para que eso sea una realidad en tu vida.

Respiro profundo y agarro mi cabeza mientras descanso los codos en mis rodillas. Trato de articular todo esto. Y, siento un deseo enorme de ponerme a orar mentalmente: «Dios mío, por favor, que Joseph Morris se encuentre bien y que no muera. Te prometo que si

lo salvas, yo pondré todo de mi parte para llevarnos bien. No sé si algún día podré verlo o llamarlo padre, pero sé que puedo mejorar nuestra relación. Dios mío, te lo ruego, escúchame. Cumpliré mi promesa»

Luego de mi anodina oración, analizo un momento lo que le he pedido a Dios y me doy cuenta de que sigo siendo un completo egoísta. He pedido esto por Tory, porque quiero que ella me perdone, la quiero conmigo, a mi lado. Si él muere, la perderé para siempre. Sí, sigo siendo un egoísta. ¡Joder! Hoy me he sentido y me he comportado como un carroñero.

El tiempo parece ralentizarse en los hospitales cuando esperas noticias. Está prácticamente amaneciendo cuando las puertas de la sala de espera de urgencias se abren, e ingresan un par de doctores.

Ha llegado la hora de la verdad.

Capítulo 16

Gabriel

Aún no me lo puedo creer. Me he salvado de la muerte en guillotina por los pelos; Joseph Morris no murió y se encuentra bien. Siento tanto alivio que casi podría afirmar que levito. Pero mi alivio no es por Joseph. Sí, ya lo sé, soy un cabronazo. Mi alivio es porque las personas que se han vuelto muy importantes para mí en tan solo unos cuantos días, como Tory, Cameron y Trizia, no me seguirán mirando como lo que realmente soy: «un bastardo desalmado».

—Afortunadamente para Joseph, el episodio que vivió fue un agudo ataque de ansiedad. Suele confundirse con un infarto debido a la similitud de algunos síntomas —explica el doctor Mitchell mientras todos a su alrededor le escuchamos atentamente.

—¿Por qué nos han tenido aquí sufriendo como condenados durante casi tres horas, si ya habían descubierto que no era un infarto? —cuestiona Cameron al doctor Mitchell.

—Antes de dar un diagnóstico final, teníamos que descartar un infarto, un preinfarto o cualquier otra situación grave en la salud de tu tío. Los antecedentes médicos de Joseph nos hacen ser muy

cuidadosos a la hora de realizar diagnósticos. Acabamos de hacerle un chequeo médico muy detallado, está bien y hoy mismo le vamos a dar de alta.

La mayoría suspira aliviada con las palabras del doctor.

—De todas maneras, como he venido insistiendo desde hace algunos años, considero que Joseph ya no debe continuar trabajando para Morris Enterprise. Su vida en general debe dar un vuelco completo; debe tener una vida sosegada y feliz —el doctor Mitchell nos observa a todos, pero su mirada se posa más elocuente en mi madre, en mí y en los gemelos—. Voy a ser sincero con ustedes.

—Por favor, doctor —lo anima mi madre.

—La mayoría de los presentes sabe que Joseph es mi amigo personal desde que éramos adolescentes, por lo cual estoy muy enterado de su vida personal. Sé que él está pasando por uno de los momentos más difíciles de su vida: la próxima intervención de Dominic, su delicada relación de padre e hijo con Dorian, el regreso de Olivia a su vida, los traumas de Tory y la llegada del hijo que nunca reconoció como suyo.

»Como ven, es necesario traerle calma y paz a Joseph; de lo contrario, ese ataque de ansiedad puede convertirse en un infarto

que podría tener un final funesto.

El silencio invade la sala de espera, y nuevamente nos miramos unos a otros.

—Como amigo personal de Joseph, y no como su doctor, les pido a todos, absolutamente a todos, que pongan de su parte.

Asentimos. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Parece que todos tenemos cola de paja con respecto a Joseph Morris.

—¿Mi hermana, doctor? —pregunta Cameron con una evidente preocupación por ella similar a la mía.

—Ya despertó, y para tranquilizarla fue la primera persona que llevé a ver a Joseph. Está con él en este momento.

—¿Podemos entrar a verlo? —pregunta Dorian. Tengo que admitir que el capullo se ve bastante preocupado por su padre.

—Pueden entrar por parejas a verlo. Sin embargo, me ha dicho que antes que nada quiere hablar con Gabriel a solas, si ese es el deseo de Gabriel —la mirada del doctor en mi persona es significativa.

—Esto es inconcebible, casi lo mata hace tan solo unas horas —se queja Dorian.

El doctor Mitchell se para frente a mí antes de hablarme.

—Como el doctor de Joseph te digo que si vas a entrar a verlo para importunarlo, mejor no lo hagas. Quiero que seas consciente de que un enfrentamiento con él en estos momentos podría ser fatal —su expresión de advertencia y profesional se transforma en un microsegundo a amistosa y cercana, fue tan rápida que me ha dejado un poco confuso—. Sin embargo, es mi deber como amigo de Joseph decirte que él se desvive por verte. ¿Qué dices, Gabriel?

—No le haré daño. Si él quiere verme, lo veré.

Dorian resopla enfurecido.

—Si le pasa algo a mi padre… —los ojos desorbitados y llenos de cólera de Dorian me taladran.

—No le pasará nada —intercede Dominic tratando de calmar los ánimos de Dorian—. Este es el momento de nuestro padre y de Gabriel. Sé que él hará lo que tiene que hacer. ¿Verdad, hermano? —debido al tapabocas no puedo ver su sonrisa, pero sé que está allí.

—Por supuesto, sé lo que tengo que hacer —asevero mostrando un convencimiento que estoy lejos de tener.

—Ven, acompáñame —me apremia el doctor mientras comenzamos nuestro camino por el pasillo hasta la habitación de Joseph Morris.

—Espérame un momento aquí—me dice el doctor Mitchell antes de ingresar a la habitación de Joseph—. No sé si Tory aún esté allí.

¡Carajo! No quería encontrarme con ella todavía; no estoy preparado. Quiero primero tratar de arreglar las cosas con el vejete antes de enfrentarme a ella.

La puerta se abre y una Tory completamente cansada y abatida sale de la habitación. Me observa y el dolor invade todo su rostro. Escucho un jadeo de dolor.

—Por favor, no lo vayas a lastimar más, por favor —me suplica. Trato de acercarme a ella, pero da un paso atrás—. Es como mi padre, ten compasión —vuelve a suplicar.

Sus hermosos ojos verdes melancólicos vuelven a mirarme, y un destello de odio se visualiza en ellos mientras yo maldigo para mis adentros.

Respiro profundo y me preparo para el juramento que le haré a la mujer que considero, desde hace algunos días, el amor de mi vida, y al paso que voy, seguramente también el final de mis días.

—Si alguien en este mundo podría lograr que yo me acercara a Joseph Morris como mi padre, esa eres tú, Tory —la miro con todo el amor que siento por ella, e imprimo en mi voz todo el

convencimiento del que soy capaz en estos momentos—. Te juro, te juro por lo más sagrado de este mundo y del venidero, que no haré absolutamente nada para dañar a Joseph Morris. E incluso si le tengo que llamar padre —mi voz se quiebra con ira—, para que estés tranquila, eso será lo que haré.

Sus grandes ojos verdes me escrutan con gran intensidad, para luego dar un paso acercándose a mí.

—Que me jures que no le harás daño me tranquiliza, pero me alegraría muchísimo más si todo lo que vas a hacer a partir de ahora con tío Joseph, lo pudieras hacer de corazón.

Cierro mis ojos, mordiéndome el labio inferior.

—Eso no puedo jurarlo, porque lo haré por ti. Solo por ti —ella se acerca y encierra mi rostro entre sus manos. Su olor, ternura y dulzura me alcanzan como un ramalazo. Casi siento caer encima de ella, me tambaleo un poco y cierro los ojos deleitándome en mi Pequeña Tory, en su toque, en su fragancia, en su presencia.

—¡Dios mío! —se queja Tory con una sonrisa triste y ojos cansados—. No sé qué voy a hacer con todo lo que me haces sentir, Gabriel. Esto que bulle dentro de mí por ti se me desparrama, no tengo control. Siento que se extiende fuera de mí con fuerza, y que en cualquier momento todos lo verán, no podré ocultarlo más.

Mis brazos irremediablemente la alcanzan y la pego a mi pecho. Sus palabras sobre lo que siente por mí me envuelven y me hacen sentir el bastardo más afortunado del mundo mundial. Nos abrazamos con fuerza, y aprovecho para aspirar su dulce aroma que invade no solo mis pulmones, sino todo lo que soy y lo que seguiré siendo por el resto de mis días.

El doctor Mitchell sale de la habitación y nos observa uno a uno algo sorprendido ¡Joder!

—Eeeehhh, ya puedes... entrar, Gabriel.

Él mira a Tory con los ojos entrecerrados y con un mar de dudas bailando en toda su expresión.

—¿Ya estás más tranquila, Tory? —le pregunta el doctor.

—Sí, doctor Mitchell, gracias.

—No olvides lo que te he dicho, Tory. Creo que es necesario que lo hagas.

No entiendo de qué hablan ella y el doctor, pero ahora debo ocuparme de lo que hay al otro lado de la puerta: Joseph Morris.

—Sí, doctor, lo voy a pensar —Tory emprende camino hacia la sala de espera, no sin antes regalarme una mirada llena de promesas que hacen temblar mi corazón.

—Yo estaré aquí afuera por si Joseph me necesita. Y, de verdad espero que no me necesite.

—Por mi parte no, doctor. Me comportaré. Se lo prometí a alguien a quien quiero mucho.

El doctor asiente, pero se ve algo preocupado, y no estoy seguro si lo está por mi próximo encuentro con Joseph, o por lo que seguramente pudo deducir del abrazo infinito en el que nos encontró a Tory y a mí.

***

En cuanto ingreso a la habitación, me doy cuenta de que él estaba esperando mi entrada. Está casi sentado en su cama de hospital, y sé que Tory muy seguramente lo peinó y le acomodó la bata.

Lo miro fijamente y le pido a «Dios» que me ayude a cumplir con todas mis promesas y juramentos, las que le hice a «ÉL» y a Tory. Esto es lo que debo hacer. «Sé hombre, Gabriel, compórtate como el macho alfa que presumes ser. Has superado el mundo de las adicciones, la pobreza y el hambre. Puedes con esto». Me arengo a mí mismo a tener cojones.

Me acerco a su cama y tomo una bocanada de aire. Ninguno de los dos nos quitamos los ojos de encima.

—Aunque no me lo crea, estoy contento de que se encuentre bien y de que pronto pueda volver a su hogar.

—Gracias, Gabriel —su voz se oye suave y calmosa.

Un silencio extraño y pesado nos envuelve.

—No sé qué decir —soy sincero con él, esa es mi verdad.

Él sonríe y esa sonrisa me recuerda a Dominic. En realidad, los gemelos se parecen mucho a su padre.

—No... —comienza a hablar, pero se detiene—... No quiero obligarte a nada, Gabriel. Yo lo he hecho todo mal desde el principio contigo, incluso cuando aún eras tan solo un embrión en el vientre de tu madre —su voz se escucha un poco afligida—. Y ahora, como el gran estúpido que soy, he intentado forzarte a aceptarme como tu padre. He intentado inducirte a que iniciemos una relación padre e hijo que no merezco, que no he ganado. En parte, tampoco sé qué decirte, porque no quiero volver a violentarte con mis peticiones.

—Le agradezco lo que acaba de decirme, porque no creo ser capaz de iniciar una relación con usted de padre e hijo. Pero puedo esforzarme por llevar una relación tranquila como conocidos. Tenemos una gran familia a nuestro alrededor que nos importa mucho a ambos, y por ellos, he llegado a la conclusión de que tengo que llevar esta fiesta en paz con usted.

Él parece meditar mis palabras por un momento.

—¿Ya te hiciste a la idea de que vas a trabajar en Morris Enterprise?

—Sí, señor Morris.

Frunce un poco el ceño.

—Llámame como te sientas más cómodo. Pero quiero que sepas que puedes llamarme Joseph, tío Joseph o pa... —no termina la frase y sus ojos ahora están en su regazo, se ve algo avergonzado.

—Por lo pronto, usted será el señor Morris para mí. Déjeme acostumbrarme a su presencia a mi alrededor y, luego veremos a dónde nos lleva esto.

Sonríe mientras su mirada viaja por todo mi rostro evidenciando un gran cariño, un cariño que antes de todos los acontecimientos de los últimos días no estaba allí. Me erizo un poco ante tanta muestra de afecto de alguien que negaba abiertamente que yo no era su hijo.

—Que estés a mi alrededor será suficiente para mí —sus ojos se humedecen un poco y un infinito anhelo y arrepentimiento invade toda su expresión.

—Okey —confirmo.

—Hay algo que quiero... preguntarte —se ve un poco intimidado, inseguro.

—Si puedo contestarle, claro que lo haré.

Él respira profundo varias veces y casi puedo adivinar lo que quiere saber.

—¿Puedo... seguir frecuentando a tu madre?

Cierro mis ojos antes de que él vea cómo me fastidia que quiera meterse nuevamente con mi madre.

—Si te ofende, no me acercaré a ella; pero quiero que sepas que la sigo amando.

Quiero gritarle que si la amó en aquel entonces, y si la siguió amando todos estos años, por qué no la buscó. Hace años es viudo. Hago un esfuerzo sobrehumano para no volver a gritarle todo lo que tengo guardado entre pecho y espalda contra él. Abro mis ojos y lo miro tratando de ocultar la molestia que esto me ocasiona.

—Mi madre es lo suficientemente mayor para decidir con quién quiere estar. Si el deseo de ella es estar a su lado, yo no me voy a oponer.

—Pero te molesta.

—No se lo puedo negar y no quiero ahondar en los motivos. Pero como ya le he dicho, ella sabrá qué hacer con su vida.

—Gracias, hi... Gabriel —noto el deseo enorme que tiene de llamarme hijo, pero agradezco que se esfuerce en no hacerlo.

Creo que él y yo, por lo menos por el momento, ya hemos terminado.

—Nos vemos, señor Morris, espero que termine de recuperarse.

—Nos vemos, Gabriel. Gracias por tus deseos —hay una gran tranquilidad en su mirada.

Doy por terminada esta primera reunión de mi nueva etapa con Joseph Morris, inclinando un poco mi rostro antes de salir de la habitación.

He salido con una victoria agridulce de esta tensa reunión con quien se negó durante veintiocho años a ser mi padre. «Dios de los cielos, dame la fortaleza para cumplir lo prometido». Esto va a estar más difícil de lo que pensé, e indiscutiblemente será el desafío más grande que llevaré a cabo desde que tengo memoria.

Capítulo 17

Es increíble que tres de los hombres más importantes de mi vida se encuentren hospitalizados. Afortunadamente, tío Joseph está próximo a ser dado de alta, pero Dominic y Gabriel deben comenzar hoy toda su preparación para el trasplante.

El doctor Mitchell ha sido muy cuidadoso en sus explicaciones respecto a todo lo relacionado con el trasplante de médula ósea, también llamado de células madre. El día que estuvimos reunidos con él, nos explicó las generalidades de la enfermedad de Dominic y su tratamiento. Pero hoy, hoy he estado a punto de colapsar cuando fue más explícito en su explicación.

Nos explicó a mi tío Joseph y a mí que Dominic debía recibir quimioterapia intensiva antes del trasplante. Incluso nos confesó que ya se le habían realizado tres sesiones de quimio, y que le quedaban pendientes otras tres antes del trasplante. Al ver que mi tío Joseph y yo protestábamos por la intensidad y lo mucho que estaba afectando el estado físico general de Dominic, afirmó que era necesaria esa intensidad para reducir la médula ósea defectuosa.

Igualmente, el doctor Mitchell manifestó estar muy enojado con Dominic porque no se ha cuidado como debería, exponiéndose demasiado a infecciones durante todo el proceso de su quimioterapia.

Ni Dominic ni el doctor Mitchell nos habían informado de estas benditas quimioterapias, y ahora comprendo por qué Dominic ha estado bastante alejado de nosotros y casi no lo hemos visto en los últimos días.

Por último, nos informó que el procedimiento para el trasplante de médula se realizaría en cinco días. Y que, debido al mal comportamiento de Dominic, a partir de hoy él sería obligado a quedarse hospitalizado para evitar que contraiga una infección que podría empeorar su estado de salud. El doctor Mitchell fue muy enfático en que Dominic, en este momento, no puede darse el lujo de retrasar su trasplante, ya que es urgente.

Por otra parte, Gabriel se encuentra en este momento en un procedimiento no invasivo donde lo están preparando para realizar la donación de médula en cinco días. Él está recibiendo por vía subcutánea unos agentes llamados «factores de crecimiento hemopoyético» con el objetivo de que las células madre

almacenadas dentro de su médula ósea afloren a su torrente sanguíneo.

Yo me encuentro con Dominic en su habitación. Está acostado en la cama del hospital y mi corazón se parte de dolor. Acaba de salir de su tercera quimioterapia y está muy pálido; tiene varios moretones visibles en sus brazos y su apariencia general es de extremo cansancio.

Al acariciar su cabeza, muchos de sus cabellos quedan en mis manos. Y, para acabar de completar su deteriorado estado de salud, no quiere comer. El enfermero que casi siempre está con él me ha dicho que tal vez sea por las llagas que tiene dentro de la boca. Me ha pedido que yo le insista con la alimentación. Siento tanto dolor por él, no sé cómo ayudarlo.

Una sonrisa en sus labios partidos por la resequedad, me hace mirarlo nuevamente a la cara. Tenía la mirada fija en mi mano y en los mechones de cabello que sostenía.

—Deja de mirarme así, Tory.

—¿Así? ¿Cómo te estoy mirando?

—Con lástima. Sabes que no me gusta.

—No lo hago, solo que te ves... no te ves muy bien —manifiesto con pesar.

—Lo sé —sigue sonriendo—. Pero estaré bien. ¿Cómo va Gael?

—Lo de él es ambulatorio y no es tan invasivo como lo que te hacen a ti. Ahora que termine, vendrá a verte.

Vuelvo a intentar con los alimentos que se niega a comer. Llevo la cuchara a su boca con algo que parece una compota de aspecto espantoso.

—Por favor, come algo —le insisto.

—Dame un rato, Tory. Tengo náuseas —me escruta con su mirada un buen rato, pensativo—. Quiero hablar contigo de algo importante.

¿Se habrá dado cuenta de lo que siento por Gabriel? Me muerdo el labio inferior, sabiendo que él no ve mi acción, ya que estoy con tapabocas, gorro, guantes y bata de hospital que me exigieron para poder entrar a verlo.

—Dime, cariño —contesto acariciando su rostro. Él pone su mano huesuda sobre la mía.

—Sabes que no le tengo miedo a la muerte.

—Lo sé —confirmo en un susurro.

—Llevo muchos años orando a Dios con fervor para que haga en mí el milagro de sanarme completamente, sin volver a recaer;

pero por algún motivo divino mi petición no ha sido concedida. Así que hice un trato con Dios.

—¿Cómo es posible algo así? —pregunto, confusa.

—Sí, es muy posible. Dios escucha nuestras oraciones y también responde, lo hace a través de las escrituras.

—¿Qué trato hicieron? —pregunto recelosa y sintiéndome muy ignorante con respecto a temas espirituales. Dominic regularmente sale con cosas de este tipo, diciendo que entiende a Dios y sus designios.

—Le he pedido que si no voy a quedar completamente sano con esta intervención, me lleve con él. No quiero seguir viviendo así.

Mis ojos se llenan de lágrimas.

—No, Dominic. No.

—Tory —él aprieta mis manos entre las suyas, que se encuentran extremadamente delgadas—. Siempre me ves sonriendo, optimista y feliz. Pero tengo momentos en que decaigo, en los cuales me derrumbo, soy humano. Solo Dios me ve en esos momentos de tanto dolor y vulnerabilidad, pero tengo esos momentos. Estoy cansado, muy muy cansado.

—Yo… estaré aquí para ti y...

—No, Tory. No sabes lo mal que me sienta verte aquí conmigo, verte perder los mejores días de tu juventud a mi lado. Eres una mujer joven, hermosa, llena de vida, y no puedo dejar de sentir que te arrastro conmigo a vivir a medias —niego con mi cabeza, dispuesta a refutar, no quiero que se sienta culpable de nada. Si hay alguien aquí culpable de algo, esa soy yo, soy una traidora—. Tu vida ha sido muy dura desde que eras una niña, has vivido momentos espantosos y catastróficos. No creas que no sé que por cada risa que dibujan tus labios, has derramado millones de lágrimas —su rostro se contrae de dolor, pero no es físico, es del alma—. Por eso me duele, me duele mucho que yo siga contribuyendo a tu dolor y tristeza, debería ser al contrario. Debería estarte llenando de momentos felices y miles de risas.

—No me gusta la forma en que estás hablando hoy. Te quiero mucho y tú me haces muy feliz —asevero, porque es verdad. Dominic es la persona más hermosa y buena que he conocido en mi vida.

—Cuando te veo llorar, cuando sé que estás afligida por mi causa, me siento un egoísta por no mandarte lejos de mi lado.

—Así lo hicieras, yo volvería.

Dominic respira profundo.

—Te amo, Tory.

Siempre le he respondido que yo también, pero en este momento, siento que no puedo contestarle lo mismo.

—Dominic… ¿Qué es lo que pasa? Nunca te he escuchado hablar de manera tan derrotista.

—No estoy siendo derrotista. Simplemente, o me sano para vivir una vida plena en esta tierra, o muero y «ÉL» me lleva a su lado. Se lo he pedido con lloro y ruego.

Sus palabras me lastiman, estoy a punto de ponerme a llorar.

—Dios mío, pero…

En ese momento ingresa Gabriel a la habitación vestido igual que yo para poder estar con Dominic. Observa a su hermano en la cama y sé que le está correspondiendo con una sonrisa triste a Dominic. Sé lo que ve, lo mismo que yo: Dominic se está deteriorando con la quimio. Luego, los ojos de Gabriel se encuentran con los míos y él frunce un poco el ceño.

—Tory… ¿Qué sucede? ¿Algo va mal con Dominic?

—No —contesta Dominic por mí—, solo está triste.

—Le ha pedido a Dios que lo sane completamente, y que si no es así, se lo lleve.

Gabriel se acerca al otro lado de la cama de Dominic, por lo cual cada uno de nosotros estamos cogiendo una de sus manos.

—Pero, ¿qué peticiones son esas? No queremos perderte.

—Ahora soy yo quien les pide que no sean egoístas conmigo. Es mi vida o mi muerte, y solo yo, y obviamente Dios, definimos sobre este asunto. No quiero seguir viviendo como lo he hecho hasta ahora. No recuerdo haber estado saludable ni siquiera una semana entera de mi vida —Dominic mira fijamente a Gabriel—. Dime Gael, ¿en mi posición no estarías pidiendo lo mismo?

Gabriel parece querer rebatir, pero cierra los ojos y expulsa todo el aire de sus pulmones con un medio gruñido, dando a entender con esto, sin contestar, que también querría vivir pleno o morir.

Dominic nos mira a ambos y luego sonríe feliz.

—Los amo, mucho, muchísimo a los dos —aprieta nuestras manos, luego pone la mía encima de su corazón para luego coger la de Gabriel y ponerla encima de la mía.

Trato de disimular el jadeo de placer, de comodidad, de electricidad que el contacto de Gabriel produce en mí. La manzana de Adán de Gabriel se mueve y respira profundo, pero no me mira. Nuestra química algún día nos va a delatar.

Dominic pone sus dos manos encima de las nuestras.

—Quiero pedirles a ambos algo importante.

Gabriel y yo nos miramos fugazmente.

—Gael, si yo muero…

—No será así. En esta ocasión sanarás completamente porque yo te estoy entregando parte de mí con todo mi amor.

—Si yo muero —insiste Dominic—, si me voy al cielo —sonríe y se ve muy feliz—. Prométeme que te quedarás, que seguirás siendo un Morris de pies a cabeza, y que harás hasta lo imposible por llevarte bien con nuestro padre. Promételo.

—Estás siendo un chantajista de miedo, Dominic —le contesta Gabriel y unas arruguitas en la esquina de sus ojos delatan que está sonriendo—. Lo haré, lo prometo, además… estoy seguro de que tú lo verás.

—No importa lo que pase conmigo, sé que lo veré —asevera sin ningún margen de duda Dominic.

—Tory —me mira a mí con fijeza—, en caso de que yo parta al viaje eterno, prométeme que te recuperarás y vivirás, prométeme que no te negarás a encontrar el amor, y a vivirlo de manera intensa, profunda y pasional.

—No vas a morir —le digo gimoteando.

—Pero ¡qué tercos! —nos sermonea Dominic sonriendo—. Promételo, Tory.

Dos lágrimas resbalan por mis mejillas.

—Lo prometo —la voz se me quiebra por lo que él no sabe, que ese gran amor ya llegó a mi vida.

Dominic respira con dificultad y se inclina un poco.

—¡Dominic! —exclamamos preocupados Gabriel y yo al unísono.

El enfermero inseparable de Dominic le pone una riñonera bajo la boca mientras yo me hago a un lado.

—Tory, sal de aquí —dice Dominic entre estertores y arcadas.

—¡No! —contesto llorando.

—Por favor —dice dolido—. No quiero que me veas así.

Gabriel y yo nos miramos, su rostro es una marea de dolor. Ver así a Dominic nos duele muchísimo a ambos.

Salgo de la habitación para que se calme, a Dominic no le gusta que yo lo vea en momentos de tanta debilidad y vulnerabilidad. Con dificultad, debido a mi caminar irregular, llego a la silla más cercana a la puerta de la habitación, pero más que sentarme en ella, me tiro, me desparramo para luego estallar en llanto, en un llanto desbocado y desgarrador.

Hay tanto por qué llorar: por Dominic, por Gabriel, por mí, por esta horrible situación y la encrucijada en la que nos encontramos los tres y, sobre todo, por lo injusta que es la vida con alguien tan bueno y leal como Dominic. Y lo que ha dicho Dominic ¡Dios mío! Estoy devastada, nunca lo había escuchado hablar de esa manera antes de una intervención médica, es como si supiera de alguna manera que de esta «no saldrá vivo».

***

Gabriel

—¿Quieres que yo también me retire?

—No —contesta Dominic después de un ataque de arcadas infinito que lo ha dejado completamente exhausto.

El enfermero que siempre acompaña a mi hermano como una sombra le suministra algunos medicamentos y lo acomoda nuevamente en la cama.

Dominic se resiste a ponerse el bendito tapabocas, por lo cual veo su sonrisa cansada de labios resecos y partidos.

—Lo siento.

—No seas tonto, ¿cómo me pides perdón por ponerte mal? No es tu culpa.

No soy capaz de preguntarle si se siente mejor, es obvio que lo está pasando muy mal. Dominic mira hacia la puerta por donde acaba de salir Tory.

—Yo… lo he hecho todo mal con ella. Nunca, nunca debí permitir que fuese mi novia.

Me muerdo la lengua para evitar que salga de mi boca lo que realmente pienso sobre su afirmación. Yo entiendo que la Pequeña Tory haya sido su luz, su sostén, su apoyo, pero teniendo en cuenta los traumas de Tory, ella nunca debió estar atada a alguien tan enfermo como mi hermano. No sé si este pensamiento va ligado a querer el bien y lo mejor para Tory, o si es mi eterno egoísmo queriendo justificar mis acciones porque estoy loco por ella.

—¡Ella te quiere! —arguyo, porque esa es una verdad que no puedo negar.

—Sí, lo sé, pero nunca he estado seguro de si lo que ella siente por mí es realmente amor, o si yo solo hago parte de un escape para neutralizar sus traumas —Dominic busca mi mirada antes de seguir hablando—. Cameron me dijo que te lo contó todo sobre Tory.

—Sí, pero creo que no es el momento para hablar de ello.

—Sobre sus traumas no, pero sí quiero hablar contigo de Tory.

Por un momento creo haber sido descubierto y me preparo para pedir perdón de rodillas.

—Yo la amo como hombre, aunque nunca se lo he podido demostrar… ¿me entiendes?

Es la conversación más incómoda que podría llegar a tener con Dominic, hablar de que él la desea como hombre…

¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

—Nunca he estado sexualmente con ella debido a todas las enfermedades y medicamentos que he consumido y porque, en lo que he aprendido de Dios, Él no aprobaría que yo me acostara con ella sin estar casados.

—No sé qué decirte —confieso, mirando hacia otro lado. Temo que él pueda adivinar la gran dificultad que tengo al oírlo hablar de esta manera sobre Tory.

—Que he sido un tonto, eso es lo que tienes que decirme —Dominic sonríe sin tener la menor idea de todo el caos que está ocasionando en mi interior con esta conversación—. Hoy me arrepiento de no haber estado con ella en los momentos en que físicamente me sentía bien; y que su cuerpo, hermosura y ternura me pusieron a mil.

Aprieto un poco mis dientes al escuchar a mi hermano confesando que se ha excitado con Tory ¡Que se la puso dura!

Tengo una multitud de sentimientos encontrados que no sé cómo gestionar delante de mi hermano, temo que él se dé cuenta de lo mucho que me afecta. Ella es técnicamente suya, y yo solo soy un mezquino usurpador que quiere arrebatársela.

¡Él no se lo merece!

Pero el macho alfa que llevo dentro, el gran amor que bulle y palpita dentro de mí por ella, el deseo ardiente y devastador que carcome mis entrañas por poseerla hasta el último rincón de su piel y de su alma, me hacen sentir unos celos atroces, a punto de querer aullar y gritar que «Tory es mía».

Soy un cabronazo, ella es su novia y yo la quiero para mí, única y exclusivamente para mí. Él me sonríe un poco, totalmente ajeno a los horribles derroteros de mis mezquinos pensamientos.

—Tory y yo nunca lo hemos hecho —habla en voz baja y parece reflexionar sobre sus propias palabras—. Jamás hemos hablado de esto, ¿verdad?

—No, jamás, ni siquiera sabía que eras… virgen.

Nunca quise pensar en la vida sexual de Dominic y Tory, no me he sentido con derecho de pensar en ello y, mucho menos, de

preguntárselo a Tory. Así que es muy probable que ella también sea virgen. ¡Joder!

Ambos nos sonreímos un poco.

—Si esto termina con mi partida al cielo, le he pedido a Cameron y Trizia que apoyen mucho a Tory, y en este momento te lo pido a ti también. He notado que se han vuelto muy buenos amigos.

Dominic me sonríe con cariño, y puedo percibir cómo el amor que él siente por mí se extiende y me alcanza. Hoy voy a salir de esta habitación aplastado por tonelada y media de toda la mierda que me está cayendo encima. Soy la persona más despreciable y rastrera del mundo mundial.

—Sí, hemos congeniado muy bien, en realidad he congeniado muy bien con todos... bueno, excepto con Dorian.

Dominic se carcajea, me relajo un poco y me alegra muchísimo verlo reír de esta manera.

—Eso era de esperar —luego su sonrisa se apaga—. Ojalá Dorian me permita hablar con él. Le he pedido que venga, pero aún no lo ha hecho.

—Es muy probable que no lo haga, hazte a la idea —le confieso.

Dominic se queda en silencio por un buen rato, sus ojos se abren y cierran lentamente y con vestigios de cansancio; inicialmente pensé que se estaba quedando dormido, pero al oírlo hablar nuevamente, me doy cuenta de que estaba pensando en cómo decirme algo importante.

—Gael, hay una tercera posibilidad con respecto a mi intervención que no quise hablar en frente de Tory.

—¿Una tercera? Vivir o morir, ¿qué puede haber en el medio? —un escalofrío me recorre—. ¿Un coma?

—No, yo quiero morir dignamente. Tengo instrucciones detalladas donde manifiesto que no es mi deseo ser reanimado, ni vegetar en coma.

—No puedes estar hablando en serio —protesto, estoy muy seguro de que mi hermano tiene delirios prequirúrgicos—. Entiendo lo de no querer vivir una vida artificial pegado a una máquina y sin conciencia, pero la reanimación… la reanimación podría salvarte la vida.

—No voy a discutir este tema contigo, lo siento Gael —y como si no hubiese dicho nada anormal, continúa con sus maquiavélicos planes—. Con la tercera posibilidad me refiero a que salga con vida de la intervención, pero que no me recupere completamente, que

continúe con el bucle de enfermedades que me han acompañado toda la vida.

¡Maldita sea! Tory y yo hemos dado por hecho que Dominic saldrá vivo y sanará para llevar una vida plena. Hemos estado tan enfrascados en nuestra propia burbuja que no hemos visto la posibilidad de que Dominic no se recupere por completo.

—En ese caso —ratifico—, continuaremos con todo lo que diga la medicina para que puedas restablecerte completamente.

—No, Gael, haré lo que había decidido antes de que tú llegaras. Lo dejaré estar.

—Tú firmaste que si yo me quedaba y aceptaba todas tus macabras peticiones, te harías el tratamiento.

—Y eso haré, me haré el trasplante; pero lo que firmé en los acuerdos contigo y papá no me obliga a nada más.

—¡Qué retorcido me has salido, hermano! —no sé si reír o llorar por lo astuto de Dominic al hacernos firmar a Joseph y a mí, y él librarse de más compromisos con nosotros—. No puedes hacernos esto.

—Quiero que me entiendas, son demasiados años enfermo. No voy a luchar más, quiero que me permitan descansar.

—No lo acepto, no he venido a Nueva York a verte morir sin por lo menos luchar.

—Ya he luchado todo lo que tenía que luchar. Este trasplante de médula ósea que vamos a hacer juntos, será mi última batalla.

—No me hagas esto —me quejo en voz baja y completamente desorientado. No sé qué argumentar para que cambie de opinión.

—No me lo hagas tú a mí. Es mi decisión, Gael, y la tienes que respetar. Si no sano completamente y Dios, por alguna razón, me deja vivo, me marcharé con papá.

—¿Qué? ¿Marcharte? ¿A dónde? ¿Joseph aceptó?

—Me costó mucho trabajo convencer a papá, pero llegamos a ese acuerdo. Si no sano completamente, nuestro padre se irá conmigo a Europa. Quiero conocer algunos lugares de nuestro hermoso planeta antes de partir a mi último viaje, el que haré con mi Padre Celestial.

—Yo podría ir contigo —le digo sincero. Yo amo a Dominic. El hecho de que me haya enamorado de Tory no tiene nada que ver con el amor que siento por mi hermano.

—No, te haría lo mismo que le he hecho a Tory y a Dorian todos estos años, y ya no lo voy a hacer más.

—¡No me jodas, Dominic! No me dejes fuera —le suplico con voz trémula al final.

—No lo estoy haciendo, estoy compartiendo contigo lo que haré.

Nos cogemos de las manos y nos miramos profundamente a los ojos. ¡Dios mío! Qué avalancha de sentimientos encontrados y emociones desbordantes estoy viviendo en los últimos días. Jamás pensé que su petición de venir a verlo a Nueva York fuera a sacudir hasta los cimientos más recónditos de toda mi existencia.

—¿Y Tory? —no puedo dejar de hacer esta pregunta.

—Si Dios llena mi vida de salud y puedo estar absolutamente seguro de que no volveré a recaer en enfermedades, le pediré que se case conmigo, que sea mi.

Siento que el piso se mueve debajo de mis pies. Si Tory se entera de esto, no sé cuál sería su reacción. Y no estar seguro de ella me genera muchísima ansiedad.

—Si muero, ya le dije a Tory lo que quiero que haga. Y si me tengo que ir de viaje con papá por seguir enfermo… hablaré con ella y la dejaré libre. Sé que ella tratará de resistirse, pero mi decisión en ese caso será inamovible —la mirada de Dominic es determinada—.

La amo lo suficiente para dejarla libre, para que ella encuentre a alguien que la ame y la adore como se merece.

Respiro profundo y suelto el aire despacio, es demasiada información.

—Todo esto, Dominic, es una locura —me inclino un poco y bajo mi tapabocas lo suficiente para poder besar su frente sudorosa —. Está bien, Dominic, si eso es lo que quieres, trataré de cumplir con todos tus deseos.

—No le cuentes a Tory absolutamente nada de lo que hemos hablado después de que ella salió, esto debe quedar entre los dos, ¿de acuerdo? —asiento sin poder hablar, aún estoy perplejo—. El doctor me ha dicho que mi cuerpo tardará de seis meses a un año en recuperar su sistema inmunológico. Dependiendo de ese resultado, yo hablaré con ella, ya sea para pedirle que se case conmigo o para darle un definitivo adiós.

—Okey, Dominic.

No puedo quedarme más tiempo; si lo hago, Dominic sabrá que algo me pasa y no sabré qué decirle. Así que me despido de él regalándole otro beso en la frente y salgo de la habitación. Solo he podido dar dos pasos antes de poner mi espalda contra la pared; si no lo hago, me desplomaré.

Si Tory se entera, si Tory llega a saber, si tan solo lo llega a medio intuir, que Dominic piensa pedirle que se case con él si se recupera, no sé cuál vaya a ser su reacción.

Nunca he querido ahondar mucho sobre la intensidad de lo que ella siente por Dominic y lo que siente por mí. A veces creo que solo lo quiere como a un hermano, pero en otras, cuando la veo sufrir tan intensamente por él, me lleno de dudas y temores con respecto a la realidad de los sentimientos que Tory alberga en su corazón por Dominic. Por ende, no puedo dejar de cuestionarme qué sería de mí, o qué haría yo, si logro confirmar que ella lo ama como hombre. Por lo tanto, tampoco sabría qué decisión tomaría ella si se llega a ver expuesta a una proposición de matrimonio de Dominic.

Llevo mis manos a la cabeza y masajeo un poco las raíces con los dedos, luego bajo mis manos hasta la nuca y tiro mi cabeza hacia atrás. Estoy muy tenso. Mi pobre cabeza, alma y espíritu no pueden con todo esto. Es demasiada información, demasiados sentimientos, demasiadas emociones, y todo parece estar revuelto y en movimiento constante. Hace muchos años que no me sentía tan abatido, descorazonado y envuelto en un mar de dudas como en este momento.

Siento el golpeteo de unos tacones que se aproximan rápidamente hacia mí. Mierda, es Tory. Se ha quitado toda esa indumentaria de hospital y, pese a la tristeza en su rostro, se ve hermosísima. Se para frente a mí, escudriñándome.

—¿Cómo sigue Dominic? —pregunta mientras pone sus manos en mi pecho acercándose más a mí.

—Se encuentra mejor, ya no tiene arcadas.

—¿De qué hablaron? Te demoraste mucho en salir —ella humedece sus labios y posa una de sus manos en mi mejilla.

Su proximidad me altera, me excita. Me conforta y al mismo tiempo me sacude. Todo dentro de mí la reclama como mía, mientras que todo lo hablado con Dominic hace tan solo un momento, vuelve a mi mente en ráfagas. No hay vuelta de hoja, enloqueceré.

—Dominic… yo… ¡Mierda! —la conexión entre mi cabeza, mente y boca no está en capacidad de hilar nada en este momento.

—¿Qué ocurre? —cuestiona Tory, preocupada.

Suena mi móvil y, al ver que es un número privado, sé que debo contestar. Podría ser mi hermana Camila; no sé nada de ella desde hace más de una semana.

—Lo siento, Tory, debo contestar. Creo que es mi hermana.

—Dale, tranquilo.

—¿Camila? —pregunto, muy esperanzado.

—Qué delicia oírte, Gael. Sí, soy yo.

—Haz el favor de decirme por qué demonios no me has llamado antes. No sabía a dónde llamarte y nuestra madre no deja de darme la lata por tu culpa.

Un silencio nada agradable se oye al otro lado de la línea.

—¿Camila?

—Lo siento, hermano, tengo mucho que contarte, pero lo más grave y antes que nada… es que no podré volver a verlos, ni a ti ni a nuestra madre.

Alguien allá arriba se está tomando el trabajo de volver mi vida un completo infierno.

Capítulo 18

Gabriel y yo vamos en camino a la Morris Tower en el Bentley de Cameron. Desde que recibió la llamada de su hermana Camila (a la cual llamó varias veces «Cam» de manera cariñosa) ha quedado en silencio y completamente abstraído. Su mirada parece extraviada y sus ojos muy acuosos; la expresión que domina su semblante es de sufrimiento y fatalidad. Mi corazón y mi alma sufren con él.

Se alejó para hablar con ella, y su conversación fue relativamente corta, así que no tengo idea de qué le habrá dicho Camila en tan poco tiempo para dejarlo tan decaído. Gabriel siempre ha sido muy ambiguo en todo lo referente a su hermana. Lo único que sé es que, antes de recibir su llamada, ya tenía una expresión tortuosa y sufrida, y, posterior a ella, parece que fue la gota que rebosó la copa, ya que se ve claramente devastado.

No sé qué hacer para ayudarlo. No me atrevo a preguntarle nada porque, además de lo que perciben mis ojos, su cuerpo está en tensión extrema. Lo percibo en el apretón de su mano contra la mía, con mucha más fuerza de lo normal.

—Estoy aquí, si quieres que hablemos de algo —me atrevo a susurrarle.

Mis palabras parecen haberlo sacado de donde se encontraba. Me mira con una cristalina tristeza tan profunda, que me traspasa.

—Ya tienes suficiente con lo que te pasa a ti.

—Pero tú eres muy importante para mí —me acerco un poco y él hace lo mismo. Nuestras frentes se apoyan una contra la otra y un gemido sale de su garganta; está haciendo un esfuerzo sobrehumano para no llorar.

—Es todo… son demasiadas calamidades al mismo tiempo. El mundo se me vino encima y me está lloviendo sobre mojado. En mi vida comenzó a llover y no quiere escampar, al contrario, parece que todo empeora y que el aguacero torrencial se está convirtiendo en un destructivo huracán.

—Dominic te diría que después de la tempestad…

—Vendrá la calma… —me completa con una opaca sonrisa—. Necesito que esa calma llegue pronto a mi vida; de lo contrario, voy a explotar y será imposible recoger todas las piezas de lo que soy y quién soy.

—Desahógate, habla conmigo, dime —cojo su cara entre mis manos y poso mis labios suavemente sobre los suyos con mucho

amor.

Gabriel cierra los ojos y un jadeo de dolor sale de entre sus labios.

—Como ya te dije, es todo —suspira profundamente y comienza a hablar con voz dolida—. Llegar aquí y encontrar a Dominic tan enfermo, para luego él tenderme una trampa y obligarme a olvidarme de quién soy para convertirme en lo que juré que jamás sería: «un Morris». Luego, están todos mis enfrentamientos con Joseph Morris, cada uno peor que el anterior. Como tú muy bien sabes, mi último encuentro con él fue la hecatombe: encontrarlo en la cama con mi madre casi nos lleva a terminar aquel día en una tragedia.

»Después, está lo que siento por ti, Tory —me coge de los bíceps y me sacude un poco mientras aprieta los dientes y sus ojos marrones parecen dos llamaradas—. Te amo con locura y desesperación, jamás he sentido algo así por ninguna mujer, y eso me está carcomiendo por dentro por infinidad de razones muy contradictorias. Te amo no solo con mi corazón; mi cuerpo te llama, te anhela, te reclama. Sueño con hacerte el amor como un loco trastornado.

Pego mis labios a los suyos y Gabriel parece dar rienda suelta a su desesperación; sus labios se apoderan de los míos en un beso violento, agresivo y ardoroso. Yo me dejo llevar porque también lo necesito y tengo que admitir que también lo deseo. Me duele, me duele mucho verlo sufrir de esta manera.

Sus labios continúan sometiéndome hasta que su lengua se aposenta dentro de mi boca y la mía la recibe con la misma violencia, posesividad y entrega. El beso agresivo y desesperado es acompañado por nuestras manos; nuestros cuerpos se buscan, se juntan y se acomodan, encajando de alguna manera para poder tocarse a placer y sin demoras.

Sus dientes muerden mi labio inferior con ardor, seguido de su lengua que sale a lamer suavemente buscando calmar el ardor que dejaron sus mordiscos. Abrimos los ojos y nos miramos por unos segundos con anhelo, amor y pasión, mientras nuestra respiración es jadeante y desesperada.

Su voz ronca y agitada me hace estremecer.

—No solo mi amor y deseo por ti carcomen mi alma. También lo hace el sentimiento de traición por desear a la novia de mi hermano —una lágrima se desborda por su mejilla derecha mientras me abraza apretadamente contra él—. Me siento tan mezquino, Tory,

tan vil y bajo. Pudiendo tener a cualquier mujer sobre la tierra, vengo y me enamoro precisamente de la que no debo, de la única mujer que tiene mi hermano. Hay momentos en que esto me sobrepasa, que no sé cómo gestionarlo dentro de mí para que no me lacere el alma, para que mi corazón no sangre y me robe el aliento.

—Cálmate, Gabriel —susurro en su oído con voz contenida. Todo es tan doloroso entre nosotros.

—Querías saber lo que me pasa, y aún no he terminado. Además de todo lo que te he dicho antes, está la intervención de Dominic, la cual, en realidad, no sabemos qué va a pasar. No sabemos si Dominic sobrevivirá. Ni siquiera sé si alcancemos a contarle lo que está sucediendo entre nosotros.

—No digas eso, él va a estar bien —dentro de mí no cabe la posibilidad de que Dominic no sobreviva; no soy capaz ni siquiera de pensar en ello por el trastorno emocional que ocasiona dentro de mí.

Él me aparta un poco para mirarme fijamente a los ojos.

—No lo sabemos, Tory. Hemos sido muy optimistas.

No quiero pensar en ello, eso me pondría mal y Gabriel necesita de mí en este momento. Él se lleva las manos a la cara restregándose el rostro para luego dejarlas caer en sus muslos.

—Y para completar la guinda del macabro pastel, está mi hermana —un gemido de dolor sale de entre sus labios y aprieta los ojos—. Tengo que ir a decirle a mi madre que un innombrable se robó a su hija, y es literal, se la robó. ¡Maldito! —empieza a gritar sin control—. ¡Maldigo el día que ese desgraciado hombre se tropezó con mi hermana! ¡Maldito y mil veces maldito Zavier Blanch! Voy a perder a mi hermana por esa animalada de hombre que apareció en su vida y le robó el alma, el corazón y de paso también la razón. Te lo juro, Tory, la dejó descerebrada.

Gabriel me abraza y esconde su rostro en mi cuello mientras se sacude con fuerza.

—Tranquilo, Gabriel, tranquilo. Aquí estoy, contigo —acaricio su espalda y los rizos suaves de su cabello, mientras él sigue con su rostro en mi cuello y siento la humedad que comienza a depositarse allí.

Lo muevo suavemente hasta que pongo su cabeza en mi regazo y él entierra su rostro en mis piernas, se sacude con gemidos contenidos y yo empiezo a llorar con él y por él. Está sufriendo, mucho, muchísimo; su vida es un completo caos en este momento.

—Logan, por favor, apresúrate —apremio al chofer—. Necesitamos llegar con urgencia a la Morris Tower.

Logan asiente y acelera, alcanzando una velocidad no permitida para ser mediodía en el horrible tráfico de Manhattan.

Gabriel logra calmarse un poco antes de llegar a la Morris Tower. Nos metemos estrechamente abrazados en el ascensor hacia mi piso en busca de su madre. Dios mío, les esperan momentos muy amargos y difíciles a ambos.

Antes de llegar a mi piso, nos separamos mientras Gabriel respira profundamente y bota aire por la boca varias veces, acomodándose el cabello y limpiándose el rostro. Yo le ayudo a arreglar su camisa y su chaqueta de cuero. Luego, nos fundimos nuevamente en un abrazo apretado, buscando que no quede ningún espacio entre nosotros.

—Lo siento, Pequeña, no suelo ser tan dramático.

—No me pidas perdón por algo así, Gabriel. Tú ya has compartido conmigo algunos de mis momentos más oscuros, me gusta saber que puedo apoyarte en los tuyos.

Nos miramos y nos sonreímos con ese tipo de sonrisa que jamás llega a los ojos. Me pregunto si llegará el día en que podamos sonreírnos con alegría y sin ninguna nube de oscuridad y tormenta cerniéndose sobre nosotros.

Llegamos a mi piso y Trizia nos recibe con una sonrisa que se le congela al ver nuestras fachas.

—Madre mía, parece como si un tractor les hubiese pasado por encima. No me digan que Dominic murió —pregunta aterrorizada y a bocajarro, y ambos la fulminamos con la mirada.

—¡No! —respondemos ambos de malhumor.

—¿Entonces por qué traen esa cara de velorio? —nos cuestiona Trizia.

—¿Dónde está mi madre? —Gabriel no está de humor para contestar la inquisición de mi amiga.

Trizia me observa antes de contestarle a Gabriel, está tratando de adivinar qué demonios nos pasa a ambos.

—Está en el salón de *ballet* de Tory, y no está sola —dice con picardía en sus últimas palabras—, está con «tu padre».

—¡Trizia! —mi tono es de advertencia; está tensando demasiado una cuerda que ella no sabe que está a punto de reventar.

—¡¿Qué?! Es su papi y lo tiene que superar.

Me ha extrañado que Gabriel no proteste, se ve tan exhausto, cansado.

—Gracias, Trizia —le contesta Gabriel, para luego mirarme a mí —. ¿Me llevas? No conozco este apartamento.

—Claro, ven conmigo.

Nos aproximamos a mi salón de ballet y escuchamos una música suave y... risas. Jesús, son las risas de tío Joseph y Livi.

Ambos nos detenemos, no queremos volver a ver lo que ya vimos.

—¿Será que…? —pregunta Gabriel sin terminar, pero no se ve enojado.

—No lo creo, tío Joseph me prometió que aquí no volvería a pasar.

—Eso quiere decir que sigue pasando —reflexiona Gabriel arrugando la frente—, pero no aquí. ¿Entonces dónde?

Me muerdo el labio inferior.

—Me imagino que abajo, en el piso de mi tío.

Gabriel cierra los ojos con las manos en la cintura, proyectando la imagen de una persona en sus últimas fuerzas.

—Estoy agotado, Tory, ni siquiera tengo ganas de discutir.

Le sonrío.

—Eso es bueno, ¿no?

—No lo sé —confiesa, y continuamos caminando. La escena que nos recibe es… hermosa.

Mi tío Joseph y Livi bailan una canción suave que parece romántica y, que seguro es antigua porque jamás la había escuchado. Están muy pegados el uno al otro, mi tío tiene las manos alrededor de Livi apretándola contra él, mientras que Livi las tiene alrededor de su cuello. Hablan en voz baja y se ríen de lo que se dicen el uno al otro. Pero lo más hermoso es la mirada que se comparten mutuamente, están visiblemente enamorados.

Parecen perderse el uno en el otro y hay tanta adoración en los ojos de mi tío, la expresión general de Livi es de entrega, está subyugada por mi tío Joseph. Comienzan a darse un beso suave y delicado que, en unos pocos segundos, parece querer tomar otros derroteros.

—Madre —gesticula Gabriel con voz fuerte, pero no hay enojo en ella.

Livi y Joseph se separan de inmediato, ambos se ven un poco asustados, pero mi tío se recupera de inmediato.

—Gabriel —dice mi tío, mirando a su nuevo hijo con gran interés. Sé que mi tío quiere con desesperación que Gabriel lo acepte—, ¿cómo te fue en el hospital?

—Bien, conmigo todo salió bien, el que me preocupa es Dominic. Los efectos de las quimioterapias lo dejan muy exhausto.

—Sí, eso es cierto —confirma mi tío, evidentemente preocupado.

—Madre, tengo que hablar contigo sobre Camila.

—¿Por fin pudiste hablar con ella? —una nota de alivio se vislumbra en su voz.

—Sí —contesta con evidente cautela Gabriel.

—¿Ella está bien? —Livi parece percibir que algo no anda bien en las respuestas de Gabriel.

—Está bien, pero… —Gabriel mira a Joseph.

—Necesito hablar con mi madre en privado, mi hermana Camila está en una situación muy compleja que necesito explicarle a mi madre.

—No, Gael —le refuta Livi, que ahora se ve visiblemente asustada—. Joseph en este momento hace parte de mi vida y quiero que él se quede.

—Livi —interviene mi tío con voz cariñosa, cogiéndola con suavidad de las manos—. Habla con Gabriel, se ve muy abatido y no quiero que lo presionemos más de la cuenta. Mientras tú hablas con él, yo aprovecho para visitar a Dominic en el hospital.

Livi asiente mientras es evidente que la angustia se está apoderando de ella.

—Necesito un ordenador para hacer una videollamada —me dice Gabriel.

—En la mesa que está al fondo hay uno, no tiene clave.

—Gracias, Tory —Gabriel me mira con dulzura una última vez antes de dirigirse con su madre a la mesa donde está el ordenador.

Después de despedir a mi tío Joseph, Trizia y yo decidimos esperar sentadas en mi salón a Gabriel y Livi. Aprovecho la espera para contarle someramente a Trizia lo poco que sé de la situación de la hermana de Gabriel.

Ella hace un puchero con sus labios.

—Pobre, nunca había visto a Gabriel tan decaído, aunque tú no te quedas atrás.

—Estamos pasando por unos momentos muy difíciles, ambos.

—No son solo ustedes dos, la situación es de tres, aquí hay un triángulo de las Bermudas pasional que, si ustedes no tienen cuidado, nos arrastrará a todos. ¡Van a acabar hasta con el nido de la perra! —me río un poco de su comentario mordaz y exagerado—. La verdad es que los tres lo están pasando fatal, están inmersos en momentos de fatalidad. Pero sinceramente creo que el más afectado

es Dominic: tan enfermo, casi moribundo, sin saber si sobrevivirá y, no tiene ni idea de que ha sido corneado por las dos personas que más ama.

—¡Trizia!

—Es la verdad, mi *Piccola*. ¿O me vas a decir que tú y Gabriel no se han dado alguno que otro magreo? Ni aunque me lo juraras de rodillas te creería.

La intensidad de mi rubor y el desvío veloz de mi mirada me delata. Trizia se ríe comprensiva y asiente.

—No te culpo, ese hombre es un camino seguro hacia el delicioso pecado. Pero él también está viviendo sus momentos de fatalidad desde que llegó a Nueva York. Él llegó siendo una persona y ahora es obligado a ser otra. No me alcanzo a imaginar cómo se siente. Le arrebataron toda su vida pasada. Y lo de su hermana parece ser algo muy peliagudo. Yo, en su lugar, ya habría huido o hasta habría recaído en adicciones.

—¿No puedes decir algo amable? —me quejo.

—Soy sincera, realista. El pobre de Gabriel ya no tiene la identidad que tenía cuando llegó aquí, le fue arrebatado todo, hasta su corazón —me mira con elocuencia—. Además de que debe sentirse lleno de culpa y remordimientos por estar enamorado de ti.

—No puedo negarte que llevas razón, él se siente así, yo me siento así.

—Y tú, mi *Piccola* —me mira con cariño y dolor—, tú sí que estás llena de momentos de fatalidad. Tienes heridas profundas en tu alma que te llenan de culpas sin sentido y, ahora estás enamorada y para variar te sientes culpable por ello.

—No es el momento para hablar de lo que me aqueja a mí. No acabaríamos de hablar esta noche si vamos por allí y, yo necesito estar despejada para apoyar a Gabriel, él hoy me necesita.

Trizia me observa con tanta intensidad que comienzo a sentirme intimidada.

—Espero que tengas claro de quién estás enamorada, de lo contrario ese sería otro problema monumental en tu vida. Yo sé de quién estás enamorada, pero tú, ¿tú estás segura de saberlo?

—¡Trizia!

—Deja de quejarte, me vas a acabar el nombre. Yo sé que estás enamorada de Gabriel, pero tú tienes en tu cabeza un montón de marañas que quién sabe qué te harán pensar o creer.

Me quedo callada un buen rato mientras nos miramos mutuamente.

—Yo sé quién me quita el sueño, yo sé lo que siente mi corazón, con que yo lo sepa es suficiente —le aclaro socarrona.

Trizia sonríe y vuelve a recordar que estamos esperando a Gabriel y a Livi.

—¿Por qué tardarán tanto? —se queja Trizia mirando hacia el pasillo por donde deben aparecer en cualquier momento.

—Debería pedirle a Cameron que venga, ellos se han hecho muy buenos amigos.

—Sí, es buena idea —concuerda Trizia.

Cojo mi móvil y llamo al tonto de mi hermano, pero no contesta, y en la ubicación de la app me aparece que él está en el edificio.

—Debe estar arriba, en su ático —le digo a Trizia.

Trizia sonríe con malicia.

—Vamos por él.

No me gustó esa sonrisa. Ellos dos se conocen muy bien, así que ella debe saber por qué no contesta.

Al salir del ascensor para ingresar al ático de mi hermano, me arrepiento completamente de haber venido. La música es el preámbulo de que algo muy sexy sexy debe estar pasando, y efectivamente no he dado dos pasos cuando me encuentro de frente

con una situación que ninguna hermana quiere haber visto jamás de su hermano.

Le doy la espalda a la visión pornográfica que me recibe, pero ya la vi. Trizia se ríe de mí mientras ella sigue mirando la escena muy embelesada.

He encontrado a mi hermano retozando en un sillón de tres puestos con dos mujeres idénticas, una a cada lado. Estas chicas son gemelas, eso seguro. Una sin nada de cintura para abajo y mi hermano está con una de sus manos perdidas entre sus piernas, mientras esta gime y por como suenan esos gemidos, está fascinada con lo que le hace Cameron. La otra está besando a mi hermano y le tiene agarrado el pene haciéndole lo que parece ser un masaje muy profesional.

Una de ellas muy seguramente nos ve y le habla a Cameron.

—¿Has traído más diversión?

Me imagino que Cameron dirige su mirada hacia Trizia y a mí; lo asumo porque yo sigo de espaldas a la peculiar escena.

—No, ellas son mis hermanas —Trizia no deja de sonreír burlonamente mientras me mira—. Pero… —dice Cameron—, Trizia, si quieres te presto una.

—Gracias, eres muy amable, Cameron, pero aún no le he encontrado el gustillo a hacerlo con otra mujer. Pero nada me impide ser voyerista.

Todos parecen reír de la broma de Trizia y yo quiero gritar, me siento ofuscada. Vine a buscar a Cameron por ayuda, no para esto.

—Cameron —trato de reconducir el momento tan ridículo que estoy viviendo—, Gabriel te necesita.

—Estoy cansándome de ser su niñero, creo que has visto que estoy muy ocupado.

—Secuestraron a su hermana en España —dice Trizia ya poniéndose más seria.

—¿¡Qué!? —grita Cameron.

Por el estruendo que escucho y el posterior quejido de dolor y no de pasión, asumo que él se puso de pie y una o las dos chicas cayeron al piso.

—Sí, eso dijo Gabriel —le confirma Trizia.

—¡Largo! —grita Cameron a las gemelas. Estoy segura de que es a ellas porque él jamás nos gritaría de esa manera a Trizia o a mí.

—Pero… —protesta una de ellas—. ¿Cuándo nos volvemos a ver?

—Encanto, yo nunca repito —se queja Cameron con voz arisca mientras lo escucho trastear, seguro vistiéndose.

—Pero, no hemos terminado… —dice la otra.

—¿Es que no he sido claro? ¡Laaaaargoooo! —grita nuevamente mi hermano y las dos chicas, según escucho, están recogiendo sus cosas mientras protestan.

—Qué borde eres, Cameron, no tengo idea de cómo ligas —no soy capaz de quedarme callada ante tanto despliegue de arrogancia y malhumor.

—Ya puedes mirar, Tory —me ordena casi gruñendo, parece que cortarle el chorro no le ha sentado bien—. ¿Es que nunca has visto una polla?

Me giro para enfrentarlo.

—No es para nada agradable ver el pene erecto de tu hermano, eso seguro.

Mi hermano termina de abotonarse la camisa mientras observa con sus verdosos ojos y una ceja alzada cómo las chicas se suben al ascensor, mientras Trizia las despide con un adiós un tanto burlón.

—Vale, cuéntenme qué le pasa ahora a Gabriel. No dejan de pasarle cosas a ese hombre. Últimamente siento más lástima por ese chico que por el moribundo de Dominic.

Abro mi boca para protestar por la manera tan despectiva como habla de Dominic, pero finalmente me quedo callada, yo también estoy exhausta y no quiero perder mis pocas energías discutiendo.

Capítulo 19

—¡Estás de coña! —exclama Cameron con un gesto de indudable incredulidad después de escuchar la rocambolesca historia de Camila Onatra, la hermana de Gabriel.

—¿Tengo cara de estar bromeando? —se queja Gabriel con hosquedad.

Tuvimos que esperar casi dos horas a Gabriel y a Livi, y cuando por fin aparecieron, ella estaba hecha un mar de lágrimas. Con gran dificultad, Trizia y yo logramos subirla a su habitación y darle un calmante para que recobrara algo de estabilidad. Llamamos a mi tío Joseph, y él llegó casi veinte minutos después para acompañar a Livi, quien seguía inconsolable y muy alterada. Trizia y yo no nos atrevimos a preguntarle nada, su estado era realmente lamentable.

Cuando finalmente pudimos sentarnos en mi salón los cuatro: Cameron, Trizia, Gabriel y yo, lo que nos contó Gabriel parecía una película de gánster muy enrevesada, por lo que entiendo perfectamente las dudas de Cameron. Es que es muy difícil encajar algo así.

Trizia cruza sus hermosas y bronceadas piernas, mientras una de sus manos acaricia su cuello despreocupadamente, un gesto muy común en ella cuando está pensando en algo realmente serio.

—Tienes que admitir que esto es de oír y no creer —reflexiona Trizia, apoyando la expresión renuente de Cameron—. Pero, asumiendo que todo lo que has dicho es verdad —Gabriel frunce el ceño y aprieta la mandíbula, observando con ferocidad a Trizia; él ahora no está para que cuestionemos lo que nos contó—, debo decirte que tu hermana se ha convertido en mi heroína. Creo que yo habría actuado igual que ella. Me encanta la aventura, aunque debo reconocer que su aventura era demasiado arriesgada para mi gusto; pudo haber muerto.

—Así es. ¡Maldición! ¡Estuvo secuestrada! ¡Casi la matan! —Gabriel se coge la cabeza, enredando sus dedos entre sus suaves rizos negros; está sobrepasado con todo lo que le ha pasado a su hermana en España—. No puedo creer que no volveré a verla —musita Gabriel con voz dolida.

—Pero es lo mejor para ella —digo, apoyando mi mano en su rodilla y apretándola un poco en señal de apoyo y comprensión. Estoy sentada a su lado, mientras que Trizia y Cameron lo hacen frente a nosotros—. Tuve que investigar sobre este tema en la

universidad para complementar un trabajo de investigación, y recuerdo haber leído que el programa de protección a testigos es muy estricto. Es necesario romper con todo contacto o vínculo de la vida pasada del protegido para poder garantizar su seguridad.

Gabriel suspira profundamente y recuesta su espalda en el sofá. El cansancio y desasosiego invaden toda su expresión. Coge mi mano, la que tengo sobre su rodilla, y entrelaza nuestros dedos.

—A veces creo estar en medio de una pesadilla. Hace tan solo unos meses, ella no conocía a ese maldito hombre. Ese desgraciado no solo la arrastró con él, también se llevó entre las patas a sus amigas. Todavía no puedo creer que ellas también estén involucradas sentimentalmente con los hermanos de ese salvaje. No volveré a ver a mi hermana ni tampoco a esas locas descerebradas, ¿en qué estarían pensando las muy estúpidas?

Gabriel ha tratado de explicarnos a grandes rasgos, sin mencionar identidades, todo lo ocurrido con su hermana. Ella entró en un programa de protección a testigos con su pareja, y también dos de las tres amigas que la acompañaron en la aventura de ir a buscar, según Gabriel, a «el hombre más peligroso del mundo». Parece ser que este hombre tiene dos hermanos, y dos de ellas

quedaron flechadas, así que en realidad son tres parejas involucradas en el programa de protección a testigos.

—¿En verdad tu hermana lo conoció en medio de una balacera? —mi hermano aún no se lo puede creer; está completamente sorprendido, parece alucinado.

—¡Qué sí, hombre! Yo estaba ahí, lo vi todo. No quiero hablar más de esto —se queja Gabriel, cansado de las preguntas, a caballo entre la incredulidad y la emoción de Cameron.

Mi hermano se ríe, mostrando su legendaria e imbatible sonrisa torcida, mientras sus ojos verde esmeralda brillan intensamente.

—Joder, esa hermana tuya sí que sabe vivir la vida al límite —una expresión chulesca invade su rostro—. Pero hay algo que sí le envidio… ella jamás en su vida estará aburrida —confiesa mi hermano con una sonrisa sospechosa y mirada anhelante. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Está aburrido de la vida que lleva? Pero si parece el más feliz de todos nosotros.

—¡Exacto! —concuerda Trizia, alegremente chocando su mano con la de Cameron—. Como he dicho antes: es mi heroína; lástima no poder conocerla, me hubiese encantado.

—¿Estabas allí? —le pregunto a Gabriel, asustada, recapitulando el tema de la balacera.

—Sí, lo perseguían para matarlo y casi lo logran, pero Cam intervino y el maldito quedó en coma. Ojalá hubiese muerto.

—Vale, Gael, discúlpame. Pero tienes que entender mi reticencia; esta historia en verdad es de película —se disculpa Cameron, mirándolo amigablemente—. Si en algún momento quieres hablar, desahogarte, fumar, beber o follar, solo tienes que avisarme.

Miro a mi hermano con una advertencia letal en mis ojos.

—Joder, si las miradas mataran —se ríe guasón mi hermano, mirándome divertido—. Vale, a follar le doy equis, equis, lo demás sigue en pie.

—Tampoco, Cameron. Es lo que menos necesita Gabriel en este momento —le rebato con brusquedad. ¿Es que acaso olvidó que Gabriel es un adicto en recuperación?

Mi hermano levanta las manos en son de paz y se pone de pie.

—Tranquilo, hermano —le dice Cameron a Gabriel, mirándolo con cariño.

Gabriel también se pone en pie, y se miran fijamente unos segundos antes de abrazarse como dos hermanos, dándose palmadas amistosas en la espalda. Cameron le dice algo al oído a Gabriel, y este se ríe.

—No me jodas, Cameron, estoy para recoger con pinzas.

—Pero te hice reír, ¿eh? —Cameron le da un puñetazo juguetón en el hombro a Gabriel, mientras este sigue riendo.

—Eso es verdad, gracias, hermano —la sonrisa de Gabriel sigue sin llegar a sus ojos, pero está agradecido con Cameron por intentarlo.

—Nos vemos, Gael.

Cameron se despide también de nosotras con besos y abrazos antes de marcharse a su piso.

—Yo también me voy a descansar —nos informa Trizia, mientras se pone en pie y comienza a subir lentamente las escaleras. Siempre he envidiado la forma tan natural que tiene para ser sexy sin buscarlo; lo lleva en la sangre, sin ningún tipo de premeditación—. Estoy preparando la colección de invierno y estoy un poquitín atrasada.

—¿Tú y Sofía necesitan ayuda? —alzo un poco la voz, ya que ella está a punto de desaparecer de mi vista.

—No, no te preocupes, Tory. Hemos contratado la ayuda que necesitamos. Terminaremos a tiempo. Besos para ambos —Trizia nos lanza besos como lo hacen las reinas de belleza mientras desaparece de nuestra vista.

Miro a Gabriel, y su congoja me atraviesa el corazón.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le pregunto, muy sincera y dispuesta a ayudarlo.

—Ven —extiende su mano, y yo pongo la mía en la suya, dejándome llevar.

Comenzamos a subir las escaleras, y Gabriel nos lleva a mi habitación. Me pongo un poco tensa, y sé que él lo nota.

—No te preocupes —sonríe mientras entramos en mi habitación—. Solo quiero descansar a tu lado.

Sonrío un poco nerviosa mientras él me carga en sus brazos como a una novia en su noche de bodas; el gesto nos hace reír como un par de adolescentes. Gabriel me deposita sobre la cama y me quita los *stilettos*. Luego, él también se descalza, quitándose los zapatos y las medias, antes de quitarse la chaqueta. Se acuesta junto a mí, nos giramos de lado y, mientras nuestras piernas se entrelazan, él me rodea con sus brazos.

Mis manos comienzan a jugar con sus rizos negros ; me fascina su cabello, sus ojos, sus labios, el color de su piel… todo en él me gusta, me encanta, estoy loca por Gabriel Morris.

—Sé que no quieres hablar de Camila, pero quiero hacerte la pregunta más importante de todas.

Sus ojos marrones brillan con curiosidad en la penumbra de mi habitación.

—¿Él la ama?

—Sí —contesta de inmediato, sin rastro de duda en su voz—. Es lo único que me consuela: el salvaje Blanch ama a mi hermana. No tengo ninguna duda de eso. Se pondría delante de una balacera como escudo para protegerla, y es literal, lo vi hacerlo.

—¡Dios mío! —exclamo, asombrada—. Por lo que escucho, hay mucho de la historia de tu hermana que aún no has contado.

Asiente suave y lentamente.

—Les dije lo suficiente para que pudieran entender un poco cómo me siento y la gravedad del asunto, pero hay mucho, muchísimo más que no les conté —Gabriel parece recordar algo—. En mi relato solo mencioné el nombre de mi hermana. Tú eres la única que sabe el nombre de ese hombre; por favor, mantengámoslo entre nosotros —sonríe, apenado—. Se me escapó el nombre contigo en un momento de angustia y desesperación; la idea era no decírselo a nadie.

Asiento, pero quiero retomar la conversación sobre la relación de su hermana con aquel hombre que tanto lo mortifica.

—¿No crees que lo más importante es eso? Que ambos se amen prácticamente a muerte —nos miramos a los ojos mientras espero que mis palabras penetren en él—. No puedo negarte que, con lo poco que me has contado, me siento fascinada por ese amor tan poderoso y sólido que parecen compartir.

—Pero, ¿a qué precio? Ella no podrá volver a contactar con nadie de su familia, estará muerta para el mundo entero.

Reflexiono un momento sobre sus palabras.

—Tú y yo también estamos pagando un precio, Gabriel. Y aún no hemos terminado de pagarlo. Nuestro amor nos lastima a ambos y, cuando lo saquemos a la luz, lastimará a personas que queremos muchísimo.

—Sí, tienes razón —Gabriel pasa su dedo pulgar por mi labio inferior con un semblante de ansia contenida—. Guardando las debidas proporciones, parece ser que por el amor siempre hay que pagar un precio.

Gabriel me acerca más a su cuerpo, y guardamos silencio. No sé en qué momento ambos nos quedamos dormidos.

Al despertar, me doy cuenta de que aún es de noche, pero no sé qué hora es ni cuánto tiempo ha pasado. La habitación se encuentra apenas iluminada por las luces que se cuelan a través de

las cortinas entreabiertas. Los contornos de los muebles son apenas visibles, como sombras silenciosas en el ambiente íntimo que compartimos Gabriel y yo. Esta cama se ha convertido en nuestro refugio, un refugio en medio de la tormenta en la que se encuentran nuestras vidas en este momento. Llegamos a ella exhaustos y vestidos, pero demasiado necesitados de esta cercanía como para mantenernos separados. Han sido días muy difíciles para él, para mí, para toda la familia.

Gabriel sigue tumbado a mi lado, abrazándome. Su cuerpo permanece extendido junto al mío, y nuestras piernas continúan entrelazadas. Estamos tan cerca que puedo sentir el calor que emana de él, abrigándome, y el palpitar de su corazón bajo la mano que tengo apoyada en su pecho. Me atrevo a mirarlo y… está despierto, igual que yo.

Sus ojos… Dios, cómo amo esos ojos, esos profundos ojos marrones que tantas veces han hecho estragos en todo mi ser, mi alma y mi corazón. Me miran con una intensidad que me desarma y que, inevitablemente, me domina.

Después de hablar sobre el intenso y profundo amor a muerte que sienten Camila y Zavier, sé que él está pensando lo mismo que yo. Sé lo que él busca en mi mirada, la misma verdad que yo busco

en la suya: la certeza de que, a pesar de todo lo que hemos vivido y de lo que aún nos falta por enfrentar, nuestro amor se está convirtiendo en… inquebrantable.

Lo sentimos en el roce sutil de nuestra piel, en la intensidad infinita de nuestras miradas, en nuestros alientos que se encuentran cada vez que exhalamos; pero, sobre todo, lo sentimos en ese «algo» que no vemos: ese magnetismo, ese impulso que nos atrae el uno hacia el otro sin remedio, que no nos permite separarnos, que nos empuja a no dejar de tocarnos, a no dejar de buscarnos a pesar de que no deberíamos hacerlo.

El amor que nos invade, nos llena y nos posee ha crecido a pasos agigantados, superando las dificultades y barreras que han intentado separarnos. Ha madurado, se ha elevado a otro nivel y se está volviendo imparable, a pesar de todos nuestros intentos por detenerlo, pausarlo o apagarlo. Cada esfuerzo por contenerlo ha sido en vano; fue un intento fallido todas las veces que lo intentamos.

Gabriel me acerca aún más a él, si es que eso es posible. Mi cuerpo sigue el movimiento de mi corazón, que parece latir solo por él, por mi Gabriel. Mis manos comienzan a temblar por la emoción que me embarga; nunca hemos compartido una intimidad como

esta. Es peligrosa, pero ambos estamos necesitados de este momento, que será único e irrepetible.

Mis manos temblorosas se alzan para tocar su rostro. La yema de mis dedos roza su mejilla y la barba corta de su mandíbula; ese simple contacto me llena de una calidez que va mucho más allá de lo físico, mucho más allá de nuestra piel. Es un toque trascendente. Es como si al tocarlo, pudiera sentir su alma, un alma que en este momento está tan atormentada como la mía, pero donde también habita nuestro amor, buscando desesperadamente sanarlo todo.

—Gabriel... —susurro, mi voz es apenas un murmullo en la quietud de la habitación.

Él cierra los ojos con fuerza, como si mi toque fuera demasiado para soportarlo. Sus labios, entreabiertos, dejan escapar un suspiro que siento resonar en mi propio pecho. Mi mano sigue deleitándose con su rostro, trazando el contorno de su mandíbula y su corta barba, luego su cuello, hasta detenerse en su clavícula. Puedo sentir los latidos de su corazón bajo mi palma, y me estremezco al pensar en lo profundamente conectadas que están aquellas palpitaciones con todos los latidos rotos de mi propio corazón.

—Te amo... —digo mientras continúo acariciando su cuello y enredo mis dedos en los rizos que encuentro en su nuca, dejando

que aquella palabra lo impregne de la verdad absoluta que siento—. Te amo con todo lo que soy, Gabriel. Aún no sé cómo hemos llegado hasta aquí, a pesar de mí, a pesar de nosotros, de nuestras barreras, pero lo único que sé con certeza en este momento es que no puedo y no quiero vivir sin ti.

Mi voz se quiebra al final; en este momento, todas las verdades de lo que siento por él están saliendo a flote. Gabriel abre los ojos lentamente, y en ellos veo un brillo que me arranca el aliento. Es como si cada una de mis palabras hubiera sido una caricia para su alma rota y herida. Sus manos, grandes y cálidas, suben para atraparme la cara entre ellas. Su tacto es suave, reverente, como si temiera romper algo frágil y precioso. Nuestros rostros están tan cerca que puedo sentir su aliento mezclarse con el mío, y en ese instante, el mundo exterior deja de existir para ambos.

—Tory, mi pequeña y dulce Tory... —su voz es un susurro ronco, lleno de emoción contenida—. No hay un solo momento del bendito día en que no piense en ti, en lo que siento por ti. Te has convertido en mi todo. Eres mi paz, pero también mi tormenta, mi razón para morir, pero también para vivir. No importa cuán oscuro sea el camino que tenemos por delante; mientras estés a mi lado, lo recorreré con valentía.

Sus palabras me hicieron sentir como si flotara. ¿Cómo podía este hombre, con todas sus cicatrices y tormentas internas, amarme de una manera tan pura y desinteresada? Me perdí en sus ojos, incapaz de apartar la mirada mientras él continuaba acariciando mi rostro, sus dedos dejando un rastro de fuego por donde pasaban.

—Te necesito, Gabriel —le digo, mi voz cargada de un anhelo que no podía esconder—. Te necesito como hombre, amigo, confidente, como lo que eres… el amor de mi vida. Cuando estoy contigo, pese a lo culpable que me siento por Dominic… yo, como Tory, me siento por fin una mujer completa. Es como si todas las piezas rotas de mi ser finalmente pudieran encajar en su lugar.

Gabriel inclina su frente hasta apoyarla contra la mía después de besar la punta de mi nariz con ternura. Su contacto es tan tierno y dulce que me hace cerrar los ojos y respirar profundamente, llenándome de su esencia. Hay mucha tensión sexual entre nosotros, lo cual es peligroso porque sé que ambos no queremos ir más allá, no hoy, no esta noche. Puedo sentir la tensión en su cuerpo, un reflejo de la misma lucha interna que yo estoy viviendo. Pero debajo de toda esa tensión sexual, también siento su amor, un amor creciente que parece envolvernos, protegiéndonos de todo lo demás.

—No sabes cuánto significan para mí tus palabras —murmura contra mis labios, apenas rozándolos con los suyos—. Son importantes porque nunca he estado muy seguro de lo que realmente sentías por mí, Tory, hasta hoy. Y también lo son porque eres la única persona en este mundo que puede ver más allá de mi fachada, que entiende quién fui, y aun así estás aquí conmigo, dándome una oportunidad. No sé qué hice para merecerte, Tory, pero te prometo que lucharé todos los días para estar a la altura de ese amor puro e incondicional que me ofreces.

Una lágrima solitaria escapa de mis ojos, no de tristeza, sino de la abrumadora felicidad que me inunda en este momento. Gabriel lo notó, porque sus labios se acercaron a mi mejilla para lamerla, recogiendo la lágrima como si fuera un tesoro. Su gesto fue suave, tierno, lleno de la promesa de que siempre estaría allí para secar mis lágrimas, para sostenerme en mis momentos más vulnerables.

Mis manos, que habían estado descansando en su pecho, comenzaron a moverse por su cuerpo, explorando cada centímetro de él a través de la tela. A pesar de la barrera de la ropa, podía sentir la firmeza de sus músculos, la calidez de su piel, y cada contacto hacía que mi amor por él creciera aún más, si es que eso era posible.

Gabriel siempre ha respetado mis deseos y hasta dónde quiero llegar, por lo que, en esta ocasión, él respondió de la misma manera. Sus manos comenzaron a recorrer mi espalda, mis pechos, mis piernas, dibujando pequeños círculos que enviaban escalofríos de placer por todo mi cuerpo. Su toque era delicado, casi reverente, como si estuviera explorando algo sagrado. Y para mí, eso era lo que éramos en ese momento: dos almas que se encontraban, que se reconocían y que se amaban con una devoción que iba más allá de lo físico.

Entonces, con una suavidad que me dejó obnubilada, Gabriel tomó mi rostro nuevamente entre sus manos y me besó. Fue un beso lento, profundo, lleno de una mezcla de pasión y ternura que me hizo perder la noción del tiempo. Sus labios eran cálidos, suaves, y se movían contra los míos con una reverencia que me hizo sentir como si fuera lo más preciado del mundo para él.

En ese beso, podía sentir todo lo que Gabriel no podía expresar con palabras. Sentía su desesperación, su amor, su miedo a perderme, y su anhelo de estar a mi lado para siempre. Su beso no era solo un gesto de amor, era una promesa silenciosa de que, sin importar lo que ocurriera, siempre estaríamos juntos, luchando por nuestro amor.

A medida que el beso se profundizaba, sentí un calor abrumador extenderse por todo mi cuerpo, parecía que quería explotar en medio de mis piernas; cada fibra de mi ser estaba conectada a él. El mundo exterior desapareció por completo, y todo lo que existía en ese momento éramos nosotros, compartiendo un beso lleno de un amor tan intenso que parecía querer consumirnos en una enorme hoguera. Cada caricia de su lengua contra la mía, cada roce de sus labios, me hacía desear que ese momento durara para siempre.

Cuando finalmente nos separamos, ambos estábamos sin aliento, pero en lugar de sentirnos exhaustos, había una nueva energía renovada entre nosotros. Gabriel mantuvo su frente pegada a la mía, nuestras respiraciones entrelazadas y entrecortadas, y en ese instante supe, sin lugar a dudas, que nunca había amado a nadie de esta manera, que era la primera vez que estaba seria y realmente enamorada.

—Todo va a salir bien con Dominic, y podremos estar juntos — dije, rompiendo el silencio que se había formado entre nosotros—. Quiero que seas tú, Gabriel, quien esté a mi lado en cada paso, en cada caída, en cada triunfo.

Él asintió, sus ojos brillaban con una intensidad que me quemaba por dentro. Podía sentir que estaba luchando por encontrar las palabras adecuadas, pero no las necesitaba. Lo que había entre nosotros iba más allá de las palabras; habíamos forjado un vínculo que ya no se podía romper, sin importar lo que el destino nos arrojara.

—Lo lograremos. Sé que Dominic lo entenderá; no hay nadie más bueno en este mundo que mi hermano —dijo finalmente, con una voz tan cargada de emoción que me hizo temblar—. Te amo de una manera que nunca creí posible. Y te prometo que haré todo lo que esté en mi poder para hacerte feliz, para protegerte, para amarte como te mereces.

Nos quedamos allí, en la cama, abrazados, compartiendo silencios que decían más que cualquier palabra. Las caricias, los susurros, los besos suaves y delicados que intercambiábamos eran nuestra manera de sellar la promesa de un amor que estaba siendo puesto a prueba y que, a pesar de todo, seguía creciendo, consolidándose y volviéndose cada vez más fuerte. La noche continuó envolviéndonos en su cálido abrazo, mientras nuestras almas encontraban consuelo una en la otra. Gabriel era mi hogar, mi refugio, y yo sabía que, sin importar lo que el futuro nos deparara,

siempre encontraríamos nuestro camino de vuelta el uno hacia el otro.

Capítulo 20

Por fin llegó el día del trasplante de médula ósea de Dominic, y mientras esperábamos este día, mi mundo y el de Gabriel han seguido transcurriendo en medio de emociones huracanadas, sentimientos encontrados y situaciones de vida difíciles de afrontar.

Gabriel y yo, desde la noche en que dormimos juntos sin que ocurriera absolutamente nada sexual, no hemos podido separarnos. Desde esa noche, dormir juntos se ha vuelto una necesidad para ambos. Y, como es obvio, cuando estamos con Dominic, la culpabilidad y el sentimiento de traición nos carcome a ambos por dentro, sin que podamos evitarlo. Pero, cuando salimos de su habitación en el hospital, cuando Dominic desaparece de nuestra vista, Gabriel y yo nos sumergimos en nuestro propio mundo, en nuestro espacio, tratando de disfrutar de alguna manera del tiempo que compartimos juntos. Decir que «disfrutamos» es más una expresión que una realidad; lo intentamos con todas nuestras fuerzas, pero realmente ha sido muy difícil.

Gabriel no solo está lidiando con el estado de salud de Dominic y con lo que siente por mí, sino también con lo que está pasando

con su hermana Camila. El programa en el que ella entró procedió con rapidez a «desaparecerla» de la faz de la tierra, lo que hizo que tanto su madre como él conversaran con ella por última vez hace dos días. No puedo expresar con palabras la tristeza y desolación que parecen invadir las vidas de Gabriel y su madre. Livi incluso exigió ver a su hija por última vez, viajando a España, pero solo logró una última videollamada a través de una plataforma súper privada y segura de las autoridades españolas.

Tío Joseph no se ha separado de ella, e incluso creo que Gabriel está secretamente muy agradecido con mi tío por apoyarla y estar a su lado en estos momentos, porque él mismo no ha encontrado la manera de consolarse a sí mismo. Está devastado. Por mi parte, he estado allí con Gabriel, tratando de animarlo, de consolarlo en todo lo que he podido, y en lo que no, también.

En este momento, Gabriel y Dominic se encuentran en la fase de preparación para el trasplante de médula ósea, mientras mi tío Joseph, Livi, Cameron, Dorian y yo escuchamos las últimas explicaciones del Doctor Mitchell y del especialista encargado, el Doctor Montaner. Ellos nos están explicando nuevamente el procedimiento que se realizará a Dominic el día de hoy, lo que

debemos esperar y los cuidados a los que será sometido en los próximos meses.

Debo reconocer que el Doctor Montaner ha mostrado mucha paciencia; esto es algo que ya nos ha explicado en otras ocasiones, pero seguimos muy inquietos. Se trata de la vida y la salud de Dominic.

—En este momento estamos finalizando la extracción de las células madre del donante, el señor Gabriel Morris. Es un proceso tan simple como si estuviera donando sangre —explica el Doctor Montaner.

—¿Tendrá efectos secundarios? —pregunta Livi, preocupada por su hijo.

—Podría tener algunos efectos secundarios —aclara el Doctor Montaner—, pero serían muy leves: podría experimentar un leve dolor muscular u óseo, así como pequeños síntomas de gripe.

La mayoría de nosotros suspiramos y seguimos escuchando con mucha atención.

—¿En qué momento iniciarán el procedimiento con Dominic? —pregunta mi tío Joseph.

—En aproximadamente una hora comenzaremos con el procedimiento para el receptor, el señor Dominic Morris. Como les

expliqué en otras ocasiones, lo que haremos es infundir las células madre extraídas del donante en el torrente sanguíneo del receptor, similar a una transfusión de sangre.

—Doctor Montaner, le agradecería si pudiera explicarnos nuevamente lo que sucederá a partir de ahí con Dominic. Para mí, es la parte más confusa de todo el procedimiento —solicita mi tío Joseph, mientras abraza a Livi.

El especialista carraspea un poco y, con paciencia, comienza a explicarlo.

—Las células madre migran a la médula ósea del receptor, y en ese momento comienzan a producir nuevas células sanguíneas. Este proceso puede tardar varias semanas; podrían pasar hasta seis meses o más para que sus conteos sanguíneos y su sistema inmunitario se recuperen totalmente. Durante ese tiempo, el riesgo de infecciones, sangrado y problemas cutáneos es muy alto, y también existe la posibilidad de que su cuerpo genere rechazo al trasplante.

—¡Dios mío! —exclama Livi, llevando una de sus manos a su pecho cerca de su corazón.

El doctor observa nuestros rostros llenos de desasosiego.

—Pero tengan fe, no se desanimen. Dominic es un hombre joven, y soy muy optimista de que pueda llegar a tener una excelente recuperación y llevar una vida plena. Por lo pronto, lo más importante es evitar una infección; su sistema inmunológico está debilitado, por lo cual lo mantendremos en aislamiento aquí en el hospital.

—¿Cuándo sabremos si el trasplante fue exitoso para Dominic? —pregunto esta vez.

—Entre seis meses y un año. Antes de ese tiempo, hay que cuidarlo muchísimo, como ya les he dicho, para evitar una infección que podría complicar su recuperación.

El doctor Mitchell y el doctor Montaner se marchan junto con mi tío Joseph y Livi, parece ser que mi tío aún tiene más preguntas por hacer. Cameron, por su parte, se va en busca de Gabriel para ver si ya terminaron con él.

La aparición de Dorian en el hospital ha sido algo sorpresiva para todos. Su expresión es inescrutable, y me siento incómoda cuando veo que se aproxima a mí. Ha aprovechado que me he quedado sola. Trato de esquivarlo sin éxito, poniéndome en pie para ir a buscar un café en la mesa dispuesta para tal fin en la sala de espera.

—Hola, hace días que no te veo —dice, y sus ojos azules me observan ansiosos—. Incluso te he buscado en tu despacho, y tu asistente me ha dicho que estás manejando todo de manera virtual y por móvil.

—Es que lo de Dominic...

—Y lo de Gabriel también, ¿verdad? —me interrumpe abruptamente, su expresión es la de un halcón tratando de diseccionarme—. No creas que no me he dado cuenta de que entre ustedes se cuece algo.

—¿Qué quieres, Dorian? —pregunto con displicencia mientras me sirvo el café.

—Lo que siempre he querido y que tú te niegas a darme.

—Estoy cansada de repetirte que me dejes en paz, que yo…

—Nunca, Tory. Jamás te soltaré, jamás te dejaré. Me he mantenido al margen con gran dificultad todos estos años por culpa de Dominic, pero él está a punto de desaparecer de la ecuación, ergo, tú serás mía.

—¿Cómo puedes decir algo así de tu gemelo sin inmutarte tan siquiera?

La expresión y postura de todo su cuerpo se tornan amenazantes, peligrosas; por un momento temo por mi seguridad.

—El moribundo de mi hermano no me interesa —Dorian ladea un poco la cabeza y baja la voz al hablar de nuevo, mientras sus ojos adquieren un brillo perverso—. Lo nuestro, Tory, es inevitable. —Un escalofrío me recorre la espalda—. Y con respecto a Gabriel, no voy a permitir que un aparecido, que un advenedizo me robe a mi chica. Ya me robó ser el primogénito, se llevó parte de mis acciones de Morris Enterprise; no voy a permitir que me robe absolutamente nada más.

—Pero, ¿qué disparates dices? ¡No soy tu chica! —no suelo alterarme, pero la situación con Dorian cada vez es más inestable.

Dorian me coge la mano libre del café y trata de acercarme a él.

—Tory, recuerda que tú y yo…

—¡Suéltame! —prácticamente grito, halando fuerte de mi mano. Pero él la aprieta con más fuerza, aprisionando mi muñeca con la otra mano.

—¡Maldita sea! ¡Escúchame, Tory! —Me hala tan fuerte que el café cae al piso.

—¡Ella ha dicho que la sueltes! —la voz gélida y potente de Gabriel nos hace girar a ambos.

Mi hermano y Gabriel observan a Dorian como un bicho que está a punto de ser aplastado.

—¿Pero qué coño te pasa con mi hermana? —Cameron se acerca de manera amenazante, y Dorian finalmente me suelta.

—Ella y yo tenemos asuntos pendientes —sus palabras me hacen mirarlo asustada—. ¿No es cierto, Tory?

Me humedezco los labios. Maldito infeliz.

—No tengo idea de qué hablas. Anda, dale, dinos, ¿cuáles son nuestros asuntos pendientes? —no aguanto más a este estúpido que siempre quiere echarme en cara cosas del pasado.

Él me observa con una advertencia en los ojos.

—Lo de Dominic, tu noviazgo con él, fue por lástima; tú y yo en aquel tiempo estuvimos a punto de formalizar…

—¿Otra vez con la misma historia? —le refuta Cameron sin dejarlo terminar de hablar—. Madura, supéralo, ella no te quiere en su vida.

—No te metas en esto —le sugiere Dorian con voz baja y letal, parándose frente a mi hermano.

—Me meto porque es mi hermana. Tory era casi una niña cuando tú y Dominic andaban babeando detrás de ella. ¿Cuántos años tenías, Tory? —me pregunta mirándome—. ¿Catorce, tal vez

quince? Joder, te has convertido en una molestia en su vida, en un auténtico coñazo.

Cameron lo agarra con fuerza de las solapas del traje italiano de Dorian.

—Más te vale soltarme, Cameron, o aquí mismo nos agarramos a los puños.

—Voy a solicitar una orden de restricción en tu contra, por acoso —escupe mi hermano con los dientes apretados, y puedo darme cuenta de que ya llegó al límite con Dorian.

Una sonrisa cínica aflora en los labios de Dorian.

—¿Y cómo vas a hacer eso? Todos trabajamos juntos.

—Hablaré con tío Joseph y me la llevaré a trabajar al despacho de nuestro primo Adrián. Allí estará mucho mejor que aquí, con un buitre como tú acechándola.

Dorian también agarra a Cameron de las solapas de su traje. Ambos se empujan, mirándose retadoramente. Estoy a punto de intervenir cuando observo cómo se tambalea Gabriel, quien ha permanecido detrás de Cameron.

—¡Gabriel! —grito acercándome a él, y todo su peso cae sobre mí, haciéndome trastabillar. Por poco caemos juntos al suelo, de no ser por mi hermano que llega a tiempo para sostenernos a ambos.

—Gael, ¿qué te pasa? —le pregunta mi hermano con evidente preocupación.

—Solo estoy algo mareado —en ese momento me doy cuenta de lo pálido y exhausto que se ve—. Pero por favor, Cameron —dice mientras se sienta en un sofá y yo me siento a su lado—, termina de cantarle las cuarenta a este capullo —masculla, mirando venenosamente a Dorian—. En cuanto me recupere, hacemos relevo.

Dorian nos observa con gran atención. Gabriel me tiene abrazada y pegada a él con uno de sus brazos, mientras yo tengo mis manos en su rostro, tratando de secar su sudor con un pañito húmedo que saqué de mi bolso. Pero lo que parece encolerizarlo más, es cuando observa cómo mis dedos, con mimo y cuidado, retiran unos rizos negros de la frente para echarlos hacia atrás.

Empieza a respirar como un toro y se pone rojo como la grana.

—No me harás esto, Tory. Te juro por Dios y por todos los demonios del infierno que no me harás esto —vocifera, completamente fuera de sí.

Dorian sale como un ventarrón de la sala de espera privada del hospital, mientras Gabriel, Cameron y yo no podemos creer que haya tenido un comportamiento tan exagerado e incongruente.

—Pero, ¿qué demonios le pasa a ese tipo? Yo también te lo juro, Tory, te voy a sacar de la Morris Tower y te irás a trabajar con el primo Adrián.

—¿Y qué voy a hacer en el despacho de Adrián? Sabes que su despacho maneja todo lo referente a obra civil, arquitectura y proyectos de construcción.

—Tú eres administrativa; todo negocio necesita ese cargo, así que podrás manejarlo.

—¿Ibas a ser novia de Dorian? —pregunta de repente Gabriel.

—Es la maldición de los Morris —suelta Cameron, sentándose despreocupadamente frente a nosotros.

—Ya te he oído hablar de eso, pero nadie me lo ha explicado —se queja Gabriel.

—Esta noche, mientras miramos las estrellas, te lo explico —dice Cameron burlón, mirando su móvil—. Ahora tengo que contestar, tengo un millón de llamadas perdidas.

Cameron se pone en pie y se acerca a la ventana más cercana para contestar una llamada entrante.

—Voy a avisar a enfermería sobre tu mareo —Gabriel enreda sus brazos en torno a mí y me aprieta más contra él, apoyando su rostro en mi cuello.

—No, no te vayas. Me salí de la camilla antes de tiempo, pero quedaron en traerme la medicación aquí, a la sala de espera.

—¿Cómo es posible que te hayas levantado antes de recibir la medicación?

Él levanta la cabeza con la intención de responderme, pero una enfermera se acerca a nosotros, entregándole un vaso de agua y un vasito desechable con tres pastillas. Él las recibe y se las toma de un solo trago. Aprovecho para informar a la enfermera sobre el mareo que acaba de tener.

—Es normal —me informa la enfermera, pero está mirando fijamente a Gabriel mientras bate más de lo necesario sus pestañas y le regala una sonrisa tímida—. Si necesita algo más, sabe dónde encontrarme.

Sus últimas palabras me sonaron más a una invitación que a cualquier atención hospitalaria.

—Gracias, Rossi —le contesta Gabriel educadamente, y yo lo miro crispada.

Me observa con su sonrisa carnosa, que por un momento me hace olvidar el coqueteo descarado de la enfermera.

—¿Rossi? —murmuro levantando una ceja.

—Los americanos a veces son muy formales. Yo prefiero dirigirme a las personas por su nombre de pila. Además, fueron muchas horas allí acostado mientras me extraían y devolvían la sangre a mi cuerpo, así que conversé con ella y también con el doctor. Por eso sé su nombre.

Estoy enojada, no, realmente lo que estoy es muy celosa, y él lo ha adivinado por mi expresión.

—Vamos, Pequeña Tory. No te pongas así, yo solo tengo ojos, labios y corazón para ti.

—Eres un mujeriego tremendamente seductor.

—«Era», Pequeña, en tiempo pasado. Con tu estruendosa aparición en mi vida, me echaste a perder para todas las demás mujeres del mundo mundial —Gabriel vuelve a abrazarme, y yo apoyo mi cabeza en su hombro.

Durante un rato disfrutamos de estar así, abrazados.

—¿Qué es eso de la maldición? Lo he escuchado varias veces, pero nadie parece querer explicármelo.

—Es una tontería. Además, Cameron quedó en explicártelo, él sabe más de eso que yo. Eso es cosa de los Morris.

Levanto el rostro para mirarlo.

—Créeme, él sabrá explicártelo mejor.

Los ojos de Gabriel brillan con gran interés y curiosidad.

—¿No me puedes dar un adelanto?

Sonrío, cuando lo sepa, creo que morirá de tanto reír.

—Tiene que ver con el amor que sienten los Morris hacia una misma mujer.

Gabriel reflexiona un momento; parece querer preguntar algo más, pero yo lo detengo.

—Cameron te lo explicará.

Él asiente mientras nos recostamos en los cómodos muebles de esta sala de espera.

Gabriel y yo descansamos un rato, hasta que creo que nos hemos quedado dormidos, porque cuando escucho la voz del doctor Montaner informando que «todo salió bien con Dominic», nos ponemos en pie de inmediato.

—¿Cuándo lo podremos ver? —pregunta el tío Joseph.

—Recuerden que él debe estar en una habitación de aislamiento. Solo uno de ustedes podrá visitarlo con los elementos de protección personal necesarios y adecuados. Sugiero que sea usted, señor Joseph Morris, ya que es su padre; considero que debe ser la única persona que ingrese.

Los demás protestamos un poco.

—Tranquilos. Solo entrará el señor Joseph Morris dentro de la habitación de aislamiento, pero los demás podrán verlo desde afuera. La habitación tiene una pared completa de vidrio, desde allí podrán verlo y saludarlo. Pero eso será hasta mañana; hoy debemos dejarlo descansar.

Todos respiramos más tranquilos. Gabriel y yo nos miramos y nos sonreímos mutuamente apretando nuestras manos. Todo va bien, todo saldrá bien.

Tío Joseph nos habla a todos.

—Sugiero que Gabriel se vaya a descansar y los demás al despacho. Mañana temprano podemos estar aquí y visitarlo en familia. Para esta noche, voy a dejar a los enfermeros de Dominic de guardia. Si surge algo, ellos nos informarán de inmediato.

—Sí, tío, estoy de acuerdo —apoya Cameron, mientras los demás asentimos.

De camino a la Morris Tower, Gabriel y yo nos sentamos en la parte de atrás del Bentley, mientras que Cameron lo hace al lado de su conductor.

—Tú y yo tenemos un compromiso, Cameron. Esta vez no lo voy a dejar pasar.

Los ojos de Cameron nos observan a través del espejo retrovisor del Bentley. Una sonrisa ladeada, muy macabra, se asoma en sus labios, y un brillo travieso relampaguea en sus ojos esmeraldas.

—Bienvenido al infierno Morris —no es la primera vez que Cameron le dice algo así a su nuevo primo.

Gabriel frunce el ceño y me observa con una interrogante en sus ojos.

Sonrío un poco y trato de darle ánimos, hablando bajo y pegada a su oído.

—Solo alardea de que sabe más que tú. Tranquilo, cuando te enteres, te vas a reír, estoy segura.

Aunque supuse que Cameron no me había oído, mi hermano no tarda en refutar mis palabras.

—No, no será así, Gael. Vas a quedar inquieto, realmente muy inquieto.

En esta ocasión, el semblante preocupado y ausente de mi hermano es palpable en cada poro de su ser.

¡Madre mía! Debo admitir que, para los que no somos Morris de «sangre», este tema no lo sabemos a profundidad, solo superficialmente. Es un secreto y un misterio que solo un Morris de

«sangre» conoce. En este momento caigo en la cuenta de que tal vez a Gabriel no le había sido desvelado, porque hace poco lleva el apellido Morris de manera oficial adherido a él.

Algo de lo que me he burlado hasta ahora, en este momento comienza a despertar en mí una gran curiosidad y una necesidad abrumadora, de conocer la verdadera historia de la maldición de los Morris.

Capítulo 21

Debo reconocer que nuestra presencia en Morris Enterprise era necesaria para poner todo en orden. Todos hemos abandonado un poco nuestras funciones, y hay un gran atraso en procesos urgentes que debían gestionarse, además de muchos documentos pendientes por revisar y firmar.

Incluso Gabriel debería haberse incorporado a su nuevo cargo hace semanas, pero tío Joseph no se lo permitió, alegando que no debía hacerlo hasta que terminara todo el proceso de preparación y trasplante de médula ósea de Dominic.

La tarde fue frenética para todos, pero muy productiva; incluso siento que me alejó un poco de la tortuosa maraña en la que vive mi cabeza día a día. Sé que Gabriel fue a descansar directamente al ático de Cameron, así que decido ir a buscarlo en cuanto termine con todos mis pendientes.

Como ya lo suponía, al salir de mi despacho, mi mente comienza a llenarse de todas mis preocupaciones y angustias. No he querido pensar mucho en algo que puede llegar a convertirse en una nueva y gran preocupación. Creo que para gran parte de nuestra

familia se ha vuelto muy evidente que entre Gabriel y yo existe algo que va más allá de una simple amistad. En los últimos días, desde que Dominic está hospitalizado, Gabriel y yo nos hemos dejado llevar, mostrando nuestro cariño delante de todo el mundo; a tal punto, que hasta Dorian ya lo notó. No quiero darle rienda suelta a esto en mi mente, porque de hacerlo se convertiría en algo más en qué pensar y, por ende, en qué sufrir, y ya no me caben más sufrimientos en el alma.

En cuanto ingreso al ático, lo busco en una de las zonas favoritas de Gabriel: la piscina. Me recibe el sonido de una música muy animada, claramente latina. Mis ojos buscan a Gabriel y lo encuentro de espaldas a mí; lleva un abrigo encima, seguramente tratando de capear las bajas temperaturas de inicios de otoño, que han comenzado con descensos dramáticos en las noches.

Él se mueve con una masculinidad arrolladora, siguiendo el ritmo de la música con una seguridad en sí mismo que resulta irresistiblemente sexy. Todo esto lo hace mientras observa de manera distraída los rascacielos iluminados de Nueva York.

Me acerco a él y me deleito con la forma en que el viento juega con esa increíble melena de rizos negros; Gabriel es un verdadero espectáculo de hombre, y yo estoy completamente obnubilada por

él, sin remedio. En cuanto lo tengo a mi alcance, me dejo envolver por su aroma varonil a madera y bosque. El deseo de tocarlo me sobrepasa, así que lo abrazo desde atrás, enredando mis brazos en su cintura. Inmediatamente él acoge mis brazos entre los suyos, creando un doble abrazo que nos envuelve.

—Pequeña Tory, te he echado mucho de menos —su voz ronca siempre me hace cosquillas en el vientre y calienta mi corazón.

—Yo también te he echado de menos.

En un movimiento rápido, Gabriel cambia nuestra posición y ahora soy yo quien está de espaldas a él, muy pegada a su pecho en un abrazo lleno de cariño y posesión. Siento sus labios cálidos moverse suavemente en mi oído.

—Cada día me es más difícil estar separado de ti —susurra mientras desliza suavemente su mano por mi vientre y la coloca entre mis piernas. La tela elástica de mi falda pitillo no le ofrece resistencia, permitiéndole introducir su mano con facilidad. Yo, instintivamente, abro mis piernas un poco para darle mejor acceso y me deleito con la forma en que sus dedos se mueven, acariciando esa zona tan sensible de mi cuerpo.

¡Dios mío! Él es tan experto... No quiero que mis pensamientos vayan por ese camino, porque me llenaría de celos tipo arpía y

arruinaría el momento. Así que, suspiro profundamente, dejándome llevar, aunque sea solo por un instante de este mágico encuentro.

Cierro los ojos y, levantando un poco mi rostro, me concentro en el movimiento magistral de sus dedos y en la caliente lava que estos desatan en mi interior. Exhalo un gemido de placer agónico; las caricias de Gabriel siempre me llevan a lugares que jamás imaginé. Adoro sus manos cálidas e intrépidas que saben tocar mi cuerpo hasta hacerme enloquecer. Aunque he luchado toda mi vida por ser una «chica sensata», él logra hacerla desaparecer y me cuesta muchísimo recuperarla.

En los días que hemos dormido juntos, sus caricias se han vuelto más atrevidas, audaces y ardientes. No hemos llegado a desnudarnos por completo, y por supuesto no hemos llegado hasta el final, pero debo admitir que cada vez me es más difícil «detenerme… para detenerlo». Sé que a él se le va la vida cuando le digo que es suficiente, pero ha respetado mi decisión cada vez, en todas y cada una de las ocasiones. Mi corazón lo ama aún más cuando veo el esfuerzo que hace por detenerse. Él logra levantarse de la cama con dificultad, para pegarse un duchazo con agua fría y luego vuelve a la cama, sumergiéndonos a ambos en un tierno abrazo hasta quedarse dormido. Yo he estado tentada a hacer algo

similar, porque quedo hecha una antorcha ardiendo hasta los cimientos.

Sus labios aprovechan el movimiento que he hecho y se posan en mi cuello, donde su lengua deja rastros y caminos de ardor picante sobre mi piel. Después de lamerme hasta casi enloquecer, muerde suavemente la unión de mi cuello con la clavícula, y el movimiento de sus dedos y su mano se hace más intenso.

—Gabriel… Cameron va a aparecer en cualquier momento, no quiero que nos… —jadeo, porque ha levantado mi falda y ha colado sus dedos entre mis bragas. Pongo mi mano sobre la suya y cierro un poco las piernas en un intento desesperado por atrapar el orgasmo que se está construyendo entre mis piernas.

Gabriel gruñe un poco cerca de mi oído.

—Pequeña, estás tan húmeda. Dámelo, Tory, y te dejo en paz —susurra con voz ronca. Desesperada, intento encontrar a la «chica sensata» que solía ser, pero me encuentro perdida en medio de la niebla de placer que me envuelve en este momento. Lucho por hallarla, y finalmente mi razón y sensatez responden, dándome las fuerzas que necesito para detenerme. No quiero que mi hermano nos descubra así; se reiría de mí hasta las navidades del año tres mil.

Retiro su mano de mi sexo con gran dificultad y doy un paso hacia adelante, acomodando mi falda antes de girarme hacia él. Como ya es costumbre, tiene una evidente erección y su semblante es el de una persona completamente excitada y a punto de atrapar a su presa.

—Debo tener las pelotas muy azules; deben estar a punto de reventar. Cualquier día de estos lo harán.

Me río nerviosa ante su ocurrencia. Respiro profundo tratando de apaciguar mi corazón y mi respiración.

—Gabriel, no podemos seguir así. Tenemos que arreglar primero nuestra situación con Dominic.

Él lo piensa durante un momento, respirando profundo mientras se quita el abrigo, seguramente buscando que el frío de la noche baje su evidente excitación.

—Eso podría tardar un año. No creo ser capaz de esperar tanto tiempo —reflexiona, observándome casi suplicante; sus ojos brillan con ardor—. Te deseo.

La sinceridad de sus palabras se refleja en toda la expresión de su rostro, y es una confesión que me lleva a enfrentar el temor más profundo que he tenido desde que lo conozco.

—Sé que has sido un hombre sexualmente muy activo, y por eso también sé que muy seguramente te estoy empujando a buscar en otras mujeres lo que yo te estoy negando —mi voz se quiebra al final, y me llevo las manos a la cara porque estoy a punto de llorar.

Él toma mis manos con suavidad y las aparta de mi rostro, besando las palmas con ternura. Su mirada transparente me atrapa, llena de verdad y amor.

—Eso no va a pasar, yo solo te deseo a ti.

—¿Esperarás un año por mí? —no quería sonar así, pero mi pregunta se tiñó de un cínico escepticismo.

El ardor de su mirada me roba aún más el aliento, y luego una hermosa sonrisa se dibuja en sus labios carnosos.

—Estoy seguro de que perderé la cordura en el proceso, pero si ha de ser así, que así sea.

—No te creo —le digo, apartando mis manos de él de manera brusca.

Gabriel se acerca y toma nuevamente mis manos con suavidad, colocándolas sobre su pecho.

—Tory, parece que aún no entiendes quién eres tú para mí —nos miramos intensamente mientras Gabriel se humedece los labios —. Te has convertido en mi adicción, algo así como: «mi dosis

personal y exclusiva para el amor y el sexo». ¿Recuerdas que soy un hombre muy propenso a ellas?

—No bromees con eso —lo regaño mientras trato de contener las lágrimas que siguen acechando, aguijoneándome.

—Estoy hablando muy en serio. Quiero que entiendas lo que significas para mí. Ser adicto es tan contradictorio —frunce el ceño, y sus ojos al igual que sus pensamientos parecen perderse entre las luces de Nueva York. Su semblante, antes cariñoso y cercano, se torna… triste, afligido—. La adicción te lleva a momentos cumbre, divinos, casi orgásmicos… es una experiencia casi religiosa; pero después, cuando el objeto de tu adicción no está al alcance de tu mano, el caos parece reinar y te precipitas irremediablemente en un inmenso abismo de depresión, tristeza y soledad.

Él parece volver al presente, posando sus ojos nuevamente en mí.

—Tus palabras me asustan —le digo en un susurro, sin entender del todo a dónde quiere llegar con su alegoría.

—Lo que quiero decirte es que tú eres para mí como los dos lados de una misma moneda: alegría y tristeza, pasión y contención; bendición y maldición. Tenerte y poder amarte me llena de un inmenso gozo, pero también me produce un intenso dolor cuando

recuerdo que Dominic también te ama. Eso te convierte en «mi adorable maldición». Cameron va a explicarme sobre una maldición que pende sobre la sangre de los Morris, pero yo estoy seguro de que la mía, eres tú.

—No sé si sentirme halagada u ofendida —me quedo en *shock* con lo que acaba de decirme.

Gabriel me abraza y, con una de sus manos, retira mi cabello de mi rostro. El viento está fuerte y ha enloquecido mi melena.

—Halagada, mi amor, porque esta adicción lleva tu nombre escrito por todas partes, y de ella no quiero rehabilitación «nunca jamás». Para mí, eres única e irrepetible. Te amo, Tory, y nada va a cambiar eso. Es más, quiero mostrarte algo.

Gabriel saca del bolsillo una cadena doble de platino y se la coloca alrededor del cuello. En ella cuelga un dije delicado del mismo material, con un diseño preciso que parece formar letras entrelazadas, aunque no logro distinguir cuales son. Gabriel toma el dije entre sus dedos y separa cuidadosamente las letras, mis ojos se abren por la sorpresa: son una T y una G.

—A partir de este momento llevaré esta doble cadena con nuestras letras entrelazadas. Cuando tú y yo podamos estar juntos, «verdaderamente juntos», te pondré la cadena con la «G» alrededor

de tu cuello. En ese momento, todos sabrán que tú eres mía y que yo soy tuyo, porque ya no habrá nada capaz de separarnos. Entonces, podremos gritarlo a los cuatro vientos, sin miedo y sin temor.

Gabriel vuelve a unir las letras con cuidado y deja caer el dije en su pecho, mientras yo observo con arrobo nuestras letras entrelazadas sintiéndome completamente enamorada de este hombre.

—Es un detalle muy romántico y muy tierno de tu parte —toco el dije con mis dedos—. Me gustaría llevar mi «G»— digo con un pequeño puchero.

—Sería demasiado evidente, aún no Tory.

—Eso es cierto —digo con un dejo de tristeza.

Le doy un beso al dije que cae en el centro de su pecho muy cerca de su corazón.

—En cuanto tengamos solucionada nuestra situación con Dominic, quiero llevar la G en mi pecho —le digo determinada.

—Así será.

Lo miro, y aunque sé que esto de la cadena él lo tenía planeado, no se me escapa que ha querido desviar el tema del que veníamos hablando.

—Volviendo al tema anterior —Gabriel hace una mueca, sabe que no lo dejaré pasar—, ¿Qué pasa con lo del sexo? —insisto en el tema, aún no lo tengo del todo claro.

—Okey, debo reconocer que desde que conocí las gloriosas mieles del sexo, nunca había estado tanto tiempo prescindiendo de él, pero no ha sido tan catastrófico como esperaba. No te tortures más con eso.

Gabriel toma mi rostro entre sus manos y pasa sus dedos por mi piel con cariño, mientras me observa lleno de amor y ternura.

—Mis ojos solo te miran a ti. Mis pupilas se deleitan con el brillo inocente y dulce de tus ojos verdosos, no me canso de besar tu pequeña nariz respingona. No me canso de repasar con mi mirada tu delicada y grácil figura. Mi corazón solo palpita de emoción por ti cuando te veo; mis manos y mi cuerpo solo quieren buscarte a ti, Tory, solo a ti. Tienes que creerme, Pequeña.

Me suelto de su agarre y doy un paso atrás; me siento tan agobiada, tan insegura.

—Pero es que…

—Pero es que nada, no quiero hablar más de esto. Ven —me vuelve a abrazar y nos miramos de frente. Estoy absolutamente segura de que está a punto de cambiar de tema; lo conozco bien.

—¿Estamos bien? —me pregunta con cautela.

Decido ceder; no quiero cansarlo más con este asunto que solo demuestra una vez más, lo insegura y trastornada que estoy por dentro.

—Sí, lo estamos —me pego aún más a él y acerco su rostro a mi boca con mis manos, lleno su rostro y mandíbula de muchos besos rápidos, sonoros y húmedos—. Te juro que hay momentos en los que quisiera salir corriendo y desaparecer de la vista de todo el mundo —él frunce el ceño, mostrando una mezcla de dolor y sorpresa ante mis palabras—. Menos de ti, por supuesto.

Él sonríe feliz, y mis labios no hacen otra cosa que reflejarse en su sonrisa. Lo adoro.

—Me has leído el pensamiento; estamos muy conectados, Pequeña. He estado pensando en algo que me gustaría hacer contigo: quiero que me acompañes a pasar una semana de diciembre en mi país.

—¡¿Qué?! —ahora la sorprendida soy yo.

—Sí, ahora en diciembre. Me gustaría mostrarte cómo pasamos las navidades en un país como el mío. Es precioso, no te

arrepentirás.

—Aquí, en Nueva York, también lo es —respondo haciéndome la ofendida, con el orgullo neoyorquino a flor de piel.

—No lo niego, pero es… diferente. En mi país somos más tradicionales. Aquí, la Navidad es Santa Claus; en mi tierra, la Navidad es otra cosa, es el recordatorio de que Jesús, el hijo de Dios, nació hace más de dos mil años para salvarnos del «infierno».

Sus últimas palabras las dice con entonación y abriendo grandemente sus increíbles ojos castaños.

Me río de su gesto y le regalo un piquito juguetón en los labios.

—¿No hay árboles de Navidad ni canciones navideñas?

—Sí, las hay, igual que aquí, pero quiero que veas la tradición, el apego que hay en mi tierra a lo divino, a lo santo.

Estoy un poco asombrada del rumbo que está tomando esta conversación.

—No sabía que eras tan… ¿católico? ¿cristiano?

—Es imposible no serlo habiendo nacido y crecido en un país tan creyente como el mío, o teniendo a alguien tan espiritual dándome la lata como Dominic.

Dominic… nombrarlo nos hace mirarnos con tristeza.

—Todo saldrá bien con él, Tory.

—No sabes cuánto deseo que así sea —le sonrío para calmar un poco la tristeza que llega a nosotros en cuanto hablamos de Dominic—. Voy a pensar lo de diciembre, me hace mucha ilusión viajar contigo.

Gabriel sonríe satisfecho mientras juguetea un poco con nuestras narices.

—Ey, mírame —Gabriel coge mi mentón y lo alza suavemente.

—Nunca olvides que muero por ti.

—Yo también, Gabriel.

Sus labios se posan en los míos mientras me atrae hacia su cuerpo. Su beso es suave, tierno; así siempre comienzan sus besos, pero cuando su lengua entra en mi boca y se enlaza con la mía, la armonía y sensualidad decadente del beso lo cambia todo… todo se maximiza, se intensifica, y yo caigo rendida en medio de su abrazo, de su beso…

—Estuve tentado a no delatar mi presencia para ver hasta dónde eran capaces de llegar, pero he decidido que no quiero ver cómo se follan a mi hermana.

—¡Cameron! —le grito; a veces es tan grotesco al hablar, que no sé cómo defenderme ante semejante tipo de palabras.

Gabriel y yo nos separamos, pero mantenemos entrelazados los dedos de una de nuestras manos. Los ojos de mi hermano brillan llenos de picardía.

—Es mejor que lo sueltes, Tory, me llevo a Gael.

En cuanto escucho a mi hermano, me asusto; sé muy bien a dónde suelen ir a parar las salidas de Cameron cuando sale solo o con sus amigos.

—Cameron… no —susurro casi suplicante.

—No te preocupes, nada de follar, para eso te tiene a ti.

Al ver que abro los ojos desmesuradamente y que me sonrojo a más no poder, él pone cara de sorprendido, pero su voz suena totalmente cínica.

—¿No me digas que todavía no le has entregado la flor húmeda y tibia que hay entre tus piernas?

No salgo de mi asombro.

—¿Por qué eres tan basto conmigo? Soy tu hermana. ¡Dios mío! —me tapo la cara, qué horror, no sé de dónde saca todas esas palabras que, además de grotescas, solo llaman a sexo y a sudor.

Cameron mira a Gabriel, que se está riendo de la manera en que mi hermano me hace sonrojar. Traidor, debería estar

defendiéndome, pero a veces olvido que estos dos están cortados con la misma tijera.

—Pobre de ti, Gabriel —le dice Cameron, palmeándole el hombro con cara compungida—. Durmiendo con semejante bellezón todas las noches y sin poder catarla, con razón tienes esa cara de desahucio todos los días.

No aguanto un segundo más las palabras burlonas de mi hermano, y mucho menos a Gabriel riéndose de todas las chorradas que él dice.

—¡Me voy! —les digo a ambos, mirándolos muy enojada—. Ahí los dejo a los dos para que hagan lo que se les dé la gana, y con quien se les dé la gana.

—¡Tory! —me llama Gabriel tratando de agarrarme, ha notado que estoy realmente ofendida. Logro esquivar su mano mientras sigo mi camino hacia el ascensor que me llevará a mi piso, deseando en el fondo que Gabriel me siga, pero el muy ingrato no lo hace.

—Tranquila, Tory, solo voy a contarle a Gabriel sobre la maldición de los Morris. ¡Tory! Solo bromeaba.

No les hago caso y sigo mi camino hacia el ascensor.

—¡Te amo, Tory! Mañana nos vemos —grita Gabriel a mis espaldas.

¿Qué? ¿Significa que no dormirá conmigo? Eso me hace enfadar aún más.

Llego a mi piso y, para completar mi desazón, Trizia, mi confidente, no ha llegado. Debe estar en su tienda de modas, terminando de poner en exhibición toda su fabulosa colección de invierno.

Me meto en mi habitación y me tiro en la cama, aún enojada con ese par. Sin embargo, lo que más satura mi mente en este momento es recordar, una vez más, que Gabriel ha sido un hombre muy sexual, un mujeriego. Él mismo me lo confesó en su momento, y yo lo tengo a pan y agua. Por eso, esas salidas que a veces hacen solos él y Cameron, siempre me dejan muy preocupada y con un sabor amargo en la boca. Cameron es igual a como era Gabriel.

Dios mío, tengo que tomar una decisión. Yo lo deseo tanto como él a mí, pero no quiero añadir más culpas de las que ya siento con Dominic. Antes de tener sexo con Gabriel, es necesario aclarar nuestra situación con Dominic.

A veces me siento como la peor mujer del mundo: no soy buena para Dominic y tampoco soy capaz de darle a Gabriel lo que él necesita. Parece que no logro ser suficiente para ninguno de los dos.

Me encuentro en una terrible encrucijada, entre la espada y la pared.

Sexo con Gabriel, otra traición a Dominic.

Sin sexo con Gabriel, posiblemente se acueste con otra.

¿Qué haré, Dios mío? ¿Qué haré?

Capítulo 22

Gabriel

—¡Estás de coña!

—¿Tengo cara de estar bromeando? —contesta Cameron, arqueando una ceja.

Estamos viviendo un *déjà vu*. Ambos recordamos haber utilizado estas mismas palabras en otra ocasión, aunque en aquel momento fueron pronunciadas de manera inversa. Soltamos una carcajada al evocar ese recuerdo, mientras nuestras miradas se pierden en el lago del Central Park.

Cameron nos ha traído a un restaurante bar llamado The Loeb Boathouse Central Park. Nos hemos sentado en las mesas de la parte exterior con vistas al lago, y, pese a que es de noche, la iluminación del lugar permite apreciar las hermosas vistas. Él pidió una tabla de quesos mientras bebe su habitual martini con aceitunas extras, y yo, como siempre, un cóctel sin alcohol.

—Déjame ver si te entendí —mascullo mientras me arrebujo mejor dentro de mi cazadora de cuero. Las vistas son maravillosas, pero está comenzando a hacer un frío que pela—. Todo comenzó

hace algo más de treinta años con los primeros Morris malditos: los mellizos Damián y Daniel... Y, Daniel fue el chico que conocí cuando estuvieron todos los Morris aquí en Manhattan

—Correcto.

—Entiendo que la maldición fue rota hace más o menos un año, pero que los primos Damián y Daniel no quisieron dar detalles de cómo lo hicieron, simplemente juraron ante Dios y los hombres que así había sido.

—Correcto.

—Y ahora, ¿tú me dices que, pese a haber sido rota, todavía hay secuelas?

—Correcto.

—¿No tienes otra palabra en tu vocabulario?

Cameron hace un ligero puchero con los labios y, de manera displicente, me contesta:

—Correcto.

Resoplo, algo exasperado.

—¿Por qué dices que todavía hay secuelas?

—Recuérdame cuál es la maldición de «sangre» de los Morris. —Mierda, me siento como en la escuela.

—Esto es una estupidez, Cameron.

—Dilo —me apremia.

—La maldición inició con los mellizos Damián y Daniel. Ellos fueron maldecidos con toda maldición —mis palabras tienen un regusto cínico que no puedo evitar, porque no me creo ni una mísera palabra de todo este embrollo—. «Su maldición» se basaba en enamorarse sin remedio de la misma chica, pero parece haberse extendido a toda la «sangre» Morris, y por eso ha habido muchos problemas del corazón, sobre todo entre los hermanos Morris de la familia.

—«Nuestra maldición», querrás decir, eres un Morris. Y sí, así es. Los mellizos tuvieron su primer incidente hace muchos años, cuando aún eran adolescentes; Damián casi mata a Daniel por una chica. La cosa fue tan grave que su padre los mandó a vivir separados.

»Luego de eso, muchos años después, tengo entendido que volvieron a tener un incidente cuando Daniel se enamoró de Paulina. Él terminó casándose con ella, pero algo muy sórdido y oscuro pasó allí. Los mellizos lo mantienen en absoluto secreto.

—Que un par de hermanos sientan atracción por la misma chica puede llegar a pasar hasta en las mejores familias, sin que exista una maldición de por medio.

—Gabriel, desde que tengo uso de razón he visto repetirse esta misma historia como un bucle. Sucede con muchísima frecuencia entre los hermanos de nuestra familia, y somos una familia muy grande.

—Tú no tienes hermanos, y tengo entendido que Adrián tampoco —Adrián es el primo que más recuerdo de todos los familiares Morris que me fueron presentados—. ¿Eso quiere decir que ustedes la libraron?

—Él no tiene hermanos, tiene una hermana, igual que yo —Cameron sonríe algo turbado, rascándose un poco la barba corta del mentón—. En una ocasión, Adrián y yo nos fuimos a los golpes por una chica en la universidad. Ni él ni yo teníamos necesidad de hacerlo, nos llovían las mujeres. Pero fue algo que se nos escapó de las manos. Luego, Adrián y yo hablamos de aquello y arreglamos las cosas entre nosotros; siempre hemos sido cercanos y no queríamos quedar enemistados.

—No puedo creerlo —sé que el asombro y la incredulidad son muy visibles en mi expresión. Sigo sin poder encajar esta historia como algo verdadero. No creo en cuentos de brujas, ni en calabozos ni dragones.

—Yo tampoco lo creía hasta lo sucedido con Adrián. A partir de ese momento, comencé a creer seriamente que la maldición era real. Además, si me quedaba alguna duda, me convencieron los demás casos que comencé a escuchar de todos los primos que tenemos regados por todo el mundo. Incluso, hay un par de gemelos que viven juntos de manera oficial con la misma chica.

—No, esto no puede ser. ¿A qué clase de familia he sido obligado a pertenecer?

La petulancia y la arrogancia de Cameron parecen florecer al cuestionar el legado Morris.

—A la más exclusiva y selecta del mundo. No te quejes, somos famosos, forrados en dinero, extremadamente atractivos y besados por el dios del sexo.

Resoplo nuevamente.

—Me bastaba con ser atractivo… —lo pienso un poco más detenidamente—, y obviamente lo del dios del sexo me queda como anillo al dedo, pero lo demás no me interesa, te lo regalo —rezongo de mal humor.

Cameron sonríe ante mi rabieta. Hacemos un largo silencio mientras comemos y bebemos un poco; yo aún sigo sin tenerlas todas conmigo.

—¿Por qué le llaman la «Maldición de Terry»? ¿Quién es Terry?

—Y yo qué coño sé —protesta Cameron, encogiéndose de hombros—. Eso es otro misterio que los mellizos no se han dignado a contar. Hay muchas cosas ocultas y tumultuosas sobre el origen de la maldición. Lo único que sabemos es lo que ellos han querido compartir: que la maldición arrancó con ellos y que fue rota por ellos. Pero como ya te dije, aún hay secuelas.

La mirada elocuente que Cameron despliega sobre mí me provoca un escalofrío que me traspasa hasta los huesos.

—¿No te parece muy familiar… esto del amor por la misma chica? —Cameron deja la pregunta en el aire, esperando a que entienda su intención.

He dejado de respirar, eso es seguro; en cuanto reacciono, me zampo el cóctel hasta el fondo, deseando con todas mis fuerzas que el maldito estuviera saturado de licor.

—Me imagino que te refieres a Dominic y a mí.

—No, imaginas mal. Me refiero a Dominic, Dorian y tú.

¡Maldita sea! Una punzada helada se despliega por todo mi vientre. ¡No puede ser! ¡No puede ser!

—Dorian siempre ha bebido los vientos por mi hermana, y luego llegaste tú a hacer exactamente lo mismo.

—¡Qué… fuerte! —es lo único que alcanzo a modular ante la cantidad de dudas e interrogantes que esto despierta en mí—. Me pareció entender que la chica involucrada tendía a sentirse atraída por todos los Morris que la pretendían.

—¡Sí! —es la respuesta escueta y fulminante de Cameron.

Mi inquietud debe ser muy evidente, ya que Cameron frunce el ceño y se lame los labios con nerviosismo, algo que jamás había visto en él.

—¿Hay algo que yo no sepa sobre la relación entre Tory y Dorian? —siempre me ha parecido muy extraño ese sentido de pertenencia y posesividad que despliega Dorian sobre Tory.

Cameron se recuesta indolente en su silla mientras lanza una aceituna al aire, que luego atrapa con la boca. Comienza a masticarla lentamente, mientras sus ojos esmeralda resplandecen.

—Joder, quisiera un puto cigarro —clava su mirada en mí mientras me evalúa, parece debatir si debe hablar o no—. No quiero que juzgues a mi hermana, era solo una niña rota, llena de traumas, que se dejó deslumbrar por la atención y el cariño que los gemelos le dieron a manos llenas.

Cameron hace una pausa, observando mi reacción.

—Habla —susurro en voz baja, con una tensión difícil de disimular.

—Tory tendría tal vez unos catorce años. Ella les tenía mucho cariño a los gemelos, pero hubo un momento en que creí que se decidiría por Dorian. En aquel tiempo, él no era como lo ves ahora. Dorian era un chico tranquilo, amigable, incluso dulce. Cambió muchísimo cuando Tory se decantó por Dominic, y empeoró cuando mi tío prácticamente lo obligó a ayudar a su gemelo con partes de su cuerpo, ya sabes: riñón, parte del hígado, sangre, etcétera, etcétera.

—¿Eso es todo?

—Hasta donde yo sé, sí.

—¿Hasta dónde tú sabes? ¿Qué me ocultas, Cameron?

El que se ha convertido en un hermano para mí desde que llegué a Nueva York respira profundo, pasándose las manos por el rostro varias veces, como tratando de despejarse. Su actitud me aterroriza. ¿De qué mierda debo enterarme ahora?

—No quiero que juzgues a mi hermana. Sabes lo jodida y rota que está.

—No la estoy juzgando, ¡la amo, Cameron! Pero tienes que entender que, si toda esa chorrada que me acabas de contar sobre

«las brujas de Salem» es verdad, eso puede afectar muchísimo mi relación con ella. Prácticamente me estás diciendo que esa puta maldición podría estar trastornando a Tory en cuanto a lo que realmente siente por mí.

La expresión de Cameron se vuelve acerada y desafiante.

—No te confundas, Gabriel, ella te ama, real y genuinamente te ama. Si no fuese así, jamás habría traicionado a Dominic.

Trato de encajar el golpe de las palabras de Cameron con respecto a Dominic.

—Si hay algo más que deba saber sobre Tory, dímelo. Amo a tu hermana sin sentido y sin razón, y haré lo que sea por ella, pero necesito saber a qué me estoy enfrentando —lo miro con intensidad y frunzo el ceño, adoptando la expresión que reservo para cuando estoy a punto de irme a los golpes con alguien—. Además, me está cabreando muchísimo que todo lo que me estás soltando sea a cuentagotas. Ya estoy muy grandecito para eso. ¡Habla!

Cameron expulsa todo el aire de sus pulmones, y lo entiendo como una rendición de su parte.

—Cuando Tory tenía diecisiete años, Dominic terminó su noviazgo con ella porque estaba muy enfocada en él. Tory no quería

salir a divertirse ni ir a la universidad, así que Dominic tomó una decisión radical.

—Sí, algo recuerdo, Dominic me lo contó. Terminaron durante casi seis meses.

—Sí, así fue. Dorian aprovechó ese tiempo para perseguir a Tory. Me pareció que la situación entre ellos se había suavizado y la vi un poco más accesible a Dorian. Pero después sucedió lo del riñón de Dominic, y ella tuvo un horrible ataque de pánico. A partir de eso, volvió a enfocarse en Dominic, rechazando cualquier acercamiento de Dorian, y así ha sido hasta el día de hoy.

Las palabras de Cameron me dejan perturbado, y refuerzan aún más mis dudas sobre los verdaderos sentimientos que Tory alberga por mí. Mis inquietudes vuelven a ser evidentes en mi rostro, porque Cameron comienza a hablar con determinación, de manera acelerada, y con un pequeño toque de desesperación.

—Nunca, por favor, nunca dudes del amor que mi hermana siente por ti. Jamás la había visto actuar de la manera en que lo hace contigo. Lograste separarla de Dominic, nadie había podido hacerlo, ni siquiera el mismo Dominic —Cameron traga saliva y su voz se quiebra un poco—. Ella se ve tan feliz a tu lado; sus ojos brillan de emoción cuando te ve, y toda su expresión se ilumina

cuando la tocas. ¿Crees que no lo noto? Incluso sonríe más a menudo. Es mi hermana y la conozco como a la palma de mi mano; por eso puedo asegurarte que está profundamente enamorada de ti.

Los ojos de Cameron brillan peligrosamente, que son inevitablemente un reflejo de los míos, ya que sus palabras han calado profundamente en mi alma. Cameron se pasa las manos rápidamente por el rostro, y yo aprovecho para hacer lo mismo. Somos hombres, y cuando lloramos preferimos hacerlo donde nadie nos vea. Sí, ya lo sé, suena a machismo retrógrado del siglo pasado, pero así soy yo, y parece que mi nuevo hermano de corazón comparte mi opinión.

Cameron sonríe sinceramente y sé que lo hace por Tory, sin todo el artificio que normalmente utiliza para mostrarse insensible e inaccesible.

—Hasta comparte su cama contigo —dice en tono jocoso.

—No es lo que crees —le aclaro.

—No me importa lo que hagas en la cama con mi hermana, siempre y cuando la ames y la cuides como se debe. Lo importante aquí es el hecho, la acción: ella nunca ha hecho eso con nadie, ni siquiera con Dominic.

—Lo sé.

La mirada de Cameron brilla llena de emoción.

—Llegué a pensar que ella jamás sería feliz —la mirada esmeralda, franca y sincera de Cameron es tan profunda que me inmoviliza—. Nunca tendré cómo pagarte la felicidad que has traído a la vida de mi hermana.

—No hay nada que pagar, la amo y solo quiero verla sonreír. Pero déjame decirte que esto de la maldición de «sangre» de los Morris es una jodida mierda. Y lo que no te voy a perdonar es que no me lo hayas contado antes.

—No podía hacerlo antes, no eras oficialmente un Morris. Pero para que te quedes tranquilo, debes saber que, pese a la maldición y los problemas que ha traído en los últimos treinta años, en la familia hay buenos matrimonios Morris. La chica en cuestión siempre se decide por su amor verdadero, y no tenemos divorcios en nuestra familia; todos están felizmente casados, y los Morris rechazados terminan encontrando a su media naranja.

—Para ti… —sonrío antes de preguntar burlón—… ¿Yo soy el amor verdadero de Tory?

—Indudablemente —lo dice sin un ápice de duda—. Tú eres el amor de su vida, y sé que la familia alrededor también se ha dado cuenta. Estoy seguro de que tío Joseph, Livi, Trizia y hasta el mismo

Dorian lo han percibido. El que parece seguir completamente ignorante es Dominic. No sé cómo han hecho para ocultárselo, con solo mirarlos se puede palpar ese hilo de tensión sexual y de amor que se profesan a borbotones.

Al recordarla, una sonrisa, muy probablemente bobalicona, se dibuja en mis labios.

—Tu hermana me tiene atrapado entre sus garras, Cameron. Si ella renuncia a mí, no sé si seré capaz de soportarlo.

—Si renuncia a ti, no será porque no te quiera, sino porque está jodida y se cree maldita.

Esas afirmaciones me hacen recordar que yo le dije que ella era «mi adorable maldición». No recordaba que Cameron y yo ya habíamos hablado de que ella, en algún momento crítico de su vida, se consideraba a sí misma de esta manera.

Respiro aceleradamente, no sé si la jodí. Tengo que hablar con Tory y hacer un control de daños con ella; no estoy seguro de si lo que le dije la puede afectar de manera negativa. ¡Mierda!

—Gael, prométeme algo —Cameron no se ha dado cuenta de mi turbación.

—Si tiene que ver con Tory, cuenta con ello.

Sonríe satisfecho.

—Que lucharás por ella, incluso contra ella misma.

—Dalo por hecho, te lo prometo.

Capítulo 23

Gabriel

No supe en qué momento llegué al ático de Cameron, ni tampoco recuerdo cuándo entré en mi habitación. Toda esa jodida mierda de la maldición de los Morris y lo de Dorian han dejado mi cabeza hecha un hervidero de pensamientos fluctuantes e inconexos. Y, como si eso no fuera suficiente, estoy seguro de haberla jodido a lo grande con Tory diciéndole que era «mi adorable maldición». En el momento que se lo dije no pareció afectada de manera negativa… ¿o sí? Me rebano los sesos trayendo a mi memoria ese pedazo de conversación con ella, y… ¡Mierda! ¡Joder! ¡Maldita sea! Ella manifestó que no sabía si sentirse halagada u ofendida. ¡Demonios! «Bien hecho, Gabriel, parece ser que terminaste de joderla con eso».

Sin encender las luces de la habitación y valiéndome de la iluminación que entra por entre las cortinas, me quito la ropa a toda mecha, dejándome solo los bóxer. Me voy directo a la cama y, antes de treparme en ella, me sorprendo al ver el perfecto contorno del cuerpo de Tory, sentada en ella… mirándome. No me había dado

cuenta de que ella estaba aquí; estaba tan perdido en mis pensamientos que… no reparé en su presencia.

Hay algo diferente en esta situación respecto a las anteriores en las que hemos dormido juntos: jamás nos hemos desnudado por completo; yo siempre me he dejado, por lo menos, los pantalones, y ella su falda. Pero en este momento, está completamente desnuda, sentada en mi cama.

Estoy entre choqueado y fascinado con esto. Camino con lentitud los dos pasos que aún me faltan para llegar y subirme a la cama. En cuanto lo hago, me siento frente a ella y la observo con cariño. Es la chica más adorable, dulce y tierna que jamás he conocido.

Tory, instintivamente, intenta cubrir sus pechos con las manos, pero parece arrepentirse y vuelve a dejarlas en su regazo. Creo que ha tomado una decisión con respecto a nosotros y nuestra intimidad, aunque no estoy muy seguro de dónde me deja eso a mí. La deseo, y lo hago a muerte. Pero no sé si al sucumbir a nuestros deseos, eso podría afectarla mañana, cuando despierte y tenga que enfrentarse a un Dominic acostado en una camilla de hospital.

—Tory —digo su nombre en un susurro, levantando mi mano para acariciar su mejilla con el dorso de mis dedos—. No es

necesario que hagamos esto.

Ella, armándose de valor, se acerca más a mí y luego se sienta a horcajadas, pegando su pecho contra el mío. Esta posición hace que su pequeño coño aprisione mi erección, que ha comenzado a expandirse de manera vertiginosa. Un jadeo, casi un gruñido, sale de mis labios porque nunca la he tenido de esta manera, pegándose a mí tan libre y abierta, permitiéndome sentir su calor y su aroma a jazmín.

—Tory, ¿qué haces?

Sus manos temblorosas se posan en mis hombros y me mira a los ojos. La luz que entra desde afuera me permite ver el brillo de deseo y temor, a partes iguales, que titila en ellos.

—Quiero que me hagas el amor, no quiero esperar más.

Conozco de sobra los motivos por los cuales me pide esto, y… quisiera ser un mejor hombre y decirle que no es necesario, que puedo esperar. Pero la sangre de todo mi cuerpo bulle enloquecida y comienza a concentrarse en mi otra cabeza, la que tengo en medio de mis piernas, y esta empieza a tomar el control de la situación.

No puedo evitar que el deseo ardiente de hacer mía a Tory tome el control. No hay nada más que decir ni hacer al respecto. En este momento, permito que mi parte más primitiva y salvaje se haga

cargo de la situación. Estoy enardecido y muy exaltado porque la mujer que deseo con toda mi alma y corazón está en celo, y me quiere a mí, solo a mí.

Mis manos y dedos comienzan a deslizarse suavemente por su delicada espalda. Me deleito en esa piel tibia y tersa que tantas noches he mimado, pero que hoy, por fin, podré conquistar y subyugar a mis deseos. Mis labios no tardan en lamer y besar su rostro. Dios, cuánto deseo a esta mujer. El poco control que me queda se sigue diluyendo, y estoy a punto de dejar de ser suave y comedido.

Una de mis manos agarra su cabello con rudeza, mientras mis labios dominan los suyos en un beso cargado de pasión y entrega. Me la estoy devorando en este beso, pero ella no se amilana; responde de igual manera, está decidida a esto, y yo, por supuesto, también.

Mi otro brazo se ajusta a su cintura, empujándola firmemente hacia abajo para que sienta los estragos que está ocasionando en mi polla, que ahora está completamente firme, lista para ella. Comenzamos un vaivén juntos, moviendo mis caderas contra las suyas, un ritmo que ella entiende perfectamente y me sigue, dejándose llevar. Mi chica aprende rápido.

Me alzo un poco, llevándola conmigo para acostarla boca arriba. Quiero verla, saborearla, adorarla. Ella se deja hacer. Cuando la tengo completamente acostada, me quito los bóxer ante la atenta mirada de Tory, que observa tanto mi cuerpo como mi erección, lista para la acción. Tory se lame los labios, y puedo imaginar perfectamente el rubor que debe estar poblando sus mejillas y su cuello. No quiero perderme esto.

Me acerco a la mesa que está junto a la cama y enciendo la lámpara; quiero verla. Siempre que hemos jugado en la cama, ha sido en medio de una semi-oscuridad. En cuanto la luz tenue de la lámpara se enciende, Tory encoge sus piernas y cubre sus pechos con las manos. Sonrío un poco; ella es dulcemente inocente. Mi cuerpo se enciende aún más, como si fuera lava al pensar en todas las cosas que le voy a enseñar, en el mundo de experiencias que aprenderá conmigo y en lo mucho que disfrutaremos del sexo juntos.

Todo lo que aprendí en mi vida para hacer inmensamente feliz a una mujer en la cama, lo aprendí por y para Tory, ahora lo sé, ahora lo entiendo. Desde que era muy joven, todo lo relacionado con el sexo despertó en mí una gran curiosidad, y decidí emplearme a fondo y exhaustivamente para convertirme en un experto. Pero lo

que no sabía es que lo hacía para el día en que encontrara a mi verdadero amor. Juro por Dios que haré feliz a Tory de todas las maneras en que un hombre puede hacer feliz a una mujer: en cuerpo, alma y corazón.

Me acuesto a su lado, y mis manos comienzan a acariciar suavemente su vientre plano y suave.

—Déjame ver tus pechos, Tory. Voy a acariciarlos hasta llevarte al cielo —sus ojos están húmedos de excitación—. Te amo, Pequeña.

—Yo también te amo —responde, mientras retira sus manos y estira nuevamente sus piernas.

Me acuesto encima de ella, dejando mi rostro cerca de sus hermosos pechos redondos y firmes, del tamaño perfecto para su cuerpo y para que mis manos los puedan abarcar. Mis dedos comienzan a dibujar círculos alrededor de ellos, y ella jadea, cerrando los ojos.

—Adoro tus pezones. Nunca había visto unos pezones color rosa con una puntita tan pequeña como la tuya. Son divinos, mi amor, los amo.

Mientras mi lengua y mi boca comienzan a recorrer uno de ellos, lamiendo, chupando y mordisqueando, una de mis manos se

aposenta en medio de mi perdición y mi paraíso: su coño. Ese que quiero conquistar, ese que quiero hacer solo mío.

Las manos de mi chica juguetean con los rizos de mi cabello mientras mis caricias en sus pechos y su coño van subiendo de nivel, haciendo que los quejidos y jadeos de Tory se vuelvan más frenéticos e imparables. Decido intensificar este momento porque, aunque aún no la he penetrado, siento que estoy a punto de correrme sin siquiera haber entrado en ella. Mierda.

Mis labios comienzan un descenso húmedo y vertiginoso desde sus pechos hasta la pequeña mata de rizos castaños que tiene entre las piernas. Nunca he puesto mi boca en este lugar; esta será la primera vez. Hasta ahora, solo la he tocado y se ha corrido todas las veces.

Cuando mis labios se aproximan a su coño, ella jadea de manera entrecortada y abrupta. Mierda, se correrá con solo pasarle la lengua. Es tan receptiva, y yo me siento el cabrón más afortunado del mundo. Beso y lamo sus muslos mientras introduzco dos de mis dedos con cuidado en su coño. Sé que es virgen, así que hago esto despacio, sin brusquedad, de manera lenta y agónica. Tory se queja, he bajado el ritmo.

—Gabriel, ¿por qué te detienes?

—¿Quieres mi boca aquí? —le pregunto mientras paso suavemente mis dedos por su clítoris.

Ella gime, levantando un poco sus caderas. De inmediato, observo cómo un precioso sonrojo se extiende por casi todo su cuerpo.

—Sí, sí —me dice, ahogada.

Sin dilatación, acerco mis labios a su coño mientras abro sus piernas todo lo que puedo con mis manos. Soy un maestro del cunnilingus; sé perfectamente cómo hacerla disfrutar sin que se corra demasiado rápido. Abro su flor, y mi lengua comienza un movimiento lento y agónico sobre su clítoris.

—¡Dios! —gime Tory, llevándose las manos a la cara para luego agarrarse el cabello con fuerza. Ella levanta un poco las caderas, buscando más fricción, pero con mi antebrazo la inmovilizo, pegándola a la cama.

Sigo torturándola con mi lengua mientras escucho sus gemidos y súplicas, pidiéndome que sea más rápido, más fuerte, pero yo sigo sin ceder.

—Disfruta, amor, cierra los ojos y disfruta —le susurro mientras vuelvo a abrirla, y mi lengua regresa al ataque sobre su clítoris.

Empiezo a frotarme contra la cama, buscando algo de fricción para mi polla, moviendo mis caderas al ritmo de sus gemidos. Mi lengua acelera sus movimientos, succionando su clítoris para llevar a Tory al desenlace que tanto anhela. Solo pasan unos segundos antes de que ella comience a alcanzar el cielo.

—Ya, ya... oh, Dios…

Ella habla entre gemidos y jadeos entrecortados mientras me agarra nuevamente del cabello. Mi chica comienza a convulsionar, y yo mantengo mi lengua en su lugar para que el orgasmo de Tory sea largo y lo disfrute al máximo. Ella gime, y sus fluidos orgásmicos caen sobre mi lengua; yo estoy a punto de correrme encima de las sábanas.

Cuando noto que ella ha comenzado su descenso del clímax, dejo caer una saliva grande y jugosa encima de su clítoris. Luego, me siento sobre mis talones entre sus piernas, abriendo sus muslos ampliamente. Con una de mis manos, agarro mi polla que está imposiblemente dura, y empiezo a masturbarme de manera violenta.

—¡Tócate, Tory! —le ordeno, y ella me observa jadeante en medio de su neblina post-orgásmica—. Hazlo, Tory, tócate —le digo una vez más, con mis ojos fijos en su coño húmedo—. Haz de cuenta que soy yo quien te toca.

De inmediato, ella comienza a tocarse como lo hago yo y cierra los ojos. Es tan hermosa, tan dulce, tan rota… la amo, la quiero, la cuidaré, la protegeré. Entre más pienso en lo que siento por ella, parece que mi erección creciera aún más y mis testículos se contraen. El calambre que siento en el bajo vientre anticipa que me voy a correr, y que lo haré de manera estruendosa.

El primer chorro cae sobre su mano. Ella la aparta y se apoya en sus codos sobre la cama para poder ver mejor lo que estoy haciendo con mi polla y su coño húmedo. Acerco mi polla a su entrepierna mientras sigo masturbándome. Un gruñido sale de mi boca cuando el semen comienza a salir de mí como si fuese una manguera abierta chorreando agua. Mi semen cae sobre su coño, su estómago, y cuando siento que estoy próximo a mi última expulsión, me levanto un poco y acerco mi polla a su cara para inundarla de mi semen.

Gruño y gimo en un quejido agónico y catártico. Mierda, ver a mi chica cubierta de mi semen es la cúspide orgásmica más alta a la que he llegado jamás. Ella cierra los ojos, y parte del semen en su cara se escurre y cae sobre sus pechos.

—Te amo, Gabriel, te juro que te amo —ella saca su lengua para lamer una parte del semen que le ha caído cerca de los labios,

y yo… yo siento que no hay nada más hermoso y perfecto en el universo que Victoria Evans.

Prácticamente me dejo caer encima de ella, y las ganas de llorar se apoderan de mí. Nos consumimos en un beso profundo, pasional… cargado de un amor infinito, mientras nuestras piernas y brazos buscan la manera de encajar, para que no quede un solo resquicio de piel sin tocarse, buscando desesperadamente convertirnos en uno.

Cuando por fin nuestro beso termina, nos miramos profundamente. Sus ojos están húmedos y los míos también. Este momento ha sido mágico, hermoso, es prácticamente… nuestra primera «No» vez.

—¿Por qué no me hiciste el amor? —su pregunta tiene un pequeño tono dolido.

—Te hice el amor, Tory. No te penetré, pero todo lo que hicimos definitivamente es sexo. Te hice el amor.

Una leve sonrisa se dibuja en sus labios mientras sus dedos rozan los míos. Su mirada, llena de adoración, es tan intensa que, de no estar acostado, caería de rodillas ante ella.

—No quiero perderte —me dice con la voz entrecortada.

—Y no me perderás. Soy todo tuyo.

—Soy toda tuya.

Me pongo boca arriba y apago la lámpara.

—¿No vas a ir a la ducha? —le pregunto—. Estás muy salpicada de mi pasión.

—No, quiero seguir empapada de tu pasión.

Joder, ¿cómo no amar a esta chica con las cosas que me dice? La abrazo y ella apoya su cabeza en mi hombro, enredando su cuerpo con el mío. Una de sus manos descansa en mi pecho justo encima del dije, que de alguna manera ha sellado este momento mágico y único de nuestras vidas.

Cierro los ojos y le pido a Dios que me perdone por lo que le estoy haciendo a Dominic. Le pido que llene mi boca con las palabras adecuadas para explicarle a mi hermano lo que nació entre nosotros y que no pudimos evitar. También le pido que me dé la oportunidad de hacer feliz a esta chica rota y llena de traumas, pero que me hace tan inmensamente feliz. De alguna manera, siento que su alma es muy afín con la mía, que también está llena de turbulencias y oscuridades.

Por alguna rara razón, siento que Dios me ha escuchado, y una paz infinita me invade mientras siento cómo Tory llena mi pecho de besos, para luego volver a acomodarse.

—Hasta mañana, amor mío.

—Hasta mañana, Pequeña Tory.

Capítulo 24

Gabriel

—No sabía que las cosas entre ustedes habían llegado tan lejos…

El rostro de mi madre está desencajado, y la verdad es que no la culpo. Ella vino a buscarme muy temprano esta mañana y nos ha encontrado a Tory y a mí en la cama, abrazados y desnudos, e incluso el semen seco en el rostro de Tory era demasiado evidente.

Por supuesto, el bochorno avergonzado de Tory no le permitió mirar a mi madre a los ojos, y solo pudo emitir un «buenos días» atropellado mientras se cubría con una sábana y se metía al baño a toda carrera. Mi madre me lanzó una mirada entre perpleja y dolida, y de sus labios salió un balbuceo algo machacado que logré entender como: «te espero en el salón, necesitamos hablar».

Tory y yo, hasta esa mañana, habíamos sido muy cuidadosos. Desde que comenzamos a dormir juntos, nos arrastrábamos de la cama del otro al amanecer, pero en esta ocasión, se nos pegaron las cobijas y mi madre nos sorprendió.

Después de que mi madre nos dejara a solas, hice todo lo posible por calmar a una Tory que estaba hecha un manojo de

nervios y profundamente avergonzada. Cuando por fin logré que se tranquilizara un poco, bajamos juntos. Tory, por supuesto, seguía sin poder mirar a mi madre a los ojos, pronunció un «adiós» casi inaudible antes de salir disparada de mi piso.

—Joseph y yo sospechábamos que entre ustedes había nacido un sentimiento especial, que iba más allá de una simple amistad —mi madre está sentada a mi lado. Al llegar al salón, quise sentarme lejos, pero ella se acercó para poder mirarme a los ojos mientras hablamos. Además, estoy seguro de que no quiere perderse ninguno de mis gestos para evaluar si, en algún momento de esta conversación, le estoy mintiendo—. Pero de ninguna manera pensé que te habías atrevido a tanto.

—Madre, creo que ya estoy bastante grandecito para…

—¡Gael! —me interrumpe. Mi madre cierra sus ojos marrones con fuerza, y sé que está buscando la paciencia necesaria para no ponerse a gritar como una madre desesperada. Respira profundo y vuelve a abrirlos, muy determinada—. Nunca me he metido en tus asuntos, y lo sabes. En muchas ocasiones te encontré con tus amigas en situaciones similares y hasta peores, pero esto, Gael, es diferente. Tory no es cualquier chica; «es la novia de Dominic».

El tono de reproche y de absoluta decepción en la voz de mi madre me molesta. No me hablaba así desde que dejé de ser un desecho reprobable de la humanidad. Como me está molestando, trato de salirme por la tangente.

—Con todo respeto, madre, no tienes autoridad moral para reclamarme sobre esto. Recuerda que hace poco te encontré con Joseph gozando en medio de tus piernas.

En cuanto las palabras salen de mi boca, quiero retirarlas. Ya le había pedido perdón por tratarla de mujerzuela, y ahora vengo y le digo esto. Mi madre respira profundo, contiene el aire, pero me sostiene la mirada.

—Lo siento, madre —digo de inmediato—. Siento lo que acabo de decir. Lo que realmente quería expresar es que no soy un adolescente; sé perfectamente lo que estoy haciendo.

—No lo creo, hijo. Eres un empotrador de clase mundial, un ligón muy seductor que, cuando se cansa de una mujer, pasa a otra como quien se cambia de bóxer. Ella…

—Madre… —la freno, asombrado. ¿Mi madre me llamó «empotrador»? Creo que su amistad con Trizia la está echando a perder.

—¡No! Déjame terminar. Esa chica está rota, Gael, ¡rota! ¿Qué va a pasar cuando la dejes tirada porque te cansaste de ella?

—No la voy a dejar. Ella me importa.

Escucho la risa cínica de mi madre; no me cree.

—Por favor, hijo, te he visto con una incontable cantidad de mujeres de todos los colores y sabores. Algunas te duraron más que otras, y hasta donde sé, según tú, las que más te duraron fue porque estabas muy encoñado porque tenían un coño…

Mi madre parece atascarse al no recordar el término. Sigo completamente asombrado al escucharla hablar en términos tan coloquiales sobre sexualidad; jamás la había oído hablar así, aunque tampoco nunca habíamos hablado tan abiertamente de mi vida sexual.

—Coño vudú —le completo la frase, tratando de ocultar una sonrisa.

—¡Eso! ¿Qué va a ser de la pobre Tory cuando se te pase el «vudú»?

—No he tenido suficiente sexo con Tory como para estar encoñado. Y no la voy a dejar en la estacada, simplemente porque la amo.

Ella me observa detenidamente, escudriñando cada uno de mis gestos, como si intentara leer mi mente a toda costa.

—Es muy difícil para mí creerte. Te conozco, hijo.

—Sí, es cierto, me conoces muy bien. Entonces responde esto: ¿cuándo tú y Camila me han oído decir que amo a una chica?

Mi madre parece escanear su memoria a la velocidad de la luz, lo evidencian los movimientos enloquecidos de sus ojos marrones, buscando en sus recuerdos si alguna vez dije amar a alguien. No lo va a encontrar.

—No… nunca lo has dicho —admite finalmente, vencida, y parece mirarme con nuevos ojos, como si acabara de descubrir algo nuevo sobre su hijo. Y, efectivamente, así es.

—Mami —le digo con cariño, mientras cojo sus manos entre las mías y trato de imprimir en mi mirada la verdad de lo que siento por Tory—, estoy perdidamente enamorado de Victoria Evans.

—Pero hijo, deberían haber esperado a aclarar las cosas con Dominic. ¿Es que no te das cuenta de que lo «estás» traicionando? O mejor dicho, lo «están» traicionando, porque es por partida doble.

—No te alcanzas a imaginar todo lo que Tory y yo hemos hecho por apartarnos. Lo hemos intentado todo, y no ha sido posible.

La desesperación parece apoderarse de mi madre mientras retira sus manos de entre las mías.

—¡Puedes tener a la mujer que quieras, hijo! Eres joven, guapo, sexy, lleno de salud y vida, y ahora incluso tienes dinero y prestigio. No deberías estar arrebatándole a tu hermano enfermo y agonizante la única mujer que ama.

Cierro los ojos de golpe mientras siento cómo la culpa invade cada centímetro de mi ser, lacerándome con alevosía y dejándome casi sin aliento.

—¿Crees que no me lo he repetido un millón de veces? Al principio, cuando este sentimiento comenzó a apoderarse de mí, recordaba una y otra vez, hasta el cansancio, todo lo que Dominic hizo por mí cuando estaba perdido en las drogas y el alcohol. Y también, soy muy consciente de que podría tener a cualquier otra mujer. Sé lo injusto que es esto para él. Pero no pude evitarlo, madre, no pudimos.

Mi madre se lleva las manos a la boca y contiene un sollozo. La abrazo y ella apoya su cabeza en mi hombro.

—Le van a destrozar el corazón a Dominic. Si por lo menos hubiesen esperado a hablar con él, no sería una traición; en este momento, ya lo es.

Otro golpe que debo encajar. Soy culpable y un ser despreciable.

—Todo lo que has dicho, madre, lamentablemente es cierto. Me siento completamente indefenso ante esto que siento por Tory; ella consume mis entrañas. Amo a Tory como nunca he amado a ninguna otra mujer.

—Por lo que veo, ella te corresponde.

Asiento mientras mi madre se aparta de mí. Su mirada, llena de lágrimas, me alcanza y no sé qué hacer o decir para calmarla.

—Siempre esperé con entusiasmo el día en que te enamoraras, y pensé que cuando eso ocurriera, saltaría de felicidad e incluso haría una fiesta. No puedes imaginarte el dolor y la decepción que siento al saber que te has enamorado precisamente de la única mujer en el mundo que no podías tener.

Sus palabras, cargadas de dolor, decepción y un profundo reproche, me lastiman profundamente y se clavan aún más hondo porque sé que son una verdad absoluta.

Mi madre se pone en pie y comienza a caminar hacia el ascensor.

—Nos vemos en el hospital. En una hora salgo a visitar a Dominic.

—Okey, madre. Allí nos vemos.

***

A veces me pregunto quién allá «arriba» me odia tanto como para haber vuelto mi vida un completo caos aquí «abajo». Mi vida no volvió a ser la misma desde agosto, cuando Camila conoció a Zavier, y luego todo se precipitó como una torre de naipes sobre mí cuando llegué a Nueva York. Y pese a todo ello, tengo que admitir que nunca en mi vida me había sentido más vivo y feliz, porque definitivamente lo soy desde que Tory apareció en mi vida. Por lo cual, toda, toda la mierda que me está cayendo encima ha valido mucho la pena.

Tory y yo estamos llegando un poco tarde a la visita familiar a Dominic. Ella no quiso salir tan temprano para no encontrarse con mi madre. Sabemos que solo Joseph podrá ingresar a la habitación, y que todos los demás podremos mirarlo y saludarlo desde fuera.

Aún no he hablado con Tory sobre lo que pasó entre nosotros la noche anterior, y mucho menos sobre lo preocupado que me siento por haberla llamado «mi adorable maldición». Está muy perturbada porque mi madre nos haya encontrado con las manos en la masa. Además, en este momento estamos llegando a visitar a

Dominic, así que tendré que dejar esta conversación para otro momento.

—Déjalo estar —le digo mientras seguimos caminando hacia la habitación de Dominic.

—Se lo dirá a tío Joseph, no podré volver a mirarlo a la cara —Tory abre los ojos desmesuradamente y detiene su caminar—. ¿Qué pensará el tío Joseph de mí? ¿Que soy una cualquiera? ¿Que soy...?

—Que eres una chica maravillosa y que yo te seduje. Eso es lo que va a pensar.

Su rostro se suaviza un poco, aunque sigue abochornada.

—Eso no fue lo que pasó. Si mal no recuerdo, casi siempre he sido yo la que me he abalanzado sobre ti. Lo de anoche...

Ella detiene sus palabras mientras su rostro, cuello y el comienzo de sus deliciosos pechos se tiñen de un suave rosa. Tomo sus manos entre las mías y deposito un beso en la punta de su nariz, la miro tratando de transmitirle tranquilidad.

—Creo que debemos cruzar un puente a la vez. Ahora mismo nuestra prioridad es visitar a Dominic, y él debe verte tranquila y feliz. Después, volveremos a torturarnos con todo lo demás.

Tory me mira con amor y me abraza. Yo la estrecho entre mis brazos, y su aroma a jazmín me envuelve.

—Vale, vamos.

Llegamos a la habitación de Dominic y nos detenemos frente a la pared de vidrio. No hay nadie fuera; es probable que mi madre ya haya estado aquí, y Cameron ha dicho que vendrá más tarde, tenía una reunión de trabajo que no pudo aplazar. A Dorian, en realidad, nadie lo espera; todos sabemos de su desapego y rechazo hacia su gemelo.

Dentro de la habitación hay tres personas con todos los elementos de protección necesarios para visitar a alguien en la condición de Dominic: el doctor Mitchell, el doctor Montaner y Joseph. Parece que los médicos están informando a Joseph sobre el progreso de la recuperación de Dominic.

Tory y yo nos detenemos frente a la pared de vidrio y movemos las manos en un gesto de saludo hacia Dominic, que está despierto. Él repara en nosotros y, con su mano huesuda, nos devuelve el saludo.

Dios mío, se ve tan… acabado, desgastado, cansado. Sus ojos están enrojecidos, su rostro casi cadavérico, y su color… ceniciento. Se baja un poco el tapabocas para sonreírnos, pero lo que intenta ser una sonrisa se convierte más bien en una mueca. Creo que se ve peor que antes de la intervención, y esto me llena de angustia.

Tory le sonríe y le manda un beso con la mano; sus ojos están llenos de cariño y… mucho amor hacia mi hermano. Siempre me siento en conflicto cuando estamos los tres. Sé que ella lo quiere, y yo evito hablar con ella sobre sus verdaderos sentimientos hacia Dominic.

—Lo veo muy mal, Gabriel.

No puedo evitar responderle con la misma sinceridad.

—Yo también. Esperemos a que salga Joseph y nos diga qué le ha dicho el doctor.

Tory sonríe un poco hacia Dominic, pero me habla a mí.

—¿Cuándo lo vas a llamar «padre»? Ya aceptaste el apellido Morris.

No puedo evitar sonreír al recordar algo que le juré a mi hermana. Cuando se entere, si es que algún día vuelvo a hablar con ella, se desternillará de la risa.

—Un día le dije a mi hermana Camila que nunca aceptaría el apellido Morris para mí, que primero los demonios del infierno le cantarían aleluyas al Dios de los cielos.

Tory suelta una risotada y luego me mira, carcajeándose. No puedo evitar reír con ella.

—Creo que el infierno se ha quedado sin súbditos —me dice, aún descontrolada por la risa, antes de volver a mirar a Dominic.

Dominic nos observa con cariño, pero también noto algo de curiosidad en su mirada, lo que por un momento me asusta, temiendo que ese pequeño intercambio con Tory nos haya delatado. Tal vez solo estoy paranoico, y su curiosidad se base únicamente en querer saber cuál es la broma.

Siento a alguien pasar detrás de nosotros con paso firme, y luego oímos cómo se abre la puerta de la habitación e ingresa Dorian, el muy desgraciado ingresó sin la debida protección.

Se acerca a la camilla de Dominic mientras los doctores y mi tío parecen regañarlo por haber entrado de esa manera en la habitación aséptica de Dominic. Dorian ignora las advertencias y comienza a hablarle a Dominic de forma grandilocuente y cínica. Joseph, visiblemente desencajado por lo que Dorian parece estar diciendo, lo toma con fuerza para sacarlo. La respiración de Dominic comienza a acelerarse y sus ojos se llenan de lágrimas.

—¿Qué está pasando? —me pregunta Tory, asustada.

—No lo sé, y no puedo entrar a sacar a Dorian.

Los ojos entristecidos y anegados en lágrimas de Dominic se clavan repentinamente en Tory, y en ese momento tengo la terrible

certeza de que Dorian le está contando sobre mi relación con ella.

Dominic intenta incorporarse y le dice algo a Dorian, pero este sigue hablando con una sonrisa malévola en sus labios, mientras el doctor Mitchell y Joseph finalmente logran sacar a Dorian de la habitación.

—¡Aún no he terminado de hablar con Dominic! —grita Dorian ya fuera de la habitación.

Me acerco a él y ambos nos empujamos violentamente hasta que lo estampo contra la pared más cercana.

—¿Qué le has dicho a Dominic?

Él se ríe como un villano de película.

—Tienes miedo, ¿verdad? Tienes miedo de que...

—¡Noooooooo! —grita Tory, y ambos nos giramos a mirarla. Ha caído de rodillas y tiene las manos y el rostro pegados al vidrio, mirando aterrada en medio de un río de lágrimas, lo que sucede dentro de la habitación.

El doctor Mitchell sale corriendo de la habitación y deja la puerta abierta. Mi trifulca con Dorian fue justo frente a la puerta, así que puedo oír el sonido del aparato que indica que el corazón de Dominic se ha detenido; acaba de sufrir un infarto. Observo cómo Joseph y el doctor Montaner discuten acaloradamente.

—Su hijo dejó estipulado de manera legal que no desea ser reanimado. No puedo hacerlo, podría perder mi licencia como médico.

—Los Morris somos los dueños de este hospital y de todas las nóminas que se pagan aquí. Le ordeno reanimar a mi hijo inmediatamente, o seré yo quien destruya su carrera.

—Lo siento, pero debemos respetar la voluntad de su hijo.

El doctor Montaner se retira mientras Tory ingresa corriendo a la habitación, agarra con sus manos el rostro de Dominic, que aún tiene los ojos abiertos, pero está completamente inmóvil.

—Por favor, no te vayas, regresa, ven a mí, ven a nosotros, te amamos, te necesitamos, por favor, por favor.

La voz de Tory está estrangulada por el dolor y la desesperación; ella pega su rostro a su pecho mientras siento cómo mis ojos se anegan en lágrimas y mi pecho parece consumirse de angustia.

—Hermano, no me hagas esto. Aquí estoy y aquí te espero —le digo mientras tomo una de sus manos, que aún están tibias, y las lágrimas resbalan por mi rostro—. Hicimos planes, ¿recuerdas? Bailar, viajar, y hacer las locuras que nunca hiciste. Por favor, Dominic.

Tory y yo somos sacados a la fuerza de la habitación por los enfermeros. Dorian se ha quedado petrificado en la puerta desde que se dio cuenta de que tal vez sus actos han provocado el infarto de Dominic.

El doctor Mitchell entra acompañado de un equipo médico que, en cuestión de segundos, habilita el aparato de reanimación cardiopulmonar con una precisión y velocidad que me deja muy asombrado. Todo sucede tan rápido y de manera tan coordinada que apenas puedo comprender cómo, en tan poco tiempo, ya están tratando de reanimar a Dominic.

Abrazo a Tory, que ya no llora; lo que sale de sus labios son sollozos histéricos, y comienza a decir cosas que me parten el alma.

—¡Es mi culpa! ¡Es mi culpa! ¡Estoy maldita! ¡Todo lo que amo muere! —empieza a golpearme el pecho con sus puños cerrados, pero no la suelto—. ¡Aléjate de mí o también morirás! ¡Estoy maldita! ¡Soy una mujer maldita!

—Tory, cálmate, no es tu culpa —trato de contenerla firmemente entre mis brazos.

—Se enteró de lo nuestro, Gabriel, ¿no lo ves? —solloza inconsolable—. Dorian se lo dijo, él estaba muy débil y no lo soportó. ¡Dios! —mi chica aúlla de dolor, cubriéndose el rostro con

las manos—. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? Enloqueceré de dolor.

—Mi amor, no fue tu culpa, y no sabemos qué le dijo Dorian a Dominic. Pudo ser cualquier otra cosa.

Ella parece no escucharme y divaga con sus palabras.

—Soy una sombra, soy oscuridad, todo lo que amo es apartado de mí —dice con gemidos ahogados, y sus ojos se ven completamente desenfocados. Empiezo a temer por la cordura de Tory.

—¡Enfermero! —grito, tratando de llamar la atención de alguno de los que están allí—. ¡Ayúdenme, está histérica!

Uno de los enfermeros viene a ayudarme junto con otros dos.

—Es la señorita Evans, está teniendo uno de sus episodios.

Parece que conocen a Tory, porque de alguna manera, los enfermeros aparecen con una jeringa y un líquido dentro de ella. Mientras los enfermeros la inyectan y ella sigue llorando pegada a mi pecho, observo lo que sucede con Dominic; no sé cuántas veces han intentado reanimarlo, y Joseph parece estar insistiendo al doctor Mitchell que lo intente una vez más.

El doctor Mitchell niega con tristeza mientras le cierra los ojos a Dominic. En ese instante, siento cómo mi mundo se tambalea, la

vista se me nubla, y mis oídos dejan de escuchar. Un escalofrío más helado de lo habitual invade mi cuerpo; es como si la muerte fría y gélida acabara de pasar junto a mí.

A partir de allí, todo empieza a transcurrir como en cámara lenta. Tory observa con terror cómo cubren el cuerpo de Dominic con una manta; luego me mira a mí, completamente desencajada, antes de colapsar y desmayarse entre mis brazos.

Los enfermeros la suben casi de inmediato a una camilla, mientras a mí y a Dorian otros enfermeros nos sacan de esta zona del hospital, dejando a Joseph y al doctor Mitchell con el cuerpo de Dominic. Los tres estamos en *shock*, aunque quien ha llevado la peor parte es el amor de mi vida. Observo a Dorian, y es la primera vez que lo veo desencajado, compungido y afligido.

Nos sentamos juntos en la sala de espera, pero no soy capaz de preguntarle, ni decirle, ni reprocharle nada, porque me siento desmadejado, descompensado, como si no tuviera huesos en el cuerpo en este momento. Solo soy capaz de escuchar mi voz interna que me dice que Dominic, mi hermano, mi amigo, y mi salvador, ha muerto, y que tal vez mis acciones lo llevaron al desenlace de hoy.

¡Dios mío! ¿Qué será de Tory y de mí, si el desencadenante de su muerte fue provocado por nuestro amor?

Capítulo 25

Gabriel

No estoy seguro de cuánto tiempo ha pasado; podría haber sido un minuto o tal vez muchas horas. Realmente no me importa. Lo único que acapara toda mi atención es este sentimiento de vacío, esta vacuidad que inunda cada milímetro de mi alma. Sin embargo, lo peor es lo que ocurre dentro de mi cabeza: un torbellino de pensamientos fluctuantes y lacerantes que traen a mi memoria todos los acontecimientos que me han llevado hasta este terrible momento.

He perdido, en menos de un mes, a mis dos hermanos más queridos. A Dorian jamás lo consideré uno de ellos, y ahora menos que nunca, a partir de este momento él para mí no existe. He perdido a Camila y he perdido a Dominic, y no dejo de pensar que en ambos casos tengo una gran parte de culpa. Como hermano mayor, estoy seguro de que podría haber actuado de manera más madura y equilibrada, pero, en lugar de eso, me dejé llevar por el corazón, y les fallé.

Y mi Pequeña Tory, Dios mío, ¿qué será de ella? ¿Qué será de nosotros? ¿Qué le dijo el maldito de Dorian a Dominic? ¡Tengo que preguntárselo!, no aguanto más esta zozobra de no saber qué fue lo que le dijo para llevar a la muerte a su gemelo.

Hago un repaso rápido de la sala de espera y lo veo hablando con una enfermera. ¡Maldito!, seguramente está preguntando por Tory, no tiene ningún derecho a hacerlo. Me levanto de mi silla como un resorte y camino hacia él, pero en mi camino se atraviesan Trizia y Cameron, que acaban de llegar y chocan conmigo; no los había visto.

Los tres nos miramos y… no aguanto más. Estallo en un llanto doloroso y silencioso. Nos abrazamos con fuerza, y Trizia llora conmigo. Escucho la respiración jadeante de Cameron junto a mi oído, mientras nuestros brazos se entrelazan y acarician con cariño la cabeza del otro.

—Lo siento —dice Trizia entre hipidos—. Sé cuánto amabas a Dominic, y yo… lo quería muchísimo, aunque fuera una aburrición —declara con una sonrisa triste, mientras las lágrimas siguen deslizándose por sus mejillas.

—Sé que no quieres escuchar esto —me advierte Cameron con la voz ronca—, pero este desenlace era una posibilidad.

Al escucharlo, me doy cuenta de que Cameron no sabe lo que realmente provocó la muerte de Dominic.

—¿Quién te informó?

—El doctor Mitchell. Nos llamó y nos dijo que Dominic había sufrido un infarto fulminante.

Me separo un poco de ellos, tratando de recomponerme.

—El infarto fue provocado.

—¿Qué? —cuestionan ambos, con los rostros estupefactos.

Les cuento todos los detalles que desembocaron en la muerte de Dominic y el posterior colapso de Tory. Relatar todo lo ocurrido volvió a remover el dolor punzante en mi pecho, y hubo momentos en que mis palabras salieron entrecortadas; tuve que limpiarme algunas lágrimas rápidamente. Joder.

La furia de Cameron es evidente mientras escanea la sala hasta encontrar a Dorian, de espaldas a nosotros. Como un toro lleno de cólera, se aproxima a él, lo gira por el hombro y le propina un derechazo que lo hace trastabillar hacia atrás.

—¡¿Qué demonios?! —grita Dorian, llevándose una mano a la mejilla y la boca, que ya ha comenzado a sangrar.

En ese mismo instante, Joseph ingresa a la sala buscando a Dorian. La expresión en el rostro de Joseph en este momento me

recuerda mucho a cómo él me miraba antes: con desprecio y repugnancia.

Joseph lo alcanza mientras Dorian abre la boca para hablar, pero dos bofetadas certeras a cada lado de su cara lo dejan atónito y respirando con dificultad.

Menuda faena, solo falto yo en la fiesta de golpes a Dorian.

—Eres un ser despreciable, egoísta y egocéntrico. ¿Cómo has podido? Tus acciones llevaron a la muerte de tu gemelo.

—¡Yo no lo hice! Fueron las acciones de Tory, ella…

Joseph lo empuja con fuerza, haciéndolo callar, mientras Trizia y Cameron me sujetan. No soporto que ese imbécil hable de Tory. Cameron me susurra al oído: «Esta batalla es del tío, espera con paciencia la nuestra».

—No quiero que estés cerca, no quiero hablarte, no soporto ni siquiera mirarte. Si pudiera, borraría de mi memoria que eres mi hijo —Joseph traga saliva con fuerza, respira profundo y cuadra los hombros—. No te quito los privilegios de ser un Morris por respeto a tu madre, que tanto te amó, pero olvídate de mí como tu padre, porque ya no lo soy —una mezcla de decepción y tristeza atraviesa la expresión de Joseph—. Dios debió saber que este día llegaría, y

utilizó a Dominic para devolverme al hijo del amor que un día abandoné.

—¡Un maldito bastardo! —exclama iracundo Dorian, limpiándose la sangre de los labios con el dorso de la mano.

—Al cual no le llegas ni a la suela de los zapatos —replica Joseph con orgullo.

Yo encajo la sorpresa y Dorian el golpe de esas palabras.

Dorian respira aceleradamente mientras sus ojos se llenan de lágrimas. Nos mira a todos, para después volver a hablarle a Joseph.

—Papá, necesito hablar con Tory. Tienes que entender que…

—Después de lo que hiciste, no sé cómo te atreves a pedir algo así. No puedes hablar con ella. Por tu culpa, ha entrado en un estado emocional gravísimo; es probable que haya que internarla.

—No… —susurro, mientras mi pecho se contrae de dolor.

Cameron y yo, instintivamente, nos sostenemos por los hombros y acercamos a Trizia, que comienza a llorar por Tory, apoyada en nuestros pechos. Una vez más, los tres nos estamos sosteniendo mutuamente para poder sobrellevar tanto dolor y tanta tragedia que parecen no querer darnos tregua.

Dorian se lleva las manos al rostro antes de salir apresuradamente, como si el lugar estuviera envuelto en llamas.

Joseph repara en nosotros, y su rostro se suaviza al ver cómo nos apoyamos unos a otros en un abrazo. De repente, mi madre entra prácticamente corriendo en la sala de espera, y cuando sus miradas se cruzan, veo cómo Joseph se derrumba; su rostro se contrae de dolor y sus hombros caen. Ella se acerca a él, y se abrazan apretadamente. Luego, mi madre me observa entre lágrimas y gesticula un «lo siento» con sus labios.

***

—¿Es necesario? —La pregunta de Cameron al doctor Mitchell refleja exactamente lo que yo también pienso.

Exceptuando a Dorian, el doctor Mitchell nos ha reunido a todos en una pequeña sala de juntas del hospital.

—Sí, Cameron, lo siento mucho, pero esto es algo que debimos haber hecho hace años. La hemos consentido demasiado, y debo admitir que es una chica lista; supo manejar muy bien a sus terapeutas para aplazar este momento, que ahora es necesario e imprescindible para ella.

—¿Está lúcida? —pregunta Trizia, visiblemente afectada por su amiga.

—Sí, lo está, solo que su estado emocional es bastante crítico.

—¿Ella sabe que será internada? —pregunto, aún sin poder creer que esto esté ocurriendo.

—Sí, incluso lo aceptó de inmediato, aunque por las razones equivocadas, pero debemos aprovechar que ha aceptado.

—¿Razones equivocadas? —preguntamos Cameron y yo al mismo tiempo.

—Sí, nosotros queremos llevarla a este centro especializado para tratar de manera profesional su rehabilitación mental, pero ella desea estar allí para que, según dice: «su maldición no alcance a ninguno de los que ama».

Un incómodo silencio se apodera del ambiente. A todos nos duele lo que Tory piensa de sí misma.

—¿Cuándo podremos verla? —pregunta Cameron.

—No quiere ver a nadie, y esa ha sido una de sus condiciones para internarse en el centro de rehabilitación. Y cuando digo a nadie, es a nadie. Cada vez que intentamos persuadirla para que hable con alguno de ustedes… se pone al borde de la histeria.

—No puedo creer que esto esté pasando —gruño, mientras me paso las manos por el cabello, desordenándolo—. No solo perdimos a Dominic, también estamos perdiendo a Tory.

—No, Gabriel —me dice el doctor con paciencia—, esto será temporal.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta mi madre.

—No lo sabemos con exactitud; podrían ser unos meses, pero también podrían ser años, todo depende de su evolución.

Cameron y yo soltamos el aire con fuerza, aunque él no parece para nada convencido de que esta decisión sea lo mejor para Tory.

—Doctor, tío Joseph, aceptaré este encierro voluntario de mi hermana porque, según me contó Gael, su estado mental parece estar a punto de quiebre. Pero si su ausencia se prolonga más de lo que mi paciencia pueda tolerar, iré yo mismo a sacarla de allí.

—Es tu hermana, y su estancia en el centro es por su bien —interviene Joseph.

Cameron mira a su tío con ira contenida.

—Tío, ella es mi hermana pequeña y mi sangre. No ha sido fácil para mí ver cómo mi única hermana ha estado rota y con el alma herida la mayor parte de su vida. Quiero devolverle la felicidad que había conseguido en los últimos dos meses. Aprendió a reír, a tener esperanza, y su mirada melancólica se transformó en una llena de ilusión. La vi feliz, por primera vez la vi feliz. Estoy seguro de que sabe de qué le estoy hablando.

—Sí —contesta Joseph—, de Gabriel y de lo que ella siente por él. Pero precisamente eso que le trajo tanta alegría, ella «cree» que es la causa de la muerte de Dominic.

—¿Y no lo es? —pregunto, deseando que me diga que «no».

—No, hijo, Dorian no le dijo nada sobre ustedes. Es «otro asunto» del pasado de Tory el que descompensó rotundamente a Dominic.

—¿Ella sabe que Dominic nunca se enteró de lo nuestro?

—¿Qué «otro asunto»? —exige Cameron, pisando mis palabras.

—Con respecto a ese «otro asunto», hoy no es el día para hablar de ello. Y para responderte, Gabriel: Sí, traté de decírselo, pero ella no quiere ver a ninguno de nosotros. Aun así, el doctor Mitchell y yo viajaremos con ella al centro de rehabilitación para entregar su historia clínica y, poner al tanto a todo su equipo médico sobre esta situación puntual, que parece haber desencadenado esta crisis.

—¿A qué centro la llevarán? —pregunta Cameron—. Me gustaría poder ir con ustedes.

Trizia y yo manifestamos nuestro deseo de acompañarlos también.

—No, y por favor no insistan. Solo iremos el doctor Mitchell y yo. El centro de rehabilitación mental está en Maryland, se llama Sheppard Pratty Poll. Es un centro altamente recomendado por los profesionales que han tratado a Tory a lo largo de los años. Ella estará en buenas manos. ¿Tienen alguna otra pregunta?

—Por el momento, no —contesta Cameron, malhumorado.

—Ahora, quiero hablar de Dominic.

El silencio doloroso que se instala en la sala es palpable.

—Dominic dejó algunas instrucciones respecto a lo que debía hacerse en caso de su fallecimiento. Quiero informarles sobre sus deseos póstumos.

Joseph saca una lista, la revisa por un momento, nos mira a todos y comienza a hablar.

Nos explica que Dominic nunca fue activo en redes sociales, por lo que no es conocido públicamente y su nombre nunca aparece en los medios. Por lo tanto, solicita que su muerte no sea difundida en ningún medio oficial. Para su entierro, pidió ser incinerado y que sus cenizas fueran enterradas junto con las de su madre en la cripta familiar. También pidió que, en el acompañamiento a su última morada, vistiéramos de blanco y que solo estuvieran presentes quienes estamos en esta reunión, así como su gemelo, Dorian, ante

lo cual todos hicimos una mueca de desagrado. Además, Joseph nos entregó a cada uno de nosotros una carta cerrada de Dominic.

—¿Cuándo se hará la ceremonia en la cripta? —pregunta Trizia.

—Mañana temprano. Después de ello, necesito reunirme con ustedes en Morris Enterprise. Voy a ausentarme un tiempo y necesito dejar todos los negocios organizados.

—¿Te vas, tío? —Cameron se muestra realmente sorprendido.

—Sí —la voz de Joseph se quiebra—. He perdido a un hijo muy amado. Necesito un poco de distancia, por un tiempo.

—Menuda mierda, primero Dominic, luego Tory y ahora tú —Cameron parece decepcionado—. Yo te necesito, eres como mi padre.

—Lo siento, Cameron, te quedarás con Gabriel y Trizia. Sé que los tres podrán apoyarse y ayudarse mutuamente. Yo me iré con Livi.

Joseph me observa para ver mi reacción, yo solo asiento.

—Muy bien, no siendo más, nos vemos más tarde. Yo debo organizar muchas cosas.

—¿Necesita ayuda? —le pregunto a Joseph.

—No, tengo un asistente encargado del papeleo, también tengo a tu madre que me está ayudando con todo lo de Tory, y el

doctor Mitchell con lo de Dominic.

—¿Puedo hablar con usted un momento? —le pregunto, y él abre los ojos con sorpresa.

—Claro, hijo, claro.

No sé en qué momento empezó a llamarme hijo, y yo a no sentirme ofendido, pero ahora no tengo tiempo para pensar en ello. Todos salen, y él y yo nos quedamos a solas.

—Creo que... le debo una explicación sobre mi relación con Tory.

—Si no quieres dármela, no lo hagas.

—Siento que debo hacerlo.

—Muy bien, si es lo que deseas, adelante.

Me humedezco un poco los labios antes de hablar.

—En resumidas cuentas, no lo planeamos, no fue premeditado; incluso intentamos detenerlo. Pero lo que nació entre nosotros, lo que sentimos el uno por el otro, es más grande y más fuerte que Tory y yo. Nos venció.

»No me justifico, porque sé que me comporté como un villano rastrero y ladrón. Se lo íbamos a contar a Dominic en cuanto él estuviese mejor, sano, restablecido.

Joseph asiente.

—Gabriel, no puedo juzgarte, no lo hago. No tengo cara para juzgarte; yo me comporté como un necio arrogante contigo.

—Siento haberlo golpeado —mis disculpas salen sin pensarlo, algo que debí haber hecho hace muchos días—. No debí hacerlo, fue una canallada de mi parte.

Los ojos de Joseph me observan muy sorprendido.

—Me lo merecía, pero acepto tus disculpas —sus ojos azules se suavizan mientras me observa, detallando mi rostro—. Aunque no lo creas, te quiero muchísimo, Gabriel. Tu madre me ha contado todo sobre ti, y a través de sus recuerdos he aprendido a quererte y a anhelar el día en que me veas de una manera diferente.

Asiento.

—No sé… si algún día…

—No importa. El hecho de que estés aquí y que pueda verte de vez en cuando es más que suficiente para mí.

—Quiero pedirle un favor —le digo casi en un murmullo.

Él me observa con intensidad, y parece adivinar lo que le voy a pedir.

—¡Tory! —exclama.

—Sí, por favor —cierro los ojos y trato de contener el nudo ardiente que siento en la garganta—. Se lo suplico, por favor, solo un

momento.

Abro los ojos, y él parece estar pensándoselo. Comienza a negar, y yo hablo rápidamente antes de que termine de rechazar mi petición.

—La amo —dos lágrimas se deslizan por mis mejillas, y no las limpio. ¡A la mierda!, estoy sufriendo como un condenado y ya no me importa que me vean llorar—. Antes de que se la lleven, quiero verla. Mi último recuerdo de ella es colapsando en mis brazos, destrozada por el dolor.

Joseph se pasa las manos por el rostro y asiente, exhalando todo el aire.

—Tendrá que estar dormida; si te ve, entrará en crisis. Esa sería la única manera de que pudieras verla, y solo por unos pocos minutos. No podemos arriesgarnos a que te vea.

Asiento.

—Sí, eso bastará.

—Está bien, hijo, yo lo organizo —una sonrisa triste y cansada cruza su rostro.

—Gracias… papá.

Joseph se tambalea un poco en la silla y, de repente, me abraza con fuerza. Tardo un poco en corresponder el abrazo; esto es

tan extraño. La palabra «papá» salió de mis labios de manera tan natural y, para ser sincero, no me siento incómodo con su abrazo.

Nos separamos, y veo que sus ojos están completamente humedecidos.

—Voy a organizarlo y te avisaré cuándo puedes pasar a ver a Tory.

Capítulo 26

Gabriel

El arrastre de mis pies y la caída de mis hombros al ingresar al ático de Dominic, son el reflejo del día extenuante y con bordes casi apocalípticos que he vivido. Los días desastrosos se han convertido en una constante bastante indeseable en mi vida, una especie de ciclo tóxico del que no sé cómo escapar. Quisiera extirparlos de raíz, pero no tengo idea de cómo romper este círculo vicioso en el que se ha convertido mi existencia.

El día comenzó con la visita más dolorosa de mi vida: Tory. Verla postrada e inconsciente en esa cama de hospital estremeció mi corazón de dolor e impotencia. Su fragilidad me hizo sentirla pérdida y vulnerable, pero al mismo tiempo, su hermosura etérea me sedujo, aunque la percibí… inalcanzable. Solo recordar esa visita provoca en mi pecho un dolor punzante e insoportable.

Pero mi mañana no terminó allí, claro que no. Asistí a las honras fúnebres y al posterior traslado de los restos de Dominic a la cripta. Todo el proceso fue el más solitario y desolador de mi vida. Las cenizas de Dominic fueron depositadas en una urna simple, y no

sé cómo sobrellevar el hecho de que una persona tan maravillosa como él, que dejó tantas huellas de amor y bondad, termine convertida en unas simples cenizas y en las palabras monótonas de un sacerdote que ni lo conoció, ni lo amó.

Todo lo vivido hasta ese momento había dejado mis emociones a flor de piel, y ver a Dorian fue el detonante que me hizo explotar. Nos encontramos en la reunión programada por Joseph en Morris Enterprise. Dorian no se presentó en la cripta (lo cual todos agradecimos), pero sabíamos que aparecería para esta reunión. Verlo me revolvió todo por dentro; me recordó que él era el culpable directo de la muerte de Dominic y de que Tory hubiera sido internada. Ese pensamiento desató los impulsos más oscuros y agresivos que llevaba retenidos dentro de mí, y sin contención, lo golpeé, lleno de ira y de intenso dolor. Por supuesto, mi medio hermano no es manco; logró devolverme algunos golpes, pero mi enojo lo mantenía en desventaja y me alcanzó muy pocas veces.

Todos los golpes que le propiné a Dorian y cada palabra impronunciable que salió de mi boca, fueron mi manera neandertal de expresar el dolor y la rabia por lo que hizo a dos de las personas que más amo en este mundo. Con gran dificultad fui sometido por la seguridad de Morris Enterprise, y el escándalo posterior que siguió

por parte de Dorian fue el esperado: gritos, insultos, amenazas… lo de siempre.

Después de aquello, no sé cómo se las apañó Joseph para controlarnos a ambos de manera tan magistral y mantener el orden mientras nos daba todas sus directrices. Tampoco sé cómo podremos trabajar juntos: Dorian, Cameron y yo. Este trío tiene «desastre escrito por todas partes», y con luces de neón rojo escarlata. No entiendo cómo Joseph no lo ve.

Así que aquí estoy, llegando con Cameron al ático, dirigiéndome una vez más hacia el gabinete donde se encuentran las bebidas aberrantemente más caras del mundo. Según él, la última vez rompí una fortuna arrojando botellas a la chimenea, y ahora me las está cobrando, alegando que ya soy un Morris y puedo darme el lujo de pagarle, con intereses incluidos.

Me sirvo dos dedos de whisky y me siento en uno de los sillones que hay en el salón. Acerco el vaso a mi nariz y respiro profundamente el aroma, uno que me resulta tan cercano como lejano. Es un olor que, en otro momento apocalíptico de mi vida, fue tanto mi cielo como mi infierno.

—¿Debería preocuparme? —me pregunta Cameron, señalando con la barbilla mi vaso.

Se sienta con indolencia frente a mí, con un vaso idéntico al mío en una mano y un cigarro encendido en la otra. Lo lleva a sus labios, inhala profundo y luego expulsa el humo lentamente, creando un vaivén hipnótico frente a su rostro. Sus ojos esmeraldas, a través de la neblina del humo, parecen brillar con una transparencia casi fantasmal.

—Aún no decido si romper mi abstinencia de diez años. Ha sido un día de mierda, tal vez pueda darme una pequeña licencia.

—Creo que ya tenemos suficiente con Tory en rehabilitación —dice mientras toma un trago del líquido ámbar para luego lamerse los labios—. Te necesito cuerdo y completo para cuando mi hermana regrese.

Sonó más a advertencia que a cualquier otra cosa, pero lleva toda la razón.

—Por cierto, no me has contado cómo te fue con Tory. Todavía no le perdono a mi tío que te haya permitido verla y a mí me dejara fuera.

Está enojado. Parece un halcón, su mirada entrecerrada advierte multitud de problemas.

—Estaba dormida. Sabía que no podría hablar con ella, pero necesitaba verla. Le dejé puesta mi cadena con el dije alrededor de

su cuello. Quería que tuviera algo mío para que sepa que la estoy esperando.

Eso era todo lo que iba a compartir con él sobre mi visita a Tory. Todo lo demás, lo que sentí cuando la vi postrada, dormida, con sus labios entreabiertos, tan pálida y ojerosa, lo guardé para mí. Pero, a pesar de su estado, ella, mi Pequeña Tory seguía siendo la chica más hermosa, dulce y tierna que mis ojos hubieran podido contemplar.

El recuerdo de ese momento regresa a mi mente: cómo cogí su mano y la acaricié entre las mías, cómo besé su palma y sentí ese inconfundible aroma a jazmín en esa pequeña porción de su piel. Me acerqué a su oído y le susurré cuánto la amaba, le supliqué que se recuperara pronto porque yo la estaría esperando, y que lo haría todo el tiempo que fuera necesario.

Antes de irme, no pude resistirme. Puse mis labios sobre los suyos, con ternura, con amor. Me separé un poco para embelesarme con su tierno rostro una última vez… y entonces me encontré con sus ojos verdes, observándome. Su mirada se llenó de lágrimas y, por un momento, temí que comenzara a gritar. Ella levantó la mano y tocó mi rostro con reverencia, sus dedos limpiaron una lágrima de mi mejilla, y sus labios se abrieron para hablarme. Me dijo: «Te amo,

Gabriel, pero no puedo estar contigo». Fue solo un murmullo casi inaudible, pero yo lo escuché. No podía, ni debía, tenérselo en cuenta, pero sus palabras me lastimaron.

Pasé mi pulgar suavemente sobre su generoso labio inferior y le di un tierno beso en la nariz. No podía permitir que se fuera a ese centro mental sin decirle lo que pensaba sobre que quisiera acabar con lo nuestro, así que le respondí: «Yo también te amo, y te esperaré». Sus párpados pesaban, y vi cómo volvía a caer en un letargo. En ese momento decidí dejarle mi cadena puesta en su cuello, como promesa de que la esperaría, y eso haría hasta mi último aliento o hasta que ella regresara a mí.

—¿Nada más? ¿No despertó? ¿No se alteró?

—No, estaba bastante dopada —cierro mis ojos por un instante tratando de controlar mis emociones—. En este momento deben estar llegando con ella al centro de rehabilitación.

—Sí, así es —Cameron reclinó la cabeza hacia atrás y volvió a aspirar una bocanada de su cigarrillo.

—Pensé que lo estabas dejando. Hace días que no te veía fumar. Además, ¿por qué no usas vaporizador?

Una sonrisa burlona se dibuja en su rostro.

—No, nada de vaporizadores —niega con contundencia. Una sonrisa nostálgica cruza sus labios mientras observa el cigarrillo consumido a la mitad entre sus dedos—. «Cigarra» y yo tenemos un historial muuuuuuy largo. He intentado dejarla muchísimas veces, pero ella… suple casi todas mis necesidades.

—¿Cigarra? ¿No me digas que esa humareda cancerígena es tu chica?

Cameron suelta una carcajada, y aunque soy un hombre muy heterosexual, debo reconocer que esa sonrisa canalla y de sobrado no debe dejar indiferente a ninguna mujer que se cruce con él.

—Sí, Cigarra es mi chica ideal. Me da placer, está allí cuando la necesito, no se queja, no me pregunta por qué la ignoré. Simplemente, cuando quiero tenerla, está dispuesta y disponible.

—Sí, claro —le digo con sarcasmo—, pero mi deber de amigo me obliga a decirte que esa relación «tóxica» que tienes con tu supuesta chica ideal un día te matará.

—No hables así de Cigarra —Cameron mira a su cigarrillo humeante con anhelo ardiente—. E intentado dejarla, muchísimas veces, pero… no he podido.

—No me vayas a decir que te masturbas mientras fumas.

Me mira con picardía mientras arquea una ceja.

—Nunca lo había pensado, pero lo voy a intentar a ver cómo me va.

—¡Eres un depravado! —digo riéndome mientras vuelvo a oler el licor.

—¿Yo... un depravado? ¡Si el de la idea fuiste tú! ¿Quién es el depravado ahora?

Los dos reímos un poco. Por lo menos, Cameron, el granuja, logra hacerme reír.

—Este tipo de perversiones no deberían estar permitidas para el nuevo CEO de Morris Enterprise.

Cameron arruga la cara, quejándose un poco.

—Joder, no me lo recuerdes.

—Ver la cara de Dorian cuando Joseph te nombró CEO encargado me llenó de una satisfacción tan grande, que quería ponerme a bailar encima de la mesa de juntas.

Cameron me mira de frente y sonríe de forma maliciosa.

—Por eso acepté, solo para darle en la torre, donde más le duele. El capullo me lo debía por Tory, y también por Dominic.

—Sí, nos la debía a ambos.

—Pero te desquitaste —su mirada, cargada de resentimiento, se ilumina con una sonrisa mezquina—. Tardé en llamar a los de

seguridad, por eso pudiste golpearlo a tus anchas. Incluso el tío Joseph no intervino cuando te le fuiste encima, y los jefes de área que estaban allí quedaron paralizados por mi mirada de advertencia: «nadie debía intervenir».

—Gracias por tu apoyo. Necesitaba darle un escarmiento al cabrón. No quiero que vuelva a molestar a Tory.

—Lo malo de todo este asunto es que tendremos que trabajar con él. Se ha quedado con mi cargo y realizará todas las funciones del director de adquisiciones. ¿Sabías que trabajó conmigo en esa área cuando terminó la universidad?

—No, no lo sabía. ¿Cómo le fue?

—Bastante bien. En ese tiempo no era tan cabrón como ahora, pero siempre prefirió lo administrativo, el liderazgo, las decisiones... siempre quiso ser el CEO.

—En fin, serás tú quien trabaje con él. Yo solo me entenderé contigo en todo lo relacionado con marketing y publicidad.

—Pero el tío Joseph nos dejó encargados a los tres. Creo que cuando regrese solo encontrará las cenizas de Morris Enterprise. Solo a él se le ocurre juntarnos con Dorian.

—Tú y yo podremos con él, o mejor dicho contra él.

—Dalo por hecho. Se lo haremos pasar fatal —Cameron sonríe perversamente, inclinándose hacia adelante y apoyando los codos en sus rodillas—. Hay muchas formas de hacerle la vida imposible. Dentro de la empresa, tú y yo nos encargaremos, pero también podemos arruinar su vida personal —un destello peligroso brilla en sus ojos esmeralda.

—¿A qué te refieres?

—Aunque Dorian anda babeando por mi hermana, tiene una amante preciosa con la que lleva poco más de seis meses, todo un récord para él — apunta sonriendo guasón —. Conozco a la chica desde hace años, hemos tenido varios encuentros... muy jugosos. Es un polvazo y sé que aún llora por mí. Incluso tuve un *affaire* con ella la semana pasada. ¡Se la voy a quitar!

—No quisiera tenerte como enemigo —le digo sinceramente, aunque él se lo toma a broma, sonriendo relajado.

—Pórtate bien con mi hermana y me tendrás a tus pies — Cameron vuelve a relajarse, recostando su espalda en el sofá—. ¿Entonces, qué opinas? Quiero quitarle a su amante preferida, me gozaré a la chica y, de paso, le amargaré la vida a Dorian.

Lo observo detenidamente, y es como verme a mí hace un par de meses, antes de conocer a Tory.

—¿Nunca te has enamorado?

Cameron abandona su pose relajada y se endereza de golpe, aplastando el cigarro en el cenicero. Me mira de manera extraña, como si estuviera escrutándome. Luego, su expresión se suaviza, vuelve a recostarse en el sofá y se sirve otros dos dedos de whisky. Yo, por mi parte, sigo oliendo el mío, aún indeciso; si lo tomo, podría desencadenar una recaída que no le sirve a nadie, mucho menos a mí.

—Nop, nunca me he enamorado. ¿Por qué me deseas tanto mal? Casi todas mis relaciones han sido de una noche, ocasionales, y las pocas que me han gustado lo suficiente para quedarme con ellas más de una noche solo han durado unos tres meses, como máximo. Nunca he pasado de ahí. Yo… —parece que busca las palabras adecuadas para describir lo que siente—, no logro quedarme con una. Hay tantas mujeres hermosas, tan bellas, tan deliciosas, que no soy capaz de sentirme satisfecho con una sola.

Me río mientras suelto finalmente el vaso sobre la mesa de café, el maldito vaso que contiene una de mis adicciones.

—Me recuerdas a mí mismo. Yo siempre fui el cazador hasta que llegó tu hermana. Algo así como: «atrapar, disfrutar y luego soltar».

—Es un buen lema, de hecho, un gran estilo de vida. Te aseguro que, en mi caso, moriré de viejo repitiéndolo una y otra vez.

—Llegará tu hora, Cameron, es más, quiero verlo en primera fila.

—¡Joder! ¡Cállate! No llames esas cosas. Soy feliz como soy y como estoy, no quiero que nada en cuestión de mujeres cambie en mi vida.

—Yo tampoco quería, y aquí me tienes, enamorado hasta los tuétanos y sin posibilidad de escape.

Cameron parece reflexionar por un momento.

—A la única persona que amo profundamente en este mundo es a mi hermana, y estoy seguro de que no hay otra Tory en el mundo para mí.

—Eso es verdad, «Borgia» pervertido, mi Pequeña Tory es única e irrepetible —sonrío devolviendo su sonrisa canalla; solo a él se le ocurre comparar a un posible amor de su vida con su hermana —. Pero creo sinceramente que la mujer para ti no podría ser alguien tan dulce y tierna como Tory. Más bien debe ser... una arpía.

—¡¿Qué?! —la sorpresa en su rostro es evidente.

—Además de granuja, eres un gruñón sabelotodo. La chica que esté contigo tiene que ser una mujer de armas tomar. Lástima que

mi hermana ya no esté disponible; ella te hubiese puesto en cintura.

Mi móvil comienza a sonar mientras Cameron sigue en *shock* por lo que le acabo de decir. Es un número desconocido. Mierda. Contesto de inmediato con la esperanza de que sea quien creo que es.

—Hola.

—Gael, soy yo, Cam.

—¡Cam! —mis ojos pican y mi pecho se expande de la emoción —, creí que nunca volvería a oírte.

—Escucha bien lo que voy a decirte porque la llamada se cortará en cualquier momento. Creo que hemos encontrado una manera segura de comunicarnos.

—Soy todo oídos.

Capítulo 27

Gabriel

Me sentía como Bella Swan cuando Edward Cullen desapareció de su vida. Los meses empezaron a acumularse, transcurriendo indiferentes a mi dolor y pérdida. Las imperturbables estaciones del año parecían reflejar mi estado de ánimo meditabundo y distraído. La nostalgia que me gobernaba en esos días se fundió con la caída de las hojas en Central Park durante el otoño y con el frío inclemente del invierno, que me atravesaba hasta los huesos, dejándome sin fuerzas para levantarme de la cama.

La primavera tampoco trajo nada nuevo a mi caótica vida; al contrario, sufrí una recaída épica con el alcohol. Fue solo una noche, pero «¡Qué noche!»: bebí sin parar, casi estoy seguro de que consumí todo el alcohol que no había tocado en los últimos diez años. Por poco acabo en coma etílico. Esa noche lloré con todo el dolor de mi alma, maldiciendo mi vida y mi mala suerte bajo las estrellas. Cuando mi estómago no soportó más y comenzó a rebelarse, Cameron me sostuvo con fuerza, impidiendo que me ahogara en la taza del baño mientras vaciaba mis entrañas.

Al día siguiente, cuando comencé a sentirme un poco mejor tras el exceso, Cameron, como era de esperarse, me dio la tabarra. No tuve más opción que tranquilizarlo, prometiéndole que buscaría apoyo profesional para controlarme. Volví a mi terapeuta y a las reuniones grupales semanales. Esa noche de desenfreno casi arruina los sacrificios y logros que había conseguido en diez años de abstinencia. Los síntomas físicos y emocionales posteriores a la recaída fueron tan intensos y brutales que, además de la ayuda profesional, necesitaba una distracción constante. Cameron y Trizia me brindaron su apoyo incondicional en ese sentido.

Perder a Tory y a Dominic, junto con la ausencia de mi madre y Camila, ha sacudido mi vida emocional en todas las direcciones. No sé qué habría hecho sin Cameron y Trizia; son los únicos que saben lo profundo que caí y lo duro que ha sido levantarme y mantenerme firme tras mi recaída con el alcohol.

Me juré a mí mismo, delante de Dios, que jamás, bajo ninguna circunstancia, volvería a caer en ninguna de mis adicciones. Necesito estar bien por Tory e incluso también por Dominic. Se lo debo. Aunque él ya no esté entre nosotros, no puedo olvidar que le robé, le arrebaté «el corazón» de Tory a mi hermano, y eso todavía roe mi alma. Recordar mi traición, increíblemente y de forma muy retorcida,

se ha convertido en una razón poderosa para no arruinar lo que tengo con Tory: si tuve la audacia de robársela, también debo tener el valor de emplearme a fondo y con total dedicación para hacerla feliz.

En los últimos días, he estado recordando mi última conversación con Dominic y lo que me dijo: «que deseaba que Tory fuera feliz y que encontrara el amor». Dominic y yo la amamos lo suficiente como para querer verla feliz. Por eso, cuando ella regrese, estoy decidido a estar completamente lúcido y en control, por ella, por nosotros, por lo nuestro.

Aún no he leído la carta que me dejó Dominic. Tengo… miedo. Sé que en algún momento tendré que abrirla y enfrentar su contenido, pero temo que haya descubierto mi amor por Tory y que en esa carta me haga algún tipo de reproche, algo que, en el fondo, sé que él no haría, pero, aun así, no me atrevo. Estoy retomando el control de mi vida en este momento, y me aterra lo que esa carta pueda decir. Lo dejaré para… después.

Soy un cobarde, sí, eso es lo que soy: un auténtico cobarde al que le faltan los cojones para enfrentarse a su hermano muerto, aunque sea a través de sus últimas palabras escritas.

Joseph y mi madre aún no han vuelto de su viaje por Europa, y, por supuesto, ella no sabe nada de mi recaída. Durante estos meses, hemos tenido reuniones virtuales con Joseph para informarle sobre el estado de Morris Enterprise, y él, a su vez, nos ha puesto al tanto de los avances de Tory.

Mi Pequeña Tory tampoco lo ha tenido fácil en su centro de rehabilitación. Su primer mes fue muy difícil, pero en sus siguientes nueve meses ha ido mejorando paulatinamente, y según el informe del centro médico, los avances han sido muy positivos. Tan positivos, que nos han anunciado que Tory volverá muy pronto a nosotros, volverá precisamente para las fechas en que la conocí, a finales de agosto.

Pensar en que volveré a verla, hablarle, tenerla entre mis brazos y contemplar de nuevo su mirada dulce y su sonrisa serena, me llena de una paz infinita. Solo imaginar que mis ojos puedan alcanzarla hace que mis manos suden, que mi piel se erice y que mi corazón quiera salirse del pecho. Sin embargo, no las tengo todas conmigo, no sé si

realmente podré acercarme a ella como lo hacía antes.

Al comenzar la primavera, Tory solicitó ver a Cameron, y una semana después a Trizia. Nunca pidió verme a mí. Cameron y Trizia fueron instruidos por los terapeutas para no hablarle de mí, ni de nadie a quien Tory no mencionara. Saber que no preguntó por mí, ni por Dorian, derrumbó mi alma más allá del suelo. Verme al mismo nivel que Dorian en cualquier aspecto de mi vida es realmente desconsolador, pero que no preguntara por mí fue devastador. Así que, aquí estoy, a unos pocos días de volver a ver al amor de mi vida después de diez meses de ausencia, y no tengo ni pajolera idea del recibimiento que ella me dará.

Con respecto a mi hermana Camila, durante todos estos meses me ha llamado desde números desconocidos o con el número oculto. Nuestras conversaciones siempre se cortan porque están temporizadas, lo cual es necesario para evitar ser rastreados. Comenzando el verano en sus últimas llamadas, me pidió un favor que fue bastante difícil de procesar tanto para Cameron como para Joseph. Al principio, ambos se negaron rotundamente, pero la insistencia de Camila y lo tentadora que puede llegar a ser la

propuesta para Morris Enterprise los hizo recular a ambos de su negativa inicial.

El problema es que ahora, cuando ya tengo todo atado con Cameron y Joseph, Dorian no quiere dar su brazo a torcer. Alega que él es el director de adquisiciones y que no piensa negociar absolutamente nada con Julia Antenolla Blanch (la hermana de Zavier Blanch). Sí, habéis acertado: el esposo de mi hermana, el exmafioso que para mí sigue siendo el hombre más peligroso y misterioso del mundo. Aquel que le lavó el cerebro a mi hermana y me la robó, y por cuya culpa todo el mundo la cree muerta. No la he vuelto a ver, y solo hablo con ella en fracciones de momentos robados al tiempo.

«Dios de los cielos, solo tú sabes cuánto odio a ese maldito exmafioso arrogante».

Mi hermana me convenció de darle una oportunidad a Julia Blanch, y lo hice en cuanto supe lo que había hecho en su momento: salvar la vida de Camila arriesgando la suya propia. Mi hermana la adora, la estima y la admira. Para que Camila diga esto de alguien que conoció en tan poco tiempo, debe ser en realidad una mujer increíble, pese a tener solo veintidós años.

Aunque odio a muerte a Zavier Blanch, tengo que admitir que Julia es otra historia. Mi admiración por ella se consolidó cuando Camila me contó que Julia se negó a desaparecer del radar (no aceptó el programa de protección a testigos) y decidió quedarse para dar la cara por toda la familia Blanch. No es cualquier chica, «es la chica», tiene los ovarios, las faldas y las uñas muy bien puestas.

Dorian, Cameron y yo acabamos de llegar a la casa de Julia Blanch en los Hamptons, donde nos ha citado. La seguridad de esta casa me recuerda a todas las películas de gánster que he visto, y me trae terribles recuerdos de lo que viví en la casa de Camila con el salvaje de Zavier Blanch. Casi morimos, nos salvamos de milagro.

Después de ser revisados desde la coronilla hasta la punta de los pies (comprobando que no llevamos más que trajes ejecutivos y maletines con documentos), nos dirigieron a lo que parece ser la biblioteca de la impresionante mansión. Nos indicaron que nos sentáramos en una mesa redonda con cuatro puestos, la cual tenía café, té, pan y varios tipos de fruta picada.

Mientras esperábamos a Julia Blanch, Dorian, como siempre, tenía algo que decir.

—¿Hasta cuándo vas a seguir jorobándome la vida, Cameron? —sus ojos se dirigen a mí—. La pregunta también va para ti, maldito bastardo.

—Deberías cambiar tu insulto, te recuerdo que ya no soy un bastardo, ahora soy tan Morris como tú.

—Durante los últimos diez meses, ambos se han encargado de hacerme la vida de cuadritos. No solo me han fastidiado en mi ámbito profesional, sino que también han emprendido una cruzada para alejar a cualquier mujer que se interese en mí.

—¿Qué pasa contigo? ¿Acaso has perdido tu toque con las chicas? —responde Cameron, burlón.

—Voy a sabotear este negocio —amenaza Dorian con firmeza.

—Tío Joseph nos ordenó a los tres escuchar la propuesta de Julia Blanch.

—Me importa tres mierdas lo que haya dicho mi padre, yo soy el director de adquisiciones y los Morris jamás nos hemos involucrado con el narcotráfico.

—Los negocios del Blanch Holding Group están limpios —responde Cameron para contradecirlo, aunque sé que él también tiene sus dudas—. Sus hoteles y restaurantes en Europa, y sobre todo en los países asiáticos, nos interesan. Allí aún no somos líderes.

—Si eso fuese cierto, si de verdad estuviesen limpios, no habríamos firmado esos acuerdos de confidencialidad que nos obligaron a firmar para poder participar en esta reunión —rebate Dorian.

—Lo que Julia Blanch nos va a contar no es del dominio público —intervengo al notar que Cameron está perdiendo la paciencia con Dorian—. Ella se está jugando mucho al hablar con nosotros, nuestras firmas en esos acuerdos eran necesarias.

—Haré todo lo que esté en mi mano para impedir cualquier negociación con esa copia barata de la «Reina del Sur», incluso si tengo que hablar con mis tíos Morris sobre estas irregularidades.

Los ojos de Cameron despiden un brillo verdoso que se ve realmente peligroso.

—No te saltarás los conductos regulares. Por más que te duela y por más bravuconadas que sueltes, soy el CEO, y en caso de que lleguemos a algún tipo de acuerdo con Julia Blanch, obviamente lo compartiremos con la junta directiva. No se te ocurra pasar por encima de mí. Ya me conoces.

Una sonrisa de suficiencia cruza el rostro de Dorian.

—¿A que no es agradable que te respiren en la nuca? ¿Qué se siente ahora que soy yo quien lo hace?

El repiqueteo de unos tacones nos hace girar en dirección al sonido. Lo primero que vemos aparecer son seis hombres vestidos de negro, con gafas oscuras y auriculares. Son los tipos más grandes que he visto en mi vida.

Estos hombres se distribuyen por todo el espacio. Algunos sacan sus armas de corto alcance y las colocan en posición de descanso sobre sus abultados torsos. Ese simple gesto nos pone a los tres en pie, y empiezo a temer por nuestras vidas. Cameron y yo nos miramos de reojo; sé que comparte mi preocupación. ¡Maldito Zavier Blanch! Ese cabrón sigue trayéndome problemas.

—Lo sabía, sabía que esta reunión era una pésima idea —murmura Dorian entre dientes.

Aún estoy mirando a Cameron cuando, de repente, su quijada parece a punto de caer al suelo, al igual que la de Dorian. Ambos parecen estar viendo una alucinación. Mi curiosidad me hace girar el rostro hacia lo que los ha dejado tan boquiabiertos y… viendo lo que veo, ahora los entiendo.

Una impresionante rubia platinada, con curvas de sirena, se aproxima a nosotros. Tiene los mismos ojos verde-azules que el salvaje de Zavier Blanch. Su cabello, guau, es una melena deliciosamente revuelta, salvaje, pero con un estilo perfecto. Su

rostro combina una dulzura salvaje que resulta extrañamente atractiva.

Sigue avanzando hacia nosotros, mirando a los tres de manera fija, sin miedo, casi retadora. Al llegar, clava sus ojos en mí, y una sonrisa seductora ilumina ese increíble rostro.

—Tú debes ser Gabriel Alcalá, te pareces mucho a tu hermana.

Carraspeo y luego toso un poco. Mierda, es ese tipo de chica que jamás pasará desapercibida ante ningún hombre, incluso para alguien perdidamente enamorado como yo.

—Sí, soy yo, aunque ahora soy Gabriel Morris, pero, por favor —hago cara de susto y de terror mientras sonrío—, no se lo digas a mi hermana.

Ella suelta una carcajada echando la cabeza un poco hacia atrás. De fondo, escucho a Cameron y a Dorian coger aire y soltarlo de golpe. Los entiendo, parece que toda la estancia se iluminó con esas risas cantarinas.

—Seré una tumba, aunque lo cierto es que cuando hablo con Cam y Zavo hablamos de lo más importante, sus llamadas son… muy cortas, insuficientes.

—Correcto, me has calado por completo.

Aún sonriendo, los ojos de Julia se posan en Cameron y… ambos parecen dejar de respirar al mismo tiempo. Observo con curiosidad este intercambio de miradas y cómo Julia se lame suavemente sus rojos labios. Cameron no pierde ni uno de sus movimientos, mientras dibuja esa sonrisa ladeada de perdonavidas, la que usa con las chicas que le interesan. Aquí, indiscutiblemente, está pasando algo entre estos dos.

—Señorita Blanch —la llamo para sacarla de su trance—, permítame presentarle a Cameron Morris, CEO de Morris Enterprise.

Julia se acerca a Cameron y ambos se quedan mirándose de frente, como si fueran incapaces de apartar la mirada el uno del otro. Una sonrisa silenciosa asoma en mis labios. ¡Mierda! ¡Carajo! ¡Joder! La tensión sexual creciente en este mismo momento y lugar es abrumadora y está en pleno movimiento.

—Julia Antonella Blanch, CEO de Blanch Holding Group. Es… un placer conocerte —Julia parpadea coquetamente, moviendo sus largas pestañas mientras observa a Cameron con una sonrisa insinuante.

—Encantado —Cameron toma sus manos y se las lleva a los labios sin apartar la vista de ella. Deposita un beso en el dorso de

ambas manos, demorándose más de lo debido, mientras ella le regala una dulce sonrisa, mordiendo suavemente su labio inferior.

Un empujón por parte de Dorian toma por sorpresa a Cameron, que rápidamente se hace a un lado para dejarle espacio.

—Yo soy Dorian Morris, hijo de Joseph Morris, el verdadero y único CEO de Morris Enterprise —la petulancia en su voz es inconfundible—. Lo que hace mi primo Cameron como CEO encargado es temporal, y muy pronto seré yo quien ocupe ese puesto.

Mi indeseable medio hermano carraspea un poco, y sus ojos no pueden ocultar la lascivia que le provoca la despampanante figura de la señorita Blanch. Ella lo evalúa con la mirada, y estoy casi seguro de que no le agrada cómo la está observando.

Para ser justos, Cameron la miró con admiración y cierto arrobamiento, mientras que Dorian lo hace con una mal disimulada lujuria.

—Gracias por aclararme tu… pedigrí —responde ella con evidente cinismo, sus palabras cuidadosamente afiladas para ofender. Sin embargo, Dorian se ríe como si fuera una broma.

Con un leve gesto de cabeza, Julia saluda a Dorian, pero no le permite acercarse más. Se desplaza con rapidez hacia la silla vacía

en la mesa y se sienta con una elegancia digna de una reina. Cameron y yo quedamos a cada lado de ella, mientras que Dorian ha quedado justo al frente de Julia Blanch.

Uno de los guardaespaldas se aproxima a Julia y le susurra algo al oído; ella asiente y le responde en voz baja, inaudible para nosotros.

—¿Está segura, señorita Blanch? —le pregunta con preocupación quien parece ser el jefe de seguridad.

—Sí, segurísima —confirma Julia, entrelazando sus pequeñas manos con una perfecta manicura sobre la mesa.

Varios de los hombres de seguridad que habían entrado comienzan a retirarse, quedando solo tres, aquellos que aún sostienen sus armas.

En cuanto los hombres trajeados de negro salen, Julia mira a Cameron con una intensidad casi felina. Ambos se sonríen mutuamente, irradiando una complicidad poco común para dos personas que acaban de conocerse. Joder, entre estos dos va a pasar algo magnánimo, lo siento en el aire. Me recuerda lo que sentí y lo que se movió dentro y fuera de mí cuando conocí a Tory.

—Les pido disculpas por todo este despliegue de seguridad. En los últimos tres meses he estado bajo constante asedio, lo que me

ha obligado a aumentar el número de guardaespaldas y reforzar los protocolos para garantizar mi protección.

—Algo me comentó Cam sobre eso —confirmo.

—Gracias por venir y por estar dispuestos a escuchar mi propuesta.

—La escuchamos, señorita Blanch —la voz ronca y completamente solícita de Cameron me sorprende; nunca le había escuchado ese tono. Esto es algo inédito para mí.

—Llámame Julia —le dice directamente a Cameron, pero parece recordar que hay más personas en la reunión—. Todos pueden llamarme Julia.

—Muy bien, Julia —una sonrisa sutilmente seductora acompaña las palabras de mi primo—. Para ti soy Cameron. Te escuchamos.

—Gracias, Cameron —ella deja de sonreír y respira hondo. Puedo ver la transformación en su rostro perfecto. Nos observa a todos de manera calculadora y, de pronto, ya no es solo Julia: está a punto de hablar la CEO del Holding, la chica dura y aguerrida de la que me ha hablado Cam.

—Debido a la naturaleza de quién soy y de la familia a la que pertenezco, no me ha sido posible informarles de mis intenciones por correo, y mucho menos por móvil. Por eso les pedí que me

permitieran este espacio seguro y controlado —Ella me mira a mí—. Tengo entendido que los tres están informados de la situación de mis hermanos.

—Sí, así es, saben que tus tres hermanos lograron un indulto con la justicia por la información que entregaron, y que se acogieron al programa de protección a testigos. Camila también me dijo que querías hacernos una propuesta respecto al Blanch Holding Group, pero no pudo darnos más detalles. En cuanto a lo que vas a proponernos, solo hemos hecho suposiciones, pero en realidad no lo sabemos con certeza.

—¿Me imagino que han supuesto que quiero venderles?

Es Cameron quien responde, ya en su papel de CEO.

—Sí, esa ha sido nuestra elucubración.

—En realidad, lo que quiero es asociarme con Morris Enterprise, e incluso llegar a ser accionista. Esa es la propuesta en términos generales que tengo para ustedes.

—Julia —interviene Dorian por primera vez. Al igual que Cameron, ha estado obnubilado con ella desde que entró en la biblioteca, sin quitarle los ojos de encima—, Morris Enterprise no se asocia, no se fusiona; lo que hacemos es adquirir, comprar.

—Así es —corrobora Cameron, mientras Julia escucha con un rostro impertérrito—. Lamento que hayas hecho este viaje y que no podamos ayudarte. Sin embargo, podemos recomendarte otros grupos empresariales que podrían estar interesados en asociarse contigo.

—Las que me interesan ya las he abordado. Dejé a Morris Enterprise al final de la lista porque no quería mezclar los asuntos familiares con los empresariales. Pero al final, no tuve más opción que buscarlos a ustedes. Mi situación es… crítica, y no lo es por recursos financieros, se trata de mi seguridad, no puedo seguir siendo el rostro visible del Holding.

—¿Por qué supones que nosotros querríamos asociarnos con el narcotráfico? —pregunta Dorian, mirándola directamente a los ojos.

Julia le lanza una mirada cargada de absoluto veneno.

—El Blanch Holding Group está limpio. Si su negativa se basa en creer que el Holding que represento lleva el lastre de la organización delictiva El León Blanco, están equivocados, y puedo demostrarlo.

La mirada cargada de dudas e inquietudes de Cameron la hace continuar.

—Sé que es difícil creerme solo con mis palabras —admite Julia, con un tono algo más controlado—, pero los negocios que maneja el Holding están completamente desligados de cualquier actividad delictiva. Lo que ofrezco es una alianza estratégica para acceder a mercados donde Morris Enterprise todavía no tiene la presencia que podría tener.

—Aun así, eso no cambia nuestros estatutos —Dorian la interrumpe—, estos nos obligan a adquirir empresas en lugar de asociarnos. No es nada personal.

—Lo entiendo perfectamente —Julia fija su mirada en él, sin dejarse intimidar—, pero mi Holding les ofrece un valor agregado bastante tentador; asociarse conmigo es la opción más inteligente si desean crecer sin correr riesgos innecesarios en mercados nuevos o poco explorados. Si lo que les preocupa es la reputación, tengo todas las pruebas que necesitan para demostrar que mis negocios están completamente limpios.

Cameron y Dorian se miran brevemente, evaluando la situación. Yo los observo en silencio, sabiendo que Julia está jugando sus cartas con maestría.

—Sé que me están rechazando porque dudan de la reputación legal del Holding. Los investigué y sé de varias empresas que se han

asociado con ustedes; no soy la primera en solicitar algo así.

—Solo lo hacemos entre nosotros, los miembros de la familia Morris son los únicos que tienen acciones, aunque… —Cameron lo piensa por un momento—. Tendrías que convertirte en un Morris. Hablo de alianzas comerciales estratégicas a través del matrimonio.

Julia abre sus ojos verde-azul, que me recuerdan tanto al capullo de Zavier.

—No estamos en la Edad Media para hablar de matrimonios concertados —replica Julia.

—Estoy de acuerdo contigo, pero a lo largo de los años los Morris, en casos muy puntuales, lo hemos hecho —Cameron le lanza una sonrisa maliciosa—. E incluso, si optaras por esta opción, podrías elegir al Morris que más te guste. Somos más de un centenar de Morris casaderos regados por el mundo, y en cuanto te vean, estoy seguro de que harán cola en tu puerta.

Julia abre aún más los ojos y la boca, asombradísima.

—¿Estás de coña?

—Ni un poco —responde Cameron con una sonrisa evaluativa.

Julia suelta una carcajada completamente contagiosa, y yo no puedo evitar sumarme.

—No sabía esto —le aseguro a Julia, todavía riendo.

—Lo que dices es una locura. Nunca habría imaginado que mi conversación con ustedes llegaría a este tema tan medieval —confiesa secándose los ojos, porque ha llorado de la risa—. No creo ni por un segundo que algún Morris casadero se apunte a algo así en pleno siglo XXI.

—Yo me apunto, si llegaras a decidirte —afirma Dorian con total seriedad, y el ambiente se enrarece un poco.

Cameron se endereza en su silla y le habla a Julia, ya sin rastro de diversión.

—Yo no me apunto. Estoy de acuerdo contigo, Julia, esto es una locura. Sin embargo, no puedes negar que con nosotros podrías tener dos opciones: casarte con un Morris o vendernos tus empresas.

Julia parece algo tensa, probablemente se está sintiendo acorralada, pero Cameron continúa con su discurso.

—Sin embargo, antes de que te decidas por alguna de estas opciones, hay dos cosas que deben suceder: la primera, comprobar que tus empresas no cargan con el lastre del León Blanco; y la segunda, tras verificar que todo esté en orden con el Holding, presentarle a la junta directiva y a los accionistas de Morris

Enterprise tu propuesta de manera oficial, obviamente ajustándote a alguna de las dos opciones que te hemos planteado.

—No he dicho que vaya a optar por ninguna de esas opciones descabelladas.

—Dijiste que tu situación es desesperada.

—Dije «situación crítica», no «desesperada», que es muy diferente. Aun así, no me apetece venderme al mejor postor como si fuese un objeto de subasta.

—En este caso, el objeto en subasta seríamos los Morris. Tú serás quien haga la selección, eres tú la que va a tomar la decisión de qué hacer y qué opción tomar.

—Aún no puedo creer que lo digan en serio. Esto tiene que ser una broma.

Julia se pone en pie y camina hacia los ventanales. Tanto Cameron como Dorian no pueden evitar devorar con la mirada su espectacular trasero y sus fabulosas piernas torneadas.

Después de unos largos segundos, ella se gira y nos mira intensamente, hasta que finalmente fija sus ojos en mí.

—Tu hermana me dijo que estás soltero.

Escupo el café que estoy bebiendo y me atraganto en un ataque de tos. ¡Mierda!

—¡No lo está! —responde Cameron por mí, claramente molesto de que Julia haya insinuado algo conmigo—. Está loco por mi hermana.

—Eso es cierto —confirma Dorian, mirándome con un odio palpable.

Le sonrío a Julia ante su mirada llena de curiosidad.

—Estoy perdidamente enamorado. Aún no se lo he contado a mi hermana; nuestras breves llamadas no me han dado tiempo.

—Sí, el no poder hablar largo y tendido con ellos es un verdadero fastidio.

La inquietud gobierna el semblante de Julia, y su mirada parece perdida en sus pensamientos.

Por fin, después de unos largos minutos, ella se sienta nuevamente en su silla y parece decidida.

—Vale, ¿qué necesitan de mí para demostrarles que el Holding está totalmente limpio y que no tiene ningún tipo de conexión o lazo con el León Blanco?

—¿Eso significa que vas a vender o a casarte con un Morris? —la cuestiono, ella definitivamente está desesperada.

—Gabriel —ella me mira con una ternura que parece de alguien que me ha conocido toda la vida—. Soy una Blanch, y he sido el

corazón palpitante de mi familia a pesar de mi corta edad. Los que me conocen saben que haría cualquier cosa por mi familia, ¿tú no?

¡Joder! ¡Carajo! ¡Mierda!

Capítulo 28

—¡Por Dios, Trizia! Me vas a romper las costillas —protesto entre risas. El abrazo de oso de mi amiga es exageradamente fuerte, demasiado apretado.

Las personas a nuestro alrededor en la cafetería Le Pain Quotidien, en Central Park, han comenzado a mirarnos y sonreír por los gritos y chillidos de Trizia. Cuando por fin se separa, sus hermosos ojos negros brillan de pura emoción.

—Estoy tan feliz de verte, no tienes idea de cuánto te he extrañado.

—Yo también, amiga, pero será mejor que nos sentemos.

Después de hacer nuestro pedido, nos dirigimos a la parte exterior de la cafetería. Buscamos una mesa con sombrilla para resguardarnos del inclemente sol de esta hermosa mañana de finales de agosto. Me siento y contemplo con agrado el Central Park. ¡Dios! Cuánto he extrañado estas vistas, esta ciudad, sus rascacielos, mi familia, Trizia, la Morris Tower, Morris Enterprise y, sobre todo… a Gabriel.

—Sigo sin perdonarte que no me dejaras acompañarte a visitar a Dominic en la cripta.

Miro a Trizia con una sonrisa cariñosa mientras nuestro pedido de café y magdalenas llega a la mesa.

—He aprendido que hay cosas que tengo y debo hacer sola. Los diez meses en el centro de rehabilitación me dejaron muchos aprendizajes, y entre ellos, que algunos puentes tengo que cruzarlos yo sola, por más dolorosos que sean.

Los ojos negros de Trizia me escrutan como si fuera un halcón mientras toma un sorbo de café.

—¿Puedo preguntarte cómo te fue en esa visita?

—Puedes preguntarme lo que quieras, Trizia.

Soy consciente de que ella, junto con toda la familia, recibieron instrucciones sobre mi regreso y sobre cómo debían proceder conmigo. Sé que entre las recomendaciones se les insistió, una vez más, en hablar conmigo únicamente de los temas que yo estuviera dispuesta a abordar, y en tocar solo aquellos asuntos con los que me siento cómoda.

—Fue doloroso, pero soportable. Tenía cosas pendientes por decirle a Dominic, y ya lo hice.

Trizia se endereza, y parece que está pensando con cuidado qué preguntarme a continuación. Yo aprovecho el momento para disfrutar de mi café y darle un mordisco a mi magdalena, que está deliciosa. Cuando pasan unos segundos más sin que llegue el bombardeo de preguntas que seguramente tiene en la punta de la lengua, decido pincharla un poco.

—Nunca has tenido pelos en la lengua para preguntar lo que quieres saber, Trizia. ¿Qué te pasa hoy?

Mi amiga se acaricia suavemente la parte frontal de su cuello con los dedos; se ve algo nerviosa.

—¡Ay, mi *Piccola*! Te nos fuiste durante diez meses, ¡casi un año! No quiero preguntarte algo que te lleve a otra crisis.

Suspiro, algo decepcionada, recostándome en la silla. Si esto es con Trizia, no quiero ni imaginarme cómo se comportará el resto de la familia cuando me vean.

—Me siento como nunca antes en mi vida me había sentido. Estuve en un tratamiento nuevo, uno que nunca quise explorar porque me parecía demasiado invasivo con respecto a los recuerdos de mis padres, y también por la explosión de emociones que veía venir. Pero, si hubiera sabido que me traería tanta paz y calma al alma, te juro que lo habría hecho mucho antes.

— ¿Hablas en serio? —Trizia se ve gratamente sorprendida—. Nunca habías dicho que te sentías realmente bien.

—Sí, hablo muy en serio.

—¿La «sufrición» se fue de tu vida? —Trizia sonríe ilusionada. Lástima que tenga que bajarla de esa nube.

—Sí y no. Tendré que trabajar toda mi vida en administrar mis emociones con las técnicas que aprendí, y seguramente incorporaré otras nuevas que irán apareciendo con los avances médicos y clínicos. Es muy posible que nunca pueda prescindir de mi terapeuta. Pero he avanzado, como nunca antes lo había hecho —sonrío, respiro profundo y dejo escapar el aire con ligereza. Me siento liviana, ligera, feliz—. En este momento, siento, de verdad siento que puedo vivir una vida más plena y tranquila.

Trizia se muerde el labio inferior y, acto seguido, sonríe con todo su rostro.

—Vale, en ese caso, te hablaré abiertamente. ¿Qué pasa con Gabriel?

Mi pecho se contrae en una mezcla de dolor y júbilo. Me recuesto nuevamente en la silla, evocando la imagen de Gabriel: su mirada tierna y dulce; su sonrisa carnosa, un equilibrio perfecto entre canalla y sexy; esos rizos negros y suaves que tantas veces

acaricié. Pienso en su lucha interna por mantener sus adicciones a raya; en el sacrificio que hizo de sí mismo porque Dominic se lo pidió, convirtiéndose en alguien que nunca quiso ser: «un Morris». Recuerdo su desasosiego y el dolor de traicionar a su hermano al amarme. Y lo que me hizo sentir... ese huracán incontrolable de emociones que despertó y revolucionó mi alma y mi corazón, simplemente por ser quien era conmigo: mi amigo, mi confidente, mi hombre, el amor de mi vida.

No hay nada en Gabriel que no me guste. Lo amo, como nunca llegué a amar a Dominic. Esa es una verdad que comprendí mucho antes de internarme, pero que confirmé durante mi estancia en el centro.

—Lo amo, Trizia, pero, así como me puse al día con Dominic, también tendré que hacerlo con él.

—¿Por qué no podía hablarte de él cuando te visité en primavera?

—En ese momento no quería saber nada que pudiera lastimarme.

—No sé si te sigo. Nada de Gabriel podría lastimarte; al contrario, podría haberte hecho mucho bien.

—Necesitaba terminar mi proceso de rehabilitación y, si te pedía que me hablaras de él, y tú me decías que estaba con otra chica… No sé, simplemente no me sentí capaz de escuchar algo así en ese momento.

—¿Y ahora sí? —Trizia arquea una de sus cejas perfiladas. La incredulidad y un toque de enojo se reflejan claramente en su expresión.

—Ahora, en este momento, necesito saberlo todo sobre Gabriel. Necesito entender qué rumbo voy a tomar con respecto a él.

—Es increíble, las cosas que hay que escuchar en esta vida. ¿En serio crees que Gabriel podría estar con otra chica? —El colmo sobrepasa las hermosas facciones de Trizia, pero yo tenía mis razones para actuar como lo hice.

—Gabriel es un hombre increíblemente guapo, maravilloso por dentro y por fuera, y, para rematar, es un hombre sexualmente muy activo. ¿Cómo puedo creer que me haya estado esperando durante diez meses? Y eso, sin contar los dos meses que estuvimos enamorándonos.

—Parece ser que los pensamientos «fatalistas» siguen estando a la orden del día en tu vida.

Sus ojos negros lanzan dagas, y siento sus palabras como un golpe directo. Me he esforzado tanto en mejorar, necesitaba protegerme. Abro la boca para refutarle, para explicarle, pero ella no me da tregua.

—Para que lo sepas, en primavera, cuando no te dignaste a verlo, lo lastimaste, y mucho. —Trizia me clava en mi silla con su mirada oscura y contundente—. Fuiste muy egoísta, Tory. Solo pensaste en ti y en lo que tú sentías. ¿Y sabes qué? Dado que dices querer «saberlo todo», te informo que tu negativa a verlo en primavera lo llevó a una recaída en una de sus adicciones: «el alcohol».

—¡¿Qué?! —El aguijón de la culpabilidad, que creía tener bien controlado y enterrado, azota mi mente y mi corazón con fuerza.

—Se recuperó —al ver mi turbación, Trizia levanta las manos en señal de paz y me aclara—: Tranquila, él se recuperó, pero le costó muchísimo. A Cameron y a mí nos tocó verlo llorar y sufrir por ti como un condenado. Y, te cuento, verlo en el proceso de comenzar de nuevo el camino de la abstinencia fue… ¡desgarrador! No fue fácil para él, créeme.

Trizia desvía su mirada hacia el sendero del Central Park. Por un momento parece abstraerse en sus pensamientos mientras toma

el café con calma. Seguro está recordando los días en que Gabriel estuvo tan mal. Trato con todas las fuerzas de mi alma de mantener sepultada la culpa, de no llorar, pero me está costando horrores.

—Lo siento*, Piccola*. Creo que me pasé un pueblo… o tal vez dos —dice Trizia arrugando el entrecejo antes de volver a mirarme—, pero tenía que decírtelo. Él te ha estado esperando con el corazón y las entrañas en la mano, y estoy completamente segura de que no ha habido ninguna mujer. Cameron ha estado con Gabriel tooooodo el tiempo como una mamá gallina, y, de haber aparecido alguna buscona, estoy segura de que me lo habría contado.

Dos lágrimas se deslizan por mis mejillas, pero yo las limpio rápidamente. Tenía tanto miedo de haber sido reemplazada… o, peor aún, olvidada. Ese miedo irracional me llevó a lastimar a Gabriel.

Respiro profundo, tratando de enterrar muy hondo el sentimiento de culpa para poder seguir en control de mi vida: «Tranquila, Tory, lo que hiciste, al no querer verlo en primavera, tal vez no fue lo mejor, pero puedes hablar con Gabriel, pedirle perdón y arreglar las cosas con él». Respiro profundo una vez más y trato de aferrarme a ese pensamiento.

El maldito sentimiento de culpa, tan conocido y familiar en mi vida, pero tan indeseable y carroñero, siempre quiere volver a emerger de las cenizas. Pero yo «no puedo volver allí, no puedo volver allí».

«Estoy bien. Estoy bien».

—Hablaré con Gabriel y arreglaré las cosas con él —digo con convicción. No puedo permitirme nada diferente. He mejorado, esta soy mi nuevo yo, y lucharé con garras y dientes para mantenerme aquí.

—Es lo menos que puedes hacer. Gael no se merecía eso. —Trizia coge mis manos entre las suyas, apretándolas con ternura—. Tory, este es el tiempo, el tuyo y el de Gabriel. Es hora de vivir a «tope» ese amor que se tienen. Ya no hay nada que pueda impedirlo.

Eso es lo que piensa Trizia, pero yo tengo varios asuntos pendientes que debo resolver con Gabriel. Solo después de aclararlos sabré si él todavía desea estar conmigo. Porque yo, sin lugar a dudas, quiero estar con él.

—Por cierto, ¿por qué los terapeutas del centro de rehabilitación pidieron hablar con Gabriel a solas? Tuvimos una reunión familiar grupal con tus terapeutas, y él no estaba.

—Ni tampoco Dorian —le aclaro a Trizia—. A él también lo citaron aparte. Ambos son parte de mi vida y, de alguna manera, podrían llegar a afectarme. Los han citado de manera independiente para hablarles de mí y para darles algunas indicaciones… puntuales.

Estoy segura de que Gabriel seguirá a rajatabla lo que le digan para ayudarme, pero con Dorian… no lo tengo tan claro. Mis últimos recuerdos y encuentros con él me llevan a pensar que su comportamiento estaba fuera de control; Actuaba y hablaba de manera muy errática.

—Morris Enterprise, según me ha contado Cameron, se ha convertido en un hervidero de conflictos y contiendas del tipo «perros y gatos» desde que Joseph se fue. Si tu tío no vuelve pronto, solo encontrará escombros y cenizas de lo que un día fue Morris Enterprise.

Ambas nos reímos al mismo tiempo, pero mi sonrisa se congela al ver a Gabriel caminando a paso firme por el sendero. Lo cité cerca de esta cafetería, así que sigue caminando sin verme. Trizia mira hacia donde mi mirada se ha quedado obnubilada.

—Lo dicho, es un tren descarrilado de hombre, un pecado andante y ambulante de hombre.

—Sí, sí que lo es —confirmo mientras intento calmar mi respiración y el frenético latir de mi corazón mientras me pongo de pie.

—Nos vemos más tarde, Trizia. Es hora de arreglar mis asuntos. Mi hora y momento con Gabriel ha llegado.

—Buena suerte, mi *Piccola*. Espero que este reencuentro termine con unas muy placenteras «actividades horizontales».

Se ríe la muy ladina mientras yo me pongo más roja que un tomate.

***

Él sigue avanzando hacia el lugar donde lo cité, el Puente Gapstow, que queda a unos cinco minutos más de caminata por el sendero del Central Park. Mientras camina con paso firme, yo lo sigo de cerca, incapaz de apartar la vista de lo bien que le queda el traje de tres piezas en gris marengo. En este momento lleva la chaqueta en la mano, probablemente debido al infierno de calor que hace. El chaleco y el pantalón, combinados con su camisa blanca impoluta, le quedan como un guante; sus brazos y piernas, aunque delgados, se ven fuertes, duros, musculosos. Sus rizos negros, esos que tanto amo, están un poco más largos que cuando me fui hace diez meses.

Él llega al puente y camina hasta el centro, recostándose ligeramente en el muro de piedra mientras mira a su alrededor, dejando la chaqueta colgada en el muro. Es entonces cuando nuestras miradas se cruzan. Ambos nos observamos con la boca apenas entreabierta, muy seguramente para respirar.

Sigo avanzando, obligándome a acercarme a él sin tropezar y, mucho menos, caerme de bruces al piso.

Mientras lo hago, él repasa mi rostro y mi cuerpo con hambre, anhelo y una necesidad tan intensa que me deja sin aliento. Su mirada me desarma, y esa manera en la que me observa me obliga a apretar el paso por la punzada de agonía que siento entre las piernas.

Al final, su atención parece fijarse en mi vestido veraniego, un modelo de tiras en los hombros que me llega a la mitad del muslo. Es probable que haya notado que he subido un poco de peso. Dormir bien y aparcar tus angustias en un lugar muy, muy lejano tiene sus beneficios: te permite comer y descansar como es debido.

El viento juega con sus rizos rebeldes, moviéndolos hacia su frente y rostro. Sin embargo, él no hace el menor intento por apartarlos, como si estuviera completamente ajeno a todo lo que sucede a nuestro alrededor, concentrado únicamente en mí. Entre

las ramas de los árboles que rodean el puente, un pequeño rayo de luz se cuela y toca sus ojos marrones, haciendo que luzcan más claros y brillantes. Gabriel se ve... guapísimo. En realidad, no hay palabras que puedan describir lo que me hace sentir con tan solo mirarlo.

Cuando por fin lo alcanzo en el centro del puente, la intensidad de nuestra conexión se lleva todo el aire de mis pulmones. Es como si esa atracción invisible, esa energía viva, cálida y envolvente, siguiera fluyendo entre nosotros, reclamándonos, atrayéndonos de manera irremediable el uno hacia el otro.

Nuestros ojos se encuentran, y en esos expresivos ojos marrones iluminados por el sol percibo algo más allá de la emoción del reencuentro: miedo. Está asustado.

Le regalo una sonrisa, una que espero sea suficiente para darle valor.

—Estás... tan hermosa, Tory —dice con esa voz profunda que no ha perdido ni un ápice de la fuerza e intensidad de su amor. Puedo sentir cuánto me quiere. Es algo que no puede, y claramente no quiere, ocultar. Ese amor es tan apremiante que siento cómo me alcanza, me envuelve y me atrapa por completo.

—Gracias. Tú también te ves muy bien —respondo, notando que no hace ningún movimiento para acercarse. Estoy segura de que mis terapeutas le recomendaron no presionarme, dejar que yo marque el ritmo. Así que soy yo quien da el primer paso.

Enredo mis brazos alrededor de su cintura y recuesto mi rostro contra su pecho. Lo hago con valentía, sin temor ni angustia, solo con la certeza de que esto es lo que quiero. ¡Dios mío! Esta sensación de tenerlo aquí, entre mis brazos, me llena de una paz infinita. Es indescriptible. Por primera vez en mucho tiempo siento que estoy en casa, en mi hogar, en mi lugar favorito de todo el mundo.

Sus brazos no tardan en estrecharme aún más contra su pecho, y ese gesto me permite sentir los latidos desbocados de su corazón y el ritmo agitado de su respiración.

—Pequeña Tory, mi susurro de jazmín, te he echado tanto de menos —susurra contra mi cabello, dejando que sus palabras se cuelen directamente en mi alma. Luego, levanta mi rostro con una de sus manos, y su mirada se desliza hacia mi cuello. Sé lo que está buscando.

El cambio en su expresión me deja helada. Sus ojos reflejan un intenso dolor que al estar acompañados por unas profundas ojeras

que ahora noto debido a nuestra cercanía, me confirman lo que Trizia me advirtió: lo he lastimado, y lo he hecho profundamente.

—No llevas mi cadena —dice, con una voz impregnada de una tristeza que duele escuchar. Su desilusión me atraviesa, y por un instante siento que debería flagelarme por haber sido tan descuidada con él.

—Lo siento, Gabriel —respondo, luchando por mantenerme firme—. Pero necesitaba primero saber si tú y yo aún estábamos donde lo dejamos.

El desconcierto invade su rostro al escucharme.

Gabriel, atropelladamente hala su corbata hasta abrir espacio suficiente para poder desabotonar los primeros tres botones de su camisa, en cuanto lo hace logro ver su promesa de amor, tiene la cadena con la letra T, mi inicial. Mis ojos arden, estoy a punto de ponerme a llorar.

—Tory, lo que siento por ti no ha cambiado en absoluto. Al contrario, mi anhelo y mi amor por ti solo han crecido. Pero no quiero presionarte ni que sientas que estás obligada a nada.

Le sonrío con todo mi amor, aunque mis ojos amenazan con desbordarse. ¡He sido tan tonta! ¿Cómo pude dudar del amor que me confesó y que me demostró de tantas maneras?

Con manos temblorosas, abro mi bolso y saco la cadena con el dije colgante con la letra G.

—Si aún me amas, y sigue sin importarte que esté tan rota, aquí estoy, dispuesta a luchar por ti, por mí, por nuestro amor.

Gabriel sonríe con esa hermosura que me desarma, mientras toma la cadena entre sus dedos. Yo me giro, dándole la espalda, y aparto mi cabello hacia un lado para que vuelva a colocarla en su lugar, en mi cuello, de donde nunca debí quitármela.

Siento los dedos suaves y cuidadosos de Gabriel enganchando la cadena en mi cuello, pero él no se aleja de mí, un reguero de besos suaves y tiernos son depositados desde mi hombro hasta la parte alta de mi cuello, cada uno de ellos enviando corrientes de electricidad a través de mi piel. Gabriel me abraza desde atrás con firmeza y delicadeza, como si quisiera asegurarse de que nunca más me alejaré.

—Te amo, Tory, y eso nunca va a cambiar —su aliento cálido acaricia mi oído mientras sus palabras se cuelan directo a mi alma.

—Yo también te amo, y nunca dejaré de hacerlo —le respondo, dejando que mis manos acaricien sus antebrazos cubiertos por la tela impecable de su camisa blanca. Pero sé que no puedo postergar

más esta conversación—. Hay algunas cosas de las que tenemos que hablar.

Con suavidad, me gira entre sus brazos hasta quedar frente a frente, sin separarnos ni un milímetro. Su mirada, cálida e intensa, busca la mía, y sus manos permanecen firmemente en mi cintura. Es como si ambos supiéramos que, aunque nuestras palabras no logren ser suficientes, nuestros cuerpos no quieren soltarse.

—Okey. ¿De qué quieres que hablemos? —pregunta, con una voz tranquila que contrasta con la tensión que comienza a reflejarse en sus ojos.

Suspiro profundamente, tratando de reunir el valor para enfrentar mis miedos, mis dudas y todos los demonios que aún arrastro.

—De mí, de ti, de Dominic y, sobre todo de… Dorian.

Su rostro se ensombrece de inmediato. La luz en sus ojos marrones se transforma en un brillo intenso, peligroso, que deja entrever las emociones que está conteniendo a duras penas.

Capítulo 29

Gabriel se desplaza con total confianza por el impresionante ático de mi hermano en Park Avenue. Es evidente que ya ha estado aquí, y no debería sorprenderme, después de todo, Dominic y él se han vuelto uña y carne.

—¡Ya has estado aquí! —afirmo sin dudarlo.

No quiero ni imaginar qué habrán estado haciendo dos hombres solos, solteros, guapos y espantosamente ricos como ellos en este piso.

Trato de disipar ese demonio irracional de los celos centrándome en lo que está pasando afuera de los enormes ventanales: el sol brilla con intensidad, pero la lluvia amenaza con imponerse. Hermosas nubes grises se arrastran sobre el horizonte de las ocho de la mañana, como si el clima no pudiera decidirse entre la luz y la tormenta, es irónico que el clima refleje mucho de mí en estos momentos.

—Sí —responde con tranquilidad mientras trastea con la cafetera y el café.

Me lanza una mirada de reojo y sonríe, y con ese simple gesto mi piel se estremece. Un escalofrío me recorre los brazos, y mi aliento se quiebra cuando uno de sus rizos cae sobre esos impresionantes ojos marrones. Definitivamente sus rizos están un poco más largos… y me encanta.

—No es lo que piensas —se queja con suavidad mientras pone en funcionamiento la cafetera y camina hacia mí.

Su elegancia y masculinidad me dejan entre absorta y alucinada. Estoy locamente enamorada de este hombre.

Cuando coge mis manos entre las suyas y me mira con ese cariño profundo, siento que el mundo entero desaparece. Esos increíbles ojos que parecen un océano cargado de emociones, son lo más expresivo y sincero que he visto jamás. Amo, Amo absolutamente todo lo que es y lo que representa a Gabriel.

—Tuve unos días… algo difíciles, y estuvimos viviendo aquí un tiempo.

«La recaída».

Mi mente se precipita de golpe al vacío. Un segundo antes, estaba en el cielo contemplándolo, empapándome de él… y ahora, el peso de la culpa me azota sin piedad. Una punzada lacerante se

clava en mi pecho, recordándome que fui yo quien lo empujó allí, que fui yo quien lo lastimó.

Como si el universo se burlara de mí, la tormenta finalmente estalla. Las primeras gotas de lluvia caen con furia contra los ventanales del ático, como pequeños cristales quebrándose contra el vidrio. El clima parece estar en sintonía con mi estado de ánimo.

—Lo siento, Gabriel. Supe que tuviste una recaída con el alcohol y también sé que fue por mi culpa —respiro hondo, tratando de controlar el tsunami de pensamientos destructivos que me embargan, dagas de fuego que atraviesan mi mente con la intención de destrozarme una vez más.

Él sonríe con dulzura.

—No, así no fueron las cosas. Deja de culparte por todo lo malo que sucede a tu alrededor —toma mi mano con firmeza y me hala suavemente hacia la encimera de la cocina—. ¿Quieres café?

Hago un gesto afirmativo mientras me siento, y él sirve dos tazas sin azúcar (tal como nos gusta a ambos), antes de sentarse en un taburete a mi lado.

—Solo… me desbordé y no supe manejarlo. Creo que fue la suma de todo lo ocurrido antes y después de llegar a Nueva York.

Su confesión me hace recordar de inmediato todo lo que enfrentó con su hermana Camila «antes» de llegar aquí, y todo lo que tuvo que soportar «después».

—Te has visto inmerso en situaciones muy difíciles de sobrellevar —corroboro.

—Sí, pero siendo honestos, creo que todos en esta familia hemos estado viviendo momentos muy complejos —toma un sorbo de su café—. ¿Quieres comer algo?

—No, ya comí algo temprano con Trizia.

Se queda en silencio por un momento, apoyando un codo en la encimera y enderezándose en el taburete. Afuera, la tormenta arrecia con fuerza, y por unos segundos, el único sonido en el ático es la lluvia azotando los ventanales.

—Háblame solo de lo que quieras hablar, Tory. No tenemos prisa. Te veo un poco turbada.

Niego suavemente con la cabeza, sintiendo el calor de su mirada sobre mí.

—Ocultar lo que siento y callar lo que ocurrió en mi pasado han sido parte de mis miedos y de esta maldita culpa que me ha

acompañado toda la vida. Pero no puedo, no debo, y no quiero seguir así, Gabriel —levanto una mano y acaricio su barba corta, esa que le queda endemoniadamente bien. Una pequeña sonrisa se asoma en sus labios antes de que entrecierre los ojos con un gesto perezoso, disfrutando de mi caricia como un gatito complacido—. No pasé diez meses dejándome la piel y el alma en ese lugar para regresar y seguir viviendo en agonía. Hablar contigo, decirte lo que significas para mí y lo que han significado Dominic y Dorian en mi vida es fundamental para seguir adelante. Para poder cerrar este capítulo… aunque en mi caso, lo más adecuado sería decir «cerrar el libro».

Por un momento deja de mirarme y fija sus ojos en su café, como si en el líquido oscuro pudiera encontrar alguna pista de lo que estoy a punto de confesarle.

—Okey, te escucho, Tory.

Tengo un nudo en la garganta. Me bajo del taburete y me coloco frente a él. Gabriel sigue sentado sosteniendo la taza con fuerza. De alguna manera, sé que presiente que lo que voy a decir va a sacudirlo, y no tengo forma de evitarlo.

Me acerco un poco más y me meto entre sus piernas. Si no lo toco, si no veo sus ojos directamente, no voy a poder hacerlo.

Él coloca sus manos en mi cintura y suspira.

—Tranquila, Tory, habla sin miedo. Ten por seguro que nada de lo que digas cambiará lo que siento por ti.

Dios, espero que así sea. Mi garganta está seca. Apoyo mis manos en su pecho y trago saliva con dificultad. «Vamos, Tory, entre más rápido lo sueltes, más rápido terminarás».

—Voy a empezar desde el principio —asiente y me regala una hermosa sonrisa. Sus ojos se enternecen inundándose de amor, y mi pecho vibra con la intensidad de ese sentimiento. No quiero perderlo, pero esto es algo que debo hacer.

—Sé que mi hermano te contó sobre el accidente que tuve con mis padres y sobre el motivo por el cual me «sentí culpable».

Me recuerdo a mí misma lo vital que es hablar en pasado de aquello que me hacía sentir culpable.

—Sí, él me lo contó absolutamente todo: el accidente, tus miedos, traumas, pesadillas, tu llegada a la familia de Joseph Morris, la pérdida de tu segunda madre, tu relación con Dominic…

—Vale, en ese caso, te contaré lo que creo que mi hermano no sabe, y por tanto, no te contó.

La presión de sus manos en mi cintura se intensifica apenas un poco, como si intentara contener algo dentro de sí, pero sigue

mirándome como si yo fuera lo más maravilloso y adorable que ha visto nunca.

—No voy a juzgarte —sus palabras suaves y gentiles me hacen suponer que, al menos, tiene una ligera noción de lo que voy a decirle.

Respiro hondo. «Dios mío, qué difícil es esto».

—Quise mucho a los gemelos desde que fui acogida en la familia de mi tío Joseph… —él asiente, animándome a continuar cuando mi voz titubea. «Vamos, Tory, sácalo»—. Me hice muy amiga de Dominic, comencé a cuidarlo para sentir que, de algún modo, mitigaba un poco mi sentimiento de culpa por lo de mis padres, pero también empecé a… —parpadeo, sintiendo cómo mis manos buscan instintivamente sus hombros— … a acercarme más a Dorian.

Lo observo, esperando encontrar algún destello de malestar en su mirada, pero Gabriel solo me sonríe con calma.

—En el infierno de terapia al que me sometí, descubrí que… ¡No!, lo correcto sería decir que «me he admitido a mí misma» que, si Dominic hubiera tenido una salud más estable, yo, muy probablemente, habría permitido que Dorian se acercara aún más a mí… tal y como «ambos queríamos» hacerlo en aquel entonces.

Mi pecho se aprieta al pronunciarlo. Gabriel sigue escuchándome, su mirada profunda y atenta, aunque noto cómo su agarre en mi cintura se aprisiona un poco más.

—Dorian no era como lo ves ahora —continúo con cautela—. Era un buen chico, incluso dulce, tierno, cariñoso… —observo con cuidado a Gabriel y escojo muy bien mis siguientes palabras—. Incluso creo que, si no estuviera tan envenenado, hoy día se parecería mucho a ti, y tal vez se habrían llevado bien. Dominic recordaba perfectamente quién era su gemelo en la adolescencia, y por eso se opuso con tanto fervor a que tú comenzaras a entregarle partes de tu cuerpo.

—No me compares con Dorian, por favor, no lo hagas —aprieta los dientes y su agarre en mis caderas comienza a escocer un poco, pero me aguanto.

—No lo hago con la intención de ofenderte, es para que entiendas por qué, en algún momento de mi vida, Dorian fue importante para mí.

—Okey, lo pillo —susurra antes de depositar un beso en mi frente, acercándome aún más a él. Sin embargo, sus ojos no tardan en volver a mirarme con intensidad.

—En aquel tiempo, yo era muy joven, aún una niña. Estaba cerca de cumplir los quince años y el sentimiento de culpa por lo de mis padres me carcomía. Dominic se convirtió en mi escudo, en mi salvoconducto, en la única manera que tenía de mitigar el dolor. Así que decidí acompañarlo en sus constantes recaídas, y… —respiro hondo— siento que, de alguna manera, me aproveché de lo que Dorian sintió por mí para pedirle que le diera a su hermano lo que necesitaba para seguir viviendo.

Gabriel frunce ligeramente el ceño.

—No te sientas culpable por eso —dice con firmeza—. Él debía ayudar a su gemelo porque lo amaba de manera desinteresada, no porque tú se lo pidieras.

Sonrío un poco, aunque mi pecho se siente apretado.

—A esa conclusión llegué con mis terapeutas, pero eso era algo que yo debía reconocer por mí misma.

Gabriel deposita un pequeño beso en mi nariz, pero su mirada no deja de escrutarme. No me está juzgando, pero yo aún no he llegado a la parte que más temo.

—Me hice novia de Dominic, y, por supuesto, eso lastimó a Dorian. Pero él y yo lo hablamos y acordamos seguir siendo amigos.

Sé que quiere hacerme un montón de preguntas, lo siento en la tensión de sus manos en mis caderas y en el brillo intenso y disgustado de sus ojos. He sido muy ambigua con respecto a mi relación con Dorian en ese tiempo, pero Gabriel se controla… por ahora.

—Después, cuando estaba por cumplir los dieciocho años, Dominic terminó nuestra relación porque yo no quería ir a la universidad ni tampoco comenzar a ocuparme de los asuntos de Morris Enterprise. Solo quería cuidarlo a él. Rompimos por casi seis meses y, en ese tiempo, yo…

Respiro hondo y miro a Gabriel a los ojos, pero la intensidad de su mirada me acobarda un poco y bajo la vista hacia su pecho. Se ha quitado la corbata y puedo ver mi dije en forma de «T» colgando cerca de su corazón. Espero que, después de esta confesión, siga queriendo llevarlo.

—Tranquila, háblame. No voy a juzgarte, te lo prometo.

—Comencé a verme más con Dorian. Él era y sigue siendo… muy insistente, y yo me sentía sola, llena de cargas y, él parecía dispuesto a llevarlas todas sobre sus hombros.

Mi mirada sigue fija en su pecho, no me atrevo a mirarlo.

—Dominic parecía estar mejorando y ya casi no pasaba tiempo con él. No me quedaba mucho tiempo libre entre la universidad, el medio tiempo que empecé a trabajar en Morris Enterprise y el tiempo que compartía con Dorian. Pero luego, él empezó a exigirme que formalizáramos nuestra relación, que fuera su novia y lo hiciéramos oficial con la familia.

Trago saliva y respiro profundo para poder seguir hablando, tímidamente vuelvo a mirarlo a los ojos, unos ojos que siguen sin juzgarme.

—Yo no me atrevía. Sentía que aún no estaba lista, y además estaba ese tema de la «Maldición de los Morris» que podría estar nublando mis sentimientos por los gemelos. Pero, sobre todo, no me atrevía por Dominic. Él siempre me amó, de eso no tengo duda.

—Yo tampoco tengo duda de eso —confirma Gabriel, y su voz es tranquila, pero sus ojos, oscuros y expectantes, reflejan otra historia.

Tomo aire y reúno fuerzas para seguir mirándole. Aquí viene lo peor. Aquí viene lo que podría destruirnos.

—Sé que crees que soy virgen… pero no lo soy —sus pupilas se dilatan—. El motivo es Dorian.

Gabriel intenta controlarse, pero no lo logra. Bota aire con fuerza por la boca, su mandíbula se tensa y su rostro se transfigura en un torbellino de emociones que van del asombro al enojo, y de ahí a un dolor crudo y evidente. La presión de sus manos en mis caderas llegó al punto de dolor, pero no me alejo.

—Dominic lo…

—No —le piso las palabras—. Jamás lo supo.

Esta es una verdad a medias que más adelante tendré que aclarar con él.

Gabriel se pone de pie con tal brusquedad que el taburete estuvo a punto de volcarse. Se gira dándome la espalda y da un par de pasos como queriendo alejarse, pero se detiene. No se vuelve para mirarme. Se esconde de mí.

Su espalda sube y baja con respiraciones entrecortadas, evidenciando lo agitado que está. Se pasa una mano por sus rizos desordenados, dejándolos aún más revueltos. Mi estómago se contrae. Voy a perderlo. Esto es... demasiado.

Se gira lentamente, su mandíbula palpita por la tensión y su mirada arde de emociones contenidas.

—¿Lo amaste?

Trato de recordar lo que sentí en ese tiempo por Dorian.

—Durante muchos años estuve confundida, porque mis miedos, mis traumas y lo que sentía por los gemelos se mezclaba y se enredaba dentro de mí. Y luego llegaste tú… y terminaste de despelotarlo todo.

Hago una pausa para tragar saliva, mis manos tiemblan y sudan frío.

—Pero después del infierno de terapia que atravesé estos meses, puedo asegurarte que quise a Dominic como a un hermano y que, en su momento, quise a Dorian como un hombre. Pero ahora… ahora sé que estoy enamorada de ti, Gabriel. Te quiero y te amo solo a ti.

Su respiración se corta y sus ojos brillan.

—Tú eres lo único, y en todo en lo que puedo pensar. Eres, indiscutiblemente, el amor de mi vida.

La oscuridad achocolatada de sus ojos sigue reflejando dudas, el conflicto interno es evidente en la expresión de su mirada.

—Mis terapeutas me aconsejaron tener esta conversación sincera contigo… y también con Dorian.

— ¿Cómo? —su rostro se desencaja.

—No te preocupes —susurro, queriendo calmarlo—. Ya hablé con él.

—¡¿Qué?! —el colmo lo supera.

—Debido a lo ponzoñoso y destructivo que es Dorian por estos días, no podía enfrentarme a él sola, así que lo hice con mis terapeutas y aclaré todo con él. No le gustó… pero es mi vida y mi decisión.

—¿Qué fue lo que no le gustó?

—Que te escogí a ti desde hace mucho tiempo y que él debe dejarme ir.

—Pero, Dorian y tú… —Gabriel parece repasar mentalmente cada uno de los encuentros que presenció entre Dorian y yo—. Ahora entiendo por qué él actuaba como si fuese tu dueño.

—En realidad, nunca fue mi dueño, porque nunca consolidé una relación con él.

Eso parece desconcertarlo.

—Entonces… ¿por qué te acostaste con él? —cierra los ojos de golpe, como si quisiera tragarse sus propias palabras—. Lo siento, no respondas a esa pregunta.

—Hubo un motivo, y te prometo que algún día te lo contaré.

—¿Por qué no ahora?

Me acerco a él, llevando mis manos abiertas y pegándolas a mi pecho, queriendo que vea que le hablo desde el alma.

—Yo sé lo que siento por ti, Gabriel, pero necesito sentirme segura… de ti, de nosotros, para poder contarte esa parte. Para poder hablar del motivo por el que tuve… intimidad con Dorian.

—Dios… —murmura, pasándose las manos por el rostro, como si necesitara recomponerse.

—Gabriel… yo te amo… —mi voz tiembla, al igual que mis labios, y mis ojos comienzan a llenarse de lágrimas—. Cometí errores, muchos… era muy joven, estaba rota, y aún no me siento con la fuerza suficiente para contarte todo.

Él da un paso hacia mí. Su mirada brilla con una mezcla de dolor y ternura. Cuando las primeras lágrimas desbordan mis ojos, me toma de los hombros con suavidad.

—Por favor, no llores —susurra con voz baja y cargada de sufrimiento. Sé que le duele lo que le estoy contando, y también sé que mis lágrimas lo lastiman.

—No estaba segura de si debía contarte hasta dónde fui capaz de llegar con Dorian. Pensé que tal vez no lo entenderías, pero… este secreto, esto que pasó con él, me corroe. Es como una bomba de tiempo en las manos de Dorian, y no sé en qué momento quiera lanzarla para lastimarnos. Quería ser yo la primera en contártelo, porque ahora que no está Dominic, él no demorará en restregártelo

en la cara. Pero para mí es de vital importancia que sepas, que hubo un motivo para lo que hice, y que algún día te lo contaré —bajo mis manos de mi pecho, pero no me atrevo a acercarme. Tengo miedo de que me rechace—. Te lo prometo, te lo juro… en cuanto me sienta un poco más fuerte, más segura de lo nuestro, te lo contaré.

Él me arrastra hasta sus brazos sin apartar su mirada de la mía. Sentirme arropada por él me llena de un gran alivio.

—¿Te forzó? —la ira implacable brilla en sus ojos.

—¡No! —le respondí casi gritándole.

Arruga el entrecejo.

—Tory… dime la verdad.

—No —repito con más calma—. No lo hizo, te lo juro. No pasó… de esa manera. Por favor, por favor… —le suplico—, dame un poco más de tiempo.

Las dudas inundan su mirada y siento que el suelo se desmorona bajo mis pies.

—Gabriel… —me empiezo a sentir desesperada, no sé cómo convencerlo de lo que siento por él. Tomo su rostro entre mis manos, obligándolo a mirarme—. Mi pequeño cuerpo no tiene la capacidad suficiente para albergar lo que siento por ti… se me desborda. Mi vida estaba sumergida en el caos y la oscuridad

absoluta hasta que tú llegaste, y el tema es que llegaste a revolcarlo todo aún más con tu luz incandescente, pero tu luz al final puso cada cosa en su lugar… y en su lugar cada cosa.

Sus labios se entreabren, y su respiración se vuelve más profunda. Mis palabras lo han conmovido, eso es lo que necesito, que él me crea. Deslizo mis manos hacia su pecho, quiero sentir su respiración y el palpitar enloquecido de su corazón.

—Me has hecho desear ser una mujer completa, pese a mis fracturas. Quiero poder ser digna de ti, Gabriel. Te amo. Créeme, mi amor. Me he sometido a una terapia de choque que jamás quise enfrentar… solo para poder tener la oportunidad de estar a tu lado.

Él frunce el ceño, su expresión se desfigura por el dolor mientras coge mi rostro entre sus manos.

—Yo te amo tal cual eres: rota, melancólica, fraccionada, completa… no importa. Te amo tanto, Tory, tanto, que siento que este amor me duele.

—No quiero que mi amor te duela —susurro, rozando mis labios en la palma de una de sus manos—. Quiero que mi amor, que nuestro amor, nos haga felices, inmensamente felices. Nos lo merecemos.

Gabriel acerca su rostro al mío, pero hay una chispa de vacilación en sus ojos. Parece temeroso de besarme, como si necesitara la certeza absoluta de que estoy aquí para él, de que mi amor es real, tangible, irrefutable. Pero yo no volví para dudar. No volví para esperar ni un segundo más.

Me empino sobre mis sandalias de tacón y capturo sus labios con los míos, enredando mis dedos en sus rizos oscuros. Tiro suavemente de ellos mientras nuestras respiraciones se mezclan en un vaivén acompasado. Sus manos, cálidas y firmes, recorren mi espalda con una lentitud tortuosa, descendiendo por mi cintura hasta aferrarse a mi trasero con una posesividad que me hace jadear. Con su agarre, me atrae aún más hacia él, anclándome con fuerza a su cuerpo, a su presencia, a su cercanía. Nuestros cuerpos encajan con una perfección demasiado precisa, como piezas destinadas a encontrarse como el cóncavo y convexo, como la marea besando la arena una y otra vez. Él es mío. Yo soy suya.

—Mi pequeña y adorable Tory… mi amor —susurra contra mis labios antes de besarme de nuevo, esta vez con más urgencia, más hambre, más pasión, más locura.

Sus palabras me envuelven como un bálsamo cálido, sanando cada grieta de mi alma. He estado rota durante tanto tiempo que ya

no sé cómo es existir sin fracturas, pero él... él está aquí para unir cada pedazo con su amor.

Mi corazón galopa en mi pecho cuando siento sus labios explorando la línea de mi mandíbula, deslizándose con lentitud hasta mi cuello. Un escalofrío me recorre de arriba abajo al sentir su aliento cálido contra mi piel. Cada beso es una promesa silenciosa, un juramento de que este momento nos pertenece.

Todo lo que he temido, todas las dudas que he albergado con respecto a esta conversación, parecen disiparse con cada encuentro de nuestras manos y labios.

Mis manos se tornan avariciosas, inquietas, incapaces de resistirse a la tentación de explorarlo. Descienden por su cuello, delineando el contorno de sus hombros y su pecho, recorriendo la firmeza de su torso con un deleite casi reverencial. Pero no es suficiente. No me basta. Necesito más. Así que mi exploración llega con un deslizamiento de mis dedos hasta su abdomen, este pequeño movimiento me hace escuchar que su respiración se entrecorta. El leve temblor en su cuerpo me hace sonreír contra su piel. Saber que tengo este efecto en él, en Gabriel, un hombre que ha vivido y experimentado tanto, me resulta embriagador. Increíble. Inconcebible.

—Tory… —pronuncia mi nombre con voz rasposa, como si lo arrancara de lo más profundo de su ser.

Nuestros labios se separan por un instante, y nos miramos el uno al otro, embelesados, atrapados en este momento que parece suspendido en el tiempo. Jadeamos sin control, intentando recuperar el aliento, pero no podemos apartar la mirada. Amo sus ojos. Esos ojos intensos y oscuros que me devoran con deseo y amor, que me han tenido cautiva desde el primer instante en que se posaron en mí.

Pero no quiero distancia. No quiero pausa. Quiero más. Necesito más. Lo quiero todo.

Me inclino hacia él nuevamente, buscando su boca con urgencia, con una entrega que ya no intento contener. Cuando nuestros labios se encuentran de nuevo, el beso es aún más salvaje, más hambriento, más desesperado. Me siento devorada cuando su lengua se entrelaza con la mía, conquistando cada rincón de mi boca con un dominio estremecedor. Un escalofrío recorre mi columna cuando sus manos se cuelan bajo mi vestido, sus habilidosos dedos se deslizan con lentitud sobre mi piel desnuda, arrastrándose por mis muslos hasta las finas tiras de mis bragas.

Cuando sus dedos se aferran a la carne suave de mis nalgas y me atrae más hacia él, en un movimiento firme y enloquecedor, donde frota su entrepierna contra la mía, un jadeo entrecortado escapa de mis labios. La fricción entre nuestros cuerpos es una tortura exquisita, una promesa latente que se intensifica con cada roce, con cada movimiento mi excitación pura y dura aumenta a unos niveles incalculables. Lo siento. Lo siento todo, incluso a través de las barreras de ropa que aún nos separan.

Mis manos, ansiosas y febriles, se deslizan por su torso mientras desabrocho su chaleco y su camisa con movimientos torpes y desesperados. No puedo esperar más para sentir su piel. Cuando mis dedos se hunden bajo la tela, cuando finalmente toco la calidez de su espalda desnuda, un escalofrío lo sacude y un gruñido bajo y gutural escapa de su garganta.

Nos miramos. Y en esa mirada hay algo más que deseo. Es reconocimiento. Es rendición. Es pertenencia absoluta. Nuestros corazones laten en un ritmo frenético, nuestras mismas almas se encuentran en un punto intermedio entre el deseo y la entrega total. No hacen falta palabras. Nos estamos comunicando en un lenguaje propio, uno que solo nosotros podemos entender.

—Dime que no te he perdido. Dime que no he echado a perder esto —susurro, mi voz cargada de una agonía tan palpable que incluso yo misma puedo sentir cómo me desgarra por dentro. Ni siquiera hemos comenzado y ya tengo miedo de perder lo que aún no hemos construido—. Mi amor por ti se ha convertido en algo inquebrantable, inevitable. Yo te escogí, Gabriel.

Él me observa con una intensidad que me derrite por dentro, y cuando habla, su voz es un juramento, una promesa irrompible.

—No permitiré que nada de lo que me has dicho, ni lo que me digas en el futuro, entorpezca lo nuestro. Nunca dejaré que tu pasado, ni siquiera nuestro futuro, nos aparte. Lucharé por esto, Tory. Lo haremos juntos.

Su declaración me sacude con tanta fuerza que mis ojos se llenan de lágrimas. Entonces, con infinita ternura, besa mi frente, sellando sus palabras en mi piel, en mi alma.

Me sonríe suavemente antes de desviar la mirada hacia la tormenta que sigue azotando la ciudad a través del ventanal. La lluvia cae con furia, como si el cielo también estuviera sintiendo todo lo que nos está pasando. Gabriel me suelta despacio, pero no deja de mirarme. Luego, con un movimiento lento y sensual que deja ver

ese pecho bronceado y tonificado, da un paso hacia atrás, extendiendo su mano en una clara invitación.

—Ven, vamos a la terraza. Es hora de bailar bajo la lluvia.

Me quedo mirándolo, atrapada en el hechizo de su sonrisa y la chispa traviesa en su mirada. Luego, una carcajada escapa de mis labios mientras tomo su mano sin dudarlo. Él no olvida que amo la lluvia… y ahora vuelvo a reconfirmar lo que ya sabía, que él es mi «persona», con la que quiero perderme para siempre.

Capítulo 30

Gabriel y yo entramos corriendo, tomados de la mano y muertos de risa a la terraza del ático de mi hermano, es un espacio mágico con un jardín que es casi una réplica exacta de la película *Ojalá fuera cierto*. La lluvia cae con fuerza empapándonos en segundos, mientras resbalamos ligeramente sobre el suelo mojado hasta llegar al centro del jardín, donde hay suficiente espacio para bailar bajo el aguacero.

Inicialmente creí que lo haríamos sin música, que simplemente nos dejaríamos llevar por el sonido de la tormenta y nuestras propias risas, pero Gabriel, como siempre, tenía otros planes.

—¡Simón! —grita en medio de la terraza, su voz resonando con fuerza en el aire cargado de lluvia—. Reproduce *A Thousand Years*, el *cover* de Jada Facer, y ponla en bucle hasta que te diga lo contrario.

La inteligencia artificial del ático de mi hermano, Simón, obedece al instante. En cuestión de segundos, la melodía dulce y nostálgica de la canción inunda el aire, fusionándose con el repiqueteo de la lluvia contra el suelo. Gabriel, con esa sonrisa

traviesa que me desarma, me atrae aún más hacia él y comenzamos a movernos suavemente al ritmo de la música.

Su mirada me atrapa con una intensidad arrebatadora. Las gotas de lluvia resbalan por su rostro y caen sobre el mío, y entonces, sin apartar sus ojos de los míos, sus labios comienzan a entonar las primeras líneas de la canción:

El corazón late rápido

Colores y promesas

¿Cómo ser valiente? ¿Cómo puedo amar cuando tengo miedo de enamorarme?

La pasión y la contundencia de su voz —una hermosa voz para cantar que no sabía que tenía— me estrujan el pecho peligrosamente. Siento que en cualquier momento mi corazón va a explotar en mil pedazos, dispersando diminutos corazoncitos en el aire para mostrar lo que su gesto, tan cargado de romanticismo, está provocando en mí.

Te he amado por mil años

y te amaré por mil más

Cada palabra cantada por Gabriel resuena en mi interior como una caricia. Su voz, el peso de la letra, la lluvia, su tacto firme y amoroso sobre mi cintura… todo se mezcla en un torbellino de

emociones que amenaza con demolerme. Me aferro a sus hombros, incapaz de apartar la mirada de esos ojos marrones que parecen consumirlo todo.

En el estribillo de la canción, Gabriel me alzó hacia el cielo con firmeza, sosteniéndome por la cintura mientras yo me aferraba a sus hombros. Cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia atrás, sintiendo cómo la lluvia se escurría por mis mejillas y descendía por mi cuello. No pude evitar sonreír. Me sentía en paz, infinita, rebosante de amor y felicidad. Gabriel me hizo girar entre sus brazos, sosteniéndome con fuerza mientras seguía cantando:

He muerto todos los días esperándote

Cariño, no tengas miedo

Te he amado por mil años

Te amaré por mil años más.

Cuando el estribillo terminó, me bajó con suavidad hasta que mis pies tocaron nuevamente el suelo. Un leve mareo me envolvió por la intensidad del giro, pero Gabriel me atrajo de inmediato contra su pecho, asegurándose de que no me tambaleara. Mis manos buscaron su cuello instintivamente, y mis dedos se hundieron en sus rizos húmedos, enredándose en ellos con una avidez que ni siquiera intenté controlar.

La música continuó, ahora con un ritmo más pausado, mientras él me observaba con la devoción de quien contempla algo sagrado. En su mirada, era como si yo fuera el centro de su universo. Su boca, todavía entreabierta por el canto, volvió a entonar la letra para mí, con una voz cargada de entrega, fuego y amor:

Voy a ser valiente

No voy a dejar que nada me quite

Lo que está de pie delante de mí

Cada palabra vibraba en su pecho y se filtraba en mi piel como una caricia ardiente. El aguacero seguía cayendo sobre nosotros, empapándonos hasta los huesos, pero no importaba. Sentía su cuerpo pegado al mío, su calor, su respiración mezclándose con la mía, su firmeza sosteniéndome y, pese a la tormenta, el sol seguía aferrándose al horizonte, como si se negara a desaparecer, del mismo modo en que nuestro amor resistía, inquebrantable, ante todas las adversidades.

El estribillo regresó, y esta vez, comenzamos a girar juntos por todo el lugar, deslizándonos sobre el césped empapado y salpicando charcos de agua con cada paso. Y ahora los dos cantábamos la canción a los gritos, riendo, dejando que la canción nos envolviera

como un hechizo, como si al hacerlo estuviéramos sellando con música la eternidad de este momento.

Y entonces, sin previo aviso, Gabriel me estrechó con más fuerza, deteniendo nuestro baile, y su boca atrapó la mía en un beso intempestivo, apasionado, colmado de amor y deseo. Un beso que dejó claro que ninguno de los dos volvería a soltarse.

—Te amo tanto que da miedo —susurró contra mis labios, con la respiración agitada, mientras el agua resbalaba por su rostro y goteaba sobre el mío.

—Y yo te amo más de lo que puedo abarcar con mi alma, mi cuerpo y mi corazón.

Gabriel me alzó en sus brazos y avanzó a toda velocidad por el pasillo hasta la habitación de huéspedes. Me aferré a su cuello, apoyando la cabeza sobre su hombro, mientras mis dedos seguían enredados en sus rizos húmedos, sin intención de soltarlos. La música aún resonaba en todo el ático, envolviéndonos en una atmósfera cargada de emoción y deseo, haciendo que cada latido de mi corazón pareciera acompasarse con la melodía.

No se detuvo ni un solo instante hasta llegar al baño. Sin dudarlo, nos adentramos en la ducha completamente vestidos y, sin demora, Gabriel me puso sobre mis pies para luego accionar la

perilla, permitiendo que el agua caliente comenzara a descender sobre nosotros como una lluvia tibia, envolviéndonos en su abrazo vaporoso. Se inclinó para descalzarse y, de inmediato, se arrodilló ante mí, deslizando mis sandalias de mis pies con la misma devoción con la que un creyente se arrodillaría ante un altar. Pronto, sus zapatos y calcetines se unieron a los míos fuera de la ducha.

Gabriel volvió a incorporarse, su mirada atrapándome con una ternura devastadora, con tanto amor, con tanta devoción, que su sola presencia parecía a punto de hacerme estallar en mil pedazos de emoción pura.

—Quiero saber si te sientes lista para mí, para nosotros, para nuestro amor.

Sus palabras no tenían prisa, pero sí un peso contundente. No había miedo en su voz, solo el anhelo sincero de que este momento fuera tan nuestro, tan especial, tan único como todo lo que habíamos construido juntos.

Lo miré a los ojos y, con el alma completamente abierta y sin titubeos, le di mi verdad.

—Lo estoy —murmuré, atrapando su rostro entre mis manos, acariciando la barba corta que le quedaba tan increíblemente bien—.

No quiero esperar un segundo más para entregarme a ti, solo a ti, para siempre.

Gabriel sonrió de una manera tan hermosa, tan deslumbrante, que sentí cómo el suelo desaparecía bajo mis pies. Con una seguridad incuestionable, se apartó de mis manos y comenzó a deshacerse del chaleco, luego de la camisa, y finalmente bajó el cierre de sus pantalones sin apartar su mirada de la mía, cargada de picardía y promesas silenciosas.

—Sígueme el paso, Pequeña —me provocó, su voz un susurro cargado de fuego—. En un segundo estaré completamente desnudo.

Un escalofrío recorrió mi columna ante la promesa implícita en sus palabras.

Sonreí, aunque supe de inmediato que mi sonrisa no fue ni remotamente sexy, sino nerviosa. Me había quedado tan absorta observando cómo el agua recorría su pecho y sus abdominales, resbalando en pequeños ríos sobre su piel bronceada, que olvidé por completo que yo también tenía que hacer mi parte.

—Yo... solo tengo que tirar de mi vestido hacia abajo y casi estaré lista —mi voz salió un poco temblorosa, estaba muy nerviosa.

Gabriel tiró de sus pantalones y bóxer al mismo tiempo, deshaciéndose de ellos con un movimiento rápido y preciso antes de

arrojarlos fuera de la ducha.

Lo observé, completamente deslumbrada. No sabía dónde fijar mis ojos, porque Gabriel era «demasiado». La perfección de su piel eternamente bronceada, el agua resbalando por cada línea de su cuerpo esculpido, la tensión de sus músculos bajo el vapor… y luego, mis ojos descendieron inevitablemente a su miembro, un tono más oscuro que el resto de su piel. Mi respiración se cortó, me maravilló ver cómo comenzaba a endurecerse, y yo… «yo aún ni siquiera me había desnudado».

—Vamos, Pequeña, no te me acobardes —su voz era un ronroneo grave, un desafío cargado de anticipación—. Siempre he sido yo quien te ha desnudado, pero hoy… hoy quiero que lo hagas tú, para mí.

La intensidad de su mirada me recorrió entera, avivando en mí una valentía inesperada.

Con una sonrisa juguetona, llevé mis manos a las tiras de mi vestido veraniego y lo empujé hacia abajo, dejando que la prenda cayera en un susurro de tela hasta mis pies. La reacción de Gabriel fue inmediata. Sus pupilas se dilataron como si acabara de presenciar un milagro, y el fuego que brilló en sus ojos marrones encendió cada fibra de mi ser.

No esperé más. Desabroché mi sostén y lo dejé caer junto al vestido. Luego, con un leve movimiento de mi pie, empujé toda la ropa fuera de la ducha.

Mis dedos nerviosos se deslizaron hasta el borde de mis bragas.

—Espera… —me detuvo Gabriel, su voz apenas un murmullo rasposo.

Sin darme tiempo a reaccionar, se arrodilló ante mí.

El aliento se me quedó atrapado en la garganta cuando su mirada me atrapó desde abajo. Su expresión era una mezcla devastadora de adoración y hambre, de ternura y posesión absoluta.

—Quiero hacerlo yo —susurró.

Mis dedos se enredaron instintivamente en sus rizos negros, empapados por el agua tibia. Gabriel inclinó la cabeza y dejó un beso lento y reverente en mi abdomen. El calor de su boca, la humedad de sus labios contra mi piel, envió una descarga deliciosa a cada rincón de mi cuerpo.

Su lengua delineó pequeños círculos sobre mi vientre mientras sus dedos descendían por mis caderas, bajando la última prenda con una lentitud exasperante, como si estuviera desenvolviendo el regalo más preciado.

El contacto directo con su boca, con sus manos deslizándose por mis muslos desnudos, me dejó completamente embriagada. Mi cuerpo tembló, y un jadeo entrecortado escapó de mis labios cuando mis rodillas flaquearon. Gabriel me guió con delicadeza hasta la pared de la ducha, sosteniéndome con firmeza.

Sin previo aviso, levantó una de mis piernas y la colocó sobre su hombro, dejándome completamente expuesta ante él. Su respiración ardiente se mezcló con el vapor, su mirada oscurecida por el deseo más puro y descontrolado.

—Me gusta mucho saborearte… y me vuelve loco tenerte de esta manera —murmuró contra mi piel, su voz quebrada por el anhelo—. «Mía, absolutamente mía».

Gabriel deslizó su lengua con maestría antes de sellar su boca contra mi centro de nervios palpitantes, donde cada terminación nerviosa vibraba con desesperación. Sabía exactamente qué hacer, cómo hacerlo, y lo hizo con la precisión de un experto que conoce cada punto del cuerpo de una mujer. Su lengua se centró en mi clítoris, mientras dos de sus dedos, perversamente hábiles, se hundían en mí con un ritmo calculado y enloquecedoramente perfecto.

Mis manos se aferraron con violencia a sus rizos húmedos y tibios, un ancla a la realidad en medio del huracán de sensaciones que me azotaba. Un gemido desgarrador se escapó de mi garganta, descontrolado, sin freno, sin pudor. No quería contenerme, y menos aún cuando sabía que cada sonido que salía de mis labios provocaba en Gabriel un retumbar agónico de placer que vibraba en su pecho.

Mi boca comenzó a formar palabras inconexas, entrecortadas por la intensidad del momento. Le dije que lo amaba, que él era el amor de mi vida, mi sueño húmedo y mi realidad, el amor imposible que se había convertido en lo más real que tenía. Le supliqué con jadeos que nunca me soltara, que me mantuviera con él para siempre.

Y mientras pronunciaba cada palabra entre espasmos de éxtasis, la ola de placer estalló dentro de mí, arrasando todo mi cuerpo a su paso. Mi espalda se arqueó contra la pared de la ducha, mi cuerpo se sacudió con violencia mientras mis manos estrujaban sus rizos hasta el punto de sentir que podría arrancarlos.

No había terminado de descender de esa nube de placer cuando sentí sus manos fuertes sosteniéndome con firmeza. Con un movimiento seguro, me sujetó por los muslos y me elevó con facilidad, obligándome a rodear su cintura.

—Mírame —exigió con voz ronca, su respiración agitada chocando contra mi piel.

Jadeando, abrí los ojos y me encontré con su mirada. Su expresión era la de un hombre al borde de la locura, un hombre que me amaba con desesperación.

—Te amo, Tory —murmuró, su voz rasposa, cargada de emoción, estrangulada por el deseo.

Su erección pulsaba contra mi entrada, rozándome apenas, provocando descargas eléctricas que me recorrían. Sus manos acariciaron mis caderas, sujetándome con la misma ternura con la que se aferra algo sagrado.

—Estoy sano y quiero hacerlo sin protección —su confesión fue tanto una sorpresa como una promesa, un juramento—. Solo dime si estás de acuerdo. Me haré responsable de cada «hermosa consecuencia» que esto pueda traer a nuestras vidas, porque a partir de hoy y para siempre eres parte de mi vida. «Nunca más estaremos separados, Tory».

El latido de mi corazón se detuvo un instante antes de reanudar su curso, acelerado, exaltado. Él no solo estaba entregándome su cuerpo, sino su vida, su destino, su futuro.

Con el alma ardiendo y la certeza grabada en mi pecho, levanté la mirada y sellé nuestra promesa con las palabras más sinceras que jamás había pronunciado.

—Estoy de acuerdo —susurré, mi voz firme, cargada de convicción—. «Y nunca más estaremos separados».

Lo abracé con fuerza, sosteniéndome de sus hombros, y fijé mi mirada en la suya para decirle lo que sentía. Si no lo pronunciaba, esas palabras se me escaparían del pecho como un grito silencioso.

—Desde que te vi, supe que no volvería a ser la misma —jadeé mientras él entraba en mí, lenta y profundamente.

Gabriel apretó los dientes, su respiración entrecortada y su mirada fija en la mía, como si con ella intentara tatuarme su esencia.

—Desde que te vi, supe que ya no había vuelta atrás para mí —murmuró con voz ronca mientras su cuerpo se abría paso en el mío.

Un estremecimiento me recorrió entera.

—Te amé cuando no debía hacerlo, te amo después de volver del infierno… y te amaré el resto de mi vida.

Me sentía llena, completamente llena de él. Y no solo por tener su miembro dentro de mí, sino de su amor, de su presencia, de su existencia. Gabriel lo ocupaba todo dentro de mí, en mi vida, en mi

alma. No quedaba ningún espacio vacío. Él era mi hogar, mi refugio, mi destino. Él era más que suficiente.

—Te quiero conmigo para siempre —susurró con voz temblorosa mientras empujaba más hondo, encajando por completo en mí.

Apretó los dientes y cerró los ojos un instante, como si estuviera saboreando la sensación, antes de abrirlos de nuevo y mirarme con una intensidad devastadora.

—Sé mi esposa, Tory. Cásate conmigo. Sé mi mujer… mi única mujer.

Mi corazón se detuvo un latido antes de explotar en un torrente de emoción. Sentí su mano recorriéndome con una caricia perversa, atrapando mis pechos con devoción, adorándome, y supe que no había nada que pudiera alejarme de él.

—Sí —susurré con una mezcla de felicidad y llanto—. Quiero ser tu esposa. Quiero ser tu única mujer.

Sus labios se curvaron en una sonrisa entrecortada, cargada de amor y deseo. Pegó su frente contra la mía, nuestras respiraciones mezclándose en un compás perfecto.

—Te amo, Tory… nunca sabrás cuánto.

Su voz era un murmullo grave, un anhelo hecho sonido.

Entonces, comenzó a moverse. Al principio con suavidad, deslizándose dentro y fuera de mí con una reverencia exquisita, como si cada embestida fuera una confesión de amor. Nos miramos a los ojos, sosteniéndonos en esa conexión íntima, confesando con la mirada lo que las palabras ya no podían abarcar.

Cuando sus labios encontraron los míos, todo se desmadró.

La dulzura dio paso a la urgencia.

Los movimientos se volvieron más profundos, más fuertes, más intensos.

Cada empuje era una promesa sellada en mi piel, cada jadeo sobre mis labios era una declaración silenciosa de posesión. No existía nada más en el mundo que nosotros dos, fundiéndonos, perteneciendo el uno al otro en cuerpo y alma.

Lo único que podía hacer era aferrarme a él, rendirme a su dominio y dejar que mi voz quebrada por el placer se ahogara entre sus besos.

Mi orgasmo llegó demasiado rápido. La intensidad de mi éxtasis era la consecuencia inevitable de todas las emociones que me habían arrollado durante el día: lo que nos habíamos confesado, la certeza absoluta del amor que sentíamos, el hecho de que él quisiera casarse conmigo, la forma en la que me hizo el amor y en la

que me poseyó. Todo se sumó, arrastrándome a una rendición absoluta ante él.

Amaba a Gabriel Morris. Y lo quería todo, absolutamente todo con él.

Solté sus labios con un grito ahogado, pronunciando su nombre mientras me dejaba ir por completo. Sentí su miembro palpitar dentro de mí antes de llenarme con su semen, y un escalofrío me recorrió la espalda cuando su boca atrapó mi cuello y mi clavícula, besándome y mordiéndome con desesperación. Sus manos ardientes se aferraron a mis caderas y a mis pechos, como si intentara asegurarse de que esto no era un sueño, de que yo era real y suya.

Me aferré a él con la misma intensidad, con la misma necesidad primaria de prolongar este momento, mientras nuestras respiraciones agitadas se entremezclaban. Permanecimos así durante un largo rato, recuperándonos, sintiéndonos, absorbiendo la presencia del otro en la quietud tibia que nos envolvía.

Poco a poco, la calma nos alcanzó. Nos acariciamos con ternura, nuestros labios se encontraron en besos suaves, perezosos, sin prisa, como si quisiéramos prolongar la sensación de pertenencia. El amor flotaba a nuestro alrededor, envolviéndonos en

una burbuja en la que solo existíamos él y yo. Me costaba imaginar que pudiera existir otro amor tan inmenso como el nuestro, tan profundo y abismal. Me sentía privilegiada por haber encontrado a alguien a quien amar con esta intensidad, y que me amara con la misma devoción visceral.

Cuando por fin nos separamos, Gabriel hizo silenciar a Simón mientras deslizó sus manos por mis muslos y bajó mis piernas con suavidad, hasta que mis pies tocaron el suelo mojado de la ducha. Me miró con una sonrisa cargada de amor y seducción, de esa manera que siempre hacía que mi corazón tamborileara en mi pecho.

Sin perder tiempo, nos limpiamos mutuamente con el agua tibia y el jabón, retirando los últimos vestigios de nuestra unión. Sus dedos recorrieron mi piel con una ternura reverencial mientras yo hacía lo mismo con su cuerpo, disfrutando de cada caricia, de cada roce, de la intimidad absoluta que compartíamos.

Nos secamos con delicadeza, sin dejar de rozarnos, sin dejar de mirarnos, hasta que terminamos en la cama, arropados muy juntos bajo las mantas. Nuestros cuerpos, desnudos y saciados, seguían buscándose, encajando perfectamente el uno contra el otro.

—Dije en serio lo de casarnos —murmuró de pronto Gabriel, rompiendo el silencio con su voz ronca y grave.

Me giré levemente hacia él, sintiendo su calor en cada centímetro de mi piel, y sonreí.

—Y yo dije en serio que quiero casarme contigo —respondí con diversión y ternura, rozando la punta de mi nariz con la suya.

Su sonrisa se ensanchó antes de besarme de nuevo, sellando nuestra promesa con un roce dulce y pausado de sus labios sobre los míos.

Levanté ligeramente la cabeza y lo miré enamorada. Una sonrisa hermosa se dibujó en los labios de Gabriel mientras deslizaba con suavidad su dedo índice por mi nariz y mis cejas, como si quisiera memorizar cada detalle de mi rostro.

—También dije en serio que, si hay una «hermosa consecuencia» de este día, respondería —susurró con una convicción que me hizo estremecer.

—Lo sé —respondí sin dudar.

—¿No te da miedo? —preguntó con una sonrisa ladeada antes de atrapar su labio inferior entre sus dientes.

—Nada me haría más feliz que tener un hijo fruto de nuestro amor.

Su expresión se transformó. Gabriel me estrechó con más fuerza contra él, como si necesitara sentirme aún más cerca. Sus ojos brillaban, conmovidos, cargados de emoción pura.

—Dios mío, siento que mi pecho va a explotar de felicidad.

Una risa suave escapó de mis labios antes de que tomara su rostro entre mis manos. Me deslicé sobre él, montándolo a horcajadas, atrapándolo entre mis piernas, encajando mi cuerpo con el suyo de la manera más natural posible.

—Te juro que el mío también.

Mis manos descendieron por su torso hasta posarse sobre su pecho, buscando un punto de apoyo, mientras comenzaba a restregarme contra él, provocándolo, sintiendo cómo mi piel se encendía solo con el roce de su miembro, aún flácido, contra mis labios vaginales húmedos.

—Pequeña... ¿quieres matarme? —gruñó con la voz ronca, y sus manos fueron directamente a mis caderas para ayudarme a continuar con ese roce delicioso y tentador.

Sonreí con picardía.

—Hemos perdido demasiado tiempo... Quiero ponerme al día.

Gabriel se incorporó de repente, atrapándome entre sus brazos por sorpresa, pegándome con fuerza a su cuerpo.

—Eso es verdad —su voz vibró contra mi piel mientras su erección crecía debajo de mí—. Vamos a remediar cuanto antes ese horrible descuido de nuestra parte.

Y lo hicimos.

Nos entregamos el uno al otro una y otra vez, sin prisas, sin reservas, sin dejar espacio para nada más. Fuera de esta cama, el mundo podía seguir girando, las preocupaciones podían esperar, los problemas podían desvanecerse. Aquí, en este instante, lo único que existía era el amor que nos envolvía, la pasión que nos consumía, la certeza de que pertenecíamos el uno al otro.

Nuestros móviles fueron apagados, porque este era nuestro momento, nuestro tiempo, nuestro futuro. Y nada, absolutamente nada, era más importante que nosotros.

Capítulo 31

El móvil de Gabriel suena de manera incesante y chirriante sobre la encimera de la cocina. Tiene una infinidad de llamadas perdidas de Cameron.

—¿No vas a contestar? —pregunto, mientras sigo picando verduras para el almuerzo improvisado que estamos preparando juntos después de haber estado sometidos, sin pausa, a veinticuatro horas de sexo, amor y pasión—. Podría ser urgente.

—Noooop. Nada es más urgente para mí en este momento que tú —responde con una sonrisa tierna y dulce que se desliza por sus labios—. Ya le dejé un audio a tu hermano explicándole que tú y yo estamos seriamente ocupados desde ayer, y que en horas de la tarde iremos a Morris Enterprise. El «hambre» apremia, ¿no estás de acuerdo?

Me observa con una mirada pícara y cargada de deseo, mientras ralla el queso para nuestros espaguetis. Su expresión deja claro que el «hambre» al que se refiere no es únicamente gastronómico. Me sigue pareciendo increíble que, después de un día y una noche de pasión —revolcándonos en su cama y en cada

superficie posible del ático—, aún sintamos esta necesidad brutal y urgente de tocarnos, de fundirnos el uno con el otro.

Gabriel deja de rallar el queso y se acerca a mí. Me abraza desde atrás mientras sigo salteando las verduras. Solo lleva puestos unos bóxeres negros que le quedan de escándalo, y yo tan solo llevo una de sus camisetas. Sus brazos me rodean con firmeza, acercando mi espalda a su torso fibroso, mientras yo intento seguir removiendo las verduras y controlando el fuego antes de que se quemen.

—Vas a hacer que se queme el guiso para los espaguetis —me quejo con voz entrecortada, aunque la sonrisa en mis labios lo contradice todo.

—No me importa —susurra contra mi oído, justo antes de que sus labios húmedos y cálidos recorran mi cuello con besos intensos, descarados y encendidos.

El móvil de Gabriel vuelve a gemir.

—Creo que te han dejado un mensaje. Será mejor que respondas antes de que tengamos a Cameron irrumpiendo en el ático y echándonos a perder el rato.

Gruñe sobre mi cuello, pero no se aleja de mí mientras estira el brazo y desbloquea su móvil para escuchar, en altavoz, el mensaje de voz de Cameron.

—Sé por Trizia que estás con mi hermana, y como ninguno de los dos ha dado señales de vida en este mundo terrenal, asumo que están dándole duro al sexo, calor y sudor en mi ático del Park Avenue. Y, ya que tampoco te has dignado a responder mis llamadas, te advierto, Gabriel, que espero de todo corazón que tu ausencia haya valido la pena y que te hayas follado a mi hermana como se debe...

Suelto un gritito escandalizado. ¿Cómo se atreve Cameron a hablar así de su hermana?

—...Espero que la hayas hecho gritar, subir al cielo y descender al infierno, y también espero que tu polla…

Le arrebato el móvil a Gabriel y lo bloqueo con rapidez para no seguir escuchando semejantes barbaridades.

—No sé cómo mi hermano se las ingenia para seguir sorprendiéndome. ¿Cómo es posible que te hable así de mí?

Gabriel se ríe mientras deposita un beso en mi coronilla, y luego se separa para seguir rallando el queso.

—Es Cameron... ¿Qué más se puede esperar de él?

—Muy cierto —coincido con una sonrisa. No hay nada que podamos hacer con el desviado de mi hermano.

Seguimos en la cocina, disfrutando de la complicidad y el buen humor mientras terminamos de preparar nuestros espaguetis entre risas, miradas furtivas y besos robados. Cuando por fin nos sentamos a la mesa, el primer bocado nos hace soltar un gemido de placer al unísono: estamos famélicos.

—¡Dios mío! —gime Gabriel mientras se lame la salsa de los espaguetis de los labios—. Esto es un orgasmo al paladar.

Su expresión de placer puro me hace reír a carcajadas, con la boca llena de espaguetis y pan francés.

—Sí, justo lo que necesitábamos… más orgasmos —Gabriel se ríe con la boca llena de espaguetis ante mi ocurrencia. No podemos dejar de comer ni de hablar—. Los sándwiches que hicimos anoche apenas nos calmaron el hambre.

—No, por supuesto que no fueron suficientes. Con toda la energía que hemos consumido, creo que más bien deberíamos comernos una vaca entera.

Nos reímos otra vez, y sé que ambos estamos reviviendo mentalmente todo el sexo descontrolado y sin reservas de las últimas veinticuatro horas. Apenas dormíamos para volver a empezar… Qué locura. Estoy dolorida en lugares que ni siquiera sabía que podían doler.

—Lo siento —murmura Gabriel mientras se limpia con una servilleta antes de volver a llenarse la boca de pan francés y espaguetis—. Creo que me he excedido contigo en todo… no solo en el sexo.

—No digas eso. Yo no me he quejado de nada. Quería todo lo que tenías para darme.

Seguimos devorando los espaguetis y sirviéndonos otra porción. El ambiente entre nosotros es de complicidad absoluta.

Gabriel me observa con una mezcla de amor, ternura y determinación.

—Vamos a hacer las cosas como se deben, Tory. Quiero que nos demos el tiempo para ser… novios.

Lo miro algo impactada.

—¿Te arrepentiste de casarte conmigo?

—¡Jamás! —responde, rotundo—. Solo que no lo haremos de inmediato. Quiero que vivamos lo que vive una pareja enamorada, una que se ama de verdad: salir a comer, bailar, hablar, discutir… reconciliarnos —nos sonreímos con complicidad—. Ya no cargamos con la culpa por Dominic. Y ahora sé qué esperar de los ataques de Dorian. Lo que deseo es vivir un noviazgo como Dios manda… contigo, con la mujer que amo. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, por supuesto — reflexiono un poco sobre lo adecuado de su propuesta—. Nos enamoramos en medio de momentos muy difíciles y caóticos. Este será otro tiempo… otro comienzo.

—El momento de conocernos mucho más, de disfrutar de nuestra mutua compañía, de ser felices.

—Sí, eso es lo que más deseo. Poder tener una vida relativamente normal contigo… y con todas las personas que me importan. Ese fue mi motor, aquello a lo que me aferré con uñas y dientes en el centro de rehabilitación.

Eso parece llamar su atención.

—Has mencionado en varias ocasiones que te sometiste a una terapia infernal. ¿Podemos hablar de ello?

Le sonrío con tranquilidad.

—Me encantaría poder compartirlo contigo.

Después de terminar de comer, nos acomodamos en uno de los sofás del salón. Pongo mis piernas sobre su regazo y me acerco lo suficiente como para que me envuelva con sus brazos. Mientras intento ordenar en mi cabeza todo lo que quiero contarle, mis dedos comienzan a juguetear con el dije que cuelga de su cuello, ese que lleva mi inicial y que descansa sobre su pecho.

—A lo largo de los años estuve en varias terapias tradicionales, pero hubo una a la que me resistí por sentirla demasiado invasiva… sobre todo en lo relacionado con los recuerdos de mis padres.

Gabriel me observa con atención. Con un brazo me mantiene sujeta contra él, y con la otra mano acaricia lentamente mis piernas, que descansan sobre su torso. Cuando lo miro a los ojos, solo encuentro al hombre que me ama, que me desea, y con quien —lo sé con total certeza— compartiré el resto de mis días.

—Para hacerte la historia corta, porque en realidad es muy larga… me sometí a la terapia EMDR.

—Creo que he oído hablar de ella. ¿Es hipnosis? —pregunta Gabriel, frunciendo el ceño.

Suelto una pequeña carcajada.

—Muchos lo creen, pero en realidad no lo es. Déjame te explico.

Durante un buen rato le explico a Gabriel que la terapia EMDR (Eye Movement Desensitization and Reprocessing) es un enfoque terapéutico que ayuda a las personas a procesar recuerdos traumáticos de una manera que les permita dejar de ser tan perturbadores emocionalmente. Le conté cómo, gracias a esta terapia, llegué a comprender que mis recuerdos traumáticos no

habían sido adecuadamente procesados por mi cerebro, lo que provocaba que resurgieran con demasiada fuerza, causándome ansiedad y un dolor desgarrador.

Le hablé de cómo comenzaron las primeras sesiones, en las que la terapeuta me guió para identificar los recuerdos dolorosos que me seguían afectando… aquellos que me hicieron sentir una persona maldita: la muerte de mis padres, la pérdida de mi segunda madre Evelyn y, por supuesto, la de Dominic, a quien consideraba mi novio.

Le detallé el procedimiento que utilizó la terapeuta (el que muchos creen erróneamente que es hipnosis), pero que en realidad no lo es. Le expliqué que no se trata de dormir la conciencia, sino de reactivar el procesamiento de ciertas memorias desde otro lugar emocional. La terapeuta me ayudó a centrarme en cada recuerdo traumático mientras seguía un estímulo visual: el movimiento rítmico de sus dedos frente a mis ojos, lo que provocaba que mis pupilas se desplazaran de un lado a otro.

Le expliqué a Gabriel que estos movimientos oculares simulan los que se producen de forma natural durante la fase REM del sueño, cuando el cerebro procesa y reorganiza nuestras experiencias emocionales.

Le conté que revivir un recuerdo traumático bajo ese estímulo, permite que la memoria se reorganice, que se reestructure emocionalmente. Lo que antes dolía con un filo insoportable, comienza a sentirse distinto. No desaparece, pero deja de rasgarte por dentro. Poco a poco, la meta es lograr que esos recuerdos dejen de ser tan intensos y perturbadores… que uno pueda convivir con ellos sin quebrarse.

Gabriel parece absorber cada palabra, procesando a grandes rasgos todo lo que le he contado.

—¿Y ha sido así? —pregunta en voz baja, con el ceño ligeramente fruncido—. ¿Han dejado de ser… tan intensos y perturbadores para ti?

—Los inicios de la terapia no fueron fáciles —comienzo a decir mientras acaricio distraídamente el dije en su pecho—. Durante los tres primeros meses me ahogaba en el dolor cada vez que recordaba lo sucedido, pero mi terapeuta y yo perseveramos. A partir del tercer mes, algo comenzó a cambiar dentro de mí… empecé a replantearme las creencias negativas que tenía sobre mí misma y sobre los eventos traumáticos de mi vida.

—No sabes lo feliz que me hace escucharte decir eso, Pequeña —susurra Gabriel antes de besarme con ternura en la frente.

—Durante años creí que estaba maldita, que todos los que amaba estaban destinados a morir. Pero con la terapia empecé a procesar esas experiencias desde una perspectiva más… saludable. Poco a poco, la culpa comenzó a disolverse. Aprendí a decirme la verdad: que no tengo control sobre la muerte de otros y que sí puedo seguir amando sin poner en peligro a quienes amo.

—¿Y… ya terminaste esa terapia? ¿Estás curada? —pregunta con un tono que mezcla esperanza y precaución.

Una sonrisa agridulce se dibuja en mis labios.

—Lo mío es… un poco como lo tuyo —le digo, mirándolo a los ojos—. Así como tú serás siempre un adicto en rehabilitación, yo probablemente nunca podré dejar por completo la terapia. De todos mis traumas, el más profundo y arraigado es el de la muerte de mis padres… y es posible que siempre tenga que trabajar sobre eso.

—¿O sea que seguirás con la EMDR?

—Sí. Ahora mismo me siento bastante estable, pero aún no he llegado a donde necesito estar. Mi proceso continúa hasta que pueda recordar ese evento sin que me desgarre por dentro. La meta que persigue mi terapeuta es que, algún día, pueda hablar sobre las muertes de quienes amé sin sentir esa angustia brutal o esa culpa que me ha perseguido toda la vida. Lo que buscamos… es que al

recordar esas pérdidas, mi cuerpo y mi alma puedan mantenerse en calma. Que sienta… paz, o al menos, algo de neutralidad.

Gabriel asiente con la mirada nublada por la emoción.

—No puedo imaginar lo duro que ha debido de ser para ti… tener que revivir esos recuerdos. Lo de tus padres… —susurra con voz temblorosa, como si también le doliera.

—Sí, ha sido todo un desafío para mí —confieso con honestidad —. Las primeras sesiones fueron tan devastadoras que tuvieron que medicarme.

Gabriel se tensa de inmediato, y su expresión se torna sombría, cargada de preocupación.

—¿Aún estás medicada? —pregunta con voz apremiante—. Anoche... no nos protegimos.

Le sonrío con dulzura, buscando calmar la ansiedad que aflora en sus ojos.

—Tranquilo. A medida que fui mejorando, me redujeron la medicación de forma gradual. Hace dos meses que no tomo nada.

Gabriel suelta el aire con fuerza, como si al fin pudiera respirar.

—Ahora mismo debo seguir yendo a terapia dos veces por semana, y también asistir a una reunión grupal cada quince días. Ese es el ritmo que llevo en este momento.

—Me siento tan orgulloso de ti —dice con una ternura que me estruja el pecho—. Tomar la decisión de enfrentarte a esa terapia ha sido increíblemente valiente.

—Durante mucho tiempo fui una cobarde, Gabriel. Conocía esta terapia desde hacía años, pero la descarté por completo. Me aterraba solo imaginarme pasar por ella… Pero en esta ocasión, en este momento de mi vida, sabía que necesitaba hacer algo radical. Por mí. Por ti. Por todos los que amo.

Sus ojos se clavan en los míos justo antes de acercarse para besarme. Nuestros labios se encuentran en un beso suave y tierno, lleno de amor y alivio, que termina con un roce juguetón de nuestras narices. Gabriel me observa con esa mirada marrón intensa que parece desnudar el alma. Se queda pensativo un instante, y luego se muerde el labio inferior, ese gesto suyo tan característico que me derrite.

—No quisiera tener que preguntarte esto, pero necesito saberlo —su voz suena contenida, pero firme—. Cameron y yo le hemos preguntado infinidad de veces a Joseph qué fue exactamente lo que Dorian le dijo a Dominic en el hospital… aquello que lo llevó a ese desenlace tan terrible. Pero ha sido completamente hermético, se ha negado a contarnos nada.

Un estremecimiento recorre mi cuerpo como una descarga eléctrica. Su pregunta toca una fibra sensible y profunda.

—Lo siento —Gabriel me abraza con fuerza y se ve visiblemente atormentado—. Sé que Joseph ya te lo contó, porque tiene que ver contigo. Y precisamente por eso no ha querido soltarnos la información ni a Cameron ni a mí.

—No te disculpes —respondo con suavidad—. Está bien que me lo preguntes. Y sí, efectivamente, el tío Joseph me contó lo que Dorian le dijo a Dominic. Le confesó, a su manera, en una versión cruda y repulsiva, lo que yo te confesé ayer sobre mi relación con Dorian… Le dijo que me había acostado con él, que era su amante —el rostro de Gabriel se transforma en una máscara de ira contenida. Sus ojos centellean de furia—. Ayer te dije que Dominic nunca lo supo, y así fue… lo supo unos minutos antes de fallecer, eso le produjo el infarto.

Un regusto amargo me invade el paladar al recordar el motivo de la muerte de Dominic, y en todo el centro de mi pecho, siento como se retuerce una lucha interna y sin fin para no sentirme (una vez más) culpable.

—Maldito desgraciado… Quiero matarlo. Y muy lentamente.

—No —susurro, tocando sus labios con mis dedos para intentar borrar esas palabras—. Es tu hermano.

—No, no lo es —gruñe con los dientes apretados—. Ese incordio no puede ser mi hermano. Mi hermano era el que murió. El que nunca supo que yo te amaba. El que nunca me escuchó pedirle perdón por arrebatarle, sin querer, el amor de su vida.

—Gabriel… yo no era suya. Ni de Dorian. Solo te he pertenecido a ti —Gabriel suspira profundo mientras yo acaricio suavemente su barba corta mirándolo a los ojos—. Creo que tú también necesitas perdonarte. Soltar esa culpa que llevas por Dominic.

—He ido infinidad de veces a su cripta a pedirle perdón —dice bajando la voz, visiblemente afectado—. Es algo que me punza el pecho. Dominic me salvó de mis adicciones… ayudó económicamente a mi familia en una época en la que prácticamente estábamos aguantando hambre.

—¿Cómo fue eso? Nunca me has contado los detalles.

Gabriel toma un cadejo de mi cabello y comienza a juguetear con él entre sus dedos, como si enroscarlo le ayudara a ordenar sus recuerdos.

—Yo tenía unos diecisiete años. Ya estaba completamente perdido en las drogas y el alcohol. Fue entonces cuando Dominic localizó a mi madre. Comenzaron a hablar con frecuencia. Yo no quería saber nada de él. Mi madre estaba en la ruina, y huíamos constantemente del padre de Camila. A ella se le metió en la cabeza que él nos quitaría a Camila, que le arrebataría la custodia —Gabriel esboza un gesto que deja claro lo absurdo que le parecía todo aquello—. En fin, Dominic empezó a enviarnos dinero. Yo apenas hablaba con él, pero poco a poco comenzamos a hacernos amigos.

Hace una pausa, tragando saliva.

—Le puse una condición para continuar comunicándonos: que si íbamos a construir una amistad, no me hablara de nadie de los Morris. Solo de él y de mí. No quería saber nada de su familia, no quería saber nada de las personas que él ya me había mencionado: de su padre Joseph, de su gemelo Dorian, de Cameron, ni de ti… no quería saber nada de nadie que tuviera que ver con los Morris, excepto Dominic.

Gabriel se ve soñador al recordar esos días, y una sonrisa cálida se dibuja en sus labios.

—Un día, cuando ya le tenía muchísimo cariño, le dije que quería conocerlo. Me respondió que él también lo deseaba, pero me

puso una condición: debía rehabilitarme. Al principio me enojó que me impusiera algo así, pero él, como siempre, terminó convenciéndome. Fui al centro de rehabilitación, y mientras estuve allí, el padre de Camila localizó a mi madre.

Hace una pausa, como conectando con recuerdos complejos.

—Por supuesto, con el dinero de Rafael Onatra empezamos a vivir mucho mejor. Él le dijo a mi madre que no le quitaría a Camila, siempre y cuando le permitiera vivir como lo que era su hija: una Onatra —Gabriel baja la mirada, pensativo—. Nunca he conocido a un padre más orgulloso de tener una hija. Ama con locura a Camila.

Sus palabras flotan en el aire mientras su expresión se torna más nostálgica.

—Luego, cuando por fin salí del centro de rehabilitación, vine aquí, a Nueva York. Nunca antes había subido a un avión, y mucho menos había salido del país. Pero Dominic… él se encargó de todo, absolutamente todo. Me trajo hasta aquí con un único propósito: que por fin nos conociéramos en persona —Gabriel frunce el entrecejo con tristeza—. Lo vi tan enfermo, tan deteriorado... En todas nuestras conversaciones previas, jamás mencionó que estaba luchando contra una enfermedad. Ver a alguien como Dominic, tan generoso, tan luminoso, combatiendo día a día por un poco de

salud, me confrontó de una manera brutal. Yo tenía salud, al menos físicamente, y, sin embargo, con mis adicciones estaba destruyendo mi cuerpo sin piedad. Mientras él solo quería vivir… y la vida no se lo permitía. Me pareció tan injusto —Hace una pausa breve, como si las palabras pesaran demasiado—. Por eso tomé una decisión radical, dejar mis adicciones definitivamente. Decidí no volver a consumir, no solo por mí, sino por él. Para poder estar a su lado cada vez que me necesitara. A partir de esa primera vez, nos vimos cada año, siempre aquí, en Nueva York. Y él cumplió su promesa: jamás me volvió a hablar de los Morris.

Guarda silencio un instante antes de continuar, con voz más baja.

—La última vez que me llamó, me exigió que viniera a reunirme con él y con toda la familia Morris. Lo hizo porque sentía que su tiempo en este mundo se estaba acabando… y por eso hoy estamos aquí.

Lo observo con el corazón encogido.

—Sé que amabas a Dominic. Y él también te amaba a ti.

—Sí… lo sé —sus ojos brillan, cargados de emoción contenida —. ¿Sabías que me dejó una carta póstuma que aún no he abierto?

Tengo miedo de encontrar en ella que, en el fondo, pudo leer mi amor por ti.

Le acaricio la mejilla con ternura, y murmuro:

—¿Y temes que te lo esté reclamando?

—No, al contrario… conociendo a Dominic, probablemente me esté perdonando y diciéndome que siga adelante contigo —Gabriel me observa con curiosidad—. ¿A ti te dejó carta?

—Sí, creo que dejó una para todos. Y, por supuesto, ya la leí. Solo me pedía que viviera, que fuera feliz y que encontrara al verdadero amor de mi vida. Creo que siempre supo que él no lo era.

Nos abrazamos con ternura, dejándonos llevar por la necesidad de sentirnos, de acariciarnos lentamente por encima de la ropa, como si nuestros cuerpos quisieran seguir en comunión incluso en la pausa.

—Es hora de ir a Morris Enterprise —murmura Gabriel, aunque se nota que lo dice a regañadientes—. Si seguimos ignorando su llamado, Cameron vendrá como un vendaval hasta aquí.

—Quisiera no tener que ir… aún —confieso con pesar.

Gabriel se separa un poco para buscar mis ojos.

—¿Por Dorian? —acierta con facilidad.

—Sí. Mi conversación con él fue ayer, así que debe estar que se lo llevan los mil demonios. Y más aún si me ve contigo. Le dije que te amaba, y que te había escogido mucho antes de que Dominic muriera.

—Vaya… —Gabriel sonríe con picardía—. Me han entrado unas ganas espantosas de entrar de la mano contigo a Morris Enterprise.

Suelto una carcajada mientras niego suavemente.

—Tendremos que atenernos a las consecuencias.

—Tal vez no —replica Gabriel, frunciendo el entrecejo y haciendo un pequeño puchero con esa boca suya que podría ser ilegal de tan deliciosa.

—¿Por qué lo dices?

—Creo que está arrastrando el ala por Julia Blanch.

—¿Quién? —arqueo las cejas, no me suena de nada ese nombre.

—Y, para que lo sepas… tu hermano también —añade con una sonrisa divertida.

—¿De quién diablos hablas? ¿Quién es ella?

—Hablo de que ha llegado a nuestras vidas la hermana del hombre más peligroso del mundo. Ese al que todos creen muerto,

pero no… está vivito y coleando. Y, para mi eterna diversión, Dorian y Cameron arrastran la baba por ella.

Suelto una carcajada estruendosa, sin poder evitarlo.

—¿Me estás hablando de la hermana del Salvaje Blanch? ¿La cuñada de tu hermana? —Gabriel asiente con una sonrisa divertida —. ¡No te lo puedo creer! No puedo creer que ella esté aquí, en Nueva York, y que Dorian y Cameron estén así por ella. ¿Qué demonios está haciendo aquí?

—Su presencia en Nueva York tiene que ver con posibles negocios con Morris Enterprise. Y en cuanto a esos dos… ya verás con tus propios ojos cómo están enloquecidos por ella. Hoy por la tarde tenemos una reunión con la señorita Blanch, y ahora que has regresado, tú como la directora financiera debes estar presente en esa reunión.

Me acomodo mejor en el sofá y sonrío con picardía, sintiendo cómo la energía comienza a renovarse dentro de mí.

—Pues me han entrado unas ganas enormes de aparecerme por Morris Enterprise.

—Qué pilluela te me has vuelto —responde Gabriel, sonriendo mientras se incorpora del sofá y, con un gesto suave, me ayuda a ponerme en pie junto a él.

Es hora de volver a enfrentar el mundo real, de la mano del hombre que se ha convertido en mucho más… que mi todo.

Capítulo 32

Nunca creí que, en algún momento de mi vida, pudiera llegar a sentirme así: feliz, libre, liviana, casi etérea. La sonrisa, casi perenne, que llevo en los labios amenaza con dejarme marcas en el rostro. Estoy tan plena y me siento tan completa que no encuentro palabras que logren expresar todo esto que me recorre por dentro; se me quedan cortas, siempre insuficientes. He estado rota y fraccionada desde que tengo memoria. No tengo un solo recuerdo donde pueda afirmar que fui inmensamente feliz, porque las culpas que cargaba arruinaban cualquier intento de dicha.

Haber llegado a este punto cúspide en mi vida lleva escrito el nombre de Gabriel Morris por todas partes. Mi terapeuta insistió, en más de una ocasión, en que mi recuperación debía estar motivada por mí misma y por quienes amo, pero nunca por una sola persona en particular. Lo consideraba un riesgo para mi estabilidad emocional. Pero no pude seguir su consejo. Yo sé, desde lo más profundo de mí, que logré salir adelante por él, por ese hombre de rizos negros y suaves que ahora está justo a mi lado mientras

ingresamos juntos al piso de Morris Enterprise donde se encuentra la sala de juntas.

Después de nuestra intensa, profunda, emotiva y sincera conversación, Gabriel me trajo hasta mi apartamento en la Morris Tower para que me arreglara y me preparara para la reunión con Julia Blanch. Mientras me cambiaba, él me fue explicando en detalle lo que Julia había propuesto. Por otro lado, mi asistente, la señorita Carol Rivera, ya me había dejado (por solicitud de Gabriel) un informe financiero del Blanch Holding, aunque apenas he tenido tiempo de echarle un vistazo.

A esta reunión debo entrar con ella. He estado ausente casi un año, y tanto la señorita Rivera como otro profesional altamente cualificado han estado sorteando la dirección del área financiera en mi ausencia. Gabriel ha apoyado también durante todo este tiempo, y me ha contado que tanto la señorita Carol Rivera como el señor Charlie Smith hicieron un trabajo excelente.

Saber que Gabriel y mi asistente han trabajado juntos ha despertado mis celos de forma irrefrenable, y con gran dificultad he logrado ocultarlos. Sé que a ella le gusta Gabriel, pero tengo que confiar en lo que él siente por mí y dejar de ser esa mujer insegura

que fui, la que se desmoronaba ante la sombra de sus propios miedos.

En cuanto ingresamos a las oficinas donde se encuentra la sala de juntas, todo el equipo de este piso se pone en pie para saludarme y darme la bienvenida. Ninguno de ellos logra disimular la impresión que les causa vernos a Gabriel y a mí cogidos de la mano, con sendas sonrisas de felicidad tatuadas en el rostro. Incluso la señorita Rivera, nos mira sin disimulo, con una gran sonrisa en los labios que, por un momento, me descoloca. No sé exactamente qué esperaba ver en su rostro, pero seguro no era esta reacción tan genuina de complacencia y aceptación ante la cercanía que Gabriel y yo estamos dejando entrever.

—Señorita Evans, estamos tan contentos de volver a verla —la señorita Rivera, se acerca a mí mirándonos a ambos con una sonrisa de oreja a oreja—. Es tan refrescante verla así, tan sonriente… tan recuperada —añade, deteniendo por un segundo su mirada en mi cuerpo.

Sí, lo sé. Estoy más curvilínea.

—Yo también me alegro mucho de verte —le respondo mientras nos tomamos de las manos, en un saludo que es también un agradecimiento—. Es posible que necesite de tu apoyo en la

reunión que tenemos ahora con la señorita Blanch. Aunque revisé el informe que me dejaste muy diligentemente en mi piso, lo ojeé muy rápidamente y estoy segura de que te necesitaré, y para que nos pongamos al día con todo en cuanto te sea posible.

—Claro que sí. Me llamas y yo ingreso para apoyarte si lo requieres. Charlie y yo hemos estado llevando el área financiera dando lo mejor de nosotros, aunque Gabriel siempre nos echó una mano —dice, volviéndose hacia él con esos ojos verde bosque brillantes y una sonrisa resplandeciente.

Lo llama por su nombre de pila, y el aguijonazo de los celos no deja de pincharme. Es increíblemente inaudito de mi parte: estar tan bien de aquello que me atormentó por años, para ahora caer en tormentos tan vacuos y sin sentido como los celos. Respiro hondo. Profundamente y trato de sacudirme ese insensato sentimiento

—Gracias,eñorita Rivera, por todo. Luego me presentas al señor Charlie Smith. Sé que lo contrataron para que te apoyara.

—Sí, señorita Evans —responde, sonrojándose, lo cual resulta bastante sorprendente teniendo en cuenta que su piel es tan hermosamente bronceada como la de Gabriel—. Más tarde, cuando usted disponga de tiempo, se lo presento y la ponemos al día con el área.

—Gracias. ¿Has visto a mi hermano y a Dorian?

—Al señor Dorian Morris, no. Pero su hermano está en la sala de juntas con… —se detiene abruptamente y vuelve a sonreír con amplitud—. Me indicó que en cuanto usted llegara con Gabriel, entraran de inmediato.

—Gracias, Carol —le dice Gabriel, guiñándole un ojo de forma amistosa. Y yo… yo sigo esforzándome con todas las fuerzas de mi alma por no hacer reclamos insustanciales.

No estoy acostumbrada al sentimiento de los celos, y son un verdadero coñazo. La observo mientras se aleja de nosotros batiendo sus muy sexys caderas.

—Deja los celos —dice Gabriel, y sus palabras me dejan claro que me he delatado.

—No estoy celosa —respondo, siendo una descarada mentirosa.

—La observas como si quisieras estrangularla —añade, acercándose un poco más y apretando mi mano—. Para que estés tranquila: ella y Charlie están saliendo, y se ven bastante felices.

—Qué bueno —respondo con fingida indiferencia, aunque por dentro mi corazón da volteretas de alegría.

Gabriel me mira fijamente, y esos increíbles ojos marrones brillan emocionados y llenos de amor.

—Debes estar completamente tranquila y segura de lo que siento por ti. Te amo, y ninguna otra mujer ha entrado nunca pisando tan fuerte en mi alma y en mi corazón. Estoy invadido de ti.

Me acerco y le doy un beso suave en los labios. Luego nos sonreímos mutuamente.

—Eres completamente correspondido, mi amor.

Gabriel suelta mi mano solo para pasar su brazo por encima de mis hombros, y yo hago lo propio, enroscando el mío por detrás de su cintura. Caminamos así, abrazados, a lo largo de todo el piso hasta la sala de juntas. Si alguien aún tenía alguna duda de que somos pareja, esta imagen basta para despejar cualquier interrogante.

Gabriel abre la puerta de la sala de juntas y yo entro primero. Pero me detengo en seco, completamente congelada, al ver quién se encuentra dentro junto a Cameron. Gabriel se golpea levemente contra mi espalda por la brusquedad de mi parada.

Llevo las manos a mi boca intentando contener un grito, y mis ojos se llenan de lágrimas.

Mi tío Joseph ha regresado.

Es imposible evitar salir corriendo a abrazarlo. Él se pone de pie de inmediato, abriendo los brazos con una sonrisa inmensa. Se le ve tan… joven, tan luminoso. El tiempo que ha pasado fuera con Livi le ha sentado de maravilla. Coincide exactamente con el mismo periodo en el que yo estuve internada en el centro de rehabilitación.

Llego hasta él con tal ímpetu, que lo obligo a retroceder un paso antes de que consiga atraparme entre sus brazos. Lloro. Lloro de poder verlo nuevamente.

He hablado con él a través de videollamadas muchísimas veces durante todo este tiempo que estuve internada, pero poder verlo, tocarlo, abrazarlo… Abrazar al hombre que considero como mi segundo padre… eso no tiene precio.

Él se separa un poco para acunar mi rostro con ambas manos y limpiarme las lágrimas.

—Qué hermosa estás, Tory. Había notado tu mejoría en las videollamadas, pero verte así… de verdad que estás… resplandeciente.

—Tú también, tío —no puedo evitar volver a abrazarlo con fuerza y llenarle el rostro de besos, uno tras otro, como si quisiera recuperar todo el tiempo perdido.

Él se sonroja un poco por mi arrebato.

—¿Y Livi? —le pregunto, esperanzada de poder verla.

Parece pensarlo durante un segundo. Qué raro. ¿Habrá problemas en el paraíso?

—Llega en unos días —contesta con serenidad, desviando la mirada hacia Gabriel.

—No sabía que mi madre estaba por regresar —musita Gabriel, algo sorprendido. Se nota en su voz que le duele enterarse por otros.

—Lo decidimos de un momento a otro —responde Joseph, acercándose a su hijo. Sé que han mejorado mucho su relación, pero aún están en ese proceso de construcción, paso a paso y sin apuros de su trato como padre a hijo.

—El tema del Blanch Holding me ha obligado a regresar. La junta y los accionistas han solicitado que haga frente personalmente a esta posible fusión… o compra. Es un asunto… delicado.

Gabriel asiente, acercándose un poco más. Hay una sonrisa leve en sus labios mientras tiende la mano hacia su padre, y Joseph la acepta con decisión.

—Se le ve bastante bien —le dice Gabriel con sinceridad.

—Sí, el descanso ha sido maravilloso. Y más aún con la compañía de Livi.

Gabriel asiente, imperturbable, mientras ambos se sueltan de las manos.

Está claro que lo de su madre con su padre sigue siendo un punto… difícil de aceptar para él.

—¿Y es que no merezco ni un beso, ni un abrazo, ni una mirada, ni siquiera una patada?

Se queja Cameron con una falsa mirada verdosa y cristalina de reproche.

Lo complazco de inmediato: me lanzo sobre él y acabamos en un abrazo apretado. Le estampo un beso sonoro en la mejilla.

—No sabía que eras tan sensiblero, Cameron.

Él sonríe mientras acomoda un mechón de mi cabello detrás de la oreja.

—Te ves hermosísima, hermanita.

—Y tú sigues igual de guapo.

Sonríe con ese gesto torcido y malicioso tan suyo.

—Eso siempre.

Suelto una carcajada por su egocentrismo inquebrantable.

—¡Qué modesto eres! —se burla Gabriel con tono sarcástico.

—¿A qué hora quedó de llegar la señorita Blanch? —pregunta mi tío Joseph.

—En unos quince minutos —confirma Cameron, mirando su finísimo y carísimo reloj. Lo observo detenidamente: está más acicalado que de costumbre. En realidad, hoy está arrollador.

Nos acomodamos en torno a la mesa de la sala de juntas: mi tío Joseph se sienta en la cabecera; Cameron y Gabriel a su izquierda y derecha respectivamente. Yo me acomodo junto a Gabriel.

Mi tío posa sus ojos sobre nosotros sin disimulo, deteniéndose en nuestras manos entrelazadas que reposan en el regazo de Gabriel.

—Se ven muy bien juntos. Sé que no necesitan mi aprobación, pero quiero que sepan que me hace muy feliz verlos así… tan felices.

—Gracias, tío —respondo, sintiendo que emano luz desde cada poro de mi piel.

Gabriel lo observa con una mezcla de asombro y agradecimiento.

—Gracias… padre —responde Gabriel con una sonrisa algo burlona, mientras mi tío respira hondo y suelta el aire con fuerza. Trata de recomponerse rápidamente ante el hecho de que Gabriel lo haya llamado así.

—¿Dónde está Dorian? —pregunta mi tío Joseph, recuperando su semblante profesional y frunciendo el ceño.

—Ya debería estar aquí —interviene Cameron—. Le advertí que era necesario reunirnos media hora antes de la llegada de la señorita Blanch —arquea una ceja con evidente fastidio—, pero ya sabes cómo es de obtuso tu hijo Dorian. Ha intentado menoscabar mi posición como CEO encargado tooodo este tiempo.

—Lo sé, pero eso se acabó. No he regresado solo por el asunto del Blanch Holding. He vuelto para quedarme y retomar mi lugar como CEO de Morris Enterprise… y poner en orden el desaguisado que, seguramente, me encontraré.

—¿En serio, padre? —resuena la voz de Dorian irrumpiendo como un vendaval al entrar por la puerta de la sala de juntas.

—Hola, hijo. Un gusto verte —saluda mi tío con sarcasmo.

Dorian lanza una mirada cargada de hiel hacia Gabriel, sentado a la derecha de mi tío. Aprieta la mandíbula, y todo parece empeorar cuando ve nuestras manos entrelazadas sobre el regazo de Gabriel. Un destello de dolor asoma en sus ojos, antes de que el veneno se apodere de su mirada.

—¿Hasta cuándo este bastardo seguirá ocupando tu derecha?

—Tú la despreciaste, ¿recuerdas? Gabriel se quedará donde está. Sé que quieres ocupar la otra cabecera; hoy puedes hacerlo.

Dorian observa a su padre, claramente desconcertado.

—¿Por fin vas a cederme el puesto de CEO?

—No te lo has ganado, Dorian, y lo sabes perfectamente —responde mi tío con voz firme, conteniendo a duras penas todo lo que quisiera decir sobre lo despreciable y carroñero que ha sido, especialmente con su propio gemelo—. Y mucho menos con tu actitud durante este último año, bajo la dirección de Cameron.

Dorian se sienta en la otra cabecera de la mesa.

—Yo te dije que no aceptaría a Cameron como mi CEO. Fue humillante —fulmina a Cameron con la mirada para luego replicar con un tono más calmado—. ¿Entonces has vuelto para quedarte?

—Sí, hijo. Tú y Cameron volveréis a vuestros antiguos cargos: Cameron retomará la dirección del área de adquisiciones, y tú, la de compras y suministros. Tory, por supuesto, retomará la dirección financiera.

—¡No quiero! —protesta Dorian, tajante y cortante.

—¿Qué es lo que no quieres? —inquiere Joseph, su voz se vuelve afilada.

—Quiero trabajar a tu lado y que me prepares como el próximo CEO. El médico te ha recomendado dejar todo esto atrás, no entiendo por qué insistes en quedarte.

—Tal vez porque he comprendido que aún no puedo confiar en ninguno de vosotros para dejar en manos ajenas la dirección de Morris Enterprise —mi tío fija sus ojos en Cameron con una expresión dura—. Ni siquiera en ti, Cameron.

Mi hermano alza una ceja con fingida inocencia.

—¿Y ahora qué he hecho?

—Sé que ambos habéis estado en una guerra sin cuartel estos últimos diez meses. No sé cómo Morris Enterprise no se desplomó por completo.

Cameron hace una mueca con los labios, dejando claro con su expresión que mi tío no está para nada equivocado.

—No fue culpa de Cameron —interviene Gabriel de pronto—, ni siquiera de Dorian.

Dorian gira el rostro con rapidez hacia Gabriel, claramente atónito por su intervención a su favor. Gabriel mantiene la calma y continúa hablando, mirando directamente a mi tío Joseph.

—Tú sabías que se desataría una guerra campal dentro de esta compañía. Nos dejaste encargados a los tres —dice Gabriel con una

expresión de asombro, dejando claro que considera esa decisión completamente desacertada—. Sabías que esto iba a pasar después de todos los acontecimientos que llevaron a la muerte de Dominic.

—Es cierto que lo suponía —responde mi tío con serenidad—, pero tenía la esperanza de que los tres, por el bien de Morris Enterprise, dejaran a un lado sus rivalidades y diferencias. Eso es lo que hace un verdadero profesional, un verdadero dueño de negocio. Los tres son accionistas de esta empresa y debieron velar por ella, no por sus intereses personales.

Dorian vuelve a la carga, con la voz firme y determinada, dejando claro que no piensa rendirse.

—¡Quiero trabajar contigo para convertirme en el próximo CEO!

Mi tío aprieta la mandíbula y parece a punto de vociferar algo, pero justo en ese instante, alguien toca suavemente la puerta de la sala de juntas. Es la señorita Rivera, que entra con paso contenido.

—Señor Morris, la señorita Blanch ya está aquí —informa, algo nerviosa—, y ha venido con… cuatro hombres que parecen ser sus guardaespaldas.

—Gracias, señorita Rivera. Por favor, dígale que puede pasar, y que, si es posible, por deferencia a mí como CEO, que sus guardaespaldas esperen fuera.

—Sí, señor —responde la señorita Rivera antes de salir a cumplir con su encargo, mientras mi tío fija una mirada fulminante sobre Dorian.

—Tú y yo hablaremos más tarde sobre tus obtusas intenciones.

Dorian asiente, aparentemente satisfecho de que su padre al menos acceda a hablar con él en privado.

La puerta vuelve a abrirse, e irrumpe (sin lugar a dudas) la rubia platinada más despampanante que he visto en mi vida.

Luce un traje profesional, evidentemente de diseñador, que se ajusta con precisión a las curvas de su cuerpo. Es delgada, pero con una silueta de sirena, y unas piernas torneadas que (estoy segura) serían la perdición de muchos hombres.

Desvío mi atención para observar en segundo plano las reacciones de los presentes en la sala. Todos los hombres se han puesto de pie, y no puedo evitar notar que, por un instante, han quedado hechizados… incluido Gabriel.

Es de esas mujeres que no pasan desapercibidas, ni siquiera para otras mujeres. Hasta yo estoy deslumbrada por tanta elegancia, belleza y distinción. Todo en ella rezuma delicadeza y refinamiento, pero en sus maneras hay una combinación seductora de suavidad y salvajismo que la hace única. Aunque lo más destacable es, sin

duda, su melena: una cascada abundante de ondas desordenadas que, paradójicamente, están perfectamente peinadas. Esta chica es una diosa.

—Buenos días —saluda con una sonrisa esplendorosa.

Mientras se acerca un poco más, logro apreciar sus ojos: unos extraños ojos verde azulados que parecen cambiar de tonalidad con la luz. Dios mío… ahora entiendo por qué Dorian y Cameron están tan embelesados con ella.

Mi tío se pone de pie y se acerca a ella, que aún permanece cerca de la puerta. Se saludan con una cortesía estrictamente profesional.

—Mi nombre es Joseph Morris, CEO de Morris Enterprise. Me encontraba de vacaciones durante la primera reunión que tuvo con mi equipo de trabajo.

—Es un placer, señor Joseph Morris —responde ella con amabilidad mientras se dan la mano—. Julia Antonella Blanch.

—Por favor, señorita Blanch —dice mi tío, indicándole con un gesto que se acerque a la mesa. Dorian, muy galantemente, le ofrece la silla de la cabecera.

—¡Gabriel! —exclama ella en cuanto lo ve.

Camina con decisión hacia donde está él, mientras Gabriel también se acerca. Se dan un abrazo que, inevitablemente, me sacude.

Maldición. Otro punzón de celos en el pecho. ¿Será esto normal? ¿Sentir celos de cada mujer que lo mira, que le habla, que lo abraza?

—Qué gusto volver a verte —dice ella con voz cantarina, separándose de Gabriel—. Ayer hablé con Zavo y Cami. Después de esta reunión te cuento los mensajes que te mandaron.

—Gracias, Julia. Yo también me alegro de verte —responde él, sereno, aunque noto un leve brillo de diversión en sus ojos.

Se han llamado: Gabriel y Julia… Vaya. Ya son… íntimos.

Los ojos rasgados y de colores indefinidos de Julia se posan en mí con una intensidad curiosa.

—Ella es el amor de tu vida, ¿verdad? —le pregunta a Gabriel sin dejar de mirarme.

Me pongo en pie, algo azorada.

—Victoria Evans —le tiendo la mano mientras termino de incorporarme, pero ella, ni corta ni perezosa, me abraza. Es bastante efusiva.

—Eres preciosa —dice en cuanto se separa de mí—. Con razón este chico aquí me despreció.

Abro los ojos de par en par, aturdida por sus afirmaciones. Aquí ha pasado algo que Gabriel claramente no me ha contado. Cameron suelta una carcajada.

—¡Julia! No tienes pelos en la lengua —dice, observándola fascinado—. Me gusta —añade en voz baja, casi susurrando, pero creo que todos lo hemos oído.

—No, no los tengo. Siempre digo lo que pienso —responde ella, sonriendo, mientras se acerca a mi hermano y se funden en un abrazo que… guau. Nada que ver con el abrazo fraternal que le dio a Gabriel. Ella se le pega como si fueran imán y metal, y él se ancla a ella sin disimulo. Se dan un beso lento en las mejillas, demasiado cerca de las comisuras de los labios, y luego se miran… esa mirada… Dios mío. El aire parece tornarse electricidad pura, como si todo el lugar fuese a estallar en llamas.

Gabriel y yo volvemos a sentarnos, mientras él aprieta suavemente mi mano y arquea una ceja con esa expresión de «¿ves?, te lo dije».

—Es un placer volver a verte, Cameron.

—Lo mismo digo, Julia.

Se separan lentamente, mientras ella camina hacia la silla que Dorian todavía le ofrece. Él parece esperar un abrazo… pero ella lo mira fugazmente y continúa sin detenerse.

—Hola, Dorian —dice ella… y se sienta. Sí, simplemente se sienta. Dorian aprieta la mandíbula con fuerza.

Él se acerca a Julia y toma una de sus manos, la que descansa sobre la mesa. Ella lo mira con una mezcla de ira y desdén.

—Para mí es más que un placer volver a verte —le dice Dorian con una voz empalagosa. La observa con tal lujuria que me provoca una vergüenza ajena que me revuelve el estómago. Estoy segura de que Julia también la percibe.

Dorian deposita un beso fugaz en el dorso de su mano, y luego se sienta junto a Cameron.

Mi tío ha observado toda la escena desde que la señorita Blanch ingresó a la sala, con atención quirúrgica, analizando cada gesto, cada palabra. Una sonrisa taimada asoma en sus labios mientras lanza una mirada discreta a Cameron.

Finalmente, mi tío posa sus ojos sobre la rubia platinada que con su sola presencia, no ha dejado indiferente a nadie en esta sala.

—¿Lista, señorita Blanch?

—Sí, listísima —responde ella, y sus ojos brillan como si estuviera a punto de entrar en un juego que ha esperado durante demasiado tiempo—. Le escucho, señor Joseph Morris.

Capítulo 33

El ambiente en la sala de juntas cambió, pasando de una calma animada a una tensión sutil pero palpable. La propuesta que vamos a discutir con la señorita Blanch no es sencilla, sobre todo por el historial que arrastra la familia de Julia. Sin embargo, según lo que Gabriel me ha explicado, Morris Enterprise está especialmente interesado en la fortaleza que tiene el Holding en regiones donde aún no hemos logrado una presencia significativa.

—Señorita Blanch —comienza mi tío con tono firme—, he escuchado atentamente lo que mi equipo me ha transmitido sobre su propuesta, la cual ya ha sido presentada ante la junta directiva y los accionistas. No obstante, es mi deber recalcar que Morris Enterprise solo puede ofrecerle dos caminos: la compra de su Holding o convertirse en accionista, lo cual implicaría integrarse como parte de la familia Morris.

Julia lo mira directamente a los ojos, sin sombra de duda ni miedo en su expresión.

—Sí, así es. Lo tengo muy claro. Sé que, llegado el momento, tendré que comunicarles cuál será mi decisión.

—Muy bien. En ese caso, permítame expresarle que estamos realmente interesados en su Holding, especialmente por la notable influencia que ejerce en mercados asiáticos donde, pese a nuestros esfuerzos, hemos tenido dificultades para posicionarnos.

—Lo sé —responde Julia con una sonrisa que delata satisfacción y seguridad.

—Sin embargo —continúa mi tío—, debemos proceder con extrema cautela. Existen dudas legítimas sobre la transparencia de su Holding. Por tal motivo, tanto la junta como los accionistas han establecido ciertas condiciones para evaluar una eventual compra… o, en su defecto, considerar una fusión a través de una alianza comercial mediante matrimonio.

—Los escucho —dice Julia con voz firme. Su rostro se mantiene sereno, imperturbable, pero sus manos sobre la mesa —ligeramente inquietas— la delatan. Está nerviosa, aunque lo disimula bien.

Es entonces cuando Cameron interviene.

—Es una necesidad apremiante para Morris Enterprise garantizar la legalidad y transparencia del Blanch Holding. Necesitamos tu autorización para llevar a cabo una revisión integral: una Debida Diligencia Antilavado de Activos. Esto incluye, entre otros aspectos, el origen de los fondos, movimientos bancarios

sospechosos, uso de empresas fantasma o testaferros, y transacciones inusuales en paraísos fiscales. Queremos asegurarnos de que no existan conexiones con actividades ilícitas o figuras de dudosa reputación. Debes comprender que esto es lo habitual cuando hay tanto dinero en juego… y, por supuesto, el prestigio de nuestra firma.

Julia cruza una pierna sobre la otra con una calma envidiable, recostándose ligeramente en su silla.

—Perfecto. No tengo nada que ocultar. Adelante con la investigación.

Un silencio denso se apodera de la sala. Mi tío la observa con atención, como si tratara de descifrarla, de leer algo más allá de su elegante fachada.

—Si nos concedes esta autorización, no habrá marcha atrás. Nuestros abogados entregarán a los tuyos un acuerdo legal donde dejarás constancia de tu consentimiento. Y una vez concluida la investigación, si todo está en orden, deberás tomar una decisión: o vendes, o te integras como una Morris. No habrá posibilidad de retractarse.

Julia traga saliva con visible esfuerzo, aunque su gesto permanece sereno. Luego asiente.

—Así será, señor Morris. Hágale llegar los acuerdos a mis abogados.

—Me alegra que todo esté claro —concluye mi tío con formalidad—. Después de la firma de los acuerdos, el proceso de revisión tomará algunas semanas. Al finalizarlo, volveremos a reunirnos para discutir los términos precisos de la integración.

—Así es —intervengo por primera vez, manteniendo la compostura—. Una vez tengamos luz verde tras la revisión, el siguiente paso será la valoración financiera de ambas compañías. Solo así podremos establecer cuál será tu participación accionaria en Morris Enterprise.

—Gracias, señorita Evans, pero creo que lo mejor será no hablar aún de lo que viene después de la investigación. Lo primero es lo primero.

—Eso es verdad —coincide mi hermano—. Dado que la sede principal de tu Holding se encuentra en España, la investigación se realizará allí. Será necesaria mi presencia, y llevaré conmigo a un equipo de abogados de alto nivel. Tú me dirás cuándo podemos viajar para poner todo en marcha.

—¿Y por qué eres tú el encargado? —interviene Dorian, con evidente molestia.

—Porque soy el director de adquisiciones —responde sencillamente Cameron, encogiéndose de hombros con naturalidad.

—Cuando todo esto del Blanch Holding comenzó, yo era quien ocupaba ese puesto. Así que el que viajará soy yo.

Cameron está a punto de replicar, pero la voz firme de mi tío corta de raíz cualquier discusión.

—¿Qué es exactamente lo que quieres, Dorian? Acabas de exigirme, casi como un derecho, que te entrene personalmente como mi sucesor. ¿Y qué has hecho desde que entraste en esta sala? Solo abrir la boca para sembrar discordia.

Mi tío se pone en pie. La tensión se condensa en el ambiente mientras Dorian aprieta la mandíbula.

—Padre…

—¡Cállate, Dorian! —espeta con voz grave y cargada de autoridad. La mirada fulminante de mi tío lo obliga a morderse el labio inferior, en un gesto de rabia contenida—. Señorita Blanch, le pido disculpas por tener que presenciar estas... dificultades dentro de mi equipo de trabajo.

—No se preocupe, señor Morris —responde Julia con una ligera sonrisa—. He convivido con tres hermanos bastante belicosos. No me es ajeno este tipo de situaciones.

—La investigación de su Holding se realizará tal como Cameron ha informado. A partir de ahora, él será su enlace directo con Morris Enterprise. Me mantendrá informado de todos los avances. Sin embargo, si en algún momento considera necesario dirigirse a mí directamente, hágalo con completa libertad.

—Muchísimas gracias por su caballerosidad, señor Morris.

—No hay por qué darlas, ha sido un placer conocerla.

Mi tío se acerca a Julia para despedirse de forma cordial, mientras todos los demás nos ponemos en pie y comenzamos a abandonar la sala de juntas.

***

Apoyada en la baranda de cristal del segundo piso, contemplo, un poco deslumbrada, las luces centelleantes y titilantes que danzan por toda la discoteca a donde nos trajo Cameron. El ambiente vibra con una energía casi eléctrica, y la música retumba como un latido colectivo que hace temblar el suelo. Bajo la mirada, atravesando el juego hipnótico de luces, y los cuerpos que se agitan como olas en el mar, localizo a los dos hombres más importantes de mi vida.

Los observo caminar entre la multitud, avanzando con paso firme y cómplice hacia el bar, abriéndose paso entre aquel mar

humano con la naturalidad de quien pertenece a este mundo de caos embriagador. Van a por más bebidas, sí, pero también se adentran en esa noche que parece prometerlo todo. Sonrío con picardía al ver cómo las mujeres se los devoran con la mirada. No las culpo. Tanto Cameron como Gabriel no son simplemente guapos, no... son de esos hombres aterradoramente sexys, el tipo de belleza masculina que te marca la retina para el resto de tu vida. Imposible no mirarlos, imposible no fantasear con ellos, y lo sé porque yo vivo permanentemente suspendida en esa sensación con Gabriel.

Me aparto de la baranda de cristal, dejando atrás esa vista de tentación ambulante que es Gabriel para mí, y camino hacia el reservado donde Trizia y Julia charlan como dos loras mojadas. Han encajado tan bien que da gusto verlas; hablan, hablan y hablan, como si se conocieran de toda la vida, como si las palabras les brotaran sin filtro ni final.

—Díselo tú, Tory. Julia no me cree.

Me siento al lado de Trizia, frunciendo el ceño con curiosidad.

—Acabo de sentarme, no tengo ni idea de qué hablan.

—¿Pues de qué va a ser? —masculla Julia con una sonrisa pícara—. De hombres.

Las tres soltamos una carcajada. Hoy estoy feliz, radiante, exultante. Cualquier cosa me hace reír, como si la dicha se me desbordara por la piel.

—Trizia me está diciendo que Cameron es un mujeriego y un empotrador, pero yo juraría que esa vibra la percibí más en Dorian.

Solo oír el nombre de Dorian me provoca un suspiro largo y un amargo regusto en el estómago.

—Siendo justas, los dos lo son —respondo con tono neutro—, pero mi hermano se lo lleva por delante… por años luz.

La expresión de asombro de Julia es evidente.

—No me lo puedo creer —murmura mientras clava la mirada en la pista del primer piso, seguramente buscándolo a través de la baranda de cristal—. Tengo algo así como… un radar para detectar a los empotradores, y esa energía me la dio Dorian, no Cameron.

Analizo su rostro, y parece... decepcionada. ¿Esperaba otra cosa? Guau, a Julia le gusta mi hermano.

—¿Por qué te dio esa impresión? —pregunta Trizia, interesada.

—Por la forma en cómo me miraron el día que los conocí.

—Creo que ya sé a qué te refieres —sonríe Trizia mientras se inclina un poco más hacia ella—. Dorian no tiene filtros con la mirada. Si una mujer le provoca algo, lo expresa sin disimulo.

Cameron, en cambio, es más... sofisticado. Su encanto es como un perfume caro: se siente sin saturar. Es sutil, elegante, y cuando entra en modo cazador, desborda *sex-appeal*. Es un seductor nato, sabe cómo usar sus armas sin parecer vulgar. Eso sí… cuando consigue lo que quiere en medio de las piernas de una mujer, suele volverse bastante borde. Pobres chicas, dan hasta pena.

—No… espérate un momento, Trizia. Quiero hacer unas aclaraciones al respecto. —Poso mis ojos en Julia—. Todo lo que ha dicho Trizia es cierto, pero conozco muy bien a mi hermano, y su comportamiento contigo ha sido… distinto, muy distinto. Ha sido algo digno de ver. Nunca lo había visto mirar ni abrazar a una mujer como lo ha hecho contigo. Y lo digo muy en serio, lo he visto interactuar con un sinfín de mujeres.

—Eso es completamente cierto —me apoya Trizia, pensativa—. No te mira como mira al resto de chicas cuando está de cacería… Él parece... —Trizia parece tropezar buscando la palabra justa—… ¿Intrigado?

—Vaya… —suspira Julia—. ¿Qué le vamos a hacer? Siempre me pasa lo mismo: los que me gustan, al final me espantan. Debe de ser porque siempre me fijo en hombres guapos, y la mayoría o son gay o son unos desgraciados.

—Cierto —concuerda Trizia, y ambas brindan con el último sorbo que queda en sus bebidas.

Mis ojos se encuentran con los de Gabriel, que regresa con una bebida para mí y otra para Trizia. Cameron trae las suyas, y se sienta al lado de Julia, entregándole su copa. Ella lo observa fijamente, como si quisiera diseccionarlo con la mirada, mientras él le devuelve una sonrisa cargada de seducción.

—Me acabo de enterar de que no eres ningún príncipe, sino más bien un sapo —le suelta Julia con una media sonrisa desafiante.

La mesa entera estalla en carcajadas. Julia es encantadora. Su incapacidad para ocultar lo que piensa o siente nos tiene a todos fascinados.

—¿Estás segura de que no te gustaría besar a este sapo? —le pregunta Cameron, acercándose aún más, con esa sonrisa suya que debe provocar avalanchas de hormonas femeninas allá donde va.

Ella, en lugar de alejarse, se le acerca también. Sus rostros quedan peligrosamente cerca, y todos los observamos, expectantes, sin saber en qué va a terminar ese duelo de miradas y sonrisas.

—No, definitivamente no tienes madera de príncipe… y no me quiero arriesgar —le responde con un puchero en sus labios y un destello de picardía en los ojos.

Cameron está a punto de soltar alguna réplica ingeniosa —puedo verlo en el brillo malicioso de sus ojos esmeralda—, pero una voz totalmente inesperada lo interrumpe.

—¡¿Bailas conmigo, Julia?! —le grita Dorian, alzando la voz por encima del bullicio junto a nuestra mesa.

Ninguno de nosotros lo había invitado. De hecho, no sabíamos que estaba aquí, y su presencia resulta, como poco, inesperada y nada bienvenida. Sin embargo, no sorprende: es evidente lo mucho que le interesa Julia Blanch.

Ella lo mira de inmediato y le responde con una sonrisa radiante.

—Por supuesto —dice, poniéndose de pie con tal ímpetu que casi hace caer a Cameron de su silla en su apuro por alcanzar a Dorian.

—Y… ¿se puede saber qué fue lo que le dijeron a Julia para que ahora esté así conmigo? —se queja Cameron, desconcertado.

—Nada —protesta Trizia con expresión inocente—. Nada que no sea cierto —añade divertida, mientras se ríe con gusto ante la cara de frustración de Cameron—. Se enteró de quién eres realmente y, al parecer, no le van los Don Juanes tumba bragas empapadas en hormonas.

Una maldición se escapa de los labios de Cameron, que luego se queja entre dientes:

—Pero si ella es algo así como la princesa de la mafia... ¿quién pensaría que se pondría exquisita para una simple noche de sexo?

—Creo que estás muy equivocado con respecto a Julia —lo refuta Gabriel con tono firme y algo cauto—. Lo que he hablado con mi hermana sobre ella me deja claro que es una chica fuera de serie: responsable, intrépida y muy audaz en los negocios. No te dejes engañar por su juventud ni por su belleza, no es una chica florero.

—Y no solo eso —intervengo con suavidad—. Aunque suele mostrarse fuerte, casi inaccesible, se nota que es una mujer muy sensible. Solo hay que observar cómo nos mira a Gabriel y a mí cuando nos abrazamos o nos damos un beso tierno… Se le iluminan los ojos. Parece… deslumbrada. Sonríe con esa clase de felicidad que no se finge.

—¿Y nadie le ha contado todavía quién es en realidad la fichita de Dorian? —gruñe Cameron con fastidio.

—No nos dio tiempo —responde Trizia con resignación—. Él se la llevó antes de que dijéramos una sola palabra sobre él.

Me llevo el vaso a los labios y tomo un sorbo de la bebida que Gabriel me trajo, mientras él da un trago tranquilo a su té de limón en las rocas.

—Bueno, vinimos a divertirnos, así que... a la carga —declara Cameron, poniéndose de pie con renovada determinación y arrastrando a Trizia con él. Gabriel y yo los seguimos, sin perder nuestras sonrisas.

Bajamos y nos sumergimos en la algarabía, en el griterío electrizante de la gente de Nueva York dentro de la discoteca más de moda. Definitivamente, cuando uno se divierte, el tiempo se diluye entre risas y luces. Trizia, Cameron, Gabriel y yo seguimos alternando entre la pista de baile y la barra en busca de más bebidas, dejando que la música nos arrastre con su ritmo vibrante. Me siento un poco mareada, pero plena, feliz, embriagada por algo más que el alcohol: por el momento, por la compañía de Gabriel y de las personas que más amo en este mundo.

En uno de esos instantes en que bailamos los cuatro, Julia se abre paso entre la multitud y se une a nosotros. La recibimos entre risas y continuamos bailando, ahora somos cinco cuerpos rendidos al compás.

—¿Dónde dejaste a tu príncipe? —le grita Cameron a Julia para hacerse oír entre el estruendo de la música.

—Lamentablemente… era otro sapo —responde ella con una sonrisa burlona, arrancándonos una carcajada colectiva.

Me aferro a Gabriel, nuestras caderas conectadas, y le hago una seña a Trizia para que dejemos solos a Cameron y Julia.

—Hora de un descanso estratégico —le murmuro, y ambas nos dirigimos al baño.

—¿Qué crees que está pasando entre esos dos? —le pregunto a Trizia mientras esperamos frente al espejo.

—Me encanta cómo la mira Cameron —responde mientras se retoca los labios—. Como si fuera un desafío que no puede resistir. Creo que esta vez tu hermano va a caer, y caer profundo.

—Ella se ve muy diferente a las chicas que le hemos conocido —digo, sintiendo una inesperada felicidad por él.

—Claro que es diferente —dice Trizia, encontrando mis ojos en el espejo con una expresión casi conspiradora—. ¿Te imaginas lo que habrá vivido con tres hermanos como los suyos?

Reflexiono en silencio por un momento. Su entorno, lo que me ha contado Gabriel de su historia… esa vida no debió ser fácil.

—Tienes razón —asiento—. Qué carácter debe de tener para salir adelante en medio de todo eso.

Trizia se acomoda su melena negra con un gesto despreocupado, pero en su mirada hay chispa.

—Yo, si fuera Cameron, me lo tomaría con calma —dice burlona y con chispas de ocurrencia en sus ojos negros—. Estoy segura de que sabe disparar un arma.

Suelta una carcajada ante su propia ocurrencia, y yo me río con ella, si Trizia supiera.

—En realidad, sí sabe. Gabriel me lo contó… —miro en dirección a los baños; hay demasiada gente. No deberíamos estar hablando de esto en un lugar tan público.

Me inclino hacia Trizia y le hablo al oído, con cautela.

—Sí sabe disparar. Sabe defenderse. Es digna estirpe del León Blanco.

—¡Vaya mierda! —farfulla Trizia entre risas, sorprendida.

Salimos del baño y debo hacerlo con cuidado. Me siento mareada, la cabeza me da vueltas y al cruzar la entrada tropiezo ligeramente. Unos brazos fuertes me sostienen contra un pecho firme. Por un instante, creo que es Gabriel… pero no. Es Dorian.

Trato de apartarme de él, pero no me lo permite. Me sujeta con fuerza por los bíceps.

—¿Ya le dijiste a tu novio quién fue tu primero?

Trizia, que venía detrás de mí, suelta un grito ahogado al oírlo. Nunca le conté eso. Jamás.

Él la observa con desprecio.

—Vaya, qué sorpresa… No se lo dijiste. Claro, es que es nuestro sucio y corrupto secreto.

Dorian está ebrio. Se le nota en la mirada, en la forma en que pronuncia las palabras, en el modo en que se tambalea. Más borracho de lo que imaginé.

—¡Suéltame, Dorian! —le grito, pero sigue aferrado a mí.

—Primero contéstame. ¿Se lo dijiste? Porque si no… creo que es hora de que lo sepa.

Me agarra del brazo con más fuerza y comienza a arrastrarme hacia la pista de baile, desoyendo mis protestas, mientras escucho los gritos de Trizia detrás de nosotros, maldiciéndolo con toda la furia posible.

—Dorian —intento que entre en razón—, no vas a hacer esto aquí. Hay muchísima gente que nos conoce…

—No me importa —masculla con voz pastosa, tropezando un poco mientras me arrastra sin miramientos.

Dorian localiza a Cameron, a Julia y a Gabriel bailando juntos, y se lanza hacia ellos como un rayo.

No, no, no... esto no puede estar pasando. Tiene que estar completamente poseído para hacer esto en un lugar público.

—¡Ey! —les grita por encima de la música, alzando la voz con una mezcla de rabia y despecho. El trío gira la cabeza hacia nosotros, sorprendidos. Dorian me empuja con fuerza hacia Gabriel, quien me atrapa entre sus brazos y me envuelve contra su pecho, mientras clava la mirada en Dorian con puro veneno.

—¡Te la regalo! —escupe Dorian, las palabras brotan cargadas de desprecio—. Ya no me interesa. Fui su primero, y déjame decirte que fue un polvo desastroso. Ah, espera… —finge una expresión de inocente revelación—. No lo sabías, ¿verdad?

—¡Cállate, maldito! —brama Gabriel, estrechándome aún más fuerte contra su pecho, protector, temblando de furia contenida.

Cameron se adelanta de inmediato y lo empuja con ambas manos, golpeándole el pecho con fuerza.

—Será mejor que cierres esa maldita boca. ¡Estás hablando de mi hermana! ¿Lo entiendes? ¡Mi hermana! —grita, extendiendo los

brazos hacia los costados, señalando la discoteca donde la música se ha convertido en un murmullo lejano. La gente comienza a rodearnos, atraída por el escándalo—. Este sitio no es el lugar para tus legendarias escenas, Dorian.

—Solo quería dejar claro que tu hermana no es ninguna inocente —vocifera Dorian con una mueca cruel—. Mientras era novia de Dominic, se acostó conmigo. Y, muy seguramente, también con este —añade, señalando con desprecio a Gabriel—. Es un demonio vestida de virgen inmaculada, una loba con piel de oveja.

Cameron me lanza una mirada, como buscando una explicación. Entonces, me suelto de los brazos de Gabriel y doy un paso al frente.

Lo que Dorian piense o diga de mí, ya no tiene ningún tipo de poder. Es un hombre consumido por la amargura, el resentimiento y la necesidad patológica de herir. Lo único que le queda es su capacidad de hacer daño. Pero eso se acabó. Es hora de enfrentarlo, y si debo hacerlo con un puñado de desconocidos como testigos en medio de esta discoteca… que así sea. Es hora de poner a este despojo en su lugar.

Me adelanto y me planto frente a Dorian retadora. Me observa con desconcierto, como si no comprendiera qué está pasando

conmigo. Lo que no sabe es que la Tory sumisa, llorona y cargada de culpa ya no existe. Esa mujer quedó atrás. La que soy ahora está en plena construcción, y esta nueva versión de mí no teme enfrentar a quien la hirió.

—¿Y no vas a contar por qué lo hice? —lo desafío, con la mirada fija y la voz firme.

Una sonrisa malévola se curva en sus labios.

—Por perra —responde con ese tono suyo, venenoso, cruel, envuelto en burla.

La bofetada que le lanzo resuena antes de que mi mente la registre del todo. Su rostro se ladea por completo, pero sus ojos vuelven a buscarme, brillantes de sorpresa. Mi reacción lo ha dejado en *shock*, y aprovecho esa grieta en su arrogancia para liberar la verdad que aún no había confesado frente a Gabriel.

—Me pediste mi virginidad a cambio del riñón que le donaste a Dominic —digo con voz clara—. A tu gemelo. Al hombre que debiste ayudar simplemente porque era tu hermano… no porque quisieras algo a cambio.

El silencio que se hace en la discoteca es absoluto. La música ha cesado. Cada palabra ha sido escuchada.

Dorian parece recuperarse de la sorpresa inicial, irguiéndose un poco más con una mueca de desprecio.

—Eso solo demuestra la puta que eres —escupe—. Te vendiste. Me diste tu cuerpo por un favor.

No tengo tiempo de reaccionar antes de que Cameron y Gabriel se lancen hacia él, furiosos.

—¡No! —grita Cameron, extendiendo un brazo para frenar a Gabriel—. Esta pelea es mía. Es mi hermana. Es mi ajuste de cuentas. Y no quiero que este desgraciado se atreva a decir que somos unos «montoneros», por enfrentarnos a él juntos.

Gabriel se contiene a duras penas. Se hace a un lado con los puños apretados y el rostro crispado por la ira. Me abraza con fuerza contra su pecho, intentando no ceder al deseo de romperle la cara a Dorian.

Cameron y Dorian se enzarzan en una pelea brutal, a puño limpio. Mi hermano le grita todo lo que ha estado guardando: lo llama infame, ruin, un ser tóxico que solo destruye todo lo que toca.

Gabriel no me suelta. Me aferra con fuerza a su pecho, protegiéndome. A unos pasos de nosotros, Trizia y Julia se abrazan, sin poder apartar la vista de la escena. Detrás de ellas, reconozco a los cuatro guardaespaldas de Julia. Vestidos como civiles, podrían

parecer cualquier grupo de amigos en la discoteca… pero yo los vi esta misma mañana en el piso de la sala de juntas.

La pelea a puño limpio termina en el suelo de la discoteca. Rodando sobre él como dos bestias enloquecidas, pero es Cameron quien lleva la delantera. Dorian está ebrio y mi hermano, furioso. La seguridad de la discoteca irrumpe para separarlos. Aunque seamos los dueños del lugar, estas situaciones deben ser controladas, sin excepción.

Cameron se ve más que furioso. Sus ojos, de ese verde cristalino, relampaguean con ira contenida. El sudor le corre por las sienes, y un fino hilo de sangre desciende desde la comisura de sus labios. Aun así, luce devastadoramente imponente.

—Olvídate de tus sueños de ser el próximo CEO de Morris Enterprise —le escupe a Dorian, con voz grave y envenenada de desprecio—. En cuanto mi tío Joseph se entere de lo que le pediste a Tory para salvar a Dominic… te mandará, por fin, a la mierda — Dorian parpadea como si saliera de un trance. Parece empezar a comprender el peso de lo que ha hecho. Lo que yo he confesado hoy podría destruir por completo sus aspiraciones de liderazgo dentro de la empresa—. Y yo, que nunca quise ser CEO de Morris… esta vez lo

solicitaré, y lo haré con vehemencia. Y solo lo haré para darte en la cabeza, donde más te duele, Dorian.

Cameron gira hacia los dos miembros de seguridad que lo sujetan. Lo conocen. Saben quién es.

—Pueden soltarme. Me comportaré. Pero a este despojo humano… —dice, señalando con desprecio a Dorian— échenlo fuera de aquí.

—No puedes echarme —gruñe Dorian entre dientes, con sangre escurriendo por su boca—. Soy un Morris.

—Por desgracia —responde Cameron, con una mueca de asco —. Pero tienes razón. Nos vamos nosotros. Tú quédate, no queremos volver a verte.

Gabriel me suelta y se acerca a Dorian. Su mirada es tan feroz que parece capaz de incendiarlo con solo un parpadeo.

—Tú y yo arreglaremos cuentas… después.

—Fui su primero —dice Dorian con una sonrisa torcida, llena de veneno.

Gabriel se acerca aún más, tanto que sus palabras salen como un siseo directo al oído.

—No, Dorian. El primero fui yo. En todo —hace una pausa para que Dorian procese lo que le ha dicho—. Y, si un polvo resulta

lamentable, eso es culpa de un hombre que no sabe cómo dar placer a una mujer.

El rostro de Dorian se tensa. Su respiración se agita. La rabia contenida en su mirada lo delata. Pero está inmovilizado por los guardias, incapaz de lanzarse sobre Gabriel como, estoy segura, desearía.

Gabriel toma mi mano y comenzamos a salir de la discoteca, seguidos de cerca por Trizia.

Dorian lanza una mirada hacia Julia y esboza una mueca que intenta parecer una sonrisa.

—Puedo explicártelo… si me dejas.

—¡Julia! —le grita Cameron, extendiéndole la mano con determinación hacia ella—. Tal vez no sea un príncipe azul, pero créeme cuando te digo que tampoco soy el villano.

Julia contempla su mano extendida y la toma sin vacilar. Comenzamos a salir del lugar mientras Dorian, desde detrás, nos grita que nos volveremos a ver… y que todos nos arrepentiremos por haberlo despreciado.

Una vez fuera, escoltados por los guardaespaldas de Julia, y mientras Cameron se limpia la sangre de sus labios con una

servilleta, ella nos mira y una sonrisa divertida se dibuja en sus labios.

—Y yo que creía que las peleas familiares legendarias eran un privilegio exclusivo de los Blanch.

Cameron le pasa un brazo por los hombros y la estrecha contra él. Julia no pone objeción alguna. Se deja llevar.

—No tienes idea de las batallas campales que hemos tenido como familia —le responde él, divertido—. Y desde que llegó Gabriel, todo parece haberse magnificado.

Ella lo observa, le sonríe, y ambos echan a andar delante de nosotros, sumidos en una conversación animada. Escucho cómo Julia le relata historias de su infancia, de las peleas entre sus hermanos, de cómo ella se metía entre ellos para separarlos. Sus risas se funden con el sonido de la noche. Sus guardaespaldas caminan cerca de nosotros, en alerta permanente.

Gabriel me lleva abrazada por los hombros con firmeza contra él, mientras yo enrosco mis brazos en su cintura.

—¿Estás bien? —me susurra antes de depositar un beso suave sobre mi sien.

—Sí —respondo sin titubeos—. Mientras esté contigo, siempre estaré bien.

Nos miramos mientras seguimos caminando. El amor que Gabriel me transmite en su mirada, la intensidad con la que me envuelve sin decir palabra, me cosquillea en lo más profundo del alma.

—Eso era lo que tenías pendiente por contarme, ¿verdad?

—Sí, así es —asiento con sinceridad.

—Lo hubiese entendido... Eras una chiquilla, y él te manipuló.

—En aquel momento me sentí como lo que él me llamó: una cualquiera que vendió su cuerpo a cambio de algo.

—¿Y ahora? —pregunta, apretándome aún más contra él, como si pudiera protegerme del pasado.

—Ahora entiendo que no tenía la edad ni la claridad emocional para tomar una decisión coherente. Estaba rota por dentro, arrastrando traumas y culpas que me nublaban la razón. Cometí una estupidez… pero ya no me castigo por ello.

Gabriel se detiene un segundo, gira mi rostro hacia el suyo y, con una suavidad que me desarma, pronuncia:

—Te amo, Tory. Nada de lo que ha pasado cambia eso. Nada lo cambiará.

Lo miro y sé, sin lugar a dudas, que mis ojos son dos corazones latiendo por él.

—Eres el amor de mi vida —le susurro, completamente desnuda en emociones delante de él.

—Y tú, el mío —responde con esa convicción serena que solo él sabe tener.

Nos quedamos en silencio, envueltos en una burbuja donde solo existimos él y yo. El murmullo lejano de la ciudad y de la conversación de Cameron y Julia parece desvanecerse bajo nuestros pasos, y por primera vez en toda mi vida, siento que el pasado, por fin, deja de tener poder sobre mí.

Gabriel acaricia mi mejilla con la yema de sus dedos, como si buscara memorizarme. No dice nada más. No hace falta. Su silencio está cargado de promesas de amor y de pasión.

Cierro los ojos por un instante y respiro hondo. Estoy viva. Estoy aquí. Estoy siendo amada y amo con locura.

—Vamos a casa —susurra cerca de mis labios—. Donde podamos amarnos en cuerpo y alma, y que el único testigo de nuestro amor, seamos nosotros mismos.

Asiento. Porque donde este él, siempre estará mi hogar.

Y así, tomada de su mano, avanzo hacia el futuro… sin miedo.

Capítulo 34

Gabriel

La vida comenzó a alumbrar mi camino y el de Tory. La felicidad que sentía al amarla y al sentirme amado por ella me inundaba de tal manera, que decidimos marcharnos un tiempo para cumplir aquello que un día nos prometimos: conocernos mejor, vivir la vida, disfrutarnos, habitarnos, respirarnos.

Mi padre y mi madre (que llegó una semana después que él), se sorprendieron mucho cuando les anunciamos que nos iríamos durante tres o cuatro meses. Les expresamos nuestra necesidad de aislarnos de todo y de todos. A pesar de su sorpresa inicial, comprendieron nuestra decisión y nos despidieron con su bendición, deseándonos que disfrutáramos al máximo de nuestro tiempo juntos, porque consideraban que nos lo merecíamos.

Tory y yo viajamos sin rumbo fijo, dejándonos llevar solo por lo que nos apetecía. Estuvimos en Italia, Francia, Inglaterra, Turquía y las islas Maldivas. Finalmente, fuimos a mi tierra. Llegamos a Bogotá, Colombia, en diciembre; ella deseaba conocer mi país y algunas de las cosas de nuestra cultura que ya le había contado.

Estuvimos allí casi todo el mes, pero decidimos volver antes de Navidad.

Aquel viaje fue… maravilloso. Pudimos explorarnos en cuerpo, alma y espíritu. Si antes de partir sabíamos que nos amábamos, ahora sabemos que estamos locos el uno por el otro, y que no podríamos vivir sin la presencia del otro en nuestras vidas.

Durante nuestra limpieza espiritual, hablamos muchísimo de Dominic, de cuánto lo seguíamos amando incluso después de su muerte. Decidimos perdonarnos a nosotros mismos por haberle fallado, por haberlo traicionado al enamorarnos sin tener derecho a hacerlo, por no haber sido sinceros con él antes de que partiera al cielo.

En estos cuatro meses fuera, tanto Tory como yo estuvimos conectados por videollamadas con nuestros terapeutas. Antes de viajar, mis padres nos lo exigieron, pero la verdad es que nosotros ya sabíamos que no podríamos emprender este viaje sin su acompañamiento. Tory y yo somos muy conscientes de que arrastramos heridas profundas, situaciones arraigadas en el alma que, probablemente, nos perseguirán toda la vida. Por eso, sabemos que siempre necesitaremos guía y apoyo profesional.

Durante todos estos meses, supimos muy poco sobre Morris Enterprises. Entre las pocas cosas que nos llegaron, supimos que Cameron tuvo que viajar a España con Julia y... bueno, según me contó él mismo, la cosa entre ellos está que arde. La aparición de esa rubia platinada ha sido un verdadero caos en su vida. Ha puesto su mundo emocional patas arriba. Está claro que Julia no es como ninguna de las otras chicas que ha conocido, aunque el muy cretino aún no se ha dado cuenta de que está completamente enloquecido por ella.

En cuanto a Dorian, cuando mi padre se enteró de lo que ese canalla le había pedido a Tory para salvar la vida de Dominic, fue la gota que colmó el vaso. Decidió, de forma definitiva, quitarle cualquier posibilidad de heredar la dirección de Morris Enterprises. Mi padre le comunicó a Dorian que no sería el próximo CEO. La junta directiva y los accionistas mayoritarios habían votado, y, casi por unanimidad, eligieron a Cameron Morris como el nuevo director ejecutivo. Por supuesto, Cameron aceptó.

Tal como lo había vaticinado, se vengó de Dorian. Le quitó lo que más deseaba y ambicionaba: convertirse en el CEO de Morris Enterprises. Fue su forma de cobrarle lo que ese miserable le hizo a su hermana. Aunque yo… yo siento que aún tengo asuntos

pendientes con Dorian. Son demasiadas las cosas terribles que ha hecho. No quiero que siga caminando por la vida como si nada, sin consecuencias, como si todo le saliera gratis.

Llegamos a Nueva York una semana antes de Navidad, y por supuesto, del cumpleaños de Tory que es para estas mismas fechas. El recibimiento fue… increíble. Toda nuestra familia nos esperaba con los brazos abiertos.

—Por favor —dice Cameron, recostado en uno de los sofás del salón del piso de Trizia y Tory—, dime que hicieron algo más que follar.

Todos se ríen. Incluso Julia está presente en esta reunión. Cameron la invitó a pasar las navidades con nosotros. Según él, le costó muchísimo convencerla, pero Julia está sola en el mundo; no puede pasar estas fechas con su familia, igual que yo no puedo hacerlo con Camila. Y por supuesto, estamos todos… excepto el paria de Dorian.

Mi madre está sentada junto a Joseph; Cameron, al lado de Julia. Aunque no se toman de las manos ni se abrazan, sé que entre ellos ha pasado algo importante. Siguen en ese juego de tensiones, de tira y afloja. También está Trizia, que… por algún extraño motivo,

tiene los ojos un poco tristes. Y por supuesto, estamos nosotros, Tory y yo, con sonrisas que parecen cosidas a nuestros labios.

—Por supuesto que sí —respondo entre risas, mientras un adorable rubor se instala en las mejillas de Tory—. Hicimos muchísimas cosas, pero hay una que queremos compartir con vosotros: le propuse matrimonio a Tory en París… y me dijo que sí.

Todos se quedan en silencio por un instante, como si no hubieran procesado bien la noticia. Luego se levantan entre gritos de emoción para felicitarnos, abrazarnos, besarnos y mirar el anillo de compromiso de Tory.

—¿Para cuándo, hijo? —pregunta mi madre con los ojos llenos de lágrimas, mientras me toma el rostro entre sus manos.

—Yo quería que fuera ya —confieso con una sonrisa—, pero Tory me ha dicho que somos Morris, que tenemos que cumplir con cierta etiqueta y protocolo, bla, bla, bla... Así que será en junio, al comenzar el verano. Queremos casarnos en las islas Maldivas; quedamos enamorados de ese lugar.

—Sí, nos encantó —confirma Tory, radiante de luz y felicidad—. Fue uno de los lugares donde más tiempo pasamos.

—Exactamente —confirmo mirándola como un tonto enamorado—. No queríamos marcharnos de Maldivas; es

verdaderamente un paraíso. Y yo quiero complacerla —añado, acercándome a ella para darle un beso suave y tierno en los labios.

Todos nos observan con admiración. Brota de nuestros poros el amor, la felicidad que nos envuelve y nos une cada día más.

—Parece que no les alcanzaron los cuatro meses para hacerse todos los arrumacos —protesta Cameron con su sonrisa lobuna.

—No nos alcanzará la vida entera, hermano —le respondo mientras aprieto a Tory aún más contra mi pecho—. Nos amamos.

—De eso nadie tiene la menor duda en este lugar —confirma Julia, embelesada.

—Hijo —dice mi padre, visiblemente conmovido—, Livi y yo estamos tan felices de poder ver con nuestros propios ojos cuánto se aman, la inmensa felicidad que los rodea. Lo que necesiten, solo tienen que decírnoslo.

—Claro que sí, papá —respondo mientras él y yo nos fundimos en un abrazo. Con el tiempo y la paz que habita en mi alma, se me está haciendo cada vez más fácil llamarle así: «papá».

Él sonríe, y ese ligero gesto de sorpresa por oírme decirle padre sigue asomando en su rostro. Sé que le complace, y yo... yo he dejado de odiarlo, de resentir. Ahora soy un hombre feliz, con un futuro glorioso al lado de la mujer que cambió mi vida por completo.

***

Desde que volvimos del viaje, Tory y yo decidimos vivir juntos en el apartamento de Cameron en Park Avenue. Sin embargo, tres días después de nuestro regreso, me encuentro ingresando al piso que Cameron tiene en la Morris Tower, por petición de mi padre.

—Papá, no te estoy entendiendo.

—Por favor, Gael, te repito: quédate ahí. Va a llegar alguien que quiere hablar contigo. Y quiero pedirte que hables con sinceridad, con la verdad. Escúchalo primero, y luego le cuentas tu verdad. Yo no le he dicho nada porque no me correspondía hacerlo.

—Estás siendo muy críptico, no entiendo nada.

—Por favor, hijo, quédate donde estás. Escúchalo primero... y luego habla tú, con la verdad.

—Papá… —me quedo mirando el móvil con gesto de incredulidad. Mi padre acaba de cortar la llamada—. Pero… ¿qué diablos?

Aún estoy mirando la pantalla cuando oigo llegar el ascensor. Las puertas se abren, y de él sale Dorian. No doy crédito. ¿De verdad nuestro padre cree que puede haber algún tipo de reconciliación entre nosotros? No la hay. Punto.

—¿Qué estás haciendo aquí? —lo taladro con la mirada, pero él sigue avanzando hacia mí con el rostro inclinado, la vista fija en el parqué—. Ah, ya sé... tú y yo tenemos asuntos pendientes, pero este no es el lugar para saldar cuentas. Tus pedazos quedarían esparcidos, y no quiero ensuciar el piso de Cameron.

Dorian levanta la vista... y siento un golpe seco en el pecho. No son sus ojos suspicaces y envenenados, los que siempre conocí. No. Estos ojos están llenos de amor. De calidez. Son los ojos que tenía Dominic.

—Gael —dice con una suavidad que me desarma, con ese tono de voz que jamás podría olvidar. Es la voz de mi hermano Dominic. La del hermano que me amó. La del que yo también amé.

Me tambaleo. No puede ser. No puede ser.

—Soy yo, Dominic. Estoy vivo.

Retrocedo dos pasos y siento que me voy a desmayar. Estoy viendo un fantasma. O estoy soñando. Sí... eso tiene que ser. Estoy atrapado en un sueño del que no me he dado cuenta aún. El sentimiento de culpa por haberme enamorado de su chica, esa culpabilidad que creí haber superado, ha vuelto. Me está jugando una mala pasada. Lo más probable es que esté soñando. Dominic murió. Lo enterramos. Lo lloramos. Lo superamos.

Apoyo la mano en el sofá para no caerme. Empiezo a ver puntos negros.

—Gael, cálmate —me dice suavemente, acercándose más a mí al notar lo inestable que estoy, aferrado al sofá del salón—. Te lo explicaré todo. Voy a prepararte una infusión para que te tranquilices.

Una sonrisa cálida, dulce y llena de ternura se despliega en su rostro. Es él. Definitivamente, es él. Estoy seguro de que Dorian jamás, jamás de los jamases podría imitar algo tan genuino y real como la sonrisa... y la mirada de Dominic.

Estoy mudo. Pasmado. Mientras el hombre que dice ser Dominic sale corriendo hacia la cocina, yo apenas logro mantenerme en pie. Respiro con dificultad y hago un esfuerzo sobrehumano para controlar mi respiración, porque si no, me desplomaré.

Sigo concentrado en respirar, en estabilizarme, cuando la realidad me golpea con una fuerza devastadora: esto es real. No estoy soñando. Y, definitivamente, él no es un fantasma.

Es Dominic. ¡Es Dominic!

Pese a haber logrado contener a duras penas mi respiración, lo observo, completamente en *shock*, mientras trastea con la tetera y

unas bolsas de té. Sus gestos me resultan tan familiares… y, al mismo tiempo, tan ajenos.

Mientras se acerca nuevamente a mí, se mueve con una calma inusual. Sus movimientos son suaves, pausados, medidos. Nada bruscos. Sabe que estoy al borde de perder la razón.

—La de manzanilla es la mejor para estos casos —me dice, tendiéndome la bebida como si fuera una rama de olivo.

Pero no puedo. No soy capaz de cogerla. Si me suelto del sofá, me caeré.

Tengo una maraña de sentimientos enredada en el pecho. Estoy tratando de canalizar la alegría y la emoción que comienzan a emerger al ver a mi hermano amado, vivo… pero, al mismo tiempo, no puedo evitar pensar en Tory. Y en lo que esto podría significar para ella… para nosotros.

—¿Cómo es…? No entiendo —las palabras se me atropellan unas con otras.

—Tengo mucho que contarte, hermano. Tómala, te ayudará a calmarte —vuelve a extenderme la infusión—. Te ves muy pálido y asustado. Te prometo que no soy un fantasma —me dice con una sonrisa cálida, que ya no está agrietada. Me tiende unas manos que ya no son huesudas. Se parece mucho, muchísimo, a Dorian.

Estiro las manos y agarro la taza. Nuestras pieles se tocan, y una emoción palpitante y urgente me explota en el pecho. Tiemblo tanto que se me derrama un poco de la bebida sobre la camiseta de Dominic. A toda velocidad, dejo la taza en una mesa auxiliar y lo abrazo con fuerza, con desesperación. Abrazo al hermano que una vez me salvó la vida. Al que amé y que también me amó. Al hermano al que traicioné, arrebatándole el amor de su vida… aunque él todavía no lo sepa.

Sus brazos también me rodean, y ambos gemimos. Sé que está llorando. Yo estoy haciendo todo lo posible por contenerme, pero es imposible. Lo aprieto aún más contra mí y un sollozo desgarrado se escapa de mi garganta.

Está vivo… No sé cómo, pero está vivo. Y eso, eso es lo más importante de todo.

Lo separo de mí y siento cómo las lágrimas siguen deslizándose por mis mejillas. Lo miro de frente, y él está en una situación similar a la mía: sus ojos están rojos por el llanto, su rostro húmedo.

—No puedo creer que estés vivo. Te estoy tocando, te estoy viendo… y aún así no consigo creérmelo.

—Yo tampoco. En realidad… estuve muerto. Luego en coma. Pero al final, me recuperé. Te lo contaré todo, lo prometo. Pero primero… primero necesito preguntarte algo que me tiene el alma en vilo.

Un escalofrío me recorre la espalda. Estoy absolutamente seguro de que su pregunta tiene que ver con Tory.

—Nuestro padre me ha dicho que Tory está muy enamorada y que pronto se casará —sus ojos se ven atribulados al pronunciar esas palabras. «Se casará». Maldición—. Lo único que quiero saber es si ella es feliz.

Dios mío… Mi padre lo sabe. Su ausencia durante todos estos meses… y mi madre… ella también debe saberlo. Me siento tan traicionado por mis progenitores. Todas las piezas comienzan a encajar: por eso mi padre insistió en que dejara hablar primero a Dominic, y luego le contara yo la verdad. No le ha dicho que «yo» soy el hombre con el que Tory va a casarse. Dijo que «no le correspondía a él decirlo», y en eso tiene razón. Esa noticia me corresponde a mí. Debo dársela yo. Pero no tengo ni la más remota idea de cómo voy a hacerlo.

¿Cómo se le dice a un hermano que acaba de resucitar que (porque eso es lo que ha hecho, resucitar), aunque estoy

inmensamente feliz de tenerlo de nuevo frente a mí… le arrebaté al amor de su vida mucho antes de que muriera?

Maldito sea quien dice ser mi padre. Ya llegará el momento de saldar cuentas con él… y con mi madre. ¿Cómo pudieron ocultarnos algo así? Nos vieron llorar. Nos vieron rompernos por la muerte de Dominic como si nos hubieran arrancado el alma. ¿Y no nos dijeron nada?

Que Dominic esté vivo es un milagro. Un sueño hecho realidad. Pero lo que su regreso implica para la vida de Tory… y la mía… No quiero ni pensar en que este milagro pueda convertirse en una pesadilla.

Decido responderle. Con la verdad.

—Sí, lo es. Y mucho —añado con firmeza, porque sé que ella me ama. Y es inmensamente feliz conmigo.

Dominic cierra los ojos, y la tristeza parece envolverlo como un velo. Yo tomo un sorbo de la infusión, intentando tragar el amargo nudo que me oprime la garganta. Verlo sufrir por mi culpa... me agobia enormemente.

—Eso es lo que más quiero para ella —susurra con dolor, pero sé que es sincero hasta la médula—, aunque no sea conmigo.

Este es Dominic. Y por eso… mi traición hacia él es todavía más dolorosa. Sé que no peleará. No luchará por ella si sabe que es feliz.

—¿Asumo entonces que no vas a intentar recuperarla?

Pese a saber lo noble que es y su muy probable respuesta, mi corazón tiembla en el pecho, se sacude esperando su respuesta. No sabría cómo competir con mi hermano por el amor de Tory. Los amo a ambos.

—No quiero afectarla. La amé... y la sigo amando. Pero si ella ya es feliz, no me interpondré en su camino. En mi carta póstuma, le pedí que, si no sobrevivía a la cirugía, fuera feliz… que buscara al amor de su vida. No quiero, de ningún modo, afectar su salud mental. Ni hacerla sentir culpable otra vez.

—Estuvo internada casi un año. No te imaginas lo bien que se encuentra ahora.

Dominic sonríe con dulzura.

—Lo sé, nuestro padre me lo contó. También me habló de lo estable que está… sin mí. Yo no he vuelto para lastimarla, solo necesitaba saber si ella es feliz. Él me dijo que sí. Pero quería oírlo de ti, eres mi hermano y sabías lo importante que Tory era, y aún es, para mí.

Sí. Lo sabía. Aún lo sé. Y tengo que decírselo. Tengo que decirle que ese hombre... soy «yo». Empiezo a marearme otra vez.

—Me siento muy abrumado —gimo, sintiéndome inmensamente cansado—. Todo esto es muy confuso. Tengo demasiadas preguntas…

Me tambaleo y, sin querer, derramo otro poco de infusión sobre su camiseta.

—Lo siento… te estoy dejando todo empapado.

El agua aún está caliente, y Dominic se quita la camiseta por la cabeza. Entonces veo sus cicatrices, las huellas de las cirugías. También veo su cuerpo, muy recuperado: Se ve firme, fuerte… incluso musculado. Está tan bien que, al entrar en el piso, lo confundí con su gemelo. Con Dorian.

—Te ves muy bien, hermano —le digo, sonriendo mientras apoyo una mano en su hombro.

La felicidad que siento al verlo con vida combate a muerte con el terror que me produce pensar en lo que esto podría significar para Tory… para nuestra relación.

—No quise regresar hasta saber que no recaería en ninguna enfermedad. Supe hace muchos meses que Tory estaba en una relación, pero decidí no volver hasta estar completamente

recuperado. No quería que quedaran dudas sobre mi estado de salud. Total, ya todos me daban por muerto… y no iba a hacerles pasar por lo mismo una segunda vez si no lograba sanar.

—¿Y lo estás? —pregunto, con la esperanza genuina de que, al fin, esté sano.

—Sí —una gran sonrisa de felicidad que lo hace resplandecer se dibuja en su rostro. Nunca lo había visto sonreír así—. Nunca me había sentido tan bien. Es la primera vez en mi vida que me siento completamente sano. Recuperado.

Mira entre sus manos su camiseta manchada, la humedad está extendiéndose por toda la tela.

—Préstame una camiseta. Tengo mucho que contarte… y sé que tú también tienes muchas preguntas.

—Sí, muchísimas. Pero primero cámbiate. Cameron guarda algunas camisetas en el baño.

—Ya vuelvo. Te lo explicaré todo.

Dominic se dirige al baño con una agilidad y fortaleza que jamás le había visto. Si no fuera por las cicatrices en su cuerpo, nadie imaginaría que alguna vez estuvo enfermo.

El regreso de Dominic me está sobrepasando. Todavía no le he dicho que «yo» soy el amor de la vida de Tory. Que es «conmigo»

con quien ella se va a casar. Estoy atrapado en un tsunami de emociones contradictorias: Estoy feliz y angustiado. Agradecido… y paralizado.

Escucho el ascensor detenerse, seguramente es Cameron. Mi padre debió contarle sobre la «resurrección» de Dominic. Dejo el vaso en la mesilla auxiliar, pero enseguida mi nariz percibe un embriagador olor a jazmín y oigo unos tacones corriendo hacia mí. Un escalofrío me recorre la columna vertebral al verla: Es Tory, ella corre a mi encuentro.

—¡Gabriel! ¡Gabriel! —grita con una sonrisa de felicidad y los ojos llenos de brillo.

¿Ya se enteró?, se lanza sobre mí y la atrapo entre mis brazos. Hoy lleva pantalones de oficina y me rodea la cintura con sus piernas mientras me mira con adoración. Voy a hablar, pero no me deja. Rodea mi cuello con los brazos, temblorosa, emocionada.

—Mi amor… amor… algo maravilloso me está pasando… nos está pasando.

—Sí, así es —asiento, aunque no estoy del todo seguro de que hablemos de lo mismo—. ¿Qué ocurre? —pregunto, lanzando una mirada rápida hacia el baño donde está Dominic.

Tengo que sacarla de aquí. ¿O será mejor que se quede? Tory ha estado muy estable, pero no sé si la aparición repentina de Dominic, de esta forma tan brusca, sea buena para ella. Yo mismo sigo en *shock*.

—Estoy embarazada —gime, con los ojos empañados y una felicidad palpable vibrando en su voz—. Estamos embarazados.

Abro la boca, pero las palabras no salen.

Desde que comenzamos nuestra vida sexual, nunca nos hemos cuidado. Habíamos olvidado, incluso, que esto podía suceder. Y, sin embargo, ha sucedido.

Ella pega sus labios a los míos y, como siempre que nos besamos, la atraigo aún más contra mí. Dejo en ese beso mi alma, mi corazón. Todo lo que soy y lo que siento por ella se refleja en la presión protectora de mis brazos, en la calidez de mis manos sobre su cuerpo.

—¿Tory? —una voz cargada de inseguridad y sorpresa llega desde el baño. ¡Mierda!

Ella aparta lentamente su rostro del mío mientras baja las piernas. Yo la ayudo a incorporarse. Respiro hondo y miro a Dominic, que nos observa a ambos. Y sus ojos… Maldición, se llenan de lágrimas.

—¿Qué haces aquí, Dorian? —pregunta ella, luego me mira—. ¿No me digas que estáis peleando?

—No, Tory. Amor… necesito que me escuches —no sé cómo va a terminar esto. Debí sacarla de aquí. No debí distraerme con el beso.

Dominic da un paso al frente. Su voz es suave, tranquila.

—Tory, por favor, tranquila. No pasa nada. Estoy bien con esto.

Veo el momento exacto en que Tory comprende. Comprende que este hombre no es Dorian… Es Dominic. Empieza a respirar con dificultad. Se aferra a mí como si su vida dependiera de ello.

—No puede ser… no puede ser… Estoy soñando… Yo…

Se tambalea. Se desploma sobre mi pecho, y su cuerpo comienza a temblar.

—¡No! —grita, mirándome con los ojos desbordados de desesperación—. ¡Noooooooo! —grita de nuevo, con un alarido desgarrador, y vuelve a sacudirse antes de perder el conocimiento entre mis brazos.

—Tory… mi amor —la sostengo con fuerza y la levanto en brazos, corriendo hacia el ascensor mientras Dominic golpea con desesperación el panel de control para llamarlo.

Ambos nos miramos mientras entramos al ascensor. La angustia y la preocupación por Tory nos inundan.

—Debiste decírmelo cuando te lo pregunté —me reprocha Dominic.

—Estaba en *shock*… aún lo estoy —respondo, mirando al amor de mi vida, inconsciente, apoyada en mi pecho.

—Dios mío… —susurro después de depositar un beso suave y tierno en su frente—. Espero que esto no le haga perder al bebé.

—¡¿Qué?! —balbucea Dominic, visiblemente aterrado.

—Acaba de decírmelo. Está embarazada.

—Dios del cielo… —Dominic se lleva las manos a la cara, luego al cabello. No sabe dónde meterse.

—No quería que ella me viera sin estar preparada. No así. Quería verte primero a ti… que me contaras quién era el hombre del que estaba enamorada. No he vuelto para interferir en su vida si ya ha tomado un rumbo. Y está claro que lo ha hecho.

Me observa, y no sé si lo que hay en su mirada es decepción… o simplemente dolor.

—Dominic, sé que tenemos que hablar de esto, y de un montón de cosas más, pero no es el momento. Necesitamos llevarla

al hospital, en este momento no puedo pensar en otra cosa que no sea el bienestar de Tory.

—Sí… totalmente de acuerdo —responde Dominic con firmeza.

Capítulo 35

Gabriel

—¿Qué parte de que Tory debía recibir la noticia de tu regreso preparada y acompañada de sus terapeutas no te quedó clara, Dominic?

El doctor Mitchell está de pie en la sala de espera privada de los Morris, en el hospital, y mira a Dominic con una severidad que nunca antes le había visto.

—Así iba a ser. Fue una desgraciada casualidad que ella apareciera en el piso de Cameron. Se suponía que estaba en su despacho.

—No, no lo estaba —asevera el doctor Mitchell—. Estaba aquí, recibiendo la confirmación de su embarazo.

—Yo no quería esto… Quería que mi regreso ocurriera en un ambiente controlado y seguro para ella. Lo siento —Dominic parece tan angustiado como yo.

El doctor Mitchell respira hondo. Es el médico de la familia desde siempre, por lo tanto, conoce todos los esqueletos del armario

de los Morris. Y por ese mismo motivo y a pesar de todo, nos aprecia y nos quiere a todos.

—Como les dije hace un momento, en cuanto a la salud física de Tory, ella se encuentra bien. Y el bebé también —me mira directamente cuando menciona al bebé—. En cuanto a su salud mental, los terapeutas nos darán información en cuanto despierte.

Suelto el aire contenido y paso las manos por mis rizos, que ya son un desorden monumental.

—Gracias, doctor Mitchell.

Él asiente con un leve gesto y se aleja de nosotros, mientras la desesperación comienza a apoderarse de mí.

—Esto no puede estar pasando… Ella estaba tan bien.

Dominic me observa. Tiene el rostro desolado.

—Me siento muy culpable, y no tengo palabras para pedirte… disculpas. Reconozco que fue una imprudencia de mi parte haberte buscado en la Morris Tower.

—Sí, fue una imprudencia —no puedo evitar decirlo, con cierto reproche—. No me malinterpretes, hermano… Saber que estás vivo y sano me hace feliz, de verdad. Estoy muy feliz de verte. Pero la forma en que ella se enteró de tu regreso, tal como dijo el doctor Mitchell, pudo haberse manejado mucho mejor, conoces de sobra lo

frágil que es la salud mental de Tory. No tengo idea de cómo esto puede afectarla… a ella, y al bebé.

Mi voz suena desesperada. Cierro los ojos con fuerza y me cubro el rostro con ambas manos. Dominic me toma por los bíceps, firme, para obligarme a mirarlo a los ojos.

—Haré y diré lo que sea necesario para que ella… y mi sobrino… estén bien.

Me alejo un poco de él, doy un paso atrás y lo vuelvo a mirar de frente.

—Esto es una locura, Dominic. Todos te creíamos muerto. Tú mismo viste cómo me afectó volver a verte. Si me afectó de esta manera a mí, que me considero mucho más fuerte que ella… no quiero ni imaginar el retroceso que esto pueda causar en su proceso de rehabilitación mental.

Dominic se acerca con calma. Sabe que estoy al borde de perder el control, que podría empezar a gritar en cualquier momento, de puro desespero.

—Ya que estamos solos y nadie nos va a interrumpir… sentémonos, Gael. Hablemos. Sé que tienes muchas preguntas. Y, ya que debemos esperar a que Tory despierte y hable con sus terapeutas, puedo contarte lo que ha pasado conmigo.

Asiento. Estoy profundamente preocupado por Tory y nuestro bebé… pero también necesito saber. Necesito entender qué ocurrió. Cómo es posible que Dominic esté vivo cuando todos lo creíamos muerto. Bueno… decir que «todos lo creíamos muerto» es solo una forma de hablar. Mis padres sabían que él seguía con vida.

Nos sentamos en los cómodos sofás de la sala de espera privada. Intento recapitular, ordenar mis ideas, organizar la maraña de sentimientos que chocan entre sí dentro de mí. Siento que la cabeza va a estallarme. No sé ni por dónde empezar a hablar.

—Te vi morir —es lo primero que sale de mi boca, en un susurro doloroso y casi inaudible. Dominic se sienta en una de las butacas frente a mí, con una mezcla de cariño y tristeza en la mirada. Recordar aquel momento vuelve a estrujarme el pecho.

—Vi cómo la vida se te escapaba del pecho… y de los ojos. Te dieron por muerto. Todos salimos de allí destrozados, en especial Tory. Aún no entiendo. ¿Cómo es posible que te hayan hecho pasar por muerto? No hay derecho, Dominic. Estábamos rotos.

—Estoy de acuerdo contigo. No hay derecho. Yo no tuve voz ni voto, literalmente estaba muerto. Otros tomaron decisiones por mí. Lo hizo nuestro padre… y Livi lo apoyó.

—No puedo creer que Joseph me esté dando un nuevo motivo para despreciarlo.

—No lo hizo con mala intención —lo justifica Dominic, como siempre—. Ni nuestro padre ni Livi actuaron con el deseo de hacer daño. Al contrario… intentaban evitar más dolor.

—¡Explícate! —aprieto los dientes, tratando de contener la ira voraz que amenaza con incendiarme por dentro. Las mentiras de mis padres me están consumiendo.

Dominic empieza a contarme una historia completamente enrevesada. No puedo ocultar el asombro, ni el horror, ante lo que va revelando. Y, aun así, insiste con vehemencia: que mis padres lo hicieron con buena intención. Pero para mí, lo que hizo Joseph solo puede maquinarlo una mente completamente perturbada.

Nunca debió, bajo ningún concepto, escondernos que Dominic seguía con vida. Y lo peor (lo que más me quema por dentro), es que mi madre lo secundó. Eso… eso me hace hervir la sangre.

Dominic me cuenta que estuvo clínicamente muerto durante casi veinte minutos. Que el doctor Mitchell, pese a la instrucción explícita que él mismo había dejado por escrito (donde manifestaba que no quería ser reanimado ni sometido a procedimientos que lo dejaran en coma), decidió ignorarla por orden directa de nuestro

padre. El doctor se saltó todas aquellas instrucciones. Lo reanimó incansablemente hasta que su corazón volvió a latir… aunque lo hizo de forma débil, dejándolo en coma.

Nuestro padre tomó entonces una decisión radical: trasladarlo a un hospital privado muy reconocido en Houston, especializado en pacientes en coma. Como su estado era tan delicado, decidió mantenerlo en secreto y hacerlo pasar por muerto ante la mayor parte de nuestra familia.

Recordé entonces que, en efecto, nunca se informó a través de los medios sobre su fallecimiento. Nunca vimos su cadáver en un ataúd, porque el deseo de Dominic era ser incinerado. En el supuesto sepelio, en la cripta familiar, solo estuvimos nosotros. Así que mantener la fachada fue fácil.

Para nosotros, la familia cercana, Dominic estaba muerto. Pero legalmente… nunca murió.

Mi hermano me cuenta que despertó dos meses después de haber entrado en coma. Lo hizo muy débil, pero poco a poco, con el paso de los días, comenzó a recuperarse. Cuando nuestro padre lo vio algo más estable, le informó que toda la familia lo creía muerto. Le confesó que había decidido continuar con la farsa de su muerte

porque estaba casi seguro de que no llegaría a recuperarse. No quería que todos volviéramos a pasar por lo mismo… otra vez.

Dominic decidió entonces seguir «muerto» para nosotros hasta tener la certeza de que lograría recuperarse de verdad. Me contó que, al mes de despertar del coma, comenzó la terapia física y un seguimiento médico exhaustivo, centrado especialmente en los resultados del trasplante de médula.

Su recuperación total tras el trasplante llevó casi seis meses, y ahora su salud es óptima. Debe seguir tomando una serie de medicamentos por todos los trasplantes que ha tenido a lo largo de su vida (riñón, hígado y médula), pero los médicos le han asegurado que este es el mejor momento de su salud: se encuentra completamente estable y saludable.

—No quise regresar hasta estar completamente seguro de que no volvería a recaer en ninguna otra enfermedad. Desde que desperté, no he vuelto a enfermar. He ido de menos a más… y ahora me siento con una salud física que no recuerdo haber tenido en toda mi vida.

Sus ojos son suplicantes, me pide que tenga compasión con mis padres, sabe que estoy muy enojado con ellos.

—Mi padre solo ocultó que yo estaba vivo porque ya me habían llorado. Tory estaba en rehabilitación, y todos intentaban seguir con sus vidas. Yo no quería aparecer solo para volver a enfermar… y quizá, en una recaída, morir otra vez. No quería que todos volvieran a pasar por lo mismo.

—No apruebo la manera en que mis padres manejaron esta situación —respondo con sinceridad—, pero estoy muy feliz de que estés bien, y recuperado. No creas, ni por un momento, que por mi relación con Tory… no me alegra verte.

—Lo mismo te digo, hermano —dice, con una pequeña sonrisa dibujándose en su rostro—. No puedo reprocharte que me hayas hecho caso… después de todo, «me hiciste caso».

Lo miro, sin entender.

—¿A qué te refieres?

—La carta, la carta póstuma que te dejé —sus ojos se posan en mí con una mezcla extraña de ternura y expectativa—. Te pedía que evaluaras la posibilidad de acercarte a Tory más allá de la amistad. Te pedía que lo intentaras. Te decía que, si ustedes llegaban a enamorarse, eso me haría muy feliz, porque los amo a los dos, Gabriel. No puedo culparte por algo que yo mismo te pedí. ¿No leíste mi carta póstuma?

No… Nunca la leí. Tenía miedo de su contenido.

El sentimiento de culpa por mi traición se dobla y se retuerce dentro de mí. Ya no puedo callarme más.

—Tengo algo que confesarte, hermano.

Estamos sentados en los sofás cómodos de la sala de espera, mirándonos frente a frente. Solo nos separa la mesa de café. Me levanto y me siento sobre ella, para quedar más cerca. Nuestras rodillas se rozan.

—Me sentí atraído por Tory el mismo día que la conocí… en el ascensor. Y ella también sintió lo mismo por mí, aunque se lo negó a sí misma muchas veces… por ti.

Los ojos de Dominic se abren de par en par. Jadea levemente, pero no dice nada.

—Ella y yo… lo intentamos, te lo juro, hermano. Intentamos apagar esa atracción que crecía entre nosotros cada día. Pero no pudimos.

Desvío la mirada hacia mis manos. No soy capaz de seguir mirándolo a los ojos.

—¿Ustedes… empezaron algo antes de que yo…? —deja la pregunta sin terminar en el aire. Sé perfectamente lo que está preguntando.

Cierro los ojos con fuerza. No sé cómo encontrar las palabras para confesarle esto a mi hermano.

—No me acosté con ella. No tuvimos relaciones sexuales, si eso es lo que quieres saber —digo, aunque sé que no es del todo cierto. Rectifico de inmediato, tratando de ser valiente, de enfrentar mi vergüenza mirándolo a los ojos—: Pero sí hubo… varios acercamientos bastante íntimos, que nos hicieron sentir muy mal, muy culpables. Y, aun así, no sabíamos cómo detenerlo. Así que tomamos una decisión.

—¿Cuál? —pregunta Dominic con suavidad, su voz es apenas audible.

En su mirada no hay reproche. No hay rabia. Solo una inmensa tristeza… y decepción.

—Que en cuanto te recuperaras… te lo contaríamos todo. Pero queríamos esperar a que estuvieras más fuerte.

—Hubiese preferido la verdad por encima de todo —dice con serenidad—. Me conoces. Ambos me conocen. Siempre he preferido la verdad, por dura que sea.

Hay un fuego en sus ojos que no conocía. Que no le hayamos hablado con la verdad le duele muchísimo más que el hecho de que nos hayamos involucrado.

—Estabas muy enfermo. Muy débil. Y ella era tu ancla… me lo dijiste más de una vez. No podíamos arriesgarnos a que lo nuestro te derrumbara… o te llevara a la tumba.

Dominic se pasa las manos por los ojos y suspira profundamente. Se le ve agotado. Yo debo verme igual. Esta conversación nos está drenando.

—¿Nuestro padre te contó por qué tuve un infarto?

—Sí. Supe que ese día Dorian te contó, a su manera, que él y Tory tenían algo. Y hace poco… me enteré de la verdad: que ese malnacido en realidad le pidió a Tory su virginidad a cambio de su riñón para ti. Y ella… aceptó.

Los ojos de Dominic se llenan de lágrimas.

—Aquel día, él me dijo que Tory era su amante. Que siempre había sido suya y que ya no aguantaba más la farsa. Que yo tenía que aceptar, de una vez por todas, que Tory le pertenecía. Eso me provocó el infarto.

Me observa un momento, reflexivo.

—Después de todo… parece que tenías razón al no contarme lo tuyo con Tory. Tal vez, en ese momento… no lo habría soportado.

Se recuesta en el respaldo de la butaca, como si el peso de sus pensamientos superara la fuerza de su cuerpo. Y entonces… lo veo.

Veo una llama ardiendo en las profundidades de sus ojos azules. Hay rabia, dolor. Nunca antes había visto esa mirada en mi hermano Dominic.

Pero no es para menos. No puedo culparlo. Sus hermanos le han fallado. Tanto Dorian como yo lo hemos traicionado… y de la peor manera: con la mujer que él ama.

Traga saliva con dificultad y vuelve a hablar.

—Hace unos meses… mi padre me contó la verdadera razón por la que Tory hizo lo que hizo con Dorian. En ese momento… lo odié. Odié a mi gemelo.

—No puedo creer que tú seas capaz de odiar a alguien —digo, completamente perplejo.

Dominic me mira con una intensidad felina. Sus ojos me traspasan.

Dios mío…

—Cualquier persona que le haga daño a Tory… creo que puede convertirse en el objeto de mi odio.

—Jamás le haré daño. La amo. La amo con locura. Me voy a casar con ella… va a darme un hijo —mi voz se quiebra al final.

Ni siquiera he podido disfrutar del hecho de que vamos a ser padres.

Me tapo el rostro con ambas manos. Estoy abrumado. Desesperado. Cansado. Acabado.

Mi hermano toma mis manos suavemente y me las baja. Ambos tenemos los ojos brillantes por las lágrimas contenidas.

Comienza a hablar con la voz rota, dolida, profunda.

—Hace más o menos un año, mi padre me dijo que Tory se sentía atraída por alguien. Como en ese tiempo ella estaba internada, asumí que era alguien del centro de rehabilitación. Después, cuando salió de rehabilitación, él me dijo que estaba muy feliz… que estaba realmente enamorada. Hace poco, me confesó que el hombre al que ella amaba le había propuesto matrimonio… y que ella había aceptado. No voy a mentirte: me dolió, y mucho. Pero la amo lo suficiente como para dejarla ir… y permitirle ser feliz con el hombre que eligió para pasar el resto de su vida.

—Perdóname —le digo con la voz estrangulada, mientras dos lágrimas resbalan por mis mejillas—. Por traicionarte. Por amar a la mujer que tú amabas. Siento… que fui muy egoísta contigo. Que, pudiendo amar a cualquier otra, buscar a cualquier otra… no conseguí alejarme de Tory. Me fue imposible. Simplemente, me sentí completamente inhabilitado para dejarla en paz.

Dominic se seca sus propias lágrimas. Yo seco las mías. El ardor en mi garganta y el abatimiento que consume mi alma… no se pueden poner en palabras.

—Sé lo que significa enamorarse… y no poder evitarlo. En el fondo —su voz se quiebra por completo—, yo sabía que Tory no era mía. Que no me pertenecía. Que por ahí había alguien que la merecía más que yo. Pero también fui débil. Incluso… mucho más egoísta de lo que tú crees que fuiste, porque yo, estando enfermo y sabiendo que ella no me amaba, la mantuve a mi lado.

—Perdóname… por traicionarte, hermano —le repito.

No sé qué será de mí si mi hermano no me perdona. No sé cómo podré vivir con eso pesando sobre mi conciencia. Dominic toma mis manos entre las suyas. Traga con dificultad, y sus ojos siguen muy brillantes por las lágrimas.

—Te perdono. Te perdono por… enamorarte de mi chica —dice con una sonrisa triste—. Aunque si te fijas bien —dice sonriendo un poco y con una mirada traviesa pese a las lágrimas—, podemos echarle la culpa de todo lo ocurrido a la Maldición de Terry.

Ambos reímos a carcajadas mientras nos limpiamos un poco la humedad de nuestro rostro. Aún estamos sonriendo cuando nos miramos infinitamente con cariño, amor, respecto, perdón. Y al

instante… estamos abrazados. Hay tantas emociones contenidas en ese abrazo. Lo amo. Amo a mi hermano. Y sé que esto… esto es lo peor que pude haberle hecho: quitarle a su chica. Pero lo mío con Tory… fue inevitable.

En medio del abrazo, no dejaba de susurrarle que lo sentía. Y él seguía repitiéndome que lo entendía. Que me perdonaba. Y que, sobre todo, le hiciera un favor: «hazla muy feliz».

Al final, cuando nos separamos, no pudimos evitar reírnos al ver nuestras fachas: ojos rojos, rostros húmedos. Intento recomponerme un poco, pasando las manos por mi cabello y mi cara.

—¿Quieres saber algo más sobre mi relación con Tory? —le pregunto.

Se lo debo. Así que, lo que quiera saber… se lo contaré con absoluta verdad.

—Nuestro padre me mantuvo al tanto de todo. Incluso del viaje del que regresaron hace poco. Lo único que nunca me dijo… es que eras tú. Imagino que quiso que este tema lo habláramos tú y yo, personalmente.

—Sí. Creo que eso fue lo que pensó nuestro padre. Y en eso… debo darle la razón.

Dominic asiente. Luego me mira fijamente. Lo veo un poco más sereno.

—Sé que Tory aceptó casarse contigo. Es evidente que la amas. Y si ella aceptó… asumo que también te ama.

—Sí, Dominic. Me ama. Y la amo —respondo, sin titubeos.

Él asiente de nuevo, pero su mirada parece perderse en sus pensamientos.

—Nunca he mentido en mi vida, Gabriel. Pero en esta ocasión tendré… tendremos que hacerlo. Por Tory.

—¿A qué te refieres?

Capítulo 36

Dominic

El doctor Mitchell nos acaba de informar que Tory despertó y que en este momento se encuentra mucho más tranquila. También nos dijo que habló con sus terapeutas, con mi padre y con Livi. Al parecer, todos le explicaron lo referente a mi regreso, y también todo lo que ocurrió durante mi recuperación, en el tiempo en que estuve fuera. Tory, por su parte, manifestó que quería ver primero a Gabriel, y luego a mí. Que deseaba hablar conmigo.

Gabriel suspira profundamente y se dirige a la habitación de Tory; yo le sigo de cerca, caminando tras él. Sé que está nervioso. Tiene miedo de que mi reaparición tambalee o resquebraje todos los avances que ella ha logrado en su proceso de recuperación emocional. Y no es para menos. Yo también temo lo mismo… Por eso estoy dispuesto a decir y hacer lo que sea necesario para que ella y mi sobrino estén bien.

Todavía no puedo creer que la Pequeña Tory vaya a ser madre. Conmigo jamás habría podido vivir esa hermosa experiencia. Todo lo que mi cuerpo ha tenido que soportar a lo largo de los años:

cirugías, medicamentos, tratamientos, me dejó estéril. Una razón más para dejar que ella vuele lejos de mí. Yo no podía darle la dicha de convertirse en madre.

Dios… voy a verla. Sé que será como un golpe a todos mis sentidos, y por supuesto, a mi corazón. Sabía que la había perdido incluso antes de regresar. Sabía que estaba enamorada, que iba a casarse… Pero enterarme de que el hombre que se había convertido en el amor de su vida es mi hermano: mi adorado Gabriel, me dejó completamente desubicado por muchos motivos.

Primero, porque mi padre no me dijo que se trataba de él.

Segundo, porque recordé que yo mismo le pedí a Gabriel, en mi carta póstuma, que se acercara a ella… que la conquistara.

Y tercero, la más difícil de encajar: ellos ya se amaban mucho antes de que me creyeran muerto.

La expresión de Gabriel cuando mencioné la carta… fue muy reveladora. Ahora estoy casi seguro de que nunca la leyó. Tal vez creyó que yo había descubierto su amor por ella y que, en esa carta, le decía lo que pensaba al respecto.

Pero, siendo honestos, siempre tuve la sensación de que evitaban coincidir conmigo los dos al mismo tiempo. Al principio pensé que se llevaban mal, pero cuando empezamos a pasar tiempo

juntos los tres, me di cuenta de que, en realidad, se entendían bastante bien. Debí haberlo sospechado… pero no fue así. Estaba muy enfermo y casi convencido de que iba a morir. Por eso dejé todo preparado para mi muy probable muerte, incluidas mis cartas de despedida.

Ahora que sé toda la verdad, mi única prioridad es protegerla. A ella… y al fruto de su amor con mi hermano Gabriel. Aunque mi alma se rasgue y tal vez muera de dolor al verla lejos de mí, eso es lo que debo hacer. Gabriel está loco por ella, y según mi padre, jamás había visto a Tory tan feliz en toda su vida. Y fue enfático: en toda su vida.

Tory siempre arrastró consigo un aura de melancolía y tristeza que fluctuaba a su alrededor. Pero ahora, según mi padre, solo brilla, resplandece… porque está llena de amor, de alegría, de plenitud. Y eso, eso es lo más importante para mí: que ella sea feliz.

Una de las cosas más importantes que he aprendido del amor de Dios, es que el verdadero amor no busca su propia dicha, sino la de aquel a quien ama. Yo amo a Tory… y haré, diré, lo que sea necesario para verla feliz.

Gael entra en la habitación donde está Tory. Me acerco y evito que la puerta se cierre del todo. A través del pequeño vidrio de la

puerta, la veo y… Dios mío, qué hermosa está.

Incluso acostada en una cama de hospital, vestida con una bata, puedo notar que está mucho más repuesta. Sus brazos, su rostro… están visiblemente más llenos. Está comiendo. Está durmiendo. Ella está mucho mejor.

Mi padre me dijo que esta vez su rehabilitación había dado frutos. Y ahora estoy seguro de que lo hizo por Gabriel. Para poder estar con él. Para poder vivir una vida plena. ¿Qué derecho tengo yo de venir a interponerme en su decisión? Ninguno.

En cuanto ve a Gabriel, una mirada y una sonrisa de adoración, amor e incondicionalidad se reflejan en el rostro de Tory. Ver eso me provoca un golpe seco en el pecho que casi me deja sin aire. Ama a Gabriel. Ya no me queda ninguna duda: lo ama. Si en algún momento dudé de que Tory amara a Gabriel, ahora puedo afirmarlo sin un solo resquicio de duda. Y eso me lleva a pensar que Tory jamás me miró de esa manera.

Sé que me tenía cariño… que quizás me amaba, sí, pero ahora comprendo que me amaba de un modo fraternal. Ahora que puedo observar el pasado con cierta objetividad, que puedo revisar nuestra relación y cada interacción desde una nueva perspectiva, sé que

nunca me amó como a un hombre. Y tengo que aprender a estar bien con eso.

Debo recordarme a mí mismo que no se trata de mí, se trata de ella. De su felicidad. Esa que siempre le fue arrebatada. Y ahora que, por fin, la ha encontrado, dejaré que se aferre a ella con uñas y dientes. Es más: yo mismo la ayudaré en todo lo que me sea posible para que nunca suelte esa dicha que por tanto tiempo le fue esquiva.

Observo cómo Gabriel se acerca a ella y deposita un beso suave, tierno, en sus labios. Algo que pensé que me dolería… pero no duele. Estoy asombrado de sentir cómo la fuerza de su amor se expande hacia fuera y me alcanza, como una ola cálida llena de un aroma dulce y sugerente que me envuelve y me deja ligeramente mareado.

Ella lo sigue mirando con los ojos brillantes, anegados en lágrimas, mientras Gael besa su vientre. Ese gesto la hace reír y acariciar sus rizos negros con una ternura que me deja sin aliento. Me siento incluso algo culpable de estar presenciando una escena tan íntima, tan profundamente de pareja.

—¿Cómo están los amores de mi vida? —la saluda Gabriel en cuanto alza el rostro de su vientre, acariciándolo con cariño.

—Estamos bien… ¿y tú? —responde ella, limpiándose una lágrima.

—Feliz de saber que voy a ser padre —él le acaricia el rostro con ternura, mientras ella le rasca la barba con suavidad—. Y aún más feliz de saber que ambos están bien.

—Yo también estoy muy feliz, mi amor. Y sí, gracias a Dios, estoy bien —dice ella, llevándose la mano al vientre con un gesto protector, algo pensativa—. Tengo que estarlo… nuestro bebé me necesita.

Gabriel la mira casi con veneración.

—Él y yo te necesitamos, Tory —gime, apretando su mano.

—Y siempre me tendrán —le responde ella con una sonrisa suave, aunque luego su expresión se torna un poco más seria—. ¿Cómo estás… con el regreso de Dominic? —le pregunta con cuidado.

—Feliz de verlo con vida… pero tan en *shock* como tú —responde Gabriel. Ella esboza una pequeña sonrisa.

—Y… ¿cómo está él?

—Él mismo puede decírtelo, si quieres verlo —le asegura Gabriel con calma.

—¿Está enfadado? ¿Dolido? —pregunta Tory con preocupación, y esa pregunta me hace suspirar hondo y mentalizarme. Debo armarme de valor y decirle que estoy feliz por ellos… por ella… por el bebé.

—No, para nada. Ha entendido. Le conté toda la verdad sobre nuestra relación.

Mientras ellos siguen hablando, reflexiono sobre todo lo que ha pasado, todo lo que ha sucedido desde que por fin logré traer a Gabriel a nuestras vidas, y estas reflexiones me están llevando a pensar que Dios tenía un propósito muy grande con su llegada… y yo era la ficha clave para hacerlo posible. Desde que él llegó, pareció desatarse y reinar el caos en nuestra familia. Pero Dios me ha enseñado que, después de la tempestad, siempre viene la calma.

Estoy empezando a creer, con firmeza, que yo tenía un propósito en la vida de Gabriel. Y que hasta que no lo cumplí, no sané. Incluso Tory… tampoco sanó hasta que se cumplió el suyo: enamorarse de Gabriel.

Siento cómo el pecho se me llena de un amor y una paz infinitos al ser consciente de que Dios, me ha utilizado para traer a Nueva York al verdadero amor de la vida de Tory… y para devolverle un hijo perdido a su padre.

Todas las piezas comienzan a encajar. Si Gabriel hubiese sido reconocido como hijo de mi padre desde niño, habría crecido entre nosotros, por lo tanto, habría conocido a Tory hace muchos años. Ellos… ya estaban predestinados. Por otro lado, también sé que mi padre y Gabriel han comenzado a llevarse mucho mejor como padre e hijo. Su relación y su confianza crecen, se fortalecen… algo que, por un momento, llegué a creer imposible.

Me siento honrado de haber podido cumplir con mi propósito ante los ojos de Dios. Y eso me da paz y esperanza. Porque ahora sé que lo próximo que suceda en mi vida será parte del plan que Él tiene para mí. Ahora… me toca a mí.

Una brisa cálida se desliza y revolotea a mi alrededor, me eriza la piel. Y un fuego suave, cargado de un amor infinito, se desborda en mi pecho. Ya he sentido esta hermosa sensación antes. La reconozco como la presencia manifiesta del Espíritu Santo… confirmando mi epifanía.

Mis ojos se humedecen por la emoción que me embarga. Vienen nuevos comienzos y todo empieza a despejarse. Sé que me costará olvidar a Tory, pero esto… esto también estaba previsto por Dios, sé que lo lograré.

Vuelvo a fijar mis ojos en Tory. Ella acaricia su vientre con ternura, y en ese gesto comprendo que, ahora mismo, su ancla para mantenerse entera… es su hijo. Su hijo con Gabriel.

—Me gustaría hablar con él. Dile que pase… quiero verlo —las palabras de Tory son seguras y calmas.

—Por supuesto que sí, mi amor.

Me aparto discretamente de la puerta, procurando que Gabriel no sepa que he estado escuchando y observando esa interacción tan íntima entre ellos. Me recuesto contra la pared contraria, y entonces, Gabriel me invita a entrar.

***

Gabriel

Dominic entra con una sonrisa de oreja a oreja. Se le ve radiante, lleno de felicidad.

Se acerca a la cama, toma sus manos con delicadeza y deposita un beso en el dorso. Luego las suelta con cuidado, con un respeto inmenso.

—¿Cómo está la futura madre más hermosa de todos los tiempos?

Tory lo mira, y sé que está viendo lo mismo que yo vi: Dominic se parece muchísimo a Dorian en este momento, porque está saludable… pleno.

—Feliz de que estés vivo y con buena salud. El doctor Mitchell, mi tío Joseph y Livi me han explicado todo sobre tu ausencia… y sobre tu increíble recuperación.

—Sí, así es. Siento que todo este tema, conmigo, haya tenido que ser de esta manera.

Tory lo observa fijamente. Luego, sus ojos se inundan de lágrimas. Quiero acercarme, rodearla con mis brazos, consolarla… Pero este momento no me pertenece, es de ellos y, es necesario.

Dos lágrimas exageradamente grandes se deslizan por su hermoso rostro.

—Perdóname, Dominic —susurra ella, mientras le ayudo a secarse las lágrimas con mis pulgares.

—No tengo nada que perdonarte. Estoy feliz… feliz de que seas feliz. No podrías haber encontrado a un mejor hombre que mi hermano para convertirlo en tu esposo. Y, además, ¡me van a hacer tío! —sonríe.

Dominic está haciendo todo el esfuerzo posible para que ella no note que aún la ama, y sigue hablando.

—Me han dicho que estás muy bien. Que tu estancia en el centro de rehabilitación fue un éxito.

—Así es. Me encuentro formidablemente bien, como nunca antes me había sentido —le asegura Tory, mientras toma una de mis manos y la aprieta con fuerza.

Ese gesto me indica que está algo nerviosa, pero lo está manejando mucho mejor de lo que cualquiera de nosotros esperaba.

Dominic se acerca a nosotros y coloca su mano sobre las nuestras, que permanecen entrelazadas. Una sonrisa tierna, cálida y serena se dibuja en su rostro.

—Le pido a nuestro buen Dios que los colme de toda la felicidad que una pareja que se ama como vosotros puede llegar a alcanzar en su matrimonio. Y también le pido a ese mismo Dios que vuestro bebé nazca sano y lleno de vida. Estoy seguro de que traerá una inmensa alegría a toda la familia.

—Gracias por tus palabras, Dominic —dice ella, mirándolo como si buscara confirmar la verdad en sus ojos—. ¿De verdad estás bien… con todo esto? —pregunta Tory, aún dudosa.

—Estoy bien con esto. Más que bien… estoy muy feliz. Y tienes que creerme. Sabes que nunca miento.

Dominic retira sus manos de las nuestras (que aún permanecían entrelazadas) y la mira con cariño.

—Lo sé —susurra Tory, aún impactada por la forma en que Dominic acepta la situación, sin reproches, sin dolor visible por haberla perdido.

Ella se incorpora un poco en la cama y lo abraza. Dominic le corresponde. Desde donde estoy, veo su rostro posado en el hombro de Tory. Él la estrecha contra sí, fuerte… y me mira con los ojos empañados y atribulados. Le está costando, le está costando mucho. Y yo… yo vuelvo a sentirme el peor hermano del mundo. Dominic respira hondo, trata de recomponerse antes de soltarla del abrazo.

—¿Te vas a quedar? —Tory se recuesta nuevamente en la cama mientras hace la pregunta esperanzada. Pero yo sé que Dominic está sufriendo. No estoy seguro de que se quede.

—No sé aún qué voy a hacer con mi vida —responde, con una sonrisa pensativa—. Ahora que, por fin, sé que la tengo… no estoy muy seguro de qué hacer con ella. Pero algo bueno se me ocurrirá. Estoy convencido de ello.

—Mantennos informados —le digo, con la voz estrangulada por la emoción.

—Por supuesto que sí —nos asegura, con un gesto cálido, lleno de afecto y seguridad.

Dominic se dispone a despedirse, se acerca Tory y le da un beso en la mejilla, y a mí, me regala un fuerte abrazo. Y, en cuanto nuestros cuerpos se estrechan, me habla al oído.

—Hazla feliz, por favor. Hazla muy feliz.

—Lo haré, si es necesario dejaré mi piel en ello, te lo prometo.

Se separa de mí y me da un beso en la mejilla el cual yo le devuelvo. Luego lanza una última mirada a Tory… y sale de la habitación con una sonrisa calma.

—¿Tú crees que él vaya a estar bien? —pregunta ella, con tristeza en la voz.

—Sí… lo está. Lo estará —miento, porque sé que ahora mismo no es así.

—Me siento muy culpable —susurra Tory, dolida.

—Yo también. Pero él quiere que seamos felices. Que no carguemos con esa culpa.

Tory extiende los brazos para que me acerque a ella. Me siento en la cama y la atraigo con suavidad contra mi pecho.

—Te amo, Gabriel —susurra contra mi oído—. Con toda mi alma.

—Y yo a ti. Y a nuestro bebé —nos separamos un poco—. Gracias por este regalo inesperado.

Nos miramos… largo, profundo, infinito. Y luego nos damos un beso. Un beso que no necesita palabras. Uno en el que se dice todo.

Que Tory haya podido superar así el regreso de Dominic me llena de esperanza. Confirma que su estabilidad emocional está evolucionando, que está creciendo. Que está luchando por salir adelante.

Por ella.

Por mí.

Por nosotros, porque ahora, somos tres.

Un grito inesperado irrumpe desde la puerta de la habitación. Me encuentro con una Trizia sonriendo de forma exagerada, tan cargada de globos que apenas consigo verle el rostro. Detrás de ella, Cameron entra haciendo mala cara, mientras sostiene contra su cuerpo un oso de peluche gigante.

—¿Dónde puedo dejar esta monstruosidad que Trizia y Julia me han obligado a traer? —protesta antes de lanzar una sonrisa cariñosa a Tory.

Mientras Trizia corre a besar a Tory y felicitarla con efusividad, Julia aparece tras ella con más regalos, todos evidentemente

destinados al bebé, a juzgar por los dibujos infantiles que decoran las bolsas.

—Desde que llegué a esta familia no dejan de pasar cosas interesantes —dice la rubia platinada, con una expresión luminosa—. Creo que jamás me aburriré.

Cameron prácticamente me arroja el peluche al pecho. Lo atrapo entre risas. El que, con el tiempo, se ha vuelto como un hermano para mí, pasa un brazo por encima de mis hombros mientras una sonrisa sincera se extiende en su rostro mientras mira a su hermana.

—Gracias, Gael. Por hacer feliz a Tory… y por hacerme tío. Seré el favorito de mi sobrino, ya lo verás.

—No hay de qué —respondo con una sonrisa arrogante—. Fue un verdadero placer toooodo el proceso.

Cameron me da un puñetazo juguetón en el abdomen y ambos rompemos a reír.

—¿Cómo supiste que Tory estaba aquí? ¿Y lo del embarazo?

—Livi nos llamó a todos para contarnos la buena nueva… lo del embarazo y que Tory estaba en el hospital por unos chequeos de rutina.

No puedo creer que aún no sepan lo de Dominic. Lo miro fijamente, sabiendo lo que estoy a punto de decir… y deseando ver su reacción.

—¿Sabías que Dominic está vivo?

Los ojos verde cristalinos de Cameron se agrandan al instante, y por un momento estoy convencido de que van a salírsele de la cara.

—¡¿Qué?!

Epílogo

Casi dos años después

Gabriel

Las olas suaves de las Maldivas besan la orilla con el mismo ritmo pausado con el que late mi corazón. Hay algo mágico en este lugar… Quizá porque aquí el fruto de nuestro amor se hizo carne: Tory quedó embarazada de Randall, y así comenzó el maravilloso proceso de convertirnos en padres. O quizá porque, cada vez que la veo reír con Randall en brazos, siento que la vida no solo nos ha perdonado… sino que, además, nos ha premiado.

He hecho todo lo posible (e incluso lo imposible) para que Tory sea feliz. He cumplido mi promesa… y seguiré haciéndolo con cada latido y con cada respiración, hasta el último día de mi vida.

Toda nuestra familia ha viajado a las islas Maldivas. Hemos venido a esta playa paradisíaca para celebrar dos motivos que nos llenan el alma: nuestro matrimonio… y el primer año de vida de nuestro hijo: Randall. Mi pequeño. Nuestro milagro. Y sí… él se ha convertido en el alma de los Morris.

Mi padre no para de hacerle cosquillas, mientras mi madre intenta (en vano) domar sus rizos rebeldes. A veces todavía me cuesta creer que mis padres sean abuelos, y mi madre ya lo es por partida doble, Camila tuvo una beba preciosa con el innombrable de Zavier.

Cameron se ríe desde su toalla, junto a Julia, que se ha rendido y ha terminado usando la barriga de mi cuñado como almohada. Están más enamorados que nunca. Y no es solo por los besos constantes o las miradas intensas… Es por cómo se hablan cuando creen que nadie los escucha. Con esa complicidad serena que solo nace después de haber sobrevivido juntos a una tormenta… Aunque, siendo honestos, en su caso sería más preciso llamarlo un tsunami.

El amor de Julia y Cameron parecía más un combate que una historia romántica. Lucharon entre ellos (y contra sí mismos) casi como si pelearan a muerte. Y fue algo bastante digno de ver. Y lo fue más aún presenciar cómo ambos tuvieron que enfrentarse al equipaje que arrastraba Julia desde su pasado. Pelear con la mafia italiana no es precisamente fácil… ni mucho menos divertido. Pero Julia, con el apoyo de Cameron, peleó como una auténtica leona por aquello que era suyo.

Cameron la llama la «Leona Blanch» cuando quiere picarla… aunque reconozco que ese apodo le queda de maravilla. Es una verdadera leona. Luchó contra él, por él…Y luchó con uñas y dientes por no perder su legado familiar: el Blanch Holding.

—Tiene los ojos de su madre… y los de Cameron —dice Dominic, sentado a mi lado, mientras contempla a Randall en los brazos de nuestro padre con una sonrisa serena.

—Sí, todos dicen lo mismo.

Miro a mi hermano fijamente a los ojos, y no puedo evitar sentir el impulso de agradecerle una vez más.

—Gracias, Dominic… por obligarme a ir a Nueva York. Por no oponerte a mi amor por Tory. Por empujarme casi obligado a convertirme en un Morris —ambos nos reímos al recordar aquellos días—. Gracias por arreglar todo para que, hoy en día, mi padre y yo estemos bien. Incluso… hasta mi madre te debe el favor de estar casada con el amor de su vida: mi padre.

Porque así fue. Mis padres decidieron casarse el mismo día que nosotros. Hubo boda doble.

—Ya hemos hablado de esto, Gael —responde Dominic con una sonrisa cómplice—. Deja de darme las gracias. Dios orquestó todo

para que las piezas encajaran donde debían estar. Y yo no puedo estar más feliz por eso. Me siento como nunca. Estoy pleno.

La mirada de Dominic se desliza hacia Scarlett, su novia. Y se le nota. Se le nota que está realmente enamorado de ella.

Se pone en pie para alcanzarla justo cuando ella ha robado a Randall de los brazos de mi padre, y se lo lleva a terminar el castillo de arena. Aunque Randall, fiel a su estilo, solo quiere lanzar arena como si fuera polvo de estrellas.

Scarlett es preciosa… parece una chica sacada de un certamen de belleza. Y aunque Cameron ha mencionado que su pasado es bastante dudoso y que quizá no se merece a Dominic, nadie parece prestarle demasiada atención a ese juicio. Dominic ríe más desde que ella apareció en su vida. Y eso, para todos nosotros, es más que suficiente.

Trizia solo pudo asistir a la boda doble, y luego tuvo que marcharse. No se quedó a disfrutar del mar con nosotros porque debía viajar a París: está presentando su nueva colección de verano en un desfile internacional. Aunque, eso sí… todos creemos que anda enredada con alguien, pero no ha querido decirnos de quién se trata. Y cuando Trizia guarda silencio sobre algo… es que hay gato encerrado.

Tory se acerca a mí, mientras su vestido blanco ondea con la brisa. Su piel dorada brilla bajo el sol, haciendo un juego perfecto con esos ojos verde claro, hermosos y llenos de luz, que se posan en mí mientras me regala una sonrisa tierna.

Soy tan feliz a su lado… Ella cambió mi mundo por completo. Desde que la conocí dejé de ser un cazador, y me convertí en una presa. Su presa. Y no quiero dejar de serlo. Ella y Randall lo son todo para mí. Y doy gracias a Dios (y a la vida) por ello.

—¿Te das cuenta? —me susurra, apoyando la cabeza en mi hombro mientras disfruto como su susurro a jazmín invade mis pulmones—. Estamos aquí. Toda la familia, juntos… y estamos tan bien.

—Y muy felices —le respondo, besándole la frente y atrayéndola hacia mí en un abrazo cálido y lleno de amor.

—¿Crees que Dominic está realmente enamorado de Scarlett?

—Creo que sí. La mira como si, por fin, pudiera respirar… conozco perfectamente esa sensación.

Tory se ríe ante mi comentario.

—¿Y Cameron y Julia? —pregunta con una sonrisa pícara.

—Esos dos están condenados a amarse el uno al otro por el resto de sus vidas… aunque se nieguen a admitirlo.

Reímos bajito, como si quisiéramos proteger este momento. Este instante de felicidad pura… en familia.

Miro a los míos: A los que siempre han estado, a los que han regresado, a los que acaban de llegar… Y sé que esto no es un final. Es apenas un nuevo comienzo.

Nos falta un hermano. El que se alejó. Y aunque hizo cosas difíciles de perdonar… lo hemos hecho. Todos hemos decidido tenderle la mano, y por eso le hemos enviado mensajes, palabras sinceras, diciéndole que queremos que vuelva. Que regrese. Que empiece de nuevo con nosotros, pero él aún no ha respondido… pero tenemos esperanza de que lo haga.

Porque como nos ha repetido de manera incansable Dominic, el perdón sana. Revitaliza. Y nos impulsa hacia el futuro.

Y yo he aprendido que el amor verdadero… cuando se cuida, crece. Y cuando aprendemos a luchar por él con uñas y dientes… puede transformarse en algo tan fuerte, tan luminoso… que quizá, solo quizá, se convierta en algo: «invencible».

FIN

Besos, abrazos y millones de gracias por la compra de este libro, te agradecería muchísimo tus comentarios en la página de ***Amazon*** y ***Goodreads,*** me ayudan a seguir creciendo y escribiendo más novelas para ti.

COMENTAR MI ADORABLE MALDICION

Si te gustó este libro, te invito a explorar mis otras novelas:

AMAZON.ES

AMAZON.COM

AMAZON.MX

VISÍTAME EN MI PÁGINA WEB

https://www.patty-orttyz.com/

SÍGUEME EN MIS RRSS

https://www.facebook.com/PaTTyOrTTyzOficial/

http://www.tiktok.com/@patty_orttyz

https://www.instagram.com/patty_orttyz/

BOOKTRÁILERS

https://www.youtube.com/@PaTTy_OrTTyz_Autor

Sobre la Autora

Como ya pueden adivinar, en mis libros me firmo como PaTTy OrTTyz. Soy una consumidora voraz de libros desde pequeña, pero a medida que fui creciendo me di cuenta que adoro, adoro la novela romántica en todos sus subgéneros; así que me podrás encontrar leyendo desde novela histórica, medieval, blanca, rosa, erótica… hasta paranormal, fantasía y muchos etcéteras, etcéteras.

Escribo desde adolescente, pero solo en el 2018 me animé a publicarme inicialmente en Wattpad, y debido a su rotundo éxito decidí autopublicarme en Amazon, donde fui bestseller durante tres meses consecutivos con mi trilogía romántica erótica: La Maldición de Terry.

En el 2022 he vuelto a retomar mi carrera de autora y he escrito un spin off de La Maldición de Terry, es una Biología titulada la Salvajada, y en este momento tienes en tus manos la historia dedel guapísimo Gabriel, espero te guste tanto como mis otras novelas.

Vivo en Cali-Colombia, con mi esposo y mis dos hijos. Soy una mujer normal, con una vida normal, y un trabajo normal, pero con una vida secreta sobrenatural: soy escritora y construyo vidas e historias de amor intensas, dramáticas y pasionales, esto… nadie me lo puede quitar.

Cabe resaltar que soy una convencida del verdadero amor, llevo casada con el mismo hombre treinta años y ambos seguimos flechados, (si no me creen pueden preguntar a mis hijos y familiares, jajajaja).

Además de ello, reconozco que gran parte de todo lo romántico que escribo, mi esposo y eterno enamorado es mi mayor y más grande fuente de inspiración.

Te amo, mi Javi, gracias por apoyarme y esperarme cuando me voy a buscar a la musa y esta se niega a devolverme.

¡Una amiga más para ti!, PaTTy OrTTyz

Muchos besitos de escritora ;-**

PaTTy OrTTyz

Agradecimientos

Son tantas y tantas las personas a las que agradecer que no sé por dónde empezar, y pidiéndole a Dios no olvidar a nadie que haya contribuido de alguna manera a que este sueño se haga realidad, aquí vamos:

A mi esposo*…* por aguantarme, soportarme, perdonarme, y un sinfín de cosas más que le ha tocado enfrentar mientras yo estaba en mis nubes de colores dedicada a mi pasión… escribir romance.

A mis hijos… y mis mascotas… por comidas y desayunos a destiempo. Por toda la ropa sucia que olvidé lavar cuando estaba secuestrada por la musa.

A todas mis lectoras, a la mayoría no las conozco, pero solo ellas hacen posible que mis líneas no se queden solo en papel y en mi cabeza, infinitas gracias por darme la oportunidad de leerme.

Y, por último, pero no el menos importante… a ti, mi Dios, mi Señor, y mi guía. En cada una de mis novelas hay un toquecito de ti, te doy gracias porque sé, aunque muchos no lo entiendan, que tú estás presente en todas y cada una de mis obras.

Infinitas gracias a todos, los amo. Besos de Escritora **:-****

PaTTy OrTTyz